FUNDACIÓN
Diario de Avisos

El libro del confinamiento

LA ENFERMEDAD DEL MUNDO

por Carmelo Rivero

con la colaboración de
Obra Social "la Caixa"

El libro del confinamiento

LA ENFERMEDAD DEL MUNDO

CARMELO RIVERO

El libro del confinamiento
La enfermedad del mundo

Autor. Carmelo Rivero
Edición. Fundación Diario de Avisos
Diseño y maquetación. Jesús J. Rodríguez Díaz

Santa Cruz de Tenerife - 2020

El libro del confinamiento

LA ENFERMEDAD DEL MUNDO

CARMELO RIVERO

DA
FUNDACIÓN
Diario de Avisos

Índice

El búnker — 11
quédateEnCasa — 34
Empieza una nueva vida — 42
La última llamada del día — 47
El chollo de tener mascota — 58
El espejo es Corea — 67
Una semana y 200 años de Darwin — 75
Los héroes de Whitman — 79
La buena noticia — 86
Alma, la resistencia — 94
La cloroquina de Dartagnan — 101
El Vietnam de Wuhan — 106
Antes de morir — 114
El héroe de 94 años — 121
La casa de Asterión — 127
Paisaje después de una guerra — 134
El giro autoritario — 139
Aporofobia y agorafobia — 147
La Atlántida — 153
Pudores ni ataduras — 160
La hora más oscura de la humanidad — 171
La salud, la libertad y viceversa — 179
Un médico positivo se suicida — 185
El cielo en llamas por la ira del sol — 192
De proporciones bíblicas — 200
Mil ciervos de paseo por la ciudad — 206
Tecnologías de vigilancia — 210
Crímenes tapados por el virus — 216
La procesión va por dentro — 221
El ojo del Estado — 225
“Mañana salimos con la fresca” — 233
Un desafío colosal y unos líderes diminutos — 244
Rata contagiosa — 248
Luis Sepúlveda y los ‘heraldos negros’ — 252
Las ratas salen de las alcantarillas — 256
Al fin los niños pueden tomar el sol — 258
La primera Guerra Global — 265
La última campanada de la madrugada — 272
La arcadia de Taganana — 279
Los chinos negros de cloroquina — 283
Nos puede caer una maceta y no ser el coronavirus — 293
Marchando una de Reticulitermes flavipes — 301
Conciencia humana — 309
¿De qué vamos a vivir? — 314
Que la ciencia nos proteja — 321
El primer día de Mañana — 328
Un mundo de “sociópatas”, según Chomsky — 335
La gente sale, la recesión entra — 343
Fin de cuarentena: socializamos el virus — 347

El búnker

Antes de que el mundo temblara por la irrupción del coronavirus, aterrizó en Tenerife, en noviembre de 2019, a pocos meses de la pandemia originada en Wuhan, el presidente chino Xi Jinping. Unas horas antes lo había hecho también Vladímir Putin, pero el ruso no descendió del avión. Ambos procedían de Brasil de una cumbre de los BRICS, y regresaban a casa. El mundo era extrañamente previsible desde hacía mucho tiempo, y salvo las fanfarronadas de Kim Jong-un que mantenían vivo el miedo a una guerra nuclear, nada permitía sospechar lo que estaba por suceder.

Xi Jinping y su esposa, Peng Liyuan, en medio de un gran despliegue de seguridad, visitaron en su corta estancia de 24 horas el Teide, un volcán que siempre despertó la curiosidad de los mandatarios chinos. Regaló al presidente del Cabildo un jarrón con relieve de hilo de laca, junto a una carta con un mensaje de paz, y se fue. El virus con forma de un acerico con alfileres, que destartaló el orden mundial, se dejó sentir, a los pocos meses, en la isla canaria de La Gomera, primer eslabón de la pandemia en España.

España ya no será la misma. La clase política ha abrazado la guerra del coronavirus como una contienda desenfrenada que, acaso, desemboque en un adelanto electoral. Todas las guerras pasan factura en las urnas a unos y otros. En la España pre-Covid había una galería determinada de líderes que custodiaban su propio espacio y libraban batallas parlamentarias. ¿Seguirán las mismas piezas en pie o el tablero político se reserva la aparición de nuevos trebejos para las guerras que procedan dentro y fuera del Congreso, en la extensa geografía de un país que ha estado encerrado en casa y pisa de nuevo la calle? Sánchez, Iglesias, Casado, Arrimadas, Abascal… Pero también Ayuso, Almeida, Feijóo… Venimos de la guerra y entramos en la posguerra. Pero vendrán nuevas oleadas de una y otra, con desigual intensidad. Y el horizonte sigue cubierto de nubarrones. Nada se sabe a ciencia cierta acerca de nada. Todo es oscuro.

Durante 50 días, todos los días fueron iguales para 47 millones de españoles y más de dos millones de canarios recluidos en sus casas en una suerte de ciudades penitenciarias. Desde la declaración del estado de alarma, el 14 de marzo de 2020, se impuso la monotonía y la reclusión como norma de conducta. De la noche a la mañana se estableció otro código, otra escala de valores. La pandemia del coronavirus exigía, a juicio del Gobierno, atrincherarse y no salir a la calle.

El mensaje que transmitía el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, como un mantra, era que vendrían semanas "muy duras" y había que resistir parapetados tras las puertas cerradas de todas las viviendas convertidas en búnkers. Pisar la calle se convirtió en un delito, en un país mal acostumbrado a callejear hasta bien entrada la noche, con poco hábito hogareño, donde las familias apenas coincidían durante el día y en ocasiones no antes de que cerrara el bar. Tampoco se permitieron los abrazos, los besos, los saludos con la mano. Todos esos tics

de la cultura latina y mediterránea propiciaban el contagio del virus causante de las grandes medidas de excepción adoptadas por fuerza mayor. Y quedaron estigmatizados.

El Gobierno no tuvo reparos en admitir que improvisaba las decisiones. Se enfrentaba a un enemigo desconocido y devastador, que colapsaba el sistema sanitario y había que evitar la propagación de la extraña neumonía, como en las pestes medievales. Si en la muerte negra del siglo XIV, la peste que se llevó por delante a 25 millones de personas, se acusó a los judíos de su autoría, en esta epidemia del siglo XXI todas las miradas señalaron a China, porque allí se originó un nuevo coronavirus, pero ante el riesgo de la mala fama que hace casi 700 años provocó los pogromos judíos en medio de una gran agitación social por la extinción de las poblaciones afectadas, esta vez la ciencia ha corrido para tratar de desmentir la teoría del virus escapado de un laboratorio, sin lograr sofocar el debate de las potencias, EE.UU. y China, sobre la atribución de la culpabilidad.

La alianza de los 'Cinco Ojos', integrada por Nueva Zelanda, Estados Unidos, Australia, Reino Unido y Canadá, un circuito de intercambio de información de inteligencia, calificó de "altamente improbable" que el coronavirus se hubiera originado en un laboratorio chino. En síntesis, convienen en que la infección humana haya sido producto de la interacción natural con los animales. Pero la certeza no es absoluta, reconocieron en el seno del club, a falta de una mayor transparencia por parte de China. La intriga sobre el laboratorio de la muerte de Wuhan no cesó en toda la crisis. En medio de la guerra de propaganda, donde la información y la desinformación se entremezclan, trascendió un supuesto informe publicado por Der Spiegel, que revelaba presuntos indicios de que el servicio secreto alemán (BND) estuviera al corriente de que China instara a la OMS a retrasar una advertencia mundial

a raíz del brote de coronavirus. Las acusaciones de haber ocultado la verdad en un primer momento fueron desmentidas de modo categórico por la OMS. Lo negó de raíz, asegurando que ambos dirigentes nunca han hablado por teléfono. El BND guardó silencio. Servicio secreto, punto en boca.

¿Hubo una llamada telefónica del presidente chino Xi Jinping, al director general de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, en las horas más tempranas de la pandemia para pedirle tiempo antes de anunciar al mundo la dimensión real del problema? La única certidumbre es que Adhanom alargó el suspense de la declaración de la pandemia, pero no cesó de advertir de su creciente gravedad. Der Spiegel no tiró barro a la pared, pero el runrún que le atribuyó la escandalosa información sembró las naturales dudas en un mar de incertidumbres y fakes. Los supuestos hallazgos relevantes del Servicio Federal de Inteligencia (BND), según los cuales el jefe de Estado chino telefoneó a Adhanom el 21 de enero para demorar una advertencia mundial de pandemia, no se producían en unos días inocentes, sino en medio de las embestidas de Trump contra la potencia rival. China habría ganado cuatro semanas, y acaso seis, de tiempo para rearmarse sanitariamente, y, a su vez, el mundo habría perdido ese tiempo precioso para enfrentarse a lo que se le venía encima. Ahora toca recomponer el puzle y llevar a cabo la investigación mundial que ponga negro sobre blanco la verdadera historia del virus de Wuhan. Pero no será tarea fácil, como nunca lo fue ahondar en la verdad del asesinato de Kennedy tras la conmoción mundial ante las imágenes del atentado que puso fin a su vida.

El servicio alemán de inteligencia habría solicitado a los socios de la red de inteligencia 'Five Eyes' (los ya citados Cinco Ojos) evidencia de la tesis difundida por Estados Unidos, según la cual el virus surgió en un laboratorio chino, ante la falta de pruebas que lo sustenten. Un

clamor incesante exige una investigación de los hechos, en tanto China amuralla sus instalaciones científicas de Wuhan, bajo el asedio de haber propiciado un encubrimiento internacional. ¿Presionó China a la OMS para disponer de tiempo extra y poder acumular suministros médicos antes de que una alarma mundial lo dificultase? Quizá el más fiel creyente de esa teoría sea el presidente estadounidense, que retiró el apoyo a la OMS, ante la perplejidad general. Trump no disimula sus acusaciones a Adhanom de prochino. Y ha creado una cierta corriente de opinión: un alto cargo del Gobierno japonés apodó a la agencia sanitaria de Naciones Unidas como la "Organización China de la Salud". (La OMS no gana para disgustos sobre su credibilidad, tildada en 2014 de lentitud sobre el ébola y cinco años más tarde de exageración sobre la gripe A.) Pero Japón no perdió oportunidad de engordar las versiones más esotéricas sobre el mundo que vivimos de unos meses para acá bajo la burbuja del coronavirus. Y deslizó su 'Independence Day' particular anunciando la adopción de un protocolo antiextraterrestre, por boca de su ministro de Defensa, Taro Kono, que sorprendió un buen día de mayo con la noticia de que su país se prepara para un eventual ataque alienígena. La alerta nipona se basa, al parecer, en la previa difusión, en mitad de la pandemia, por parte del Pentágono, de tres vídeos con imágenes de ovnis. Japón tira la piedra y esconde la mano. El ministro se confesó escéptico sobre los ovnis, pero avanzó el proyecto oficial de defensa por si acaso.

50 días entre cuatro paredes ha sido un experimento colosal. Al cabo de este periodo han comenzado a salir a la calle niños y adultos; las ciudades se han vuelto a poblar de gente. Y desde el lunes 4 de mayo se han abierto peluquerías con cita previa, cafeterías y restaurantes por pedidos concertados, talleres y otros pequeños negocios. El confinamiento ya no es tal, ni en lo personal ni en lo económico. Diríase que

50 días ha sido su récord en la versión más amplia de la palabra cuarentena, y lo que resta es una secuela que irá aumentando, fase a fase, la reactivación total de la economía. La gran enferma duradera de esta epidemia de miles de muertos, su víctima posterior.

El cautiverio vivido por España no tiene precedentes. Salvo los sufridos por las víctimas de los secuestros de ETA. Podemos hacernos una idea de ese horror. En la entrevista, en 2014, de Pedro J. Ramírez en El Mundo a Ortega Lara (532 días encerrado por los terroristas vascos) el exfuncionario de prisiones confesó al periodista el deterioro humano que entraña un largo cautiverio: escribía notas que envolvía con un mechón de pelo y discutía con Dios. Toda reclusión, voluntaria o forzosa, desencadena reacciones en la mente humana que se manifiestan con posterioridad. Aún desconocemos cuáles serán estas.

Este libro, que transcurre en 50 días, ha sido escrito con el susto en el cuerpo, a toda pastilla. Es un relato encadenado de acontecimientos, anécdotas, reflexiones, incertidumbres, miedos y promesas interiores para combatir el inevitable olvido. Porque estoy convencido de que, más allá de lo que filósofos y sociólogos están aventurando estos días, el mundo que viene no distará mucho del que quedó atrapado en la hipnosis del estado de alarma y que ya está volviendo a recobrar la conciencia cuando estas páginas asoman a la luz pública como inventario del statu quo creado durante siete semanas de clausura conventual. La calle se llenó de paseantes y gente corriendo desde el primer día que les abrieron las compuertas a los confinados. Ocurrió el sábado 2 de mayo, a la semana de que los niños fueran autorizados a tomar el aire y ejercitarse en un espacio abierto. Fin del confinamiento. Paso a un estado de prórroga remanente, transitorio hacia lo que se ha dado en llamar la nueva normalidad.

Esta práctica de la cuarentena que venimos de experimentar fue im-

portada. Primero se aplicó en la estratégica Wuhan, centro político y comercial, el Chicago de China, capital de Hubei, donde EE.UU. sitúa la fabricación del Frankenstein microscópico y después en toda la provincia (unos 50 millones de personas): se confinó a la gente para acotar el extraño virus que producía muertes y contagios masivos. La medida se adoptó en otros lugares que registraron casos positivos, pero puede decirse que China (1.400 millones de habitantes) apenas aisló en toda la crisis a un 10% de su población. Por razones que se desconocen, la mayor parte de los demás países afectados, España entre ellos, decidieron aplicar la cirugía más agresiva, cerrar naciones enteras, levantar de nuevo las fronteras, recluir a los habitantes y detener la economía en seco. El mundo, con excepciones que establecerán las diferencias, se apresuró a hacer consigo mismo este experimento: una fusión de estado de alarma, estado de shock y estado de coma. La palabra que mejor lo definía todo era: pánico.

Los estados que eligieron este camino no obedecían, al parecer, a ningún patrón o manual preestablecido, pero llamaba poderosamente la atención la manera unánime y coral con que muchos países de Europa y América comenzaron a blindar fronteras y a encerrarse en sí mismas. Hasta que la curva de contagios y muertes se aplanara y comenzara a descender. Durante semanas, se convirtió en una obsesión alcanzar el pico máximo de esa curva. Ahora, en el día 50 en que concluyo la redacción de estas páginas notariales acerca de lo insólito vivido, creo que todo se observa de un modo más natural y desdramatizado, porque hemos visto de nuevo ríos de gente en la calle en la primera oportunidad de romper el cerco y salir a pasear adultos y mayores, runners, niños y mascotas por las principales vías de la ciudad. Esta sensación es la que ha devuelto de golpe un clima de sensatez a nuestra visión de la crisis. Se nos declinó la calle y el contacto humano,

y se impuso el nuevo dogma: el distanciamiento social. Metro y medio, dos metros, la distancia que se calcula que las gotas de saliva pueden transportar el virus. Se generalizó el uso de la mascarilla. Los guantes regresaron a las manos en las que siempre estuvieron hasta que entraron en desgracia, como otros accesorios que cayeron en desuso. Estos son guantes de látex, nitrilo o vinilo desechables. Es el miedo el que gobernó las vidas de las gentes durante estos 50 días. El temor a enfermar y morir, y a contagiar a otras personas y provocarles, a su vez, la muerte.

Al principio, pareció una gripe más. Después el virus fue ganando prestigio como una amenaza seria e imprevisible. Los expertos, epidemiólogos y virólogos, adquirieron un gran protagonismo, como oráculos respetables, y fueron torciendo el gesto, mostrando cada vez una mayor preocupación. Pero junto al chorreo de centenares de difuntos diarios, era cierto que otros centenares y miles de enfermos se curaban en los hospitales y volvían a casa. Y una inmensa mayoría pasaba la enfermedad de manera asintomática, incluso sin ser diagnosticados por falta de señales externas. Un 80 por ciento superaba el mal trago de manera desapercibida o con efectos leves, y un 20 por ciento sufría en mayor o menor medida el azote de la peor cara del SARS-CoV-2, el patógeno causante de la ya famosa Covid-19.

Este no es un libro científico, ni un retrato exhaustivo de lo que ha sucedido en 50 días de confinamiento real, los que distan desde aquel 14 de marzo y este 2 de mayo en que la multitud asaltó las calles, siguiendo pautas y franjas horarias para evitar -no siempre con éxito- las aglomeraciones.

No, este es un libro que capta lo acontecido, con las acotaciones a vuela pluma de un periodista que narra un acontecimiento social del que ha sido testigo. Como tantos otros periodistas y ciudadanos que,

de modo público o a título particular, tomaron nota y dejaron constancia de cuanto sucedía.

Por estas páginas que concebí como un modo de aprehender el tiempo que discurría en la gran pausa, desfilan muchísimas impresiones personales y junto a ellas, una cascada de hechos objetivos que pasaron y acaso dejaron huella en nosotros para siempre.

Habíamos asistido a tantos sucesos dramáticos y espeluznantes. Los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York. Los atentados del 11M en los trenes de Madrid. La Gran Recesión… Que cuando se nos ha cruzado en el camino este coronavirus creíamos haberlo visto y vivido todo. Y estábamos equivocados. Lo único cierto es que hemos ido adaptando nuestra percepción a hechos cada vez más graves, y así un suceso como el 23F de Tejero, que tanto marcó a mi generación, ahora yace en la trastienda de la memoria como una anécdota insignificante.

Decía que nadie se explicó cómo y por qué España y tantos otros países coincidieron en aislarse y paralizar la economía. Sigo haciéndome esta y otras preguntas. El arquitecto Fernando Menis, con quien converso en este libro durante su estancia en Seúl, regresó del futuro a tiempo del desconfinamiento. Digo que volvió a la isla desde un lugar que podemos llamar futuro, porque había vivido en Corea del Sur otra manera de afrontar el problema, con aislamientos, pero parciales y con desescaladas civilizadas, sin llegar a estrangular la economía. No tardaron en aplicar mecanismos de autodefensa cívica: geles hidroalcohólicos en los ascensores, mascarillas de uso cotidiano y negocios abiertos donde la gente tomaba refrescos o merendaba conservando pautas de precaución en la distancia social. Corea del Sur es el país ejemplar en la lucha contra el virus (unos 240 muertos en total hasta inicios de mayo y unos 10.700 contagios globales) y en la conllevanza respecto al mismo una vez se han atenuado los efectos de la epidemia.

Habíamos olvidado qué importante era lavarse las manos varias veces al día. Eso creo que ya lo hemos interiorizado para siempre. No tengo tan claro que el resto de las directrices las incorporemos a un nuevo estilo de vida hipotético, no al menos tras el período de resaca del estado de shock, antes de que la cultura del comportamiento restaure sus normas vitalicias, que son resultado de una herencia de sucesivas generaciones, y restablezca las bases sobre la que se construyó toda una idiosincrasia. Sospecho que más pronto que tarde intervendrá la memoria selectiva y muchos de los nuevos dogmas de distanciamiento social se irán evaporando en las relaciones cotidianas de un futuro más o menos inmediato. Al tiempo. (El día que en Madrid se celebró un acto exultante de cierre de la morgue del Palacio de Ifema, el 22 de abril, se produjo una escena ilustrativa de lo que digo: las autoridades y numerosos invitados se apelotonaron en una auténtica melé, y el clamoroso desliz en el protocolo de seguridad provocó la apertura de un expediente de investigación por parte de la Delegación del Gobierno de la comunidad para determinar si el acto liderado por la presidenta de Madrid, del PP, Isabel Díaz Ayuso, que pasó por la enfermedad y no traga a Sánchez, había infringido el decreto del estado de alarma.)

¿Qué hicimos en todo este tiempo encerrados en casa? ¿En qué nos entreteníamos? ¿Por qué obedecimos como corderos, dóciles y disciplinados a la orden de repliegue? ¿Se hizo, a su vez, un experimento con nuestra conducta, aun a toro pasado, como complemento perfecto? ¿De verdad que no había un manual de instrucciones para una pandemia en las gavetas -dicho en léxico canario- de la Moncloa? Sobre esto último se insiste al final del libro, a la luz de una información publicada por EL ESPAÑOL, medio del que DIARIO DE AVISOS es socio de referencia. ¿De manera que éramos capaces de cumplir a rajatabla la orden de retirada? ¿No habíamos sido, antes y siempre, un pueblo

rebelde, una sociedad contestataria y disconforme? ¿No discutíamos de todo y con todo el arsenal argumental en las barras de los bares, en los descansos del fútbol? Pues resultó que estábamos mentalmente predispuestos a acatar una orden de esa magnitud cuando, en la ya histórica comparecencia en TVE, Pedro Sánchez anunció, el viernes 13 de marzo, anunció la drástica medida: el decreto del estado de alarma por 15 días que su Gobierno aprobaría al día siguiente, sábado 14 de marzo, cuando el coronavirus afectaba a 4.200 personas y se había cobrado las vidas de 120 personas. Y no solo fuimos leales y obsecuentes aquella primera vez, sino en las tres prórrogas siguientes. E, incluso, en la más polémica políticamente, la cuarta, cuando Sánchez, a falta de apoyos en la oposición, se sacó de la chistera aquel acuerdo sorpresa con Inés Arrimadas, que le sirvió a la catalana de debut bajo los focos mediáticos como lideresa de Ciudadanos, ya alejada de la tutela de Albert Rivera, el político que arruinó su porvenir por no pactar con Sánchez antes de las elecciones del 10N de 2019.

Aquí se cuentan muchas de esas escenas que describen el encierro nacional, cuando el pueblo español -y el canario, en un doble aislamiento- emuló la proverbial sumisión del pueblo chino, origen del virus, doblegado y aquiescente ante el emperador, amo y señor, autor de decretos sagrados. Nunca un presidente en España tuvo tanto poder durante este estado de alarma.

La jaula como hogar deterioró mucho también la salud en otras facetas humanas. Las mujeres víctimas de la violencia de género lo pasaron fatal, y en Canarias prosperó la contraseña Mascarilla-19 en las farmacias para solicitar ayuda en cualquier situación de peligro. La iniciativa, surgida en Canarias, fue enseguida importada en toda España y países como Francia, Noruega o Estados Unidos.

Esta aparente etapa de corrección social no estuvo exenta de los epi-

sodios más corrientes en la vida ordinaria. La gente, de una parte, convirtió su casa en castillo inexpugnable. Distribuyó los espacios según hábitos de la vida pública: habitaciones para el esparcimiento, terrazas para tomar café o té y hacer gimnasia, leer en la Tablet o el periódico físico las noticias del día, leer libros, jugar en el móvil, reírse, aplaudir, lucir pancartas, disfrazarse, cantar, hacer la estatua y mirar fijamente a la calle vacía con nostalgia… Y ver la tele. No faltó la irrupción del tema nacional por excelencia, el de la infidelidad televisada, en el seno de una pareja de comunicadores, que, además era pareja sentimental: Alfonso Merlos y Marta López. Merlos intervino en una emisión de Youtube durante el confinamiento, como comentarista, desde su vivienda habitual y, en un descuido, se coló al fondo la imagen de una tercera persona, que resultó ser la reportera de Telecinco Alexia Rivas, semidesnuda. El triángulo amoroso dio para mucho en los programas de Mediaset y abonó la conocida querencia del pueblo español por los asuntos rijosos y las historias de cuernos. No cambiamos, ni en cuarentena, lo cual consagra el marujeo en un signo de identidad.

No debe ruborizar a nadie el canguelo que se ha vivido. Aquí el más fiero se ha ablandado y metido en casa, si bien es cierto que no han faltado los refractarios que violaban la cuarentena con malos modos al ser sorprendidos por la policía. Ha habido multas y detenciones, reincidentes y órdenes de prisión. En los balcones la gente aplaudió puntualmente, a las siete hora canaria, a sanitarios, bomberos, policías y cuantos peleaban en primera línea contra el bicho. En los edificios se prodigaban casos de vecinos solidarios que se ofrecían a hacer la compra para reducir el margen de contagio, o porque algunas personas sufrían problemas de movilidad. En varias ocasiones anoté, no sin decepción, que algunos vecinos afearan la conducta a quienes simplemente subían a la azotea solos o con sus hijos a estirar las piernas y to-

mar el sol (esta generación padece ahora un déficit alarmante de vitamina D). Me parecía un exceso de polisitemia, como llamaba un amigo a esa propensión represiva sin venir a cuento. Ha habido de todo en este cautiverio de sentimientos solidarios y colmillos retorcidos.

Pero nunca dejó de perturbarme la sensación de estar siendo utilizados como marionetas. Verán que en algún momento trato de refutar la gravedad de la pandemia. Con el paso del tiempo, le voy tomando respeto y me arrepiento de haber aventurado algún juicio simplista ante el rigor impuesto por la autoridad nacional, el presidente que ha tenido más poder en todos los años de democracia. Al final, retomo las primeras suspicacias sobre el método y la oportunidad del confinamiento social y económico. Ya no dudo de la conveniencia de políticas preventivas, pero cuestiono formatos, métodos, cerrojazos draconianos como el de la economía. "Después vendrá el hambre y con él un grave deterioro de la salud", me previno un virólogo ante el calado de las restricciones.

Terminaré estas páginas con las primeras noticias graves sobre la bancarrota de Europa y España. ¿Era necesario tal apartamiento y harakiri económico o se nos fue la mano? España alardeó de ser el país que aplicó las medidas más drásticas contra el coronavirus. Recluyó a su población en una suerte de ciudades penitenciarias e hibernó la economía con todas las consecuencias. Suecia no movió un dedo en tal sentido. Aconsejó a sus ciudadanos medidas de precaución y santas pascuas. Las cifras de contagios y muertes le dieron la razón, aunque a mí -visto lo visto- admito que esa fórmula de dejar hacer me produce vértigo. Los ingleses empezaron con la misma receta y no tardaron en liderar el ranking europeo de contagios y fuertes. He decidido abstenerme de juzgar los distintos protocolos. Creo que ninguno es extrapolable. Ni Corea del Sur ni Suecia. Aquí insistiré en el nuestro, el modelo

canario, que tan buenos resultados nos dio.

En Estados Unidos, un presidente desquiciado ante el poder de decisión de cada estado de la Unión, provocó altercados y motines espontáneos, manifestaciones y pequeñas revueltas para exigir el desconfinamiento y la vuelta a la normalidad de la economía de la primera potencia del mundo, amenazada por la vitalidad de China, que apenas ha paralizado -insisto- un 10% de su vasto territorio. Y, sin embargo, en Nueva York han decidido abrir zanjas en los parques para sepultar a los muertos excedentes. No soy ajeno a cada realidad. En Alemania han pasado de puntillas por el coronavirus en los hospitales, pero al final se descubrió que tenía diez veces más casos que los contabilizados oficialmente; en Francia la situación se parece más a España e Italia, auténticos epicentros de la plaga. Pero en Suiza, el máximo responsable del Gobierno en la lucha contra la Covid-19, Daniel Koch, epidemiólogo, recomendó que los abuelos no se priven de abrazar a sus nietos. En Reino Unido se las dieron también de pasotas y el primer ministro, Boris Johnson, un día dio positivo y otro fue hospitalizado de urgencia con serio riesgo para su vida; cuando salió, contó que había escapado por los pelos de morir. Poco después -la muerte y la vida siempre dándose la mano- fue padre.

El libro está escrito desde la perspectiva del director de un periódico, con ese prisma y esa atalaya, con un gran volumen de información. En DIARIO DE AVISOS hemos hecho, como siempre, dos periódicos simultáneos, el digital y el de papel. En un momento determinado, temimos vernos abocados a cerrar la edición física fundada en La Palma en 1890, pues Sánchez anunció que cancelaría prácticamente toda la economía durante Semana Santa, cuando usó la palabra hibernación. Hibernó la economía de un modo inaudito. En ese periodo, en que nos libramos del apagón informativo por seguir siendo considerados un

servicio esencial, el editor y propietario, Lucas Fernández, ideó una campaña de entrega del periódico a domicilio, que ha sido un éxito.

-La redacción debe trabajar desde casa -admitió Lucas Fernández cuando se atisbaron los primeros indicios del estado de alarma.

Y lo hicimos en el acto. Teníamos dispuesto el plan y los medios para seguir operando con teletrabajo, desde el momento que nos mudamos, en agosto de 2018, de la antigua sede del barrio de Salamanca a las naves del Grupo Plató del Atlántico, en la Dársena Pesquera. De manera que solo el reducido grupo directivo y el personal de maquetación y corrección acudíamos a diario al periódico, a una redacción prácticamente desierta. La cuarentena, en mi caso, se desarrolló entre las cuatro paredes de la Redacción de día y buena parte de la noche, y, ya de madrugada, en casa, donde contempló el horizonte, el cielo y la lámina de mar que me evaden a todo lo ancho y lejos que la mente necesite para abstraerse de la dolorosa realidad.

Madrid y Cataluña han sido un infierno. Pero el Congreso de los Diputados no lo ha sido menos. ¿Cómo era la vida antes de entrar en la caverna? Habíamos asistido a unos carnavales controvertidos por una densa, horrorosa tormenta de calima, que ya presagia consecuencias desconocidas para la salud. Se nos advirtió de haber sufrido aquellos días el peor clima del mundo con la multitud en la calle.

Antes de ello, el 31 de enero, narramos los pormenores del primer caso de coronavirus de España, en Hermigua, un turista alemán y un grupo de acompañantes. Ahora, incluso siendo tan pronto para tomar distancia, me resulta asombroso que esta enfermedad que poco después iba a paralizar el mundo se manifestó en Canarias antes que en la Península (como dijimos siempre de otras vertientes, como la salsa o el surrealismo). Un caso importado, que no tardó en resolverse a las dos semanas. Pero recuerdo muy bien la noche del 23 de febrero en

que nos confirman antes del cierre el positivo de un médico italiano hospedado en Adeje, procedente de Lombardía, foco de la enfermedad en su país. El hotel H10 Costa Adeje Palace quedó confinado en el acto con mil personas dentro. Y se inició el ensayo de laboratorio de lo que aún no sabíamos que iba a ser la tónica de todo el país y, en parte, de todo el mundo. Nos resultaba excesiva la cuarentena de los huéspedes y el personal. Pronto dieron positivo la esposa y varios acompañantes del médico italiano, y, al cabo de quince días, se terminó el aislamiento con éxito. Algunas voces del Gobierno canario llegaron a asegurar, en la bisoñez de un fenómeno desconocido, ajenos por completo a la posterior dinámica de clausura que se impondría, que, de repetirse la situación, no pensaban aplicar otra cuarentena, al entender que era una medida demasiado rigurosa. Ya ven, el hotel de Adeje no hizo sino adelantar los acontecimientos que estaban por llegar en los distintos rincones del planeta. Y repito que esta anticipación me sigue impresionando. No fuimos cobaya intencionadamente, nadie lo premeditó. Vinieron los turistas con el virus y pudieron expandirlo masivamente. Sin embargo, afortunadamente, no fue así. La tragedia nos rondó; era una amenaza que entrañaba más riesgos de los que podíamos imaginar cuando solo se nos había dicho que se trataba de una gripe ligera.

Ahora lo sabemos por las consecuencias. Estamos al tanto de la bomba que no nos explotó. El turismo sería reducido a cero; los vuelos con el exterior, suspendidos y todas las islas y el conjunto del país quedarían sometidos a un estricto confinamiento desde el 14 de marzo, con el decreto del estado de alarma que anunció en la víspera por televisión un circunspecto y neófito Pedro Sánchez, que no ocultó su perplejidad en circunstancias tan excepcionales. Ningún presidente en España había pasado jamás por algo así.

He averiguado cuanto he podido, a medida que tomaba notas de lo

que nos sucedía a todos alimentando esta crónica de urgencia sobre el confinamiento. Y no tardé en llegar a la conclusión de que el coronavirus no sobrevino por sorpresa. Era previsible y, más aún, Barack Obama (2014) y Bill Gates (2015 y octubre de 2019) lo habían vaticinado casi con todo lujo de detalles. El director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Tedros Adhanom, llegó a presentar un año antes (marzo de 2019) una estrategia para combatir la gripe en toda la década siguiente, que contemplaba concretamente una pandemia de coronavirus. Pero ningún estado se hizo eco de tales advertencias y no se tomaron medidas preventivas -eso se desprende de lo que han dicho ahora- para dotar de infraestructura y medios adecuados a los hospitales de los distintos países.

Cuesta creer que hayamos sido tan pardillos todos a la vez. ¿Cabe pensar que EE.UU., la primera potencia del mundo, con todo su arsenal de inteligencia y capacidad científica, pública o secreta, el país que nos llevó hasta la Luna, carezca de un manual de instrucción para eclipsar una pandemia? Pandemias son lo más corriente que se despacha en el campo de la seguridad nacional. De una pandemia vírica a la vista había alertado, en efecto, todo Cristo con gran antelación: Obama, Bill Gates, la OMS y el sursum corda. A la vista de las últimas revelaciones que trascendieron en el cierre de esta publicación, supimos por EL ESPAÑOL -del que DIARIO DE AVISOS es socio de referencia- que el Gobierno de Zapatero, siendo ministra de Sanidad Elena Salgado, dejó diseñado, precisamente, un Plan Nacional para las Pandemias, 15 años atrás, con los pasos reglamentarios para afrontar una crisis como la que ha costado más de 25.000 vidas. ¿Y EE.UU? ¿Y Francia, Italia, Reino Unido…? ¿Y por qué los nórdicos se lo han tomado con flema infinita, casi resignados a que se inmunice el rebaño por toda estrategia frente al vendaval? Hay preguntas y conjeturas francamente

desconcertantes. Desde la citada hipótesis -recurrente y sospecho que inagotable- de que el virus fue cocinado en uno de los laboratorios de Wuhan, del que se escapó por accidente, hasta el diferente planteamiento de unos países respecto a otros. Si nos atenemos a los hechos, Canarias ha sido una especie de Wuhan que salió mejor parada por una suerte providencial o por hacer las cosas sin aspavientos, con rápidos y cortos pasos dentro de la excepción. Tuvimos primero que nadie el virus en casa, cuando en España y la mayor parte de Europa era una enfermedad nimia. Tuvimos aquel primer foco de Hermigua, con un turista italiano contagiado al cabo de una cadena de contactos con origen en una ciudadana china, de Shanghái, que impartió un curso al personal de una empresa en Baviera y previamente resultó infectada por sus padres procedentes de Wuhan. En ese taller se contagiaron cuatro empleados y uno de ellos se lo transmitió involuntariamente al joven que llegó en ferry a La Gomera en compañía de cinco amigos alemanes y que viajó con ellos en un Opel Astra hasta el bucólico enclave donde está el barranco del Cedro, que tantas veces frecuenté atraído por los tocadores de chácaras y tambores. Al día siguiente de arribar a la isla, sin tiempo de empezar a disfrutar de las vacaciones, una ambulancia se llevó a los primeros sospechosos de haber contraído aquella extraña enfermedad, hasta el Hospital Nuestra Señora de Guadalupe. No habían manifestado síntomas, pero el rastro detectivesco de aquel foco desatado en el curso profesional de Baviera conducía hasta ellos. Tuvimos un golpe de suerte. Encargué a Jorge Berástegui cubrir el episodio en la Isla Colombina, y cuando llegó ya se habían ido los periodistas de la competencia. Tenía toda La Gomera a su entera disposición, con la fortuna de que ese día de comienzos de febrero, los turistas alemanes rompieron su silencio a través del robusto Oliver Heinrich de mejillas sonrosadas, en calidad de portavoz, que lo primero que

dijo, ya entrada la noche, tras salir del hospital al cabo de dos semanas de aislamiento, fue: “No he pasado miedo en La Gomera; lo que más he echado de menos ha sido una cerveza”.

De manera que pudimos haber sufrido entonces una primera ola expansiva del misterioso coronavirus, que nos tomábamos a broma con comentarios como la pinta del teutón, pero no sucedió. Tampoco más tarde, cuando fue confinado el hotel de Adeje con mil personas y en toda España se juzgó exagerada la medida; incluso las autoridades canarias, ajenas a que el turismo estaba a punto de esfumarse a la vuelta de la esquina, admitieron que se lo pensarían dos veces si se repetía el incidente en otro hotel: no era buena publicidad en los mercados emisores. Para entonces -ingenua que es la ignorancia- tratábamos de conservar entre algodones la marca canaria en el exterior. Todo eso se fue al garete a las pocas semanas; estábamos al borde de un precipicio y continuábamos a paso ligero sin presentir las desgracias que nos aguardaban. La cuarentena del hotel -un caso inaudito con mil personas, según la dirección del propio hotel- se saldó con matrícula de honor: los turistas pudieron finalmente retornar a sus países y podrán contar la experiencia como la anécdota de su vida. Los periodistas de DIARIO DE AVISOS Juan Carlos Mateu y Juan Jesús Gutiérrez montaban guardia a diario a las puertas del hotel y, como tras los muros de una cárcel, se comunicaban con los huéspedes, les hacían fotos y contaban una estancia insólita bajo la sombra de un virus en uno de los mejores destinos turísticos del mundo. Todo salió bien.

Y más tarde, cuando fueron siendo detectados otros positivos puntuales aquí y allá, estuvimos al borde de sufrir un efecto multiplicador como en Madrid o Cataluña. Una noche, el presidente del Cabildo tinerfeño, Pedro Martín, me confesó sus temores: “No duermo pensando en que pueda haber una racha de ancianos contagiados en las

residencias de la Isla". El fantasma se recreó delante de las autoridades y los periodistas, nos hizo creer que iba a pasar algo gordo. Guardamos la sospecha sin alarmar a la gente, pero aquellos días estábamos al acecho del brote más temido. En una y otra pequeña residencia se diagnosticaron unos pocos positivos. Y llegamos a temer los peores pronósticos. La noche del viernes 27 de marzo llamé al fotógrafo Fran Pallero, y casi lo levanté de la cama. Le pedí que consiguiera la foto de los ancianos que estaban siendo trasladados del Centro Sociosanitario de Fasnia al Hospital San Juan de Dios. Se había registrado el primer fallecido de Covid-19 en Canarias en un centro de mayores y había 26 usuarios y 10 trabajadores contagiados. Pallero hizo la foto que fue portada de una ambulancia con una luz celeste y en el interior, sentado con mascarilla, uno de los ancianos aguardaba para bajar camino del hospital con el virus que en España estaba matando sobre todo a los más vulnerables, las personas de mayor edad. Aquel hombre llevaba la sentencia escrita en el gesto de resignación. Pero creo que se salvó como tantos y burló al enemigo con ese valor que muchos de nuestros abuelos tuvieron durante los peores días de la epidemia. En aquellas jornadas se sucedieron noticias de positivos en centros de mayores, pero, en particular, el geriátrico de Santa Rita en el Puerto de la Cruz era una bomba latente: tenía y tiene mil personas dentro. Pasó la alarma y los enfermos, en su mayoría, se recuperaron, sin que se produjera una auténtica carnicería en la población más sensible de la Isla.

Durante la redacción de este libro me he preguntado por qué Tenerife fue la isla más castigada en esta crisis con las tres cuartas partes de afectados de todo el Archipiélago. Decir carnavales es una opción, pero, además, habría otras circunstancias favorables: la poblada colonia de residentes italianos y otras nacionalidades castigadas … hasta causas singulares que solo pertenecen al azar.

Con todo, el impacto del coronavirus ha sido, en lo personal, moderado. Pero, en lo económico, ahora viene lo peor. Por una vez, nos benefició la insularidad; el aislamiento ayudó a poner cortafuegos naturales a la incursión del bicho en Canarias. De manera instantánea, dejaron de aterrizar y despegar los aviones, salvo causas estipuladas de fuerza mayor o para el retorno de los repatriados. Los hoteles fueron igualmente clausurados y los turistas conducidos a los aeropuertos para ser despedidos hasta quién sabe cuándo. La consejera del ramo, Yaiza Castilla, dormía tras las duras jornadas de la crisis cuando la periodista del DIARIO María Fresno la llamó para hacerle una pregunta con cierta complicidad. Cuando tomó posesión, Fresno citó a la consejera en la redacción y le hizo un comentario amable:

-Has tenido suerte, te han dado la Consejería de las buenas noticias.

Ahora, Yaiza Castilla contestó al teléfono cuando la despertó la periodista y le recordó los buenos deseos de la bienvenida. La política gomera fue franca:

-"Ni en mis peores pesadillas pensé pasar de llenar aviones con turistas a organizar una operación salida".

Así consta en la portada del viernes 27 de marzo, en mitad de la pandemia, cuando ya habían salido casi todos los huéspedes de las islas.

Todos hemos pensado en la muerte estos días. No son cosas que se hagan a menudo. Pero hemos reaccionado como si todos estuviéramos afectados por una gran amenaza letal. No estábamos preparados para recibir todos los días la noticia de centenares de muertes en España por una misma causa insospechada que también nos rondaba a nosotros, en estas lejanas y conectadas islas. Veníamos de vivir emociones fuertes. Incendios, Thomas Cook, un cero energético, calima … cuando se desató el coronavirus. Pero de todas las desgracias, esta última era la más dantesca. Me puse a escribir por inercia, y estas notas

inéditas hasta ahora cobraban cuerpo de noche, al final de la jornada en el periódico, al rebufo de la sangría diaria de víctimas y preludios de un continuo desastre, como un ejercicio de desahogo y recolección. Unir los cabos de la tragedia y ponerlos negro sobre blanco en el papel para no olvidarnos nunca. Este es un libro para uno mismo, para cada uno de nosotros, al que poder añadir los recuerdos personales. Para tener presente lo que pasó.

En 'Ventanas de Manhattan', Muñoz Molina miraba a las fachadas y escrutaba los interiores domésticos. Estos días, he mirado obsesivamente a los balcones y las ventanas de las casas cerradas. Porque yo he paseado por la ciudad desierta. Y me he sentido como el único habitante. El único vecino del puerto, de la ciudad, del cielo y del mar. Un solitario superviviente. El viandante de las Ramblas. El único hombre sobre la tierra. Así, día tras días, obligado a cruzar las calles sin ningún alma más que la mía, como si todos hubieran desaparecido en una distopía inverosímil. Y en esas travesías se siente pena, una pena sórdida y pálida que no es reconocible, porque apetece, a veces, llorar; llorar secamente, con impotencia y rabia. Cuando hacia esas caminatas me trasladaba de casa al periódico. A los periodistas nos calificaron de servicio esencial y nos movíamos de un sitio a otro con un certificado que acreditaba nuestro trabajo. Después, me sumergía en la redacción y pasaba horas interminables entre cuatro paredes. Al día siguiente se repetía la pauta y el sentimiento de humillación. El virus estaba en todas partes, agazapado, aguardando el más mínimo contacto para adherirse a las cosas, a la ropa, a la piel. Y no debías llevarte la mano a la cara por nada del mundo. O eras hombre muerto. Esa era una posibilidad real. Todos los días han muerto centenares, y ya miles de personas en España, y decenas y centenares de miles en el mundo por esta causa que parece una broma pesada de Lovecraft o Alan Poe. ¿Por qué,

si no, volví a ellos, a sus relatos, a sus misterios y terribles endriagos de ficción? ¿Por qué estos 50 días de suspensión general me llamaron algunos poetas a la puerta, como si ellos tuvieran la llave para abrirla? Y los tuve en cuenta, a Vallejo, a Whitman, a Juan Ramón, a Neruda, a Cernuda, a Rilke… los más grandes y los más intimistas. Mucha gente consumió televisión. Pero a mí me daba por leer a Borges y a los poetas. Llegaba a casa exhausto de actualidad, rellenaba los folios de esta miscelánea, y me zambullía en esas páginas donde estaban las respuestas. Vallejo escribió: "Hay golpes en la vida, tan fuertes…¡Yo no sé!/Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,/la resaca de todo lo sufrido/ se empozara en el alma…¡Yo no sé!" Y me estaba contando lo que me estaba pasando. Lo que nos estaba pasando a todos. Yo no sé.

En los balcones, como ya comenté, la gente rompió a aplaudir, primero a las diez de la noche, hora peninsular, y después a las ocho (a las siete en Canarias), para que los niños también pudieran homenajear a los sanitarios que se han jugado la vida en esta guerra, en la primera línea de fuego. Muchos artistas han salido al balcón a tocar el violín o la guitarra, y a cantar. Desde Roma nos brindó su serenata en el balcón Celso Albelo. Y en La Orotava, ante la impetuosa vista del Valle, todas las tardes salía a cantar su Ave María Chago Melián.

Las siete semanas del confinamiento, sensu stricto, han terminado. Se abrieron las puertas. Hubo felicidad, una explosión de novelería por recuperar el espacio perdido. Y ya no hay quien detenga la vuelta de la normalidad. Pronto -acuérdense de lo que les digo- tendremos una lejana memoria de estos sucesos, porque estoy convencido de que la vieja normalidad se impondrá a la nueva y recuperará su espacio intervenido. Nos acordaremos -eso sí- de la pausa que nos devolvió al ser interior de cada uno de nosotros. Estas líneas fueron escritas para la desmemoria. Con esa finalidad.

quédateEnCasa

Domingo 15 de marzo

Primer día del estado de alarma. Decretado el estado de alarma, impera, por tanto, la alarma en todo el país. Es la primera vez que los periodistas no somos acusados de alarmistas. Ese papel ahora le corresponde al propio Estado, que ha declarado con plena conciencia la alarma general. Me levanté sobresaltado. Habíamos dejado la noche anterior cerrada una edición con la noticia confirmada en todos sus extremos. Pero ya en la víspera, el periódico del sábado mostraba, a toda plana, en Primera, el rostro turbado de Pedro Sánchez, el primer presidente que adoptaba la medida en su máxima expresión, pues el precedente del 2000, cuando Zapatero, vía Pepiño Blanco, declaró un estado de alarma, no significaba ni de lejos lo mismo que ahora. Aquello fue una respuesta instantánea y fulminante para militarizar las torres de control de los aeropuertos ante la huelga encubierta de los controladores. Y esto es el cierre de un país, el aislamiento de 47 millones de habitantes y la declaración, a su vez, de una recesión económica irremediable, si no lo remedian una buena dosis de keynesianismo y

alguna inusitada sorpresa de inteligencia política, de la que carece a todas luces el país. ¿Qué hará el Gobierno? ¿Dará la talla? ¿Y la oposición? ¿Estará a la altura? ¿Cómo se gana esta guerra si ya no hay prototipos de Churchill en el mundo, sino monigotes clónicos de Trump?

Tengo 63 años recién cumplidos y hace más de 50 viví la sensación de un aislamiento profundo y continuado entre las montañas de Anaga, en el fondo de la capital de la isla en la que vivo. En el pueblo de los últimos vecinos desterrados, donde había que sortear una carretera sinuosa que bordeaba las cimas y desfiladeros hasta sucumbir en el nido de los descendientes de una adorable sociedad endogámica, habituada a vivir de espaldas a la ciudad. Allí pasaba con mis hermanos meses ininterrumpidos de silencio y sosiego, en la paz bucólica de una vida silvestre, que estaba a pocas horas del Santa Cruz cosmopolita, pero a una distancia psicológica sideral. Allí vivían los moradores de la cuarentena eterna en su encierro de paredes gigantescas, con abismos que daban miedo y disuadían a los forasteros. Gente remetida y fantástica, como del legendarium de Tolkien, en su laberinto de curvas. Pero siempre llegaba alguien de fuera, que cruzaba el Bailadero, desafiando la oscuridad del túnel y las brujas encubiertas, con la curiosidad de conocer a Ambrosio Afonso, mal llamado 'el Fenómeno de Taganana'. Mi amigo deforme y entrañable, un ángel de las montañas…

De manera que este domingo 15 de marzo salí a la calle con una sensación extraña, cumpliendo con una de las excepciones de la cuarentena, la de poder hacer compras, y debidamente acreditado para circular sin temor a ser detenido. Los periodistas somos considerados un servicio esencial, con este salvoconducto entro y salgo. Compré el periódico en la gasolinera más cercana de casa. Un hombre carga con cinco sillas encadenadas de su local -al parecer, una hamburguesería- y a ello le habíamos puesto un título que me recordaba el lenguaje de

la gente mayor de antes: 'Canarias se recoge en casa para resguardarse del coronavirus'. Le concedo una gran importancia a la opinión de los expertos, los científicos, los virólogos, suya es la máxima autoridad en la materia. En la edición de este domingo teníamos la suerte de contar con tres voces autorizadas para hablar del coronavirus: Basilio Valladares, Antonio Sierra y Almudena Rivera. Me había llevado un disgusto la misma mañana del jueves en que convocamos a los tres en la sede del periódico. Me telefoneó Anselmo Pestana, delegado del Gobierno, para anunciarme que Almudena, con toda probabilidad, no acudiría porque Madrid prefería centralizar toda la información. Ella es médica de Sanidad Exterior y jefa provincial del área dependiente de la Subdelegación del Gobierno. Bien por descoordinación o por una furtiva decisión a mi favor, lo cierto es que la primera en llegar fue Almudena. Y yo no hice preguntas, supuse que el inconveniente había sido solventado por los cauces correspondientes. Cuando estuvieron los tres listos, procedimos a hacer una excelente mesa redonda sobre el coronavirus a puerta cerrada (sin que aún se hubiera declarado la cuarentena), que la periodista Clara Morell se ocupó de transcribir y adaptar a nuestro formato de entrevistas corales. Una pieza excelente adecuada al refrán de "a buen entendedor, pocas palabras bastan". El virus de marras tiene una alta capacidad de contagio, un índice de letalidad semejante a la gripe estacional y un comportamiento asimétrico según qué países. Ahora que escribo en casa, al final de la jornada de este domingo, primera del estado de alarma, doy vueltas a la opinión de los expertos. El sábado publicábamos la de Luis Enjuanes, virólogo español del CSIC, que parecía convincente en esRadio. Son hombres de ciencia, no están acostumbrados a esta notoriedad, bajo la presión de todo un Gobierno y de toda Europa, incluso, de todo el mundo a este paso en que la onda expansiva del confinamiento parece no te-

ner límite. El virus se disemina, sí o sí, como la gripe estacional, y, a falta de una vacuna, lo hace más deprisa y en mayor profusión. Pasó en 2009, cuando me sentí culpable de cruzar el Atlántico en un viaje a Perú, pensando que portaba conmigo el H1N1, la influenza o gripe A, para entonces ya catalogada como pandemia por la OMS, que ha hecho lo mismo en esta ocasión. Sí, admito que la suspensión de las clases y algunas prohibiciones drásticas de festejos y manifestaciones coadyuvan a que esa propagación sea menos acelerada y repercuta en menor medida en el sistema sanitario, expuesto al colapso ante una avalancha de infectados. Todos estos padecimientos suelen incidir de manera preferente en el 20% de la población, esa lección ya me la sé, es lo primero que nos enseñan los epidemiólogos; el resto de la población, el 80%, lo sobrelleva como puede con leve sintomatología o sale indemne.

El estado de alarma consagró, por imitación, el alarmismo chino, se hizo eco de su impronta, la reclusión de Wuhan, como aquel aislamiento de Taganana. Y acarreará, a buen seguro, las otras plagas que se deriven de esta, y que permanecen en cola a la espera de los errores que cometan España, Europa, acaso el mundo al completo: la recesión. Ella será la primera mutación social de este virus, que al igual que pasó del animal al hombre, invadirá las células de la economía.

En las calles desiertas de mi ciudad, Santa Cruz de Tenerife, había esta mañana un reflujo de ese miedo. Porque la psicosis y el pánico son ingobernables en este estado de cosas. Se nos van de las manos. Algunos vecinos bienintencionados salían a los balcones a cantar o hablaban unos con otros asomados a las ventanas. Como antaño. El tema de conversación era el virus y algunos hechos hilarantes. El vídeo de un funcionario que desafiaba en una de las calles de La Laguna al Estado con su derecho a no secundar el hashtag quédateEnCasa. El hombre

se exhibía ufano y contestatario, echándoselas, henchido, grabándose en su móvil como un ermitaño en la calle mientras el grueso de los vecinos se refugiaban en las casas siguiendo la orden del Gobierno. Los papeles invertidos. El eremita era él.

Una rocambolesca circunstancia hizo que las peluquerías quedaran exentas al cierre, junto a los supermercados, farmacias, gasolineras y quioscos, pero antes de que este domingo concluyera el Gobierno rectificaba y yo me quedaba sin mi corte de pelo programado para estos días. Me veré abocado a las odiosas guedejas mientras dure el estado de alarma. La gente ha vuelto a ejercitar hábitos que se les habían ido atrofiando, como el de mantener una conversación irrelevante y distendida, sin prisas, con todo el tiempo por delante, como si el año que estrenamos, este bisiesto 2020, fuera un año traspapelado de alguna década anterior, que regresa a la cronología con sus costumbres ya en desuso. No es un año normal. Todo nos ha salido al revés. Esa calima que padecimos en Carnavales, semanas antes del coronavirus, y el cero energético anterior y antes la crisis de Thomas Cook, y antes los incendios de Gran Canaria. Y ahora esto. 2020 se está cobrando alguna deuda histórica del hombre con la naturaleza. No es un estribillo mío, ya se lo he oído decir a más de uno desde que estalló esta crisis.

Eran curiosas las fotos, todas, que nos surtió este domingo Sergio Méndez. Algunos vídeos resultaban simpáticos, como una pareja de bailarines negros en el Puertito de Adeje, espoleando a los clientes de un bar-terraza en mitad de la angustia por el virus, horas después de que el presidente Sánchez anunciara que al día siguiente decretaría el estado de alarma y dos semanas de enclaustramiento. El primer rumor que llegó a las redacciones de EL ESPAÑOL y DIARIO DE AVISOS es que Ábalos, el ministro a la diestra de Dios, deslizó que serán como mínimo 45 días. Así que paciencia.

Este domingo ha sido todo un ensayo de laboratorio. Es posible detener el mundo, un país, una isla, una ciudad y reducir todo el espacio habitable a las cuatro paredes de una casa. Llegaron a la redacción las fotos de una familia que designamos representante de la sociedad alarmada: una buena gente de Punta del Hidalgo, que cocinaban una ensaladilla y jugaban al parchís. Tres generaciones reunidas en el hogar, como escribió Juan S. Sánchez en su reportaje de la edición de mañana lunes. La familia la aportó Silvia, maquetista, y resultó un hallazgo, nuestro primer testimonio de vida en la jaula. Los pájaros contra las escopetas. Aunque aquí nadie nos apunta y, en realidad, se ha demostrado que somos un mundo de periquitos, dóciles y hasta sumisos. Ha sido con la palabra, si más método de coacción. Habló el presidente en televisión y todo quisque se replegó acatando la orden del mando único, con disciplina militar. Algunos con el acto reflejo de los tiempos de la mili; la mayoría, con una cortesía inaudita. ¿Quién dijo que el pueblo español no era respetuoso y obediente? Aquí nadie ha rechistado. Ni los indignados de Stéphane Hessel, ni los CDR de Torra, ni siquiera Puigdemont desde Waterloo. ¡Qué decepción!

La tarde fue una lección de periodismo en carne viva. Hacia las ocho, pensábamos que la portada se la llevaba el crucero de la polémica. El Costa Luminosa venía del Caribe precedido de una leyenda negra de infectados a bordo, y era cierta su fama, incluso uno de los pasajeros desembarcados en un puerto de América falleció. Las autoridades españolas prohibieron que atracara en Santa Cruz, pero por razones humanitarias lo hizo, las ambulancias evacuaron a tres pasajeros, y el barco levantó escala y se fue. Hacia las nueve, dimos mayor relieve a la comparecencia de los cuatro ministros que tienen la sartén por el mango bajo el estado de alarma: los de Sanidad, Defensa, Interior y Transportes. Pero, de inmediato, saltó la noticia del día y acaso del

año: el rey Felipe VI destronaba en la práctica a su padre, el rey emérito que había traído la democracia a España. Don Felipe le retiraba la paga oficial consignada en los presupuestos de la Casa Real y, además, renunciaba públicamente a recibir herencia alguna de su progenitor. La razón de todo ello residía en las recientes informaciones publicadas por la prensa anglosajona que salpicaban al rey hijo como beneficiario indirecto de dos fundaciones reales, una de las cuales habría recibido supuestamente cien millones de dólares como donación del rey de Arabia Saudí (con la sombra de la sospecha de su papel mediador en el AVE a la Meca). Un escándalo de marca mayor. No obstante, la noticia pasó, finalmente, al faldón de la portada al sonar el teléfono y contarme el presidente canario, Ángel Víctor Torres, que al día siguiente se restringirían, por primera vez, los vuelos a Canarias, al punto de que solo entrarían aviones con pasajeros autorizados por razones sanitarias o de fuerza mayor. Estábamos asistiendo a escenas y supuestos jamás previstos ni remotamente en nuestras insularizadas vidas ávidas de conectividad, jamás de autoaslimiento. "Son momentos históricos", me dijo Torres con tono solemne, y justificó su petición en tal sentido al presidente Sánchez en la necesidad de impedir la importación del virus desde focos sensibles como Italia -cuya colonia en las islas es numerosa-, pues Canarias, que había sido pionera registrando el primero caso de coronavirus en España y que había aplicado la receta china confinando un hotel en el sur de Tenerife con mil clientes y trabajadores dentro, era este domingo, a las diez y media de la noche en que hablábamos al filo del cierre de la edición, una de las regiones menos castigadas por el Covid-19, con tan solo un centenar de contagiados y un muerto.

Es verdad que las dos primeras páginas interiores del periódico, la 2 y la 3 se las dedicamos al affaire de los reyes, si bien la práctica totali-

dad del periódico versó sobre el coronavirus. ¡Cuántos diarios más haremos monográficamente dedicados al bicho! Nadie sabría responder ahora a esa pregunta. Regresé esta noche a casa con la sensación de que habíamos hecho un periódico pletórico, intenso, extremadamente fuera de lo normal, el primero de una serie impredecible. Y hace 48 horas que fabricamos el Diario sin redacción presencial, salvo el vicedirector, Agustín González; el subdirector, Juan Carlos Mateu; los maquetistas Samuel, Jesús, Silvia, Juan, Enrique y Matute, las correctoras Doris y Davinia, que se turnan, y un servidor. Este domingo nos acompañó también Tinerfe Fumero, por razones logísticas. Su ordenador portátil estaba averiado. De esta manera, poniendo en práctica el teletrabajo, estamos tirando para delante; son días ociosos, como leí en un tuit de Fernando Jáuregui, en que apetece quedarse leyendo en casa, como sugiere González Pons, que invita en Twitter a una ronda de libros para la ocasión. No será esa mi suerte. Y mi ansiedad se multiplica porque tenemos el reto de hacer un periódico sin noticias en la calle, sino en las casas. ¿Seremos capaces de lograrlo en los próximos días de estado de alarma? ¿Cómo reaccionará la política internacional? El coronavirus ya ha hecho a Putin eterno, estrujando la Constitución para seguir en el poder hasta convertirse en octogenario, el abuelo de la KGB, un adelantado de los nuevos tiempos, pues de esta saldrá la política controlando nuestras vidas las 24 horas. Es lo primero que he pensado. En el Gran Hermano de Orwell. O espero estar equivocado.

Antes de irme a dormir, me detengo en una propuesta de Álex Rovira, que nos emplaza a escucharle en su canal de Facebook sobre la regla 80/20, la Ley de Pareto: el 20% de las causas genera el 80% de los efectos. Lo haré.

Empieza una nueva vida

Lunes 16 de marzo

Segundo día de cuarentena. Esto es una guerra. La III Guerra Mundial. Una guerra contra fantasmas, que se dirime más en el terreno de la fantasía, de la ficción, que de la realidad. Como soldados propiamente dichos estamos movilizados, unos en casa guardando un estricto acuartelamiento y otros en el frente, en los pocos sectores productivos no suspendidos por el estado de alarma. Entre estos últimos estamos los periodistas, que arrostramos el peligro de vernos las caras con el virus SARS-CoV-2, un enemigo fugaz y difuso que burla todas nuestras estrategias y ofensivas. En Italia, donde aplican con disciplina casi castrense un estricto enclaustramiento, la curva del coronavirus no cede. Lo cual desanima en sumo grado a los transalpinos y, de paso, a nosotros, que hemos apostado por las mismas recetas. Con cierto retraso, pero ninguna fe definitiva en obtener éxito. Hoy telefoneé a un alto cargo del Gobierno canario y le pedí confidencialmente su opinión sobre las medidas adoptadas. No quiso traicionarse ni traicionar a sus socios, pero al cabo de unos minutos

terminó deslizando su temor a la equivocación, su incertidumbre y sospecha de que algo no encaja en el grado de la respuesta frente al problema. Hice otra llamada, esta al doctor Antonio Sierra, uno de nuestros virólogos más solventes. Juzga con asombro y escepticismo las disposiciones anunciadas este lunes. Unos minutos antes, el ministro Marlaska había expuesto el nuevo plan: cerrar las fronteras terrestres. Así nos las gastamos. Madre mía. Debe de ser gordo todo cuanto no sabemos o no nos han querido decir acerca de este virus, me digo. España volvía a limitar con los Pirineos. Como con Franco. Y simultáneamente trascendió que Ursula von der Leyen convocaba a los jefes de Estado y de Gobierno de los 27 para acordar algo similar respecto al conjunto de la Unión Europea: blindar la UE, elevar un muro frente al resto del mundo hasta que el virus pase. El muro de Schengen. El muro de Trump, al que tanto vituperamos por cosas así. El susodicho había prohibido en su país vuelos procedentes de Europa; esta era la réplica. Con Europa y España levantando de nuevo fronteras, el anatema era genial en la pretendida aldea global de nuestras ensoñaciones cibernéticas. Canarias confirmó su propósito de autoaislarse. Esta era la decisión que hacía titubear a mi interlocutor del Gobierno. Estoy convencido de que todos, desde el presidente al último del Pacto de Progreso, tuvieron sus dudas este lunes sobre las bondades de cerrar prácticamente nuestro espacio aéreo, reducir desde más de un centenar de vuelos con la Península hasta tan solo una veintena, para el retorno de los canarios y poco más. Paralelamente, y como consecuencia de ello, se pensaban cerrar los hoteles, al menos, durante tres meses. Canarias ponía el freno de mano a la locomotora de su economía, el turismo. Se hacía el harakiri. Y con él la pregunta era obligada: ¿De qué vamos a vivir ahora? Constituía un supuesto inimaginable, una decisión no solo histórica, como me

había adelantado en la víspera el propio presidente Torres, sino prehistórica, con la que retornar a los años de la agricultura de exportación y el éxodo hacia América. Aquella era de carencias la solventó el turismo, hace cien años. Volvíamos al punto de partida. ¿Qué cabía esperar de tamaño retroceso en nuestro tejido económico, adónde serían desplazados los flujos de mano de obra que quedarían en paro automáticamente? Si el estado de alarma va a durar 45 días, como sugiere la confidencia de Ábalos, Canarias inicia un camino a ninguna parte. Por razones obvias, carece de reservas para resistir a priori una crisis turística prolongada en el tiempo, y esta lo va a ser. Es cierto que las propias Islas dan el paso voluntariamente, en aras de amurallarse contra el virus impidiendo el paso de los turistas, acepta inmolarse en una prueba de subsistencia sin precedentes. Baleares, también, y la potencia turística mundial que es España. Pero en Canarias la dependencia del sector es más del doble de la medida estatal, en términos de PIB y de empleo (el 35% y el 40%, respectivamente). Camino del abismo, comenzamos esta travesía del desierto. ¿Qué más sorpresas infaustas nos reservan los días venideros?

Discuten mucho de medidas en el Consejo de Ministros, según trasciende. Los dos polos opuestos de Pablo Iglesias y Nadia Calviño, vicepresidentes en las dos orillas del Gobierno (Podemos y PSOE) sobre las ayudas sociales y el socorro a las empresas eterniza los cónclaves ministeriales. Mañana martes tienen previsto acordar y hacer público un plan de choque (los famosos e insustituibles planes de choque que acuden en socorro de las grandes encrucijadas). El papel de Sánchez no es envidiable. La tormenta no ha hecho sino empezar y pone a prueba las costuras de su Gobierno, las dos almas, el mito de Jano bifronte. Llamado a conciliar polos opuestos en su Gabinete, ha de poner un oído al runrún de la Zarzuela a causa de las tensiones

familiares por la fortuna paterna que la prensa anglosajona atribuye a donantes saudíes. Esa bomba acaba de caer y tendrá efectos retardados. Annus horribilis, solían decir de la reina Isabel II. La monarquía española, inmune hasta hace poco a la crítica de la prensa, ahora asiste a un tiempo de inmunidad. Tampoco hay vacuna para los escándalos que le crecen.

Aplauden. Muchos vecinos se ponen a aplaudir por las tardes desde cada atalaya de cada casa convertida en castillo de esta guerra. Aplauden y vociferan a favor de los médicos y sanitarios en general. También se dan casos de insumisos a la declaración de estado de alarma, y los vehículos de Protección Civil recorren las calles conminando por megafonía a cumplir la ley. Hubo un colectivo que se rebeló contra el real decreto, el de los y las peluqueras, y consiguieron que el Gobierno rectificara y pudieran cerrar sus negocios, indefensos ante el miedo de estas primeras horas de la pandemia. No trabajar se ha vuelto un derecho. Pero nadie se pregunta cuál será el costo de este parón. A pie de calle, las encuestas son desalentadoras. Vecinos que no se ocultan de las cámaras desafían el confinamiento, bromean con la vitamina solar y se exponen a severísimas multas. Tan caprichosas son estas reacciones impulsivas como aquellas otras de las horas de miedo previas a las de terror en que los supermercados vivían escenas de clientes con carritos atiborrados de papel higiénico, sin saber muy bien por qué ni para qué. Al filo del cierre, recogimos los pronósticos de algunos economistas, como José Miguel González, que preconizaban una caída del 0,2% en nuestro PIB y un abultamiento de las bolsas de paro. A estas aguas desemboca la guerra de que hablaba, un conflicto contra los molinos como don Quijote. La crisis económica será la enfermedad del mundo, como lo es la crisis sanitaria, y acaso lo sea más tarde la crisis política. ¿Y de qué mun-

do y de qué política hablamos? ¿Quiénes vendrán detrás? Hemos ido perdiendo referencias, voces que avisen, filósofos que teoricen, economistas que se mojen. De aquel políticamente correcto, que abortó la libertad de opinión, hemos terminado desembocando en el mayor teórico y filósofo de nuestro tiempo: Donald Trump.

La última llamada del día

Martes 17 de marzo

Llevamos tres días de ensayo de la gran involución y no dejan de sorprenderme las ingeniosas iniciativas del vecindario, en que se ha convertido la isla y todo el país: una gran vecindad. El ciudadano ha vuelto a su condición primigenia, la que había olvidado elevando Internet a los altares y haciendo suyo el mundo virtual de las redes sociales. De avatares a ciudadanos de puertas adentro. Hemos hecho el viaje inverso. Somos vecinos de casas de cuatro paredes y lo demás pasa a ser secundario. Sin embargo, los niños sobrellevan el encierro con herramientas que son de su tiempo más que del tiempo de los mayores: viven en su ciberespacio entrelazados por la wifi y el cable. Mi hijo se entretiene hablando con sus primos de Perú en la interfaz de su móvil y su ordenador. Y juega con ellos en simultáneo como si fuera de una manera presencial. Pero luego apaga el artilugio y recuerda que ha quedado a esa hora en comunicarse mediante una linterna con su compañero de clase que vive en un edificio enfrente del nuestro, dos calles más allá. El gran pasillo informático que había interconectado

todas las estancias del mundo queda en parte relegado esta vez por la vigencia absoluta de una casa de cemento innegablemente material, en cuyo interior vivimos en clausura, hasta cierto punto reinventándonos con reminiscencias de la cueva primitiva, lo más alejado, por tanto, al hombre cibernauta que hemos dejado en la puerta de la calle desde que el Gobierno decretó esta cuarentena bajo un estado de alarma por la propagación del coronavirus. Mi hijo ejecuta señales de humo con los haces luminosos de su linterna, que son respondidos por su amigo y vecino desde su ventana de enfrente. Es simpática la situación. Todo forma parte de una escenografía surreal.

Hoy hemos comentado en la redacción alguna que otra picaresca. Un individuo fue descubierto fingiendo que paseaba un perro -faceta que autoriza a romper el encierro-, que en realidad era de peluche. A otro sujeto que paseaba muy contento con su bolsa liberado de la orden de internamiento lo desenmascararon los agentes de policía: llevaba un pan suficientemente duro para no ser del día. Salir a comprar la comida o el periódico son funciones consentidas. Y esa clase de simulaciones más bien burdas pueden salir caras. Las multas se cotizan sabrosas, de 600 euros a otras con tres y cinco ceros.

Es una guerra, decíamos. Hoy varios líderes han empleado la palabra. Se la escuché a Emmanuel Macron ("Estamos en guerra, una guerra sanitaria") y a Pedro Sánchez: "Es una guerra al virus, jamás nos doblegaremos, resistiremos y venceremos", sentenció en la comparecencia -de su corto mandato, la más ambiciosa y arriesgada, con la tentación de imitar el sangre, sudor y lágrimas de Churchill - que resucitó la bolsa española tras anunciar una inyección contra el virus de 200.000 millones de euros, "la mayor que se ha aprobado en la democracia". Este ha sido un día histórico, así lo dejamos escrito en la página tres, en nuestro editorial ´Jaque mate´. Histórico por el paque-

te de medidas excepcionales del Gobierno de coalición para familias, empresas y trabajadores. Histórico porque hoy también la Unión Europea acordaba por primera vez el cierre de sus fronteras exteriores, como se había anunciado, y como España hizo unilateralmente en la víspera, resucitando el tope de los Pirineos. Histórico porque Canarias se encerraba en sí misma suprimiendo, de acuerdo con Fomento, la inmensa mayoría de vuelos con la Península. Etcétera. Nada de cuanto acontece nos deja indiferentes. ¿Mañana qué medidas se arbitrarán, cuáles son las restricciones guardadas en el arcano? Esto, en efecto, es una guerra, una suerte de Tercera Guerra Mundial contra un enemigo microscópico. En Reino Unido, Boris Johnson, parecía este domingo aceptar a regañadientes medidas coercitivas del estilo de España e Italia. En un briefing, que repetirá a diario, recomendó aislarse si se contrae la gripe de Wuhan, pero evitó de momento decretar aislamientos forzosos y cierres de escuelas. Usa paños calientes. Quizá todo se andará, si bien los ingleses, y algunos otros europeos (los nórdicos) son de la opinión de que es mejor la 'inmunidad del rebaño' con una resignación loable, pero temeraria, a la vez, y por lo visto no tan sólida ni infalible. Es verdad que este martes sorprende que las estadísticas de contagios y muertes no remitan en Italia, pese a su encarcelamiento residencial. Los chinos son otro cantar: pregonan a los cuatro vientos que han vencido a la enfermedad tras semanas de reclusión de millones de personas. Hay una sombra de duda, no son de fiar. ¿Dicen toda la verdad desde el primer día que atemorizaron al mundo con sus medidas draconianas ahora replicadas por numerosos países, entre ellos España? ¿O sus partes oficiales hay que ponerlos también en cuarentena? Por lo pronto, esta noche le hemos puesto una flecha para arriba en la última página de nuestro periódico de mañana a la reconocida epidemióloga china Chen Wei, de la Academia Militar de In-

vestigación Médica, cuyo equipo ha logrado, al parecer (todo lo chino inspira desconfianza en esta crisis hasta que se conozca el genoma del virus, su carnet de identidad, y Pekín recobre su crédito), una vacuna eficaz contra el coronavirus SARS-CoV-2 causante de la neumonía COVID-19. China asegura que podrá probarla en breve en humanos y ponerla al servicio de la comunidad internacional en tiempo récord. Esta misma tarde, la presidenta de la Comisión Europea, Von der Leyen, no dudaba en garantizar que habría vacuna en otoño, pese a las reservas de una periodista que le recordaba los plazos más realistas de un año para ese cometido. "Otoño", reiteró enérgica la dirigente comunitaria, que se escudó en la celeridad que exige la crisis de salud y la economía.

Los chinos se han tomado este desafío como un adelanto de los JJOO de Tokio, de récord en récord. Construyeron un hospital para combatir la enfermedad en diez días y ahora afirman que tras un mes de trabajo ya tienen el antídoto. La científica china me recordó al cosmonauta ruso Alexéi Leónov -el primer hombre en hacer una caminata espacial-, que se reunió en Tenerife y La Palma con su gran adversario, Neil Armstrong -primer hombre en pisar la Luna-, y reconoció en público que su país aspiraba a demostrar su grandeza adelantándose a los americanos en aquella gesta, sin conseguirlo por la audacia del Apolo XI y el éxito de esa misión. "La vacuna es el arma científica más poderosa para terminar con la pandemia del coronavirus. Si China es el primer país en inventar un arma así y logramos nuestras patentes, eso demostrará el progreso de nuestra ciencia y la imagen de un país gigante", proclamó Chen Wei, para mayor gloria de su patria. En efecto, esto es una guerra. "El enemigo no está a las puertas. Penetró hace ya tiempo en la ciudad. Ahora la muralla para contenerlo está en todo aquello que hemos puesto en pie como país, como comunidad", afirmó Sánchez en su mensaje de primera hora de la tarde, con tal len-

guaje, por si hubiera duda del género militar en el que se inscribe esta batalla.

Pero estos primeros días también he pensado que si estamos ante la Tercera Guerra Mundial (no entre países, sino contra el enemigo común externo), también estamos ante una crisis humanitaria. No sé si nos repondremos en un tiempo récord, como todo lo que rodeada a esta crisis. Pero asusta la envergadura de los daños humanos y materiales que se están produciendo.

He recordado hoy la visita a Tenerife en noviembre del presidente chino, Xi Jinpimg, cuando nos las prometíamos felices soñando con millones de turistas del gigante asiático viniendo a los sitios que recorrió su máximo líder, como el venerable Teide, el principal reclamo de su escala en la isla de regreso de la cumbre de los BRICS en Brasil. Es curioso y estremecedor. Tan solo cuatro meses después, todo ha sucumbido. El turismo ha muerto, acaso de modo temporal, pero de raíz. Tenerife y todas las islas cierran sus hoteles y Canarias abraza la consigna del 'Turismo 0' y el autoaislamiento, la restricción máxima de vuelos, como la medida más conveniente. Hace pocos meses no dudaban los empresarios turísticos en reprocharnos la más mínima alusión a países emisores y nacionalidades que pudieran dañar nuestra imagen. Hoy en que asisto a este harakiri colectivo de todo el sector, sin garantías de recuperar el terreno perdido algún día, me asombra la capacidad de renuncia y desistimiento de que ha sido capaz esta sociedad, cuya principal bomba de oxígeno era el turismo. Pero así ha sido, así está haciendo, y no tengo sino palabras de admiración para quienes se juegan los cuartos y los salarios en esta apuesta.

Recuerdo con nostalgia infinita los momentos previos a la llegada del coronavirus. Cuando puede decirse que éramos felices e indocumentados. Teníamos proyectos, sueños, objetivos. Éramos ingenuos

y soñadores. Ahora estamos metidos en casa, sin más propósito que eludir al virus devastador. Ese era el coco y vino.

Para muchos es el fin del mundo. Así de definitivo y apocalíptico. Cuando Pedro Sánchez invocaba un sentido de disciplina y exaltaba el heroísmo de quedarse en casa, evitando el contacto humano, el abrazo español y hasta el ósculo de los catecúmenos, para conjurar la propagación del coronavirus, han vuelto a asaltarme los fantasmas de la anterior gripe A. No pasó nada y el virus se quedó con nosotros. Se nos corteja con consignas que apelan a la militancia cívica y se nos convierte, en la práctica, en conmilitones de una guerra. He visto las calles de Santa Cruz desiertas a las pocas horas de la primera andanada de Sánchez, el pasado sábado, que seguí desde un bar que ahora no abrirá sus puertas en cumplimiento del estado de alarma. Santa Cruz, tantas veces estigmatizada como una ciudad muerta, cumplió ese rol ese sábado y lo seguirá haciendo durante la cuarentena. Viene de explayarse en un Carnaval sirocado que bordeó la suspensión con la suerte de cara, pues al día siguiente de un domingo de piñata fue diagnosticado positivo el médico italiano hospedado en el sur y, de inmediato, aislado el famoso hotel cobaya de Adeje.

Desde ese momento asistimos a una cascada de confinamientos en el exterior, que culmina en nuestras propias lindes con la apoteosis del estado de alarma. Imposible no alarmar si se decreta, justamente, una alarma. Tan inviable como invitar a abandonar en orden un recinto en llamas. A China se le metió entre ceja y ceja salvar el prestigio fortificando Wuhan, la cuna del virus, y ya nadie discute que ese método es el procedente. China es un país con la transparencia abolida que asegura que con la orden de reclusión resolvió el problema, y, una vez cantado victoria (a confesión de parte, relevo de prueba), una ristra de países notablemente contagiados, como Italia y España, no han duda-

do en copiar el guion, aunque algunos virólogos le concedan expectativas más modestas. España en tiempos no era reconocible sin toros ni flamenco, carente de su aguafuerte. Ahora el pan y toros han mutado en pan y fútbol, y este fin de semana no solo las calles se han amortecido, sin ocio ni clamor, sino que la gente se ha quedado sin goles. La cuarentena lo abrasa todo, del estadio a la pinacoteca, de la terraza al bar de la esquina.

Ahora esto es una tormenta perfecta, la simbiosis de las maldiciones, y el resultado es una pandemia, una recesión y una psicosis colectiva. La gripe estacional en España la padecieron hace un par de años 800.000 personas y hubo cerca de 15.000 muertos (6.300 el año pasado). Y en Canarias mata a una setentena (32 hasta hace pocos días, en el registro de esta temporada). El Covid-19 suma por ahora 6.000 casos en España y unos 200 fallecidos (en las Islas, 62 positivos y una víctima mortal el viernes). Es pronto para comparar estos datos y concluir si son parejos o disímiles, pero hace tiempo que reparo en el hecho de que la gripe común, que suele superar el nivel basal y acabar en epidemia, tumba cada año a entre tres y cinco millones de personas y arranca la vida a más de 300.000, incluso 600.000 en el mundo, la mayoría con enfermedades subyacentes o avanzada edad. El virus se ha viralizado y promueve cierres, cuarentenas y aislamientos en distintos rincones del planeta. No es que España se haya subido a la ola, es que este tsunami inunda la política mundial. China tiró por elevación y todos le hemos secundado en su receta de brocha gorda. la parálisis del mundo era previsible (Bill Gates ya se lo temía: un virus nos cogería con las defensas bajas). Ahora la recesión ya nadie la discute y en las Islas podemos decir que hemos vivido el colapso turístico que tanto temíamos. ¿Resucitaremos al muerto? Estoy convencido de que sí. Pero saldrá caro y acaso nada sea ya jamás igual. Repentinamente,

nos hemos despertado con las agallas de un samurái en este harakiri colectivo. Era posible desconectar al monstruo en que nos habíamos transformado. Esta es la prueba. Somos el zombi que había bajo todas las capas que acabamos de quitarnos de un decretazo. Y el planeta lo va a agradecer, aunque tanto martirologio no sea ajeno a las trifulcas entre chinos y yanquis por la famosa hegemonía mundial. Ese partido sí que no se ha suspendido.

La cuarentena como método no es nueva, tiene más de 600 años de historia, desde que en los dominios medievales de Venecia la ciudad de Ragusa probó la medicina por primera vez y funcionó contra la peste negra, que acabó con el 60% de la población europea. Empezaron por el trentino y pasaron al quarantino, porque 30 días de aislamiento se revelaron insuficientes. No nos llevemos las manos a la cabeza; esto ya está inventado y se soporta. Un portavoz chino se defiende de las sospechas que recaen sobre su país acusando a Trump de meterles el diablo en casa. Algunos científicos arrojan consideraciones que serenan los ánimos. En Canarias entramos en barrena, sin turismo, sin comercio, sin mucho margen de soberanía alimentaria y a expensas de la obra pública, una panacea de doble filo. Quedarnos en casa es una cura de salud. Una impagable terapia de apego familiar entre perfectos desconocidos: padres e hijos. Sin fútbol ni ganas de callejear por si las moscas, la vida va a dar estos días un respingo. Y dará sus frutos, acaso hasta suscite otro baby boom sociológicamente reseñable como el de los anglosajones tras la Segunda Guerra Mundial; y los políticos volverán a lavarse las manos como Poncio Pilato.

No estamos, este domingo, donde querríamos estar. Es el miedo a puerta cerrada. Y afuera nos espera la crisis mañana. Nos hemos subido a un tren con rumbo desconocido. Ni siquiera sabemos si el tren está en marcha. Todo es muy extraño. Corrieron las cortinas de las ventanas

y debemos estar dos semanas en stand bay. Nuestro deber es cooperar. Aunque no sepamos si el remedio es peor que la enfermedad.

No es el fin del mundo. Pero mueren paisanos para los que sí lo ha sido. Y en cierta forma, ya nada volverá a ser igual; así que acaso, tangencialmente, sea el fin de un mundo, al que sucederá otro distinto, más receloso, pero menos envilecido, ojalá.

Me preocupan los mayores. Están pasando un miedo atroz, señalados como las víctimas más vulnerables. En Madrid, saturada la Sanidad, se habla del drama de las UCI: se elige entre salvables y desahuciados al estar desbordados. Es patético.

Creo que las horas duran más en este nuevo reloj que mide un tiempo más lento dentro de las casas, donde las familias que entrevistamos a diario nos cuentan que han vuelto a sacar los viejos juegos del armario. Es un ritmo inevitablemente más tedioso. Pasan las horas muertas. Se mata el tiempo. Se teme morir.

En el periódico, me ilusiona cambiar de estancia. Salgo de la redacción con mis bártulos hacia el office, tomó café, llamo por teléfono, sigo trabajando, armando la nueva edición, y siento que el mero cambio de dependencia es como salir a la calle, ir de un sitio a otro, pasear por una ciudad que es nuestra planta de recintos espaciosos. Y supongo que en las casas está sucediendo lo mismo: las familias se entretendrán en una habitación y pasarán a otra con la idea de cambiar de lugar, de viajar y mover el cuerpo. Es posible que, incluso, al cabo de unos días, esas habitaciones reciban nombres de cafeterías a las que se iba, de restaurantes frecuentados, de cines y canchas de pádel. La gente no tiene más remedio que recrear su mundo doméstico, inventar ocios y dejar que el tiempo transcurra, pero será todo más lento de lo habitual. Y al final, saldrán de los hogares como liberados de un campo de concentración. No otra cosa se les pide que hagan, sino que perma-

nezcan obedientemente concentrados hasta que pase lo peor.

Me lavo las manos a menudo. Confieso que hay cierta pulsión obsesiva en ello. Apenas somos cuatro gatos en el periódico, el resto, como he dicho, teletrabaja desde su casa, y no está saliendo mal el experimento. Pero hay miedo entre los pocos que acudimos presencialmente. Cada día hay una propuesta de quedarse en casa por si acaso, pero son imprescindibles para la edición y corrección de las páginas, y no podemos desaparecer todos y hacer un periódico sin manos, sin ojos, sin contacto. Lo que no obsta para que me haya hecho esa composición de lugar: si la crisis se agrava, lo haremos. Sacaremos el periódico desde una nube. Pero saldremos a la calle.

Algo, al menos, sé que ha desaparecido para muchos de nuestros lectores. El estrés. Viven en el aburrimiento y nos compran en los quioscos para revitalizar la vieja costumbre de tocar con la mano las noticias, de sentir que seguimos siendo lo que éramos. Hay costumbres, incluso cada vez más anacrónicas, que nos reflejan e identifican, y a las que nos aferramos con un sentimiento de pertenencia. Por ejemplo, leer un periódico. ¿Desaparecerá La prensa?, le pregunté un buen día, hace mucho, a Hans Magnus Enzensberger, y el poeta y ensayista alemán me contestó al instante: "No. De ninguna manera. Siempre estará el instinto de tocar las noticias, de desayunar con los periódicos en las manos, de creernos de carne y hueso; los periódicos no pueden dejar de ser de papel". Ha llovido tanto, nuestra web es inmensamente más rica en lectores que nuestra edición de papel. Pero acaso sea cierta una cosa: ni este virus ha logrado tumbarnos. Ni un solo día hasta hoy hemos dejado de salir, aun sin garantías de que durante el encierro haya lectores valientes que crucen la calle, desafíen al bicho y compren nuestro periódico.

Quizá este hábito nos hace reconocibles, quizá sea una manera de

pertenecer al grupo, a la sociedad, a la vida cotidiana. Y de vencer al virus con lo que sacamos a relucir: entre otras, con esa noticia ilusionante de la vacuna. El último wasap de la noche es de un dirigente político: “Oye, ¿esa vacuna de China va en serio?”, me pregunta antes de dormir, con la esperanza de llevarse a la cama un buen sabor de boca.

El chollo de tener mascota

Miércoles 18 de marzo

Tienes la fatua sensación al final de cada día, tras el cierre del periódico, de haber escrito una página de la historia. Nos habían impresionado siempre los relatos de los grandes apocalipsis padecidos por la humanidad, las referencias de fedatarios o las crónicas indirectas que dejaron constancia escrita: las dos guerras mundiales, la caída del imperio romano, el crac del 29… En mitad de esta catástrofe leo que viene un gran asteroide con dirección a la Tierra. Lo que nos faltaba. La roca avanza hacia su objetivo. Un experto de la casa me tiene al tanto, se confía en que no pase nada, parece haber consenso sobre la improbable colisión. En septiembre, el Centro de Astrobiología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas describió, tras analizar un cráter mexicano de la península de Yucatán, qué pasó hace 65 millones de años, cuando un meteorito de 10 kilómetros impactó con una fuerza equivalente a la de diez mil millones de bombas atómicas como la de Hiroshima: incendió los bosques, provocó un tsunami colosal y expandió tal cantidad de azufre a la atmósfera que cegó la luz solar y

destruyó el 75% de la vida existente, dinosaurios incluidos. Los investigadores ya son capaces de precisar cómo fueron las primeras 24 horas después de esa conmoción y hablan de un "paisaje carbonizado". El asteroide que nos visita, como guinda del virus, posee un tamaño "lo suficientemente grande como para causar efectos globales", según la Nasa, en caso de chocar con nosotros, unos dos kilómetros de ancho, y, para mayor ironía, según las imágenes captadas, lleva una máscara facial. Se le espera para el 29 de abril, y me reiteran que no hay motivos para albergar temor alguno. Pero hemos entrado en una fase de psicosis colectiva y cualquier adversidad encuentra un terreno abonado para aumentar nuestras preocupaciones.

Estamos viviendo uno de esos acontecimientos, una parada cardiaca mundial, el desmantelamiento de la sociedad y la civilización que conocíamos, otro cataclismo, acaso, la catástrofe planetaria que quedaba por contar, para regocijo de los más conspiranoicos exégetas de esta época. ¿O estamos exagerando? El curso de los días dirá.

En la redacción, los cuatro gatos que permanecemos en pie entre sus cuatro paredes nos detenemos a prestar atención a la rueda de prensa del presidente de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el doctor Tedros Adhanom. Este exministro etíope y biólogo de reconocida trayectoria al que acusaron de ocultar epidemias de cólera en su país siendo titular de Salud, anuncia este miércoles que su organización lanza una gran iniciativa global para dar con un tratamiento o vacuna eficaces a corto plazo. Adhanom es quien más ha invocado mano dura y aislamientos estrictos a los países afectados. La búsqueda de una solución -ante la demanda universal de cualquier taumaturgia, por precaria que sea- con ayuda financiera de numerosos estados, bajo el nombre de Solidaridad, consuela a miles de contagiados que aguardan la panacea en las casas, las plantas hospitalarias o las UCI.

Este día ha sido un alto en la barbarie del virus para hablar de vacunas. Trasciende que Angela Merkel anda molesta con Trump por pretender el americano arrebatarle el posible antídoto que está a punto de conseguir la empresa biofarmacéutica germana CureVac. Trump le ha ofrecido, al parecer, una considerable recompensa económica a cambio de los derechos exclusivos. A esta avanzada investigación se refería esta semana la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, cuando apostaba por disponer de la vacuna en otoño. Merkel quiere que no salga de Europa, en paralelo con otra patente suiza. Ha sido, pues, un día para la esperanza, batallitas al margen entre líderes y estados. Alguien desliza sobre mi mesa un texto impreso de un correo de mi buen amigo Alberto Vázquez Figueroa. En él me recuerda algo que ya nos había contado en otra ocasión: aquella vez de 1969 que en la Amazonía ecuatoriana lo mordió un murciélago y desde entonces asegura que la sangre se le quedó licuada para siempre y nunca desde entonces se ha sentido enfermo. Hoy, el novelista, ya octogenario y como una flor, rescata su accidentado encuentro con el quiróptero y me dice que le han llamado del CSIC para tomarle una muestra de sangre, "por si se abriera por ahí un camino para hallar una solución a esta escabechina". No en balde, el coronavirus es hijo de un murciélago, según todos los indicios. Vázquez Figueroa me tienta con la noticia: "No sé, amigo Carmelo, si te interesa publicar esto. Es posible que haya quien diga que estoy haciendo el ridículo, pero no me importa. Si la lanzas, ayudarás a que se sepa que puede haber esperanza en medio de esta oscuridad". Se lo comento a Lucas Fernández, conoce también como yo esa historia. Y lo publicamos. Sale mañana, en la última (nuestra exitosa sección en la contraportada de Sopa de Ganso) y en página interior con su firma. El escritor que, si no me equivoco, más libros ha vendido en España después de Cervantes (en su día, al

menos, fue así y su editorial lo celebró públicamente). Conociéndolo, intuyo que anda entre costuras de una nueva novela sobre el bicho. Se lo pregunto. Y no me lo niega.

Me debato en las mil dudas que aquí vengo exponiendo sobre la idoneidad y acierto de este aislamiento masivo de toda España tras la declaración del estado de alarma. Quiero pensar que los expertos del Gobierno español y de los gobiernos de otros países que han actuado de la misma manera, alentados, sobre todo, por el doctor Tedros Adhanom, no yerran el tiro. Pero cada vez que me asaltan las dudas, consulto mi chuleta con los cinco millones de seres humanos que enfermaron de gripe estacional hace dos años en el mundo y los 600.000 que perdieron la vida. A fecha de hoy nos acercamos a cifras de 200.000 infectados en todo el planeta y 8.000 muertos. Teniendo en cuenta que las víctimas de la gripe común se refieren a una enfermedad que cuenta con vacuna, en tanto el SARS-CoV-2 que provoca este COVID-19 es un virus que afronta la humanidad a pecho descubierto, sin tratamiento ni vacuna, no puedo por menos que removerme en el asiento preguntándome si las cosas están siendo o no proporcionadas. Y siempre me digo al final que no tengo derecho a dudar de las políticas adoptadas por gobernantes asesorados por los mejores expertos, a buen seguro, gente de extraordinaria solvencia. ¿Quién me he creído? O ¿qué se nos oculta? ¿Qué se sabe de este virus que nosotros desconocemos? ¿Mutará y se tornará progresivamente más mortífero? "Todo esto es un simulacro", aventuran los amantes de las teorías conspiratorias. ¿Un ensayo para qué? ¿Para otro asteroide como hace sesenta y cinco millones de años? De manera que la duda conduce a este grado de paranoia. Entonces, rebajo mi pretensión a descubrir la verdad que esconde este aparente 'show de Truman' (casi escribo 'show de Trump') y admito mansamente que lo correcto es recluir a los infectados, como antes se

hizo con los leprosos, y proceder, de acuerdo con Sánchez, Macron y otros líderes, como si en verdad estuviéramos en una guerra. Pero no puedo por menos que sentirme como una marioneta.

Cada noche, puntualmente, a las siete en Canarias, la gente sigue asomándose a ventanas y balcones, y aplaude. Hay cierto dolor en esas palmas y diría que se llora también de ese modo, con un sentimiento sonoro. ¡Cómo, si no, desahogar la angustia que todo esto provoca en gentes que han sido sorprendidas en su inocencia! ¿Cuánto de tocado quedará en el futuro el modo en que siempre entendimos que debíamos encausar nuestras vidas? Públicamente, son vítores de homenaje a los trabajadores sanitarios, que están exponiéndose sin casi medios de protección (escasean las mascarillas y todo el resto del arsenal preventivo), y a los enfermos, claro, los familiares, los amigos, los parientes que han caído heridos en esta guerra. Estamos en estado de alarma, y en cierto modo en estado de coma. ¿Habrá punto y seguido? Desde esta noche, una tierra que siempre anheló comunicarse con el exterior como Canarias emprende una decisión sin precedentes: la de autoaislarse, reducir a la mínima expresión los vuelos con la Península, casi hasta una frecuencia meramente simbólica para retornados y personal sanitario: cero turistas. Sin barcos ni aviones, ni visitantes, la economía se detiene. Canarias se cierra y apaga los motores. Cero económico. Comprendo por qué escribo estas líneas antes de ir a la cama cada noche. Para poder creer, en otro contexto, en el futuro, que lo que aquí cuento ocurrió en realidad. No velo nada. Todo es real. ¿Cuánto podemos resistir con la sala de máquinas parada? ¿Cuánto nos costará reemprender toda la actividad económica? Estamos en estado de coma, en efecto. Y creo que hoy todavía no somos conscientes de ese huracán que, por necesidad, estamos engendrando con nuestras propias manos.

El verbo es sobrevivir. Muchas personas que conocemos morirán, por lo visto, a causa de este virus antes de que haya una vacuna. Todos nosotros somos carne de cañón. Salgo todos los días del encierro domiciliario, cruzo la calle, cojo un taxi y voy al periódico. Somos corresponsales de guerra. Lucas Fernández me hizo hoy esta reflexión: "Vengo asqueado de ver a destacados periodistas alardeando de hacer televisión a domicilio en pantuflas y radio sin salir de casa. ¿Dónde está el periodismo? ¿Los periodistas no iban al encuentro de los conflictos para contarlos como testigos?" Y no le faltaba razón. En nuestro caso mantenemos las viejas costumbres. La mayor parte de la redacción teletrabaja desde sus hogares respectivos, pero se alternan en la cobertura de los puntos calientes; así, por ejemplo, en la web, con José Antonio Felipe, Juan Carlos Pérez, Leticia Díaz, Luis Rabionet y Ricardo Herrera. Nuestra tropa no se ha replegado. Y en la edición digital, Lucas ha promovido un canal de reportajes, con Felipe, Leticia y Máximo Martín, que cubren todas las caras de esta contienda. Sí, corresponsales de guerra. Las redactoras y redactores del periódico no paran de hacer incursiones y regresan con un material de primera mano bajo el brazo que quedará en las hemerotecas. Historia del periodismo. Veo a Gabriela Guleserian cazando historias humanas en el norte de Tenerife y me reconcilio con este oficio, que a veces nos descorazona. Veo a Juan Carlos Mateu, silenciosamente escurridizo, llegar con la alforja llena y lo que trae será candidato a primera sí o sí. Es una garantía, miro para su mesa y pregunto con las cejas ¿qué tienes de nuevo? Estos cuatro años los he ido conociendo a cada uno en su faceta. A Norberto Chijeb, en su especialidad, el vecino más recóndito de la tierra. Es el periodista que aguardaba esta cuarentena sin saberlo, y desde que se declaró el estado de alarma no ha dejado de alumbrar historias de aislamiento y abandono.

Nuestra plataforma digital avanza cada mes entre tres y cuatro millones de usuarios únicos, nos hemos convertido en el periódico más leído de Canarias. Y no queremos bajar la guardia en medio del repliegue del periodismo de calle de estos días. Seguimos con 64 páginas. Como antes del confinamiento.

Ha habido efectos colaterales. La amenaza del virus disuade a las mafias de las rutas cortas del tráfico de pateras entre África y Canarias. Y la parada económica en casi todo el globo, al parecer, está resultando providencial para combatir el cambio climático. Da gusto, en los reportajes familiares que ofrecemos, ver a padres e hijos jugando a la jenga. Ver a las familias en pijama juntos. Están reencontrándose y esto se lo deben al coco del virus, por cuyo temor, como bien saben los niños de mi generación, éramos tan obedientes en casa. Sí, aplauden espontáneamente los reos del virus. Pero esta noche se sumó una cacerolada contra el rey emérito cuando su hijo, Felipe VI, apareció en televisión para dirigir un mensaje a los ciudadanos sobre la pandemia y la unidad de acción contra ella. Son malos tiempos para la Corona. El escándalo de las cuentas corrientes de don Juan Carlos ha irrumpido en mitad de esta crisis, y la monarquía atraviesa sus horas más bajas. No es posible saber hasta dónde va a llegar el desgaste de una institución que parecía incuestionable.

Son. Somos ciudades fantasmas. Salgo a la calle y recorro kilómetros sin un alma. Un lugar deshabitado de puertas afuera. Porque la multitud permanece tras los visillos de las ventanas. Como leones enjaulados resignados o resentidos con el domador. Como sentimos los hermanos al entrar en el pueblo de Guatiza, en la última excursión de mi padre a su lugar natal de Lanzarote. Nos recibieron las calles vacías. La gente nos espiaba oculta en las ventanas de sus casas. Con desconfianza. Mi padre volvía muchas décadas después al pueblo donde mi

abuelo había sido el cacique. Finalmente, los vecinos nos acogieron cuando mi padre visitó a sus amigos, casa por casa, al cabo de tanto tiempo. Resurgieron los recuerdos, pasamos una tarde agradable de anécdotas infantiles. Y nos fuimos para siempre. Era una visita de despedida a sus raíces. Nos acompañaron hasta la salida del pueblo. No estaban confinados. El virus de la suspicacia sí flotaba en el ambiente.

La policía ha comenzado a multar a los insumisos. En el periódico hemos hecho un certificado a cada redactor después de los primeros intentos de sancionarnos como burdos infractores. No descarto que se produzcan incidentes. En un hotel del sur, una turista se bañaba en la piscina y acabó siendo desalojada sin contemplaciones. Las imágenes incendiaron los tabloides amarillos de Reino Unido. Pero hay también escenas entrañables de las fuerzas de seguridad. Una agente de la Policía Nacional, en Almería, detuvo su celular y salió a la calle protegido con la mascarilla de rigor a bailar al ritmo de la canción que emitían los altavoces de su equipo de sonido, el conocido tema infantil 'Chuwa' del grupo 'Cantajuegos'. Los más pequeños y los mayores se asomaron y lo acompañaron con risas y aplausos, al tiempo que el agente ejecutaba su coreografía en mitad de la calzada. Una joven tinerfeña, Ana Alonso Gutiérrez, se asoma a diario a su ventana e interpreta al piano piezas que endulzan el día a los vecinos. Hoy tocó El Oboe de Gabriel, de la película La Misión. En casa, mi hijo Ángel, nos suele dar pequeños conciertos de piano, y entre el público nunca falla Tedy, la coneja con oído musical.

La palabra aislarse está de moda. Quedarse en casa. Cuarentena. Se buscan los mejores ejemplos de que servirá para algo. En Corea del Sur fue un éxito la medida. En Italia, está resultando un fracaso. Hoy batió un récord en todo el mundo, pese al enclaustramiento de su población: 475 fallecidos más durante esta jornada. Para ponerse a tem-

blar. Canarias suma tres muertos, tres mujeres, y dos centenares de contagiados. Son cifras modestas, por suerte, pero nada impide que se desboque el virus. Lo que nadie discute es que se ha convertido en un chollo tener un perro con que salir a pasear, en virtud de las excepciones que establece el decreto del estado de alarma.

El espejo es Corea

Jueves 19 de marzo

En la víspera de la primera semana de encierro, nos vemos las caras en el periódico la misma media docena de siempre, con algunas alternancias: Agustín, Mateu, Samuel o Jesús, Silvia o Enrique, Matute y yo. Avanzada la tarde, se incorpora Doris, la correctora, cuando no Davinia los fines de semanas en la misma función. En ocasiones, se suma Adelto, responsable técnico, que nos salva in extremis de alguna disfunción de Internet. Y Mayte, la directora financiera, cruza las amplias dependencias vacías y nos visita en mitad de la faena. La sede del periódico se ha inflado como un globo; los departamentos son estancias desiertas. Paseo entre las distintas dependencias y percibo el silencio, la soledad, las distancias, como si fuéramos zombis y hubiera arrasado con todo una enorme radiación, y los que quedamos fuéramos supervivientes. En estas instalaciones se han rodado películas de todos los géneros, incluso de terror. Estamos en mitad de una de ellas, pero con una diferencia: no es una película de ficción. Esta película es real. El resto de la plantilla sigue en remoto. El teletrabajo está de moda

y no digo que se vaya a perpetuar, pero creo que se va a introducir una modalidad laboral mixta a distancia y presencial. Y en la web, nuestro canal de DA Media es una revolución, periodismo en vivo durante la cuarentena. Hoy hemos lanzado una campaña que defiende el papel del periodismo aun en tiempos de aislamiento. Nosotrosnonosquedamosencasa, proferimos a modo de declaración de principios. Ya conté lo que pensamos: si el periodismo iba a las guerras, cómo se va a recluir entre cuatro paredes en esta pandemia de discursos bélicos y confrontación política. La vida, tal como la entendíamos, ha quedado atrás, congelada; sospecho, como he dicho, que no confinada para siempre: volverá a pasitos y retomará su espacio, quizá no todo, pero sí buena parte de él. Animales de costumbres, no creamos que el género humano ha mutado en otra cosa. Todavía no han llegado los robots en toda su amplitud. La raza humana va a librar su próxima batalla, cuando el virus deponga su actitud, y esa no será otra que la jerarquía respecto a la inteligencia artificial. Pero también han quedado atrás nuestras cavilaciones y fenotipos. Todo, la escala de valores, las prioridades y rutinas. Ahora, como dijo esta mañana en el chat de la redacción el jefe de fotografía, Fran Pallero, las ciudades parecen decorados, postales. Hay cierto éxtasis contemplativo en mirar estos días las cosas, los muebles, los edificios, aparentemente sin uso e inhabitados. Miro al mar desde mi ventana. Y no es un mar inanimado, todo conserva la presencia humana más reciente, pero hace menos de una semana había barcos, veleros cruzando estas aguas, y grandes trasatlánticos con miles de pasajeros a bordo. El maremágnum ha desaparecido, no el mar, que sigue a la espera de la vuelta a la normalidad. Alguien me envía un wasap: "¿Ves como todo puede cambiar en un segundo?" Salgo, como de costumbre, piso la calle y me siento un privilegiado. Lo hago con cierta mala conciencia, y procuro exprimir esa experiencia,

hago fotos, observo todo, luego vuelco en el periódico el resultado de cada travesía por la ciudad, registrando la más mínima alteración, el ciclista que viola la cuarentena y pasa raudo, los pocos, enigmáticos transeúntes con coartada para superar los controles: una bolsa de la compra, una mascota, un periódico bajo el brazo quizá atrasado que lo delate, una pausa espera delante de una farmacia sin decidirse a entrar… No abuso de mi estatus. Voy vengo, no tengo derecho a pasear. Almuerzo con la familia y salgo escapado rumbo al periódico en taxi a recluirme hasta la madrugada en nuestro refugio, el periódico. Hemos hecho otra edición prácticamente monográfica dedicada al coronavirus. Hoy le pusimos todo el énfasis (ayer era la búsqueda de vacuna) a las inminentes pruebas masivas que se realizarán en Canarias. Le doy algunas ideas generales a Daniel Tovar y traza el editorial de la tres (¡Jaque mate!). No se le puede pedir mayor sacrificio a Canarias. Cerró los hoteles, cerró el espacio aéreo (apenas escasos vuelos de retornados y poco más) y entrará en una crisis sistémica que será más dramática y duradera que el propio coronavirus; pues que papá Estado se retrate, ¿qué otra solución hay? Canarias aplaza el cobro del IGIC tres meses, pero el Estado aún no le autoriza a utilizar su superávit acumulado, ni le permite endeudarse, ni parece ser consciente de que este volcán puede estallar. Ojo, la historia está repleta de antecedentes de lo que digo. Tienen que abrirse todas las manos y flexibilizarse todas las reglas, para llevar los servicios básicos a la gente que ahora se quedará sin trabajo y a la ya de por sí abultada bolsa de pobreza de esta comunidad tras los gobiernos encadenados de Coalición Canarias durante más de un cuarto de siglo. Pasa Jesús con el cintillo de primera: el sábado vendemos a precio módico una antología poética de Carlos Pinto Grote. Versos canarios como antídoto al coronavirus, titula en la última Juan Carlos Mateu. Yo soy un fanático de la poesía, la leo y la escribo desde

niño, es parte de mi corriente sanguínea: por ahí van los hematíes y los versos en fluida conversación. Cada noche me nutro de Juan Ramón, de Pablo Neruda, de mi adorado Whitman, del salvaje Vallejo, de las musas de Rilke, del tronío de Cernuda… Y no es coña, me los despacho hasta el empacho, zampándome, con innegable adicción, una ración tras otra de esa carne versátil con que ceno la noche y si me descuido se me hace de día. Pues bien, son como defensas para el organismo. La cuarentena es poéticamente adrenalina. A veces, añado el tecnicismo esplendente de Borges, a cuya prosa me aferro cuando viajo en guagua o en taxi, no sé por qué lo leo en movimiento. Y en estos días de mucha melancolía, los poetas me dan energía. Hay cuentos de Borges que son calcados esta anomalía de extraños laberintos. Estoy contento de ofrecer el sábado un aporte de ese vitalismo gracias a un poeta que era, además, psiquiatra y nos habría ayudado mucho en esta convalecencia, don Carlos Pinto Grote. Y disculpen la digresión.

Hay pocos ojos que miran con la ironía de Norberto Chijeb. En esta edición plasma algunas de las picarescas del nuevo estilo de vida: 'Pasea al perro desde el campo de golf de San Miguel hasta El Médano y de manera reincidente'. Comienzan a desatarse las escenas airadas de toda cuarentena. En el móvil veo hasta la saciedad vídeos de policías zarandeando a borrachos que les mentan a la madre; coches que arrollan a agentes en un control y salen a la fuga hasta ser reducidos sus pilotos, y hábitos de nuevo cuño. En California hacen colas kilométricas con el carro para arramblar con todo lo que se ponga por delante, viéndole las orejas al lobo, y replicando lo que ven, ese instinto de los europeos y de los españoles en particular por acumular, entre otras cosas inexplicables, rollos de papel higiénico. Me comenta Mateu, ya al borde de la medianoche, cuando cerramos la edición y nos vamos: "Una amiga me ha dicho hoy que nunca había reparado en el encanto

de sacar la basura". Esas nuevas sensaciones adquieren todo un valor desconocido en estas circunstancias sobrecogedoras. En Perú, de donde por razones familiares estoy al corriente, veo en otro vídeo cómo detienen, en un despliegue de coches celulares con el inconfundible ulular de sirenas en mitad de una calle, a un vecino que se salta el toque de queda y saca la basura hasta el contenedor, apenas unos metros de distancia de su casa, jugándosela. Perú tiene por ahora un número ridículo de contagiados, pero se ha tomado el aislamiento español e italiano a rajatabla y llega a extremos cómicos, si no ridículos de represión.

En las pruebas de cita previa realizada esta mañana en el campus de Guajara, el fotógrafo captó jeringuillas como estoques que penetraban por la ventanilla bajada y succionaban la sangre del automovilista con el vampirismo involuntario de la imagen repetida, alineados los vehículos a la espera de su turno, para diagnosticar los casos positivos o negativos. Se hacen de ese modo, sin bajar del coche y en cuanto lleguen los kits que han pedido al Ministerio el resultado se obtendrá en diez minutos. Vuelvo a los espejos de ficción y realidad. Estas escenas habrían parecido un rodaje de cine hace tan solo unos días. Pues los incentivos fiscales animaron a la industria a multiplicarse en el plató natural de cualquiera de las islas. Ahora, en cambio, son sketchs reales y a veces histriónicos.

Todos los objetivos se reducen obsesivamente a uno: la vacuna. Hay una carrera desbocada por ser los primeros en sacarla al mercado. Telefoneo a Basilio Valladares, uno de los gurús del virus que convocamos en la primera ronda de expertos. "Está raro este coronavirus, es más leve que los anteriores, pero se comporta con una ferocidad desconocida en Italia (este jueves ha superado ya los muertos de China: 3.400 frente a 3.200). Seguramente ha mutado, pero me tiene confundido". Y

hablamos de un amigo común, el colombiano Manuel Elkin Patarroyo, el padre de la vacuna de la malaria. Me envía una entrevista que le han hecho en su país. Lo encuentro cansado y triste. "Ha estado muy enfermo", me cuenta Valladares, que acaba de estar con él en Bogotá. Y añade un nombre: "¿Sabes lo que es bueno contra el coronavirus? La cloroquina." Me informo. Es un antimalárico acuñado por los americanos en la Segunda Guerra Mundial. "En China han comprobado que sirve para el virus. Pero en España no se consigue, el Estado la ha requisado para los casos graves". Encargo una completa información al respecto. Descubrimos que en Alemania están en la onda y hacen acopio de grandes cantidades del producto, y que el inefable Trump ha dicho que es la solución tras ver morir a 200 compatriotas. Va a hablarse mucho de la cloroquina y el Estado va a tener que pedir a la industria farmacéutica que se ponga a fabricar. Las sospechas serán inevitables, dado el número de líderes conocidos que han dado positivo, no quiera Dios que se descubra que les están administrando cloroquina mientras el pueblo se tiene que conformar con paracetamol. Preocupan los ancianos de Madrid que están cayendo como moscas. Y los de Canarias, algunos de los cuales ya comienzan a dar positivo tras un viaje en grupo a Galicia. Son la población más vulnerable de este virus que no respeta los galones de la edad.

Ahora miras al vecino de enfrente y lo encuentras leyendo un libro, o lo ves hojeando la prensa en el balcón. Y al lado a la vecina haciendo gimnasia y su pareja ocupado con el móvil. Y en el mismo expositor de balcones y terrazas alguien hace manualidades… Como en la Rue del Percebe, de Francisco Ibáñez, la vida transcurre en habitaciones con fachadas seccionadas para que podamos ver qué sucede en todos los pisos a la vez. Pronto empezarán a deslizarse las escenas íntimas basadas en el morbo de excitar al espectador. Y no descarto que en breve se

planearán encuentros reservados desafiando la prohibición del estado de alarma a romper el aislamiento. ¿Habrá ya prostitución clandestina y toda la suerte de azares secretos? ¿Se habrán creado negocios ocultos del juego, alcohol y sexo ahora proscritos en tugurios que burlen la orden de confinamiento? Lo sabremos más pronto que tarde. La economía de subsistencia se empieza a instalar en una sociedad que se prepara para lo peor, la recesión. Hoy la ministra de Asuntos Económicos, Nadia Calviño, mencionó la palabra maldita; pero ya lo había hecho esta misma semana el presidente Sánchez, que no cesa de advertir que lo peor no ha pasado todavía y viene una recesión a galope. Por eso, la mujer del fular, Christine Lagarde, presidenta del Banco Central Europeo, ha cogido el bazuka y anuncia una inyección de 750.000 millones de euros para comprar deuda pública y disuadir a la prima de riesgo de los países de la Unión. Es como el caballo de Atila. Por donde pasa no crece la hierba. Acaba de entrar en África, y el etíope director general de la OMS Tedros Adhanom, clama como un profeta aterrorizado: "Mi continente debe despertar". Todos, ricos y pobres, jefes de Estado y alcaldes de pueblo temían a un enemigo que se parecía al sudor inglés, la misteriosa enfermedad que mataba en 24 horas a los ingleses en el siglo XVI y se llevó por delante a Arturo Tudor. Toca buscar entre los antepasados gestas valientes de resistencia (el término que desempolva la conocida y antigua canción del Dúo Dinámico, 'Resistiré') y sobresalen algunas abuelas, como la gomera Francisca Hernández, Pancha, que enviudó y gestionó el funcionamiento del generador de luz a la capital, y que cuando iban a nacionalizar el servicio, se compró un abrigo, un billete de avión y fue a ver al ministro a su propio domicilio en Madrid. Tocó en la puerta y la atendió, le pidió tiempo para hacer la transición, y le hizo caso.

En uno de los balcones desde donde todas las tardes se aplaude, leo

una tela blanca entre dos macetas: “A los que en estos momentos sostienen la vida, gracias”. Como Atlas, sostienen en sus hombros un planeta de seres diezmados, que son auxiliados por un personal sanitario expuesto como pocas veces a contagiarse, ante la falta de equipo de protección sanitaria. La mayor vergüenza de la tragedia. Alguien usa una metáfora acorde a esta beligerancia descuidada: “Es como enviar a los soldados a la guerra sin fusil”. Una guerra de Benny Hill.

El mundo está en el diván. Decimos en voz alta lo que nos pasa por si alguien nos escucha y da sentido a nuestras palabras. Y para cerciorarnos de que son ciertas. Acaso mañana suenen tan desproporcionadas que se nos cuestione la veracidad de esto mismo que escribo. Este interín convierte en inútiles muchas cosas que nos fueron esenciales. Hay un parón y una paranoia. Y un cambio de paradigma. Le hemos dado la vuelta al calcetín. Estamos en el revés, al otro lado, en lo inaudito e irracional. “En Corea, sin un confinamiento tan severo, han contenido el coronavirus”, nos declara en la edición de mañana viernes un tinerfeño de fútbol que vive en Corea del Sur, en la ciudad icono del virus en el mes de febrero, Daegu, donde el primer foco partió de una secta religiosa y a los contagiados los encerraron a cal y canto, si bien no así al resto de la población.

Una semana y 200 años después de Darwin

Viernes 20 de marzo

Esta primavera se ha de estrenar como si fuera la primera primavera, primus inter pares, que hemos tenido conocimiento de que existe. Venimos de una aciaga nube de polvo que nos asfixió materialmente en el mes de enero y después cayó sobre nosotros la plaga del coronavirus. Esta tarde, repasando los hechos más destacados, me detengo a leer y releer -por incrédulo- el acuerdo de la Comisión Europea de suspender el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, dando a los Estados libertad de endeudamiento y déficit. Cuenta la presidenta, Ursula von der Leyen, que para ello Bruselas ha tenido que activar por primera vez en su historia una cláusula extrema, la de 'escape general', como si fuera la última pastilla antes que la de cianuro para desear morir. No se hizo ni con motivo de la Gran Recesión de 2008. ¿Quién da más? Hace tiempo, en estos breves días y semanas de crisis sanitaria, que todo cuanto sucede es inédito y aparatoso. Me sigue enviando por correo y wasap sus dibujos del confinamiento mi buen amigo Felipe Hodgson, pintor y dibujante memorialista: el momento de la ducha,

el del almuerzo, el de la plancha y el de cepillarse los dientes antes de irse a la cama festejando que termina un día más. ¿En qué nos hemos convertido? En supervivientes. Hoy todas las noticias hablan de cifras de muertos. España supera las 1.000 primeras defunciones y se asoma a los 20.000 contagiados. Europa, cercana a los 120.000 infectados, avanza hacia el listón de 6.000 fallecidos, y el mundo ya conoce un volumen de 250.000 enfermos y más de 10.000 decesos. Algunos nombres te descomponen. Periodistas jóvenes y reconocidos se van arrastrados por el sumidero del coronavirus. El marqués de Griñón la palma, y aunque octogenario sobresalta la forma de decir adiós. Hay multitud de famosos enfermos, Tom Hanks y esposa, deportistas, futbolístas, la creme de la creme. No perdona el virus a la clase política, hay ministros y familiares, el mal entró en la casa de todos. ¿Quién lo podrá contar y quién no? Hoy me acojono. Pepito, el defensa blanquiazul que nos salvaba in extremis del 0-0 con un gol milagroso en tiempo de descuento desde fuera del área, está en la UCI y su mujer ha muerto. Llegué a casa y rompí a llorar. Temo por los míos, por mi hijo, mi mujer, mis hermanos y sobrinos, mis parientes y familiares de Europa y América, mis amigos y seres queridos. Esta no es manera de morir. Mateu retrata en el Diario de cuarentena a los vecinos de enfrente, que hacen gimnasia en una esterilla, se afanan en su tablet, leen o se distraen mirando a la calle, como en aquellos edificios sin tabiques que comentábamos de las viñetas de Ibáñez. Hay un dibujo de un arcoíris, de un niño. Y cuando voy al periódico en el taxi luce un arcoíris de verdad en el cielo de Santa Cruz. Llovizna y me alegro. Hace un mes escaso nos asfixiaba la calima infernal de los Carnavales pasados por el polvo del Sáhara, que fueron tan polémicos e insalubres. Eso fue la antesala de esta pesadilla del virus que aún nos parece inverosímil. Sí, hoy me caí del caballo. Venía de la convicción de que no era para tanto,

que el desmadre del estado de alarma era un acto de imitación, el efecto simpatía, la importancia mimética del modelo chino de amurallar al virus en Wuhan cerrando ciudades y metiendo a la gente en las casas. Pero me dicen que Italia es una escabechina de centenares de muertos diarios, que Madrid es un pandemónium de hospitales desbordados. Y leo las noticias de El Caso -la sección que hemos resucitado-, con el segundo guardia civil joven y sano que cae en la fosa de esta plaga bíblica. Me asusto seriamente por un momento. Lloro, me desahogo, y vuelvo a las cifras, me meto a buscar los datos de la gripe estacional, la que consideramos inocua, el medio millón de enfermos de España en la última campaña y los 6.300 muertos por esa causa, y abundo en el balance global, los tres a cinco millones de enfermos en todo el mundo y las 300.000 a 650.000 defunciones. Retorno al coronavirus del día de hoy; parte de bajas: unos 250.000 enfermos en el mundo y 10.000 fallecidos. España: casi 20.000 infectados y 1.000 muertos. Son mil muertos, pero respiro diciéndome que aún son menos que por la gripe, y me recuerdo que esta cuenta con vacuna y el impacto ha de ser menor y que la cifra real siempre es mucho mayor, pues la gripe no tiene un registro puntual como este virus. Me digo que estamos ante un problema, pero no es el fin del mundo. Necesito creer que es así. Me refugio en La Peste, de Camus, en la benévola solidaridad humana, y en la restricción de las libertades que implican las medidas contra el movimiento de las gentes recluidas por decreto. Hablaremos mucho de todo esto cuando haya pasado, si seguimos en pie. A buen seguro. De las medidas de distanciamiento en que se nos adoctrina. Saldremos como reos de un campo de concentración y al volver a pisar la calle nos sentiremos inadaptados para el saludo, el abrazo y el beso social, los tres ya prohibidos por mucho tiempo, hasta que pase e miedo, que no es perpetuo. Solo falta el extraterrestre que descienda sobre nuestras

cabezas y nos acabe de trastocar la realidad convencional. ¿Estaremos en condiciones mentales sanas cuando esto acabe? El mundo, repito, yace en un diván. Todos en estado de shock. ¿Qué mundo emergerá del estado de alarma y de coma? Si esto es la ficción, añoro la realidad. Hoy, sin embargo, amanecí con una sonrisa. Me desperté y fui a la ventana a saludar el mar de Santa Cruz y había un barco atracado en la bahía, una grata sorpresa tras la prohibición de los cruceros. Había otros barcos fondeados más allá. El primero arribó a repostar por unas horas; los otros llevaban pasajeros a bordo y no podían entrar. Estamos en cuarentena. Cuando Darwin vino por Tenerife a bordo del Beagle en 1832 camino de América no lo dejamos atracar por temor a que el barco trajera el cólera de Inglaterra. "El 6 de enero llegamos a Tenerife, pero se nos prohibió desembarcar, por temor a que lleváramos el cólera; a la mañana siguiente vimos salir el Sol tras el escarpado perfil de la isla de Gran Canaria e iluminar súbitamente el pico de Tenerife, en tanto las regiones más bajas aparecían veladas en nubes aborregadas", escribió en su 'Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo'. Como se ve, la historia da vueltas y vueltas, y según qué veces te toca estar en un lado u otro.

Cuando bajé a la calle para poner rumbo al periódico, me tropecé en la puerta con un tanque militar en mitad de la calzada. Un soldado detenía un coche y el conductor era interrogado sobre su hoja de ruta. Los controles se intensifican este viernes para evitar las escapadas a las segundas residencias en fin de semana. Estamos confinados y ya se han celebrado los primeros juicios exprés con condenas de cárcel para quienes se saltan con malos modos el aislamiento. Fotografío la escena y sigo mi camino, nadie me pregunta ni me para. Mañana publicamos la foto en el faldón de primera.

Los héroes de Whitman

Sábado 21 de marzo

"Nos vemos cuando se declare la paz", me escribe un amigo, Alfredo Medina, director de Comunicaciones y Relaciones Institucionales de El Corte Inglés en Tenerife, tras intercambiar wasaps por motivos profesionales. Reparo en el lenguaje que se ha instalado de modo natural. La guerra. Y la paz. El presidente Sánchez pronunciará esta noche palabras de grueso calado sobre el inmediato porvenir, al cumplir la primera semana de aislamiento y estado de alarma. "Lo peor está por llegar y pondrá al límite nuestras capacidades". Con este mensaje en su boca abrimos mañana la Primera. Estamos haciendo portadas históricas, una por día. Jamás tuve la sensación, en estos últimos cuatro años, de semejante frecuencia de portadas tan impactantes y decisivas en nuestras vidas. Es como si estuviéramos dejando constancia escrita y gráfica de una travesía en tinieblas a través de un tiempo sombrío, desgarrador. Días en que se abre un vacío, sin dioses penates, huérfanos de deidades, y asidos a la providencia queriendo que Sánchez sea el líder que necesitamos a marcha forzada, reencarnándose en Churchill,

en la impostura del inglés, en la guerra contra un fantasma, pero si esta es la Tercera Guerra Mundial, aunque sea contra un microbio, tenemos que exigirles a los líderes circunstanciales, en el Gobierno o la oposición, que estén a la altura de los acontecimientos. Hay un exceso de postureo, de parte y parte, y pronto habrá que gestionar las secuelas, el hambre. A ver quién hace entonces política de salón. Esta noche, Sánchez ha vuelto a emplear un tono grave. Admite haber adoptado esta semana "las medidas más duras del mundo". "En nuestro país, solo los muy mayores que han vivido la Guerra Civil guardan en su memoria algo tan duro como la situación actual. Cuando todo esto pase, y va a pasar pronto, sabremos si fuimos valientes". Enumeró la dotación de 52.000 médicos puestos a disposición de las comunidades autónomas, la compra de decenas de miles de test rápidos que arrojan un diagnóstico en tan solo quince minutos, el millón largo de mascarillas para proteger al personal sanitario y a los enfermos (el Ministerio de Sanidad también compró robots en el mercado internacional para hacer pruebas a toda velocidad). "La sociedad española tiene valentía de sobra. Desgraciadamente, lo peor está por llegar, llegan días muy duros y pondrán al límite nuestras capacidades. No es el miedo el que nos mantiene encerrados en nuestras casas. Es el coraje. Va a llegar la ola y los españoles tienen que permanecer unidos", sentenció. Dijo que era la "ola más dañina". Viene un tsunami. Es sábado, pero no se nota en la calle. La ciudad, cuando cerramos el periódico y cruzamos sus calles de regreso a casa, está muerta. "Nos vemos cuando se declare la paz", me decía Medina. No sabemos cómo será ese día, cuándo llegará. Llevo en el bolsillo anotada otra de las píldoras del monólogo del presidente: "El enemigo no está a las puertas, penetró hace tiempo en la ciudad". Y traigo a colación 'La peste', de Camus, porque en sus páginas está el asedio de la plaga a una población y sobresalen los rasgos de

solidaridad, desasistidos de dioses, con la esperanza en stand by, solo dispuestos a sobrevivir día a día, sin más horizonte. “Esto es como una guerra sin bombas, el problema es que no tenemos con quién dialogar y negociar la paz”, le dice al periodista Juan Carlos Mateu una las cuatro protagonistas de su reportaje ‘¡Qué felices éramos y no lo sabíamos!’ Gente que añora ver los aviones en el cielo, que asume estoicamente la pérdida de libertad o que ve el futuro como una amenaza. El periodista Jorge Berástegui desvela emociones personales en Nepal en 2012, presa del miedo a la violencia callejera y al terremoto que todos los sismólogos pronosticaban y que acabó llegando, por suerte con él y su pareja ya fuera del país. ¿Qué echaba en falta?, se pregunta. La presencia de un Estado que lo protegiera. En Perú -rememoro por mi parte al hilo de Berástegui- sentí el susto en el cuerpo provocado por un terremoto, el de Ica en 2007, de 8,0 de magnitud en la escala de Richter, que causó 600 muertos y miles de heridos y destruyó numerosas viviendas. El impacto duró tres minutos eternos y 30 segundos, pero aquel 15 de agosto en que huimos del remezón a oscuras con la bombillita celeste de mi teléfono móvil, sintiendo que en efecto, se caían paredes a nuestro costado y al día siguiente supimos que se había desmoronado media provincia entera, milagrosamente salimos ilesos. Con todo, fue un sobresalto pasajero, momentáneo, y no tuve constancia del miedo que ahora comparto con 47 millones de españoles y acaso miles de millones de habitantes de este planeta. Llamémosle coraje, como propone Sánchez. Un intrépido miedo. Confieso, una vez más, que escribo para desahogarme. Como esos corresponsales de guerra que en el hotel se cubren las espaldas unos a otros, temerosos de no volver a verse, de no regresar tras cualquier incursión en la calle. Todos los días salimos al frente de la batalla, y contamos cómo va la guerra del coronavirus. Extraigo de ‘La peste’ el porqué último de esta decisión. El protagonista,

Rieux, médico y ateo, lo explica en este corto diálogo con el periodista Rambert, en mitad de la desolación y el confinamiento de la ciudad argelina de Orán por el azote de la enfermedad:

-"… Es preciso que le haga comprender que aquí no se trata de heroísmo. Se trata solamente de honestidad. Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar contra la peste es la honestidad.

-¿Qué es la honestidad? -dijo Rambert, poniéndose serio de pronto.

-No sé qué es, en general. Pero, en mi caso, sé que no es más que hacer mi oficio."

Es natural la búsqueda de remedios. Los brujos se pondrán las botas. En Taganana había una farmacopea popular para todos los males. Imagino a sus viejas campesinas de traje oscuro y pañuelo en la cabeza trajinando las recetas del coronavirus. Me llama un amigo y me desliza un secreto:

-"En los servicios especiales de la OTAN han recomendado a su personal que consuma zinc. Tengo un conocido metido en esa organización que me lo acaba de contar."

El zinc se suma a la ya mencionada cloroquina, que los americanos aplicaron contra la malaria que acababa con sus tropas en la Segunda Guerra Mundial. El nacionalista Juan Manuel García Ramos me pregunta por este medicamento que hemos citado reiteradas veces. Me lo sugirió el científico Basilio Valladares, parasitólogo, y busqué información, Trump y Merkel ya nos llevaban la delantera. Mañana nos preguntamos en el periódico por qué España no apuesta por la cloroquina, el fármaco para la malaria que más gusta a Trump. La cloroquina y el remdesivir han dado muestras de inhibir eficazmente el nuevo coronavirus in vitro, según un estudio publicado en la revista científica Nature. Añadimos que Novartis está dispuesto a donar 130 millones de

dosis de hidroxicloroquina. Sinceramente, si me preguntan, responderé que no entiendo por qué los gobiernos -pertrechados de expertos para tomar la decisión- no se han abalanzado a adquirir el producto para su dispensación masiva entre la población a la que se aísla y aterroriza, pero no se gratifica con el más mínimo mínimo consuelo. Y a fecha de hoy, créanme, la gente anhela obtener buenas noticias sobre la evolución de tratamientos y vacunas. Telefoneo al presidente de las islas, Ángel Víctor Torres, y le traslado la sencilla demanda de una provisión de este fármaco para salvar vidas de canarios enfermos del virus, al menos para los más graves, si se confirma su eficacia, a la luz de los primeros ensayos clínicos.

Torres, por entrega y sencillez, se ha ganado a la gente. "Este Torres parece que funciona", me dice escuetamente el taxista, sin más comentario.

No es el único ajeno a la cloroquina. El propio ministro de Sanidad, Salvador Illa, disimuló mal en esta misma jornada su desinformación al respecto ante la pregunta de un periodista. Pronto todos se pondrán las pilas. Por cierto, ministro, cabe decirle a Illa, se ha olvidado usted de convocar a algún virólogo, microbiólogo o epidemiólogo de estas Islas, para su comité científico. No hay ni un canario y sospecho que aquí están algunos de los que más saben del tema.

Hay signos evidentes de que esta crisis tiene efectos derivados imprevistos.

Las próximas horas serán decisivas para saber si entramos en una pandemia sanitaria, económica y psicológica a la vez. El drama de Italia no es impedir esta vez, como espoleaba Salvini en tiempos de ministro de Interior, que entren los foráneos al país; son los propios italianos los que, en una gran proporción, no pueden salir, mientras los extranjeros estigmatizan la patria con forma de bota que el líder de

Liga quiso amurallar en un arrebato xenófobo y renuncian a cruzar sus fronteras como si de una leprosería se tratara. Tan desmedida era la cerrazón cuartelaria de Salvini ante los barcos atestados de inmigrantes exhaustos, como esta cuarentena y condena que recorre Europa contra todo lo transalpino, romano y apostólico. Lo cierto es que Italia maneja la crisis del agente infeccioso con mentalidad china, a base de medidas de brocha gorda, precintando no solo teatros, escuelas y museos, sinos barrios y regiones enteras como una extrapolación de Wuhan. Italia y España son países confinados y deprimidos.

Se da la circunstancia de que Canarias fue la vanguardia de la enfermedad, con aquel solitario positivo alemán de Hermigua. Y también se adelantó a la moda conventual de clausura imponiendo el cierre a cal y canto de un hotel. Alguien dijo que era un caso pionero. A la vista del giro que han dado los acontecimientos, no somos La Rioja, ni País Vasco, ni Madrid, donde las cifras de muertos y hospitalizados se han disparado exponencialmente. Resulta que el contador de evacuaciones de turistas del H10 de regreso a casa estaba ayer próximo a cero y alcanzaba su fecha límite por prescripción sanitaria; el parte de positivos continúa por debajo de la veintena. Cierto que la Isla acoge a una de las colonias de italianos más pobladas de nuestro entorno y que seguramente el flujo de visitantes de ese país se detuvo bruscamente por la crisis del coronavirus. El testimonio de un mujer atrapada en su casa de Lombardía por orden del Gobierno, que pensaba trasladarse a Tenerife por estas fechas, ilustra el percance de millones de italianos y, de paso, sirve de referencia para medir cuál ha sido nuestra capacidad de respuesta. Hasta el papa, envuelto en conjeturas por la naturaleza de un catarro, suspende el rezo del Ángelus en público y lo transmite por streaming parapetado en la biblioteca del Vaticano dando plantón a los fieles concentrados en la Plaza de San Pedro. Nuestra libertad

de movimientos en los carnavales del interior de la Isla y las gradas abarrotadas del estadio repletas vitoreando al Tenerife mientras italia y buena parte de Europa renunciaban a pisar la calle por temor al coronavirus, era algo que ahora vemos como temerario; pronto lo sabremos. No cabe tirar las campanas al vuelo, porque estamos ante un virus meticuloso que se contagia con la mirada, valga la exageración, y carece de vacuna. Sin embargo, la baja incidencia que reina en Canarias, donde el mal debutó en España, es sorprendente y lo que nos pareció una desmesura, aquel cerrojazo a un hotel con mil turistas dentro, hoy, al final de la cuarentena, representa un caso de éxito. Seguimos librando batallas contra los molinos. Y a fuer de quijotes podemos darnos con un canto en el pecho.

Cuando todo pase vendrán los efectos postraumáticos. ¿Saldremos de esta guerra como los marines de Vietnam, pirados? Me intriga saber cómo será el mundo que viene, como entonces seguirá intrigándonos este que quedará atrás. Ahora solo puedo imaginarlo. Esta pandemia y este pandemónium van para largo. Ayer, día de la poesía, me envolví en los diarios del admirado Whitman, que durante la guerra civil norteamericana ofició de ayudante de enfermería, y cantó, siempre que pudo, a los héroes anónimos, pues "los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los héroes más grandes de la Historia". Dicho queda en tiempos de guerra y de vítores por los héroes sanitarios cada tarde en los balcones de toda España.

La buena noticia

Domingo 22 de marzo

Descaecido domingo, como el resto de los días del calendario. En cuarentena no hay festivos y laborales, todas las mañanas son grises y las tardes impostadas; el final de cada jornada renueva la esperanza de que pronto cambie la situación como de la noche al día. Escritos nocturnos estos, después de cerrar el periódico. Cuando estoy en casa, ya de madrugada, respiro hondo. El diario impone un estrés que nos absorbe por completo. Agustín González, el vicedirector, suele despedirse, ya en la calle, con un latiguillo: "Hasta dentro de unas horas". Salimos del búnker y la oscuridad acompaña como una aliada. Esto es un mal sueño. Pasará. Pero es un sueño que no acaba cuando despiertas al día siguiente. Hoy cumplo 63 años. No estoy para bromas, pero mantengo el ritmo de mis años mozos, y no sé cuál es el límite cuando frisas la tercera edad. Bromeo sobre esto, sobre cómo sobrellevar el sobresfuerzo de la carga sobre los hombros de un periódico. Tengo a Agustín y a Mateu; sin ellos no sería posible. Y los tres tenemos un editor que es periodista y nos da rienda suelta. Los lectores deberían poder mirar

por una rendija cómo se hace DIARIO DE AVISOS. Verían a Lucas Fernández cocinando las portadas con el departamento de maquetación. Es el mismo que vi entrar, casi niño y adolescente, por la puerta de Radio Club hace cuarenta años pidiendo ser periodista. ¡Cuánto hemos vivido desde entonces en las tripas de este oficio! Cuando Pedro J. Ramírez, ponente en uno de nuestros primeros foros Premium, y Lucas Fernández se conocieron, se estableció una alianza que me atrevería a decir que ya forma parte de la historia del periodismo de este país: EL ESPAÑOL y DIARIO DE AVISOS. Repaso lo que hemos recorrido juntos ambos medios en estos años y compruebo el camino ascendente, los hitos profesionales y empresariales, los cambios -incluso políticos- que se han producido bien por nuestra influencia social directa, bien, asimismo, por la transformación de los tiempos que nos ha tocado vivir. Y desemboco en estos días negros del coronavirus, y congratula ver que seguimos en pie, indomables, incombustibles…

Llevo, en realidad, casi cuatro años de cuarentena en el periódico. Desde que puse un pie en él, en la sede ya antigua del barrio de Salamanca, de Santa Cruz, el DIARIO me secuestró y me dejé arrastrar por su corriente, presa de una obsesión. Acaso fue siempre así como viví el periodismo, intensa, intensivamente, sin tregua, en estado posesivo. Mi hijo me hizo la tarta en la Thermomix y con su madre creó un pequeño estante de sus queridas cartas de videojuego, y me hizo un dibujo con Tedy, nuestra conejita melómana, convocando mi cumpleaños. Mi hijo Ángel es un artista que pronto cumplirá diez años, un pedazo de dibujante, que combina los colores con talento precoz, pero este coronavirus no ha despertado su inspiración, no le ha interesado. Sigue su vida al margen de la pandemia, jugando con los amigos, haciendo la tarea y tocando el piano. Me emocionan Lucía y Ángel con el detalle de la celebración, pero las lágrimas se quedan dentro. Me

acuerdo de los viejos, se fueron, ella con 84 y él con 92, ambos con neumonía, años atrás, cuando no podíamos sospechar esta peste interregna de tiempo muerto. Mis hermanos y Lucía me han regalado un vídeo de felicitaciones y recuerdos y fotografías familiares, donde resalta la figura materna de Zaida, que habría sufrido mucho ante esta degollina, era extremadamente sensible. Y de ahí que, en el fondo, me alegre de que no estén para presenciar esto, que no es apto para nadie.

El flagelo ha abierto un debate escalofriante: el derecho a la vida de las personas mayores. En hospitales saturados los más jóvenes y promisorios tuvieron preferencia de respiradores y tratamiento; no se esconde el triaje de la vida y la muerte aplicado en las situaciones límite. Los entierros familiares quedarán suspendidos. Es una doble tragedia no poder despedir a los seres queridos muertos en la mayor soledad.

Hoy en el periódico, en tiempo de cierre, me informa nuestro jefe de Deportes, Maxi Travieso, que ha fallecido Benito Joanet, el hombre que llevó al equipo blanquiazul a Primera. Don Benito, octogenario, superviviente de un cáncer y convaleciente de un ictus, no pudo superar al virus. Con Javier Pérez y Rommel Fernández formaba la tripleta de iconos más queridos del Tenerife. Los tres ya fallecidos, en los estadios cosmológicos del recuerdo. El cumpleaños en casa no rompió la rutina del encierro. Fue un almuerzo frugal, de pollo y verduras, con postre de tarta y gelatina. Hablamos, reímos y levanté la caña para volver al trabajo a hacer un periódico con el ejército en teletrabajo y el equipo directivo en el cuartel general de la Dársena Pesquera, nuestra moderna sede de Plató del Atlántico. Son días lóbregos para esta industria, con los puntos de venta reducidos a la mínima expresión, sin poder llegar los suscriptores, sin medios para distribuirlo puerta por puerta. La gente apenas pisa la calle para ir a comprar y rara vez pasa por el kiosko de prensa. Es comprensible, pero el estado de alarma está ma-

tando al periodismo. Este domingo escucho a Sánchez/Churchill arengando a los ciudadanos sobre la guerra declarada al Covid-19. Tiene a la familia enferma, a la mujer, a la madre, al suegro… No tiene mala cara, pese a ser candidato al contagio. Me pregunto qué pasaría si el presidente da positivo. Por circunstancias tan peregrinas como las presentes, aquel joven diputado socialista que tuvo la audacia de aspirar a liderar un PSOE huérfano de cabecilla tras la renuncia de Rubalcaba, encarna hoy el mando único de un país en guerra contra las sombras de esta pandemia. Sánchez ya era una anomalía desde el ascenso a la cima de su partido; no se le abrieron las puertas del cielo. Conocida es su caída a los infiernos del partido, su muerte y resurrección como secretario general, y la moción de censura que ganó desde la calle a la Moncloa, sin pasar por un escaño del Parlamento, en 2018. Y las anfractuosidades que ha debido sortear hasta conformar el primer Gobierno de coalición de la democracia. Las dificultades del calado de Cataluña, las sucesivas elecciones, la rivalidad y dimisión de Albert Rivera, el zarpazo de la ultraderecha…, y, por último, el coronavirus, la prueba de fuego, el test final. Si Sánchez resurge de esta crisis con los galones de comandante en jefe en tiempos de guerra, como le señala Pedro J. Ramírez este domingo en La Sexta, es evidente que habrá ganado un lugar en la historia. Y nuestro Churchill tendrá cuerda para rato. Si fracasa y le superan los acontecimientos -e, incluso, la salud-, será otro cantar. Hoy, solemne y ecuestre, volvió al galope para anunciar la temida prórroga -por 15 días- del estado de alarma. Era cierto el runrún del que hablé aquí: va para 45 días, mínimo. Era evidente que dos semanas no bastaban, pero al término de la primera, tampoco me creo que la liberación llegue el 11 de abril. Y ha citado reiteradas veces el coste psicológico de este aislamiento. Ha vuelto a hablar de la guerra contra el virus, ha pedido a Europa un Plan Marshall, y a los

ciudadanos nos ha pedido ardor guerrero, para resistir con paciencia infinita hasta la victoria final. Pocos minutos después, nuestro presidente regional, Ángel Víctor Torres, ha cogido el guante de la prórroga y nos ha pedido "fortaleza mental" a los canarios para hacer esta travesía con disciplina castrense. Ahora que el país, por la puerta de atrás, se ha militarizado y el presidente es, en realidad, un comandante en jefe, sin duda el jefe de Gobierno con más poder que jamás ha habido en este país durante casi medio siglo de democracia. Sánchez nos lo recuerda, de cuando en cuando: "Soy el máximo responsable, como jefe del Mando Único". El mismísimo Felipe VI ha pasado a un segundo plano, atribulado por las revelaciones de las alcantarillas de los depósitos financieros del rey emérito; su discurso en esta crisis fue accesorio, suplementario. Pero en medio del domingo inhóspito, día octavo del estado de alarma, durante el almuerzo de cumpleaños, pesqué una buena noticia, una leve señal de mejoría. Como un destello, alguien comenta en las redes: "España hoy dio un giro favorable en la evolución de positivos". Me extrañó, porque Italia es nuestra avanzadilla y sigue creciendo en línea recta pese al confinamiento. Por la tarde, escudriñé todas las declaraciones oficiales. Es evidente que las autoridades racionan la difusión de buenas nuevas, no vaya a relajarse el personal y violar la cuarentena. Sin embargo, el director del Centro de Alertas, Fernando Simón, cuyo rostro y voz aguardentosa desmienten los perfiles del buen portavoz, admitió -según compruebo- en la comparecencia de hoy que las estadísticas arrojan por primera vez datos esperanzadores en la batalla contra la enfermedad, cuando ya ha afectado a más de 28.000 personas en España. Denota una tendencia general hacia una cierta estabilización de los nuevos casos. Lucas Fernández me envía un wasap, en el que dice:

-"Escucha esto y mira si lo podemos usar".

Era un audio del doctor Ricardo Cubedo, médico del Hospital Puerta de Hierro de Madrid, donde asegura que ha tenido lugar "una reducción de la velocidad del ritmo de contagio" este fin de semana. Hace alusión a los primeros indicios del sábado, tras lo cual "quedaba por confirmar si era una tendencia o era algo puntual". Al darse lo que llama "una disminución significativa" también este domingo, se puede empezar a hablar en términos más optimistas. "Si realmente esta tendencia se confirma y no hay nada que lo estropee, estaremos replicando los primeros indicios que se vieron en China y en los países asiáticos que consiguieron doblegar la infección del coronavirus, así que es una buena noticia". Una buena noticia. Paré la grabación. Y pedí en el periódico que se armara una página 8 con las dos fuentes optimistas de este domingo de inflexión. El doctor Cubedo dio datos: "El aumento de la velocidad de ritmo de contagio era superior al 50%, y al llegar el fin de semana, fue del 20 y poco por ciento", y el domingo, hoy, ha sido del 14 por ciento. Fue la última página que filmamos esta noche, estuvo lista sobre la hora de cierre, pero valía la pena esperar por ella. ¡Cuánta gente mañana se llevará un alegrón, y podrá decir: está valiendo la pena!" El diputado Juan Manuel García Ramos me pone en la pista del profesor lagunero de Harvard Álvaro Santana-Acuña. Tanto él como su mujer se infectaron y han salido de dos semanas de aislamiento. Ya están mejor. Su testimonio nos vendrá bien para conocer la experiencia de dos paisanos en el reino de Trump, que ha pasado de reírse del virus a convertirse en el tercer estado del planeta con más afectados. Tuve una larga conversación con el doctor Antonio Sierra. Estos días habló muy a menudo con él; es uno de nuestros sabios en la materia. Un microbiólogo de élite, formado en los más prestigiosos viveros científicos del mundo. Tiene reservas muy serias sobre el papel desempeñado por el director general de la Organización Mundial de la

Salud (OMS), Tedros Adhanom, que no escatima verter mensajes terroríficos sobre la población mundial, dando la impresión de que estamos ante el diluvio universal. “Deja mucho que desear”, me dice. Confiesa que el virus le tiene sorprendido por su virulencia en Italia, pero en el resto del mundo no pasa de ser un agente muy contagioso de catarros y gripes pasajeras, salvo complicaciones por edad y patologías previas. Muestra cierta comprensión comedida hacia los países que centran sus esfuerzos más en educar en protegerse que en confinar, más en conveniencia de mantener las distancias y aislar a los mayores. Sierra me pone sobre aviso: “Lo que se busca ahora no es solo la vacuna, sino el fármaco. Aquella evitará contagios, pero tardará en llegar; este salvará vidas y está a la vuelta de la esquina”. Un combinado de cloroquina y retrovirales contra el Sida, más otros medicamentos, participan de un ensayo clínico que en breve arrojará luz sobre la terapia idónea. “Te mantendré informado”, me dice generosamente, comprendiendo mi ansiedad por emitir esa clase de luces. Diariamente dedicamos páginas con el sobrenombre de ‘buenas noticias’. Nuestro clavo ardiendo. Todos saben que lo malo viene después. Hasta los organizadores de los Juegos Olímpicos de Tokio han cedido hoy a las presiones: en pocas semanas anunciarán con toda probabilidad el aplazamiento de las pruebas que se asocian con la gloria del deporte mundial. Lo peor de este cautiverio no es la pérdida de libertad. Venimos de someternos día a día, de ceder metros de libertad y acatar las restricciones impuestas. Cuando ha llegado esta militarización de nuestras vidas, la gente no ha rechistado. El mensaje del miedo ha funcionado, y a buen seguro que no cabía otro, salvo que fuéramos ingleses o nórdicos y, por tanto, la excepción. El Papa menciona el tedio de la soledad de los recluidos de esta crisis. “Tenemos que recuperar la convivencia humana”, le dice a Évole por videoconferencia. Bergoglio se remite a los episodios del

desapego y la melancolía de esta plaga de los desheredados en que se torna el coronavirus a poco que el aislamiento se vuelva condenación. Cita la escena de un policía italiano conminando a un transeúnte a volver a casa. “No tengo casa, vivo en la calle”, le respondió el vagabundo. Pero restablecer la convivencia ahora es imposible, supondría saltarse la orden de confinamiento, sería algo ilegal. La convivencia está prohibida. Los únicos modelos de vida son los solitarios en compartimentos estancos. Con todo, el pontífice menciona a los santos de la puerta de al lado. Son los gestos, dice, más importantes que las palabras en estas circunstancias. Esta mañana, antes de salir para el periódico, escuché una conversación en el rellano. “Gracias, vecino, pero no bebo vino”. Hay muestras constantes de generosidad.

Azucena ofrece canciones. La joven portuense sale las tardes al balcón y canta su repertorio. Los vecinos le aplauden en señal de gratitud. La vida no se ha interrumpido, solo las formas anteriores de convivencia. El joven matrimonio realejero de Marta y David trajo un niño al mundo. No han podido inscribirlo en el Registro Civil ni presentarlo a la familia, según nos cuenta Gabriela Gulesserian, que se está luciendo en este trance con historias humanas de enorme interés. Los niños del coronavirus serán la generación del colapso de 2020. Ellos recibirán los frutos o pagarán las consecuencias. “Esta crisis es una lección de vida”, dice el coach Andrés Brito en un wasap que leo antes de irme a dormir.

Alma, la resistencia

Lunes 23 de marzo

Recuerdo pasear libremente por la calle rumbo a mi cafetería de costumbre y sentarme a leer la prensa con delectación durante el desayuno y anotar las primeras sugerencias de todo lo hojeado. Consultaba con avidez las ediciones online de los periódicos repetidamente desde que abría los ojos y saltaba de la cama, con la misma dependencia que reprocho a mi hijo cuando se embelesa con sus videojuegos; yo, en una inútil aprehensión del tiempo y la noticia, hasta vencer el arrebato y condescender al hastío. Tengo nostalgia de cuando éramos libres y convivíamos juntos.

Estos días hemos publicado una noticia que nos haría más felices en condiciones de normalidad. Nuestro periódico bate todos los récords y se consolida como en el más leído de Canarias. Llevamos unos meses desde finales de 2019, de liderazgo en liderazgo, y en febrero hemos afianzado la posición con 2.000.000 de lectores únicos certificados por Comscore, la firma estadounidense más importante en el ámbito de la medición digital de audiencias. Le sacamos cerca de 400.000 lecto-

res de ventaja a La Provincia y más de medio millón a El Día. La OJD nos concede una cifra de usuarios histórica, mayor aún, superior a 3.100.000 lectores, usuarios únicos, lo que significa unos 800.000 más que nuestro directo competidor en Tenerife, El Día. Si echamos la vista atrás y miramos dónde estábamos hace un puñado de años que caben entre los cinco dedos de una mano, y dónde estamos ahora, es para saltar de alegría. Sin embargo, nos hemos mirado y devuelto una sonrisa de agrado, de satisfacción, de recompensa, pero de inmediato hemos vuelto a fajarnos con el virus. A Lucas esos datos le han de hacer feliz a la fuerza, sé lo que le ha costado escalar hasta aquí desde cuando rescató una nave a la deriva, pero tampoco le llegó a ver exultante. Es mayor la carga de responsabilidad por lo que nos está cayendo encima y la incertidumbre de lo que aún nos aguarda. El periodismo se la juega. Nosotros navegamos en dos aguas, la digital y la de papel, en medio de turbulencias y tempestades. Compadezco y admiro a editores como él que resisten contra toda adversidad. Y en esta casa hay para una cátedra de carrera de obstáculos. Venimos de estar entre las fauces del poder vitalicio de CC y de conseguir doblegarle. Es historia de la política insular. Y, a su vez, historia del periodismo libre. Lo que se cuenta y se cree, aunque se cuente y no se crea.

Ayer, anoche, y hoy ha llovido. Ahora llueve cuando escribo. Siento el ruido del agua, que al trasluz de la farola de mi calle se hace polvo y cae como una cortina de gotitas de virus, o esa imagen me viene absurdamente a la cabeza. Hace unas pocas semanas habríamos recibido esta lluvia como una vacuna contra la tormenta de calima de finales de febrero, que nos cegó, nos asfixió y nos preparó psicológicamente para lo peor. Ahora sumo a las obsesiones de esta plaga otra idea perniciosa: ¿qué nos espera mañana, cuando el coronavirus se cebe con África y se expanda a sus anchas?, ¿vendrá por aire en la grupa de la arena del

desierto a eliminarnos a todos?, ¿podrá viajar con sus poderes nocivos intactos? Y, en cambio, ahora me contraría no emocionarme ante el pequeño diluvio que nos regala la primavera tras meses de sequía. Creo que la lluvia no ayuda contra el virus. Todo ahora gira en torno a lo que es efectivo para combatir al Covid-19. Este lunes hemos puesto el acento en la búsqueda de un tratamiento de fármacos eficaces para evitar muertes. Rescaté mi larga conversación con el doctor Sierra, a la luz de las noticias que llegan de Italia sobre el remedio milagroso que recuperó en 48 horas a un joven deportista, Fausto Russo. Fue hospitalizado en Nápoles y se prestó a una prueba experimental con tocilizumab, indicado para la artritis reumatoide. Fue mano de santo, se repuso y está feliz. El medicamento ha sido tomado en cuenta por otros países en los ensayos clínicos de urgencia para dar con el remedio talismán. También figura otro fármaco estrella en esta carrera por dar con la tecla, la cloroquina ya mencionada, que en Francia y Venezuela no dudan en administrar a enfermos y personal sanitario para enfrentar el virus. Me detengo ante las apreciaciones del director general de la OMS, Tedros Adhanom, que habla un inglés de garrafón y en quien echo en falta a menudo una dosis de optimismo y motivación. Advierte de que el eventual tratamiento ha de estar respaldado por evidencias "sólidas y de alta calidad". La OMS está realizando, con España entre otros países colaboradores, un gran ensayo clínico bajo el nombre de 'Solidarity'. El resultado está al caer. No me cabe la menor duda de que en breve tendremos un tratamiento ad hoc.

¿Estaré enfermo, aun siendo asintomático, con el bicho incubándose en mi receptivo organismo aquiescente con las gripes, los catarros y las alergias? Esta mañana me levanté con un leve dolor de cabeza. Me tomé la temperatura y no tenía fiebre. En la ducha apliqué agua caliente en mis cervicales, castigadas por las horas de tensión y estrés del

cierre del periódico, y el dolor fue remitiendo. Pero todos tenemos la sospecha a flor de piel. El virus es escurridizo y ya supera el medio millar de contagiados y 16 muertos en Canarias. El enemigo no está a las puertas, ya está dentro de la ciudad, decía Sánchez, cuyo guionista me recuerda pasajes de Coetzee en 'Esperando a los bárbaros', la fábula del pequeño pueblo fronterizo del imperio colonizador, bajo el estado de emergencia por el temor a una invasión de las tribus indígenas. Adhanom emplea un lenguaje futbolístico en su rueda de prensa de este lunes: "No se puede ganar un partido de fútbol solo defendiéndose, sino que hay que atacar también". Pide un estricto distanciamiento social y clausura conventual. En el Gobierno, Pablo Iglesias plantea pasar a un cierre total de la actividad del país y la vicepresidenta económica, Nadia Calviño, reacciona malhumorada por pretender un imposible, cuando en la esencia de este combate, como señalaba Adhanom, no basta con defenderse pasivamente en casa, sino que hay que ser agresivos y contraatacar. Alguien tiene que dar la cara. El debate no solo es este, la oposición, que en buena parte comparte las tesis de Iglesias, temen que el líder de Podemos acabe siendo el presidente del Gobierno en lo que reste de crisis si el presidente Sánchez diera positivo y cayera enfermo, después de que su esposa, su madre y su suegro hayan contraído el virus. Se llevan las manos a la cabeza. Y acaso conviene irse haciendo a la idea. Iglesias podrá ser el heredero de los jóvenes indignados de la Puerta del Sol, pero ya vemos a Inés Arrimadas tendiendo la mano al Gobierno y cediendo en pro de avanzar juntos en esta travesía. Algo se está engendrando. Es un leve movimiento de fichas, que a buen seguro no hará mucha gracia a Albert Rivera, una vez retirado, pero herido. Llegado el momento, Iglesias replicaría el tono y maneras de Sánchez. Con todo, una baja por enfermedad del presidente en mitad de la batalla sería una victoria psicológica de la oposición. Ya sé, ya

sé, esta pandemia está poniendo al descubierto otros virus y miserias, y la política es un vivero de los dos. De ahí que tales prevenciones alberguen dudas acerca de la verdadera salud del presidente, por si fuera asintomático entre tanto contagiado en casa. ¿Sánchez finge entereza para no ser apeado del mando único? Su sustituta, la vicepresidenta Carmen Calvo, acaba de ser hospitalizada por una crisis respiratoria. Es una de las políticas damnificadas de la famosa manifestación del 8-M que costó tan caro a la ministra Inés Montero y a Begoña Gómez, la esposa de Sánchez. Así que el coronavirus le pisa los talones a Sánchez.

Hoy mi hijo me hizo un encargo. Llevarle una carta y un juego a un amigo del colegio que vive cerca de casa. Hice de cartero, crucé la calle, y llevé su correspondencia al colega de clase. La cuarentena saca lo mejor de nosotros, la amistad, en primer lugar. Mi hijo la está cultivando y descubriendo en toda la extensión de la palabra. Se comunica con sus coetáneos y comparten la experiencia. Le propongo que dibuje en un cuaderno lo que le sugiere el encierro. Pero, en contra de su afición al dibujo, da largas a la idea; sospecho que prefiere ignorar la cuarentena, obviarla. Sí me llegan cada noche a mi wasap los puntuales bocetos de Felipe Hodgson: el artista de Tenerife que ha ido historiando el estado de alarma como un modo de desahogo. Aprecio mucho sus mensajes gráficos antes de irme a dormir.

Ha muerto Lucía Bosé, al borde de los 90, otra baja infligida por el virus. Y Plácido Domingo, tras caer en picado por las denuncias sexuales, ha dado positivo. Harvey Weinstein, recién condenado a casi un cuarto de siglo de prisión por las denuncias del movimiento MeToo de violaciones y abusos en su era de oro de Hollywood, también ha contraído la enfermedad en la cárcel. En mitad de la tormenta del Covid en celebrities de toda calaña, Woody Allen sorprende publicando

sin aviso sus memorias, 'A propósito de nada': "Nunca le puse un dedo encima a mi hija", afirma.

Estas largas jornadas de entreparedes invitan a leer. A distraer el tiempo evadiéndonos en múltiples tareas. El bueno de Hermann sale al balcón y toca la armónica. No se ha olvidado de hacerlo. Y la gente aplaude, como cada tarde; él interpreta que están premiando su actuación y se pone nervioso ante el afectuoso público. Es un alemán octogenario residente en Vigo y padece Alzheimer. Esas cosas suceden, desvelan pinceladas del alma humana. La nieve de esta mañana en las carreteras y el Teide, después de tanto tiempo, nos ha conmovido. La naturaleza da una de cal y otra de arena. Y esta vez de nieve.

La Liga se aplaza sine die (todos los campeonatos al unísono) y el río que nos lleva en su corriente no promete nada en concreto, sino acarrearnos. Dios dirá. Todos depositan las mayores esperanzas en que escampe y vuelva la rutina. Vuelva Tokio a la agenda, vuelva la Champions y el duelo del Barça y el Madrid. De momento, hay hoteles, pero no hay turistas. Hay empresas, pero no hay actividad. Colegios, pero no hay clases. Calles, pero no hay gente. En esta nadería nadamos sin objetivos. Se han aplazado todos los proyectos y suspendido todo cuanto estaba programado. Y así ocurre en todo el globo, como nunca antes por ninguna crisis o tragedia que se recuerde. Es la enfermedad del mundo. Si esto es el apocalipsis, aquí estamos los testigos, aún incrédulos ante tan completa parálisis de la existencia en tiempo real. Cómo nunca sospechamos que tal cosa podría sucedernos. Ni en la telerrealidad invasiva de las redes sociales se intuyó un epílogo del capitalismo de esta naturaleza, una suerte de parada global del reloj. Si el simulacro hubiera sido intencionado no habría salido mejor. Estamos en pelotas como una de esas fotos de desnudos masivos de Spencer Tunick. Necesitamos una imagen que refleje este pavor, y acaso no quede

otra que desempolvar ‘El grito’, de Edvard Munch. O un dibujo de mi amigo Hodgson. Hay otra imagen condescendiente de esta crisis, que parece un gesto de perdón al monstruo exterminador: una anciana de 95 años, Alma Clara Corsini, que dio positivo, consigue salir airosa de la enfermedad y curarse, en Italia. En medio de casi 5.500 cadáveres que ha dejado a su paso el coronavirus en la ciénaga transalpina, Alma es todo un símbolo de resistencia.

La cloroquina de D'Artagnan

Martes, 24 de marzo

Es un poema naif. Se ha hecho viral en tiempos del virus. Con motivo del día mundial de la poesía, ha sido muy socorrido. En la edición de mañana hemos incluido media docena de poemas para engancharse al género en este período de encierro y nostalgia. Es una entrega de El Español con versos célebres de Vallejo, Goytisolo, Cortázar, Panero y el inolvidable Ángel González, que levitaba (hace una eternidad) en el Hotel Mencey cuando lo dejamos de madrugada tras una velada en la terraza regada con whisky. Y, por tanto, lo poético se mezcla con los apocalíptico en un día de nuevo desmesurado de noticias de otra galaxia: India anuncia hoy que confinará a toda su población, 1.300 millones de habitantes. El primer ministro, Narendra Modi, toma esta senda al contabilizar 1.530 contagiados y 26 muertos. Lo llamarán precavido, acaso le pidan cuentas por la drástica decisión. Hoy tuve otra charla larga con el doctor Sierra sobre la posible desproporción de medidas de este norte; es precavido y escéptico, teme al hambre como al virus, y el confinamiento traerá hambre, me dice, pero admite que la

cuarentena ayudará. Cuando nos despedimos me previene de no hacer gala de la duda sobre la bondad de la medida: "Lo dices y te linchan". Es que me cuesta trabajo admitir esta moda de cerrar naciones como por un efecto simpatía. Pero también comprendo la ansiedad de contener la hemorragia de casos, y mi óptica es la del insular que lleva mejor las estadísticas. A España la broma le cuesta, si es cierto que solo prolonga el estado de alarma mañana, en el Consejo de Ministros, hasta el 11 de abril -yo no me lo creo-, no menos de 48.500 millones, un 3,9% del PIB, según una de las estimaciones de organismos acreditados, IESE Business School. La bolsa hoy repuntó, acaso animada por los anuncios del Consejo de Ministros y la ofensiva europea para garantizar el músculo financiero de la Unión. Todo esto no invita a lo que pretendo: interesar a la gente en la poesía. Hacemos la publicación ya citada y, con un ojo en el móvil para no perder de vista la actualidad, me tropiezo entre la tormenta de wasaps con uno que invita a hacer averiguaciones. Es ese poema viral -sí, viral- al que me refería. Se vende como una composición en prosa de 1800 de una poetisa ya muerta K. O' Meara, y se inicia de un modo muy actual: "Y la gente se quedó en casa. Y leía libros y escuchaba. Y descansaba y hacía ejercicio. Y creaba arte y jugaba. Y aprendía nuevas formas de ser, de estar quieto. Y se detenía. Y escuchaba más profundamente. Algunos meditaban. Algunos rezaban. Alguno bailaba. Algunos hallaron sus sombras. Y la gente empezó a pensar de forma diferente. Y la gente sanó. Y, en ausencia de personas que viven en la ignorancia y en el peligro, sin sentido y sin corazón, la Tierra comenzó a sanar." No había gran misterio que desentrañar: este poema de la pandemia inequívocamente compuesto en clave Internet resultó ser, en realidad, obra de una maestra jubilada, Kitty O´Meara, que lo publicó recientemente en su blog de Facebook, al ver por televisión los primeros confinamiento en China por esta enfermedad y recordar con angustia sus años de asis-

tente espiritual en hospitales y hospicios. Como Whitman, pero sin ser Whitman. Usó la treta de la peste del siglo XIX, y atrajo la atención con el gancho de un posible texto profético desempolvado al cabo de más de 200 años. Una artista del marketing esta Kitty O'Meara.

El ya desahuciado 2020 ("año bisiesto, año siniestro") nos dejará menos cuerdos de lo que ya éramos, y eso convierte esta crisis en una pandemia psicológica, amén de económica y sanitaria. No me gusta el cariz que adquieren los acontecimientos. Me abruman las decisiones que se están adoptando, la facilidad con que se da cerrojazo a países enteros sin reparar en más alternativas que la de no ser menos restrictivos que el vecino. Toda esta moda de inmolarnos por imitación. Y por esa regla de tres, pronto no será una provincia (Wuhan), ni un estado, ni un continente, sino el mundo íntegramente el que entre en cuarentena y se confine, y los 7.300 millones de habitantes entrarán en un estado de hipnosis que conducirá a la miseria y la muerte. Ya veo, me he puesto catastrofista, magnifico mi desacuerdo, pero, en el fondo, no dejo de contener la rabia, pues algo hay que hacer, y estas prescripciones es posible que surtan efecto.

En mis pequeñas islas los profesionales sanitarios han clamado desesperados: "No me llames héroe si me estás convirtiendo en mártir". La alta prevalencia de sanitarios contagiados es alarmante en Canarias, desprovistos de equipos de protección (mascarillas, guantes, batas…), que hoy, al fin, han llegado a bordo de dos aviones militares procedentes de Madrid. Algunas instituciones locales, como el Cabildo, han optado por comprar estos recursos directamente en China. El eclipse económico está teniendo consecuencias devastadoras. "Si esto sigue así, tendremos que tirar la leche", se queja en nuestra edición de mañana el sector ganadero, porque, como dicen, a las cabras no podemos meterlas en cuarentena, tenemos que ordeñarlas; de ahí que kilos de quesos y litros

de leche carecen de demanda y son desechados. Es la tónica general: se cierran los hoteles, los restaurantes, multitud de empresas, y el consumidor da la espalda al producto del campo. ¿Alguien ha meditado en serio sobre la espiral en la que nos hemos metido? En Colombia, el doctor Manuel Elkin Patarroyo, padre de la primera vacuna contra la malaria, aboga por aislar a los infectados, pero no al conjunto de la población. Le han llovido críticas. No está de moda este estribillo, sino aquel otro aquelarre del confinamiento y la suspensión. Se suspenden definitivamente los Juegos Olímpicos de Tokio para 2021. Es una decisión lógica: mal puede celebrarse una competición de tal calibre si los deportistas no han podido entrenar. Es un círculo vicioso. Si no tienes nada que ofrecer -algún evento que suspender por culpa del coronavirus-, calla. Cuando a mediados de febrero, el Mobile World Congress de Barcelona suspendió su edición de ese mes por las deserciones de las grandes compañías y el temor a una rápida propagación del virus, se tachó a los organizadores de precipitados e impresionables. Yo tampoco lo entendí. Ahora me muerdo la lengua y comprendo que no medimos la dimensión de este tsunami.

Es una tragedia, como dije, para el periodismo de papel. Hoy trascendieron datos escalofriantes. Los grandes grupos editoriales anuncian ERTE. La publicidad se esfuma y las ventas caen en picado, sin apenas quioscos abiertos donde comprar la prensa ni ánimo para pisar la calle con tal fin, a la vista de los mensajes disuasorios de las autoridades: "quédateEnCasa". Un viandante es un delincuente. La vida social inició esta saga de retraimientos. He dejado de saber de mis vecinos, a los que no veo ni de lejos. No sé si Kostian Jacob Kegel, el holandés del cuarto, vive, está bien, ha sorteado esta tormenta, después de sobrevivir a la calima de finales de enero sin fuerzas para respirar y el cansancio coronario que le sobreviene en esas crisis. Así es en todo. Hay un nuevo

dogma, el de las medidas de distanciamiento social. Se empezó por no besarnos, no abrazarnos, no saludarnos con la mano, y finalmente, no vernos siquiera, parapetados en nuestras viviendas evitando el más mínimo contacto visual.

Damos el año por perdido. Y yo que me las prometía tan felices con este año redondo, de dígitos apacibles y bellos, el par de cisnes y aros. Falsa apariencia. Annus horribilis. Se ha vuelto el peor año de la historia de la humanidad. El Fin del Mundo a todos los efectos, si lo siguiente, en efecto, es otro mundo -que tengo mis dudas-. ¿Qué era el pandemónium? Esto. La pandemia. Mi hijo, por suerte, se divierte en casa, juega, salta, mata el tiempo sin aturdirse como un novelero, y habla a todas horas en el chat grupal de Houseparty con sus amigos. La madre se anima y arregla la casa, hace reformas, tira cosas viejas. En interín de estos días, durante el almuerzo, coincidimos mencionando a alguien en un acto reflejo. ¿Por qué los dos nos acordamos de Stephen Hawking? Cuando lo conocimos, el mundo era convencional y él irrumpía entre nosotros como un ser supremo y lúcido y catastrofista, que invocaba la urgente necesidad de hacer planes para mudarnos de planeta. Hoy habría sido un peligro para su frágil salud este enemigo indiscriminado. Me llama la atención un científico francés que se incorpora al club de los poetas locos del coronavirus. Se llama Didier Raoult, un druida de cabello blanco con la pinta del mosquetero D'Artagnan, como lo describen sus compatriotas. Dirige el Instituto Hospitalario Universitario de Marsella, cuestiona la cruzada de confinamientos que asola el mundo y propone como tratamiento la cloroquina que tanto he mencionado otras veces. Tengo entendido que ha empezado a dispensarla en su país por su cuenta y riesgo, o seguramente con autorización, pero no es terapia aprobada en instancias oficiales. Sumo su voz a la galería de nuestro periódico de profetas de la salvación.

El Vietnam de Wuhan

Miércoles 25 de marzo

Hoy he sentido la zozobra de los casos que me han impresionado. Una joven fallece después de ser dada de alta y despedida entre aplausos. Duele doblemente. Otro guardia civil joven, el quinto por ahora, se queda por el camino. Tenía familia, no hay consuelo y desmiente la prevalencia de la edad. Una médica enérgica, aún joven y benefactora muere sola en casa enferma, en una ciudad de la Península. Nadie da crédito. Todos son víctimas del coronavirus. Me desmoronan estos casos desconcertantes de un virus que se supone indulta a los jóvenes y se ceba en gente muy mayor y con patologías previas, ese estribillo que tanto me incomodaba, pues sonaba a atenuante: bah, ancianos, qué más da. Y es insultante para ellos y para nosotros, sus descendientes; esta irreverencia con los mayores es de las cosas que peor llevo del coronavirus. Cierto que estoy más cerca de ser uno de ellos, pero hablo en serio: es intolerable y lo llevaremos mal cuando todo acabe y les miremos a la cara y flote en el ambiente que no estuvimos a la altura.

En mitad de la redacción semidesierta, me digo que volveremos a

estar juntos en nuestras instalaciones de la Dársena sacando entre todos el diario que cumple este año su 130 aniversario. Desde 1890 hasta hoy, este periódico ha sido testigo de todas las desgracias que han asolado, en tres siglos diferentes, a la humanidad. Quizá esta sea la más demoledora y vasta. Cojo un ejemplar y lo sostengo entre las manos con plena consciencia de que algunos ya piensan que esto es un cadáver, que el virus acabará de matar al periodismo de papel, y me rebelo, hago votos por que dure otros 130 años. Y reanudo el trabajo. Llamo a un compañero y le pido que arme una doble página con las novedades respecto al uso de la cloroquina y otros fármacos. Entra en la sala el subdirector Juan Carlos Mateu y anuncia la transcripción de una reveladora entrevista a la directora de Salud Pública de la OMS, María Neira, realizada por el periodista Víctor Hugo, de la Radio Pública de Canarias. La leo. Me pide un titular y no lo dudo: "A los canarios y españoles les transmito un mensaje claro: habrá un tratamiento pronto". La llevamos a primera. Estoy ilusionado con las nuevas buenas sobre los fármacos. Tengo fe en el ensayo clínico de la OMS que ya cité, 'Solidarity'; no sé por qué sospecho que el tratamiento que anunciará en breve girará en torno a las propiedades de la cloroquina. Acompañamos esta entrega con una entrevista de EL ESPAÑOL a la investigadora Elena Gómez-Díaz, que afirma: "Con la hidroxicloroquina evitaríamos que el virus infecte a las células". Diversas empresas españolas han donado al Ministerio de Sanidad en los últimos días cerca de medio millón de dosis del producto contra el Covid-19. Estaba indicado hasta ahora para la malaria, el lupus y la artritis reumatoide. Se produce una avalancha de demandantes del medicamento resucitado en cuanto trascendió su popularidad (nosotros fuimos de los primeros en diseminar la noticia). Trump lo calificó de "fármaco revolucionario". Pero no hay suficientes ensayos clínicos para ofrecer un veredicto irrefutable. En

eso está la OMS: "Podríamos tener pronto una respuesta terapéutica para los casos severos", anuncia María Neira, que no se atreve a prever una vacuna para el otoño, pero sí en poco tiempo. La experta insiste en que la enfermedad pasa prácticamente desapercibida para el 80% de la población y reduce a un 5% la tasa de infectados severos. Es el fármaco, lo primero; después la vacuna. Y será cuestión de días, quizá ni siquiera de semanas, conocer el anuncio oficial. Pero en la entrevista con Neira hay otra reflexión en la que reparo: "Me asusta que estemos sometiendo a los mayores a un terrorismo psicológico. No es verdad que se le dé prioridad a los más jóvenes para ingresar en las unidades de cuidados intensivos, me consta que no se está discriminando a las personas mayores. Recibir este bombardeo no ayuda para mantenerles con moral alta. Tienen que saber que les debemos mucho y que no están abandonados. Todo lo que hacemos va por ellos también". Sus palabras me traen el recuerdo de mis padres, muertos con neumonía. Habrían sido, de continuar vivos, carne de cañón de este virus asesino de nuestros sabios mayores que ahora se esconden asustados en sus madrigueras o son abandonados a su suerte en residencias de mala muerte, tras la estampida del personal. Hemos asistido a escenas terribles: cadáveres de viejos junto a ancianos supervivientes en algunos geriátricos de la España dejados de la mano de Dios, descubiertos por las fuerzas de seguridad. La ministra de Defensa promete mano dura con los responsables. Es una ignominia, una vergüenza, un crimen. Si hoy viviera, el autor de 'Ensayo sobre la ceguera', José Saramago, se habría visto metido en una realidad inconcebible y descarnada, como dentro de su novela en la ficción realista de estos días, como si hubiera atravesado la pantalla del cine hasta formar parte de la película. Tengo ante mí el ensayo de Saramago y 'La peste', de Camus. Las he empezado a releer, sobrecogido y ansioso. Saramago sostenía que Dios había

confinado a los seres humanos en este planeta, como una raza contagiada por un virus, para librar de él al resto del universo. En Lanzarote, donde se recluyó este autor portugués por diferencias con su Gobierno tras vetar su novela 'El Evangelio según Jesucristo', escribió 'Ensayo sobre la ceguera', una parábola sobre una epidemia como la actual cuyos síntomas eran perder la vista y quedar en blanco, que le abrió las puertas del premio Nobel.

Cuando está en página la entrevista de Neira, llega la última de su jefe, Tedros Adhanom, el nada estimulante director general de la OMS, que viene a echarnos un jarro de agua fría al filo de las doce de la noche, molesto por lo indicios de aquellos países que se proponen volver a la normalidad. Trump ha dicho hoy que el 12 de abril su nación volverá a las fábricas, la economía no se puede detener, y en China darán de alta a los 56 millones de confinados de Wahum y Hubei. Reino Unido tampoco pasa por el aro, su confinamiento es light, y otros -con peor catadura ante la pandemia-, incluso, se ríen del virus, como Jair Bolsonaro en Brasil, que lo llama "simple constipadillo" y López Obrador en México, que anima a la población a besarse y abrazarse "hasta nueva orden". Entre los escépticos del aislamiento -que merecerían mis simpatías si no fuera que nado en un mar de dudas-, deploro a los caricatos que hacen chiste con la multitud de vidas humanas que ha costado la enfermedad. El virus entra en todas las estancias, las más nobles y las más populares, y no entiende de clase social ni política. Atravesó la Moncloa y dieron positivo tres ministras: las dos primeras, la canaria Carolina Darias y la vicelideresa de Podemos Irene Montero, y la tercera, declarada hoy, la vicepresidenta primera, Carmen Calvo. En Reino Unido evacuaron de Buckingham a la reina, pero hoy se supo que cayó el príncipe de Gales, Carlos. Merkel entró en cuarentena por dar positivo un médico que la trató… Nos hemos obsesionado en este

estado de alarma, como si en el mundo nadie muriera de otra cosa que del coronavirus, la enfermedad síntesis, el único mal sobre la Tierra. Y la gente sigue enfermando de cáncer, padeciendo infartos, ictus y derrames cerebrales, contrayendo dolencias y afecciones de extrema gravedad. En la estupidez de esta psicosis colectiva, sí, hemos podido llegar a creer que todas las enfermedades se reducían a una, y que una vez solventada, se acabarían los problemas. Hoy confesó el actor cómico Dani Rivera que tiene cáncer, el linfoma de Hodgkin, por suerte una variante con buen pronóstico de supervivencia, superior al 80%. Y ayer fallecía el gran Albert Uderzo, creador del mítico 'Astérix'. Se fue mientras dormía, de un ataque al corazón. Llevaba días muy cansado. Acaso esa haya sido una muerte plácida y en mitad de este bombardeo del monotema haya quien se desee a sí mismo una despedida indolora, sin disneas ni intubaciones moribundas. ¡Qué infierno! Lo primero ha de ser salir de este círculo vicioso. O vamos por mal camino.

"Si no hemos llegado al pico, estamos muy cerca", ensaya un átomo de optimismo el portavoz de Alertas, Fernando Simón. Con 47.000 positivos y 3.400 muertos -ya más que China-, cuesta 'contagiarse' de una euforia tempranera, pero el médico epidemiólogo del Gobierno se basa en la disminución de casos graves y fallecidos en la última semana. Canarias vigila de cerca la evolución del virus que ella estrenó antes que el resto de España, primero en enero en Hermigua (La Gomera), con el primer caso en todo el país, un turista italiano, y después, a finales de febrero, cuando otro italiano obligó a cerrar de raíz todo un hotel en Adeje con mil personas dentro. Ahora, todos los hoteles de Canarias -y de España- están cerrados. Turismo cero. No vienen prácticamente aviones del exterior. Estamos incomunicados, la soledad le devuelve a Canarias la fama ancestral de paraíso mitológico, y con más de dos millones de habitantes encerrados en casa. Hacer de esto

una película sería hacer cine de terror. Y lo estamos viviendo en carne propia. Como si la escena del asedio de los pájaros de Hitchcock a Tipi Hedren se escenificara de manera ininterrumpida, y estuviéramos todo el tiempo en la cabina telefónica sintiendo los picotazos de las aves endiabladas contra los cristales. Esta noche aparcaré la lectura que he iniciado casi al alimón de Saramago y Camus, o no dormiré. Pero la realidad no llama a engaños. Está sucediendo y nos lo contamos a nosotros mismos en tiempo real. Antes de recoger los bártulos del periódico salta la noticia que vengo persiguiendo toda la tarde: el presidente Torres cesa a la consejera, precisamente, de Sanidad, Teresa Cruz Oval. La incompatibilidad entre ella y el recién nombrado coordinador del comité técnico de emergencia, Conrado Domínguez, le cuesta el cargo, si bien su destitución era un secreto a voces desde hacía semanas. Le sustituye Julio Pérez, al que bautizamos en El Confidente nuestro Schwarzkopf, aquel general veterano de la Guerra del Golfo en 1991, pues el abogado socialista y exsecretario de Estado de Justicia con el ministro Bermejo, que ya fue consejero del área en tiempos de Saavedra, es un político veterano curtido en mil batallas, en tiempos un socialista fijo en las quinielas del partido para un cargo oficial. Canarias sobrenada el coronavirus con graves deficiencias de medios. Ayer llegaron dos aviones militares con ayuda de material sanitario, insuficiente, y hoy el Gobierno aprobó destinar cinco millones a la compra de un cargamento potente de equipos de protección para el personal sanitario, expuesto y enfermo en una alta proporción a causa de sus deficientes condiciones de trabajo. La adquisición se ha hecho directamente entre Canarias y China, lo que da idea de las escasas provisiones de que dispone España, que hoy también anuncia una compra masiva de mascarillas, guantes y batas al país asiático donde saltó el virus en un mercado de animales vivos. Hemos dado la primi-

cia estos días de la transformación del recinto Ferial de Santa Cruz de Tenerife en hospital de campaña. Estoy satisfecho del seguimiento que hacemos, de las historias humanas que narramos y del buen periodismo social, cercano y honesto que estamos realizando en papel y en la web. Cumplo medio siglo como periodista y soy consciente de que estamos viviendo momentos históricos desarrollando una labor que mucha gente agradece. Hoy he visto a una mujer leyendo ávidamente DIARIO DE AVISOS. "Se me hizo corto. ¿Han bajado las páginas?" Y son las mismas 64 que venimos sacando desde antes de la pandemia. Eran sus ganas de saber más, y noto lo que buscaba, en particular: noticias sobre la cura del virus. Seguiremos abordando la salida del túnel. Este día es un punto de inflexión, si se cumplen las expectativas de Fernando Simón, y porque pronto superaremos las dos primeras semanas de estado de alarma. Esta madrugada terminó, tarde y algo bronco, el pleno del Congreso que aprobó la prórroga del confinamiento. Mientras escucho a la oposición lanzar críticas a Sánchez, pidiéndole mayores medidas de encierro, contemplo la imagen desternillante de un vecino de Lanzarote que sacó a pasear una gallina con correa incluida. Otro vecino, septuagenario, se sube a diario a la guagua en el Intercambiador para darse una vuelta hasta Chamorga, en Tenerife. La policía lo interceptó y multó, pero la picaresca popular es inagotable a la hora de idear excusas para saltarse el confinamiento. El drama lo tiene aquel que se queda en casa cuando su hogar es la calle. Hoy, a media mañana, el cajero automático de mi banco más próximo era el dormitorio de uno de estos sintecho, que no ha sido aún acogido por las autoridades en los pabellones destinados a tal fin durante la orden de aislamiento.

Hace muchos años leí en una revista una moda británica y nórdica, el fenómeno del cocooning. ¿Quién me iba a decir que lo vería llevado a la práctica en mi propio barrio? Faith Popcorn, consultora y estudio-

sa de tendencias sociales, acuñó con ese nombre la propensión de los individuos a socializar cada vez menos, recluyéndose en casa como en un castillo, desde el que hacer todas las actividades, dando la espalda a la calle, lugar peligroso, en el afán de hallar el equilibrio espiritual. Capullo significa cacoon. El cocooning que yo descubrí hace mucho data de los años 80 y ahora compruebo cómo es en plan global. En Estrasburgo recuerdo que a primera hora de la tarde las calles pierden vitalidad, y los eurodiputados y vecinos hacen vida hogareña, pero organizan veladas, cenas colectivas, cosa que, como se sabe, no transige nuestra introvertida declaración de estado de alarma. Pero, en realidad, estamos ejercitando la esencia de una vida en modo cocooning, en casa, sin pisar la calle. Además de comportarnos de forma maniática, con geles alcohólicos y aerosoles antisépticos en los bolsillos, para protegernos cada quince minutos. No sé a dónde iremos a parar, pero hasta hace bien poco una conducta semejante habría sido tildada de hipocondríaca y psicótica. El mundo está en el diván, y todavía no se ha dado cuenta. Acaso nos estemos tomando esto último más a la ligera de lo que deberíamos. Y mañana regresen a la calle con su psicosis postraumática auténticos marines pirados como en Vietnam, presas del virus de Wuhan.

Antes de morir

Jueves, 26 de marzo

Los ciudadanos tuvieron que renunciar a salir a la calle. Saltarse la orden con reincidencia era un delito penado con cárcel. Debían hacer su vida de puertas adentro. La bondad del Estado se limitaba a transigir con cortas evacuaciones por separado para comprar alimentos en colas tediosas, guardando dos metros de distancia, so pena de cometer una grave infracción. Se extendió la norma de llevar mascarilla y guantes de látex, nitrilo o vinilo de modo permanente. De cuando en cuando, se producía algún acto de insubordinación, alguien, un hombre, una mujer, un adolescente salía corriendo y sufría una persecución, hasta ser reducido de forma contundente y detenido por la policía. No era una situación cómoda para nadie, pero la mayoría fingía acceder de buen grado y las autoridades mostraban su poder de convicción como un éxito contra el enemigo. En la guerra que había propiciado la cuarentena, el adversario era microscópico, invisible y acaso invencible. Cada día morían centenares, miles de personas en el mundo. Poco a poco, fue recluyéndose cada vez a más cantidad de la población

mundial al mismo tiempo. Ya eran 2.600 millones de personas confinadas, un tercio de toda la humanidad. Aún no se habían producido muchos suicidios, pero se contaba con ello entre las reacciones a tener en cuenta entre los retenidos. Se empezaba a hablar de la Gran Reclusión. Las mujeres víctimas de violencia machista se vieron condenadas a convivir en estricto aislamiento con sus agresores, lo que hacía temer que los frecuentes crímenes de género se multiplicaran. Los gobernantes no daban una a derechas, eran frecuentes los fallos de organización, y el personal sanitario trabajaba desprotegido, por negligencias de las autoridades, que no previeron a tiempo la dotación de medios mínimos de seguridad para proteger al supuesto ejército que libraba las batallas (mascarillas, batas, guantes, los EPI…). Caían enfermos médicos, enfermeros y celadores. Los ancianos eran los peor parados, como ya se dijo, pero a veces sorprendían muertes prematuras, de jóvenes, incluso esporádicamente niños sin patologías previas. Las unidades de cuidados intensivos se desbordaron pronto; los contagios crecían de un modo exponencial. No había vacuna ni tratamiento establecido, más allá de remedios aleatorios y potencialmente reparadores. Este virus es multicontagioso y, en determinadas condiciones, mortal, pero se desconoce casi todo acerca de él. Al cabo de una semana y media de internamiento, con las industrias y el grueso de la economía paralizados, los colegios cerrados, toda la vida social, deportiva y cultural suspendida, las calles y parques desiertos, y la mano de obra, en su inmensa mayoría, inactiva, apenas toda la esperanza queda depositada en la vanguardia científica que no pega ojo indagando en la pócima del mal del mundo; expertos en microbiología y epidemiología e investigadores de múltiples áreas tratan de dar con el santo grial. Se busca un fármaco salvador a corto plazo y la vacuna definitiva. La humanidad se enfrenta con armas y bagajes al coronavirus del demonio,

un patógeno sin igual, de cuyo origen existían distintas versiones plausibles, pero, entre todas, dos: se debe a la transmisión del murciélago al hombre a través del pangolín (quizá otras especies) en el mercado de mariscos y animales vivos de Wuhan (Hubei, China), o dos, es un producto manipulado de laboratorio, cuya fuga podría deberse a un acto deliberado en la pugna entre dos polos, China y Estados Unidos, o a un accidente. No es la descripción que hace un Michael Crichton a la caza de un best seller, sino la foto del doceavo día del estado de alarma. Me estremece documentarme sobre los mercados húmedos de China, India o Vietnam, responsables del 70 por ciento de las enfermedades de animales salvajes que en las últimas cuatro décadas han saltado a los seres humanos, mediante la llamada zoonosis; puestos de venta de carne de animales sacrificados a demanda, donde clientes y mercaderes chapotean en la sangre, las tripas y el agua que empapan el suelo a la vista del que paga para poder comer carne recién matada, según denuncias organizaciones científicas que ponen el grito en el cielo.

Esta crisis ha dado escenas inolvidables. Los primeros compradores compulsivos acudieron a las grandes superficies y salieron con los carros atiborrados de rollos de papel higiénico. Nunca se supo con exactitud de dónde venía esa fiebre por este artículo en concreto a todas luces alejado de las prioridades alimenticias ante un improbable desabastecimiento (más allá del temor, no del todo infundado, a la aparición de diarreas entre los síntomas imaginables). En una ocasión, una vivienda se incendió, y los bomberos tuvieron que abrirse paso entre ingentes cantidades de rollos de papel higiénico almacenado en la casa.

En esta distopía nos hemos acostumbrado en tiempo récord a vivir como si acabara de fundarse el mundo y estas fueran las costumbres de toda la vida. Guardar cuarentena estrictamente. Las sabatinas de

Sánchez, discursos de tono admonitorio y algo apocalípticos que tratan de que el susto no se confíe y pase a segundo plano o se relajen las precauciones sociales. Se dice pronto que un tercio de la humanidad está en casa, convertida en jaula de sus moradores. Y los gobernantes, en domadores. ¿Y el circo? Esa es una pregunta para otro día, quizá para más adelante o para dentro de mucho tiempo, si hay porvenir y algún día se despejan todas las dudas.

Carmen Calvo obtiene el alta tras una incursión exprés en el virus, cuando los más reaccionarios temían que si ella faltaba y a Sánchez le pasaba algo, el turno de presidente fáctico correspondería a Pablo Iglesias. O sea, se restablece el orden sucesorio natural con Calvo de vuelta en casa apenas pocos días después de ser hospitalizada por insuficiencia respiratoria y dar positivo a la primera.

Yo no sabía que por regla general nos tocamos la cara veinte veces por hora. Bueno es que seamos conscientes de ello y nos reprimamos el tic. Por lo demás, el virus progresa más rápido en países latinos calientes y efusivos, y menos en sociedades más distantes y retraídas que apenas se tocan y se besan. Como si viera venir una crisis de estas, hace veintitantos años, María Rosa Alonso, una erudita de las letras canarias, ya muy mayor, me hizo un zasca, como ahora se dice, cuando fui al encuentro de ella para saludarla con un beso en la mejilla, y apartó su cara con esta explicación: "¡Los virus, Carmelo, a mi edad, no perdonan!"

A estas alturas comienzan a proliferar los fatídicos análisis económicos sobre la crisis que viene. El coronavirus económico. La recesión provocada para detener el virus. En fin… Este jueves ha sido como si a Canarias le hubieran abierto la cabeza y extirpado una neurona esencial, en virtud de la cual sentía el deber de promocionar las 24 horas el Archipiélago y aumentar el número de visitantes como motor de

la economía. Se cumplió el plazo y todos los hoteles quedaron clausurados: en las Islas y en toda España. Las Islas han despedido a los turistas, con un amargo adiós sin fecha de reconciliación. De más de 400.000 extranjeros no han podido irse unos 16.000, que permanecerán alojados y atendidos hasta que puedan regresar a sus países. Pero lo cierto es que Canarias -y España- entran desde hoy en una situación de turismo cero, algo insólito, que habla por sí solo del grado de excepcionalidad de este paréntesis en cierta manera trágico para unas islas que se habían educado y adecuado a la idea de gustar y ser visitadas. No encaja este no al turismo en el ADN de los últimos cien años de historia económica de esta tierra y de este país. Resurgir de tales cenizas no va a ser fácil, tampoco imposible, pero vaya desafío para toda una generación reinventarse a la vez el modelo económico, las costumbres sociales y acaso un nuevo funcionamiento de la democracia de partidos. La joven consejera de Turismo, Yaiza Castilla, parece valiente y convencida de ser capaz de conseguir dar la vuelta al calcetín; le honra su optimismo y valor. Es como borrarle el disco duro a nuestro cerebro para un reseteo tan ambicioso. "Tendremos que comenzar de cero", avisa Castilla sin darle más vueltas.

¿Hemos calculado bien las consecuencias? Tienta dejarse llevar por la corriente de esta extraña ficción realista; todo acontece de un modo demasiado irracional y, sin embargo, irrefutable. Pero siempre dijimos que si fallaba el turismo, las Islas sufrirían una debacle de hambre y miseria. Ya está aquí esa hipótesis, pero silenciamos el resto de la profecía. Es escalofriante. Y basta con asistir a la deriva de la cumbre de Europa celebrada hoy por videoconferencia para ver reproducidos los dos ejes de la Gran Recesión de hace una década: los países nórdicos y Alemania se resisten a asumir la financiación extraordinaria de los más afectados, Italia y España, en el sur. Sánchez y Conte se han negado a

suscribir las pírricas ayudas a que está dispuesto el Consejo Europeo, como Rajoy Monti en 2012 durante aquella crisis del euro que nos resultó tan grave y ahora tan anecdótica. Esta vez, la comprensiva -pero aún neófita- Ursula von der Leyen, que preside la Comisión Europa, ha advertido a los estados miembros que la división y el sálvese quien pueda ante el Covid-19 hace sonar todas las alarmas sobre las fracturas que amenazan con hacer estallar la UE setenta años después. Son los países nórdicos los menos golpeados por el flagelo del virus; han cerrados sus fronteras y guardan una disciplina militar. El Covid-19 se ha cobrado 8.000 vidas en Italia y la mitad en España, como si fuera un asunto exclusivo del Mediterráneo (los germanos apenas contabilizan 267 muertos de sus 44.000 contagiados). Europa vuelve a hacer agua. Y solo nos queda el consuelo, por boca del ministro de Sanidad, Salvador Illa, de haber entrado en lo que parece la "fase de estabilización". ¡Cómo nos aferramos, de qué manera nos recreamos en esa simple palabra que nos levanta mínimamente la moral: estabilización! Vendrá pronto el pico y después la curva comenzará a descender como una flecha. Pero nos queda mucha tela que cortar todavía. Nadie se llama a engaño. Cuando los contagios acaben, permanecerá una resaca de miedo, tristeza e incertidumbre, más el pánico por un posible rebrote. Seguirán canceladas las reuniones y los roces humanos, nos volveremos ariscos y ensimismados. Que nadie nos toque o hable a la cara. Que los turistas vengan con escafandras de astronautas y menos confianzas sociales a partir de entonces. ¿Qué mundo resecón nos aguarda? ¿En qué especie nos convertiremos cuando lo peor haya pasado, pero detrás venga lo más grave de todo: el estrés postrumático. ¿Saldremos como de un campo de concentración o estoy delirando? Sobreentiendo que las muestras de solidaridad y afecto hayan de perdurar, no sean flor de estos días. Un presidente autonómico propone

a Sánchez que autorice a los padres a sacar a pasear, dentro de un orden, a sus hijos a los parques de cada ciudad. En las paredes de algunos edificios proyectan frases a las 8 de la tarde: "Ánimo, vecinos, todo saldrá bien"; "No sé quién eres, pero estoy orgulloso de ti"; "El amor no ha sido cancelado"… Un sujeto de mediana edad fue detenido en la puerta de un edificio donde no vivía; admitió que acudía a visitar a su novia para mantener relaciones sexuales. Pillado in fraganti, pagará la multa. Le hemos cogido en la ciudad cariño a un trasatlántico que se quedó atracado en el puerto sin posibilidades de moverse del sitio, el Aida Nova, con base en Santa Cruz. Esta noche se encendieron sus luces con las palabras: "Gracias, Tenerife". En otra época, pasó algo parecido con un barco italiano, el Achille Lauro. Los barcos, como decía el periodista y maestro de escuela de nuestro barrio Juan Padrón Albornoz, confieren un aire de familiaridad a cuantos les rodea. Este, en particular, encarna los deseos a los que hemos renunciado, el viaje, la travesía, el ocio, el turismo, la bonanza económica, el bienestar…, tantos placeres y dones que han desaparecido. Una foto cruda de Fran Pallero, que publicamos mañana en el combo del 'Alto Voltaje', muestra a un hombre cruzando una calle provisto de mascarilla y una gorra, lleva una bolsa, y no parece haber leído el letrero impreso en el grafitti del muro que tiene delante: "Antes de morir". Sin comentarios. Mañana es viernes, aunque no suponga ninguna antesala lúdica de aquellos fines de semana que quedaron en el fondo de los buenos recuerdos hace poco más de diez días.

El héroe de 94 años

Viernes 27 de marzo

Es un déjà vu. Hoy se cumplen 14 días del decreto de estado de alarma, al amparo del artículo 116 de la Constitución. Pero la sensación de estar ante un hecho ya sucedido no se debe a la prórroga de esta situación excepcional por parte del Congreso, hasta el 11 de abril. Es al contemplar el último Eurogrupo por videoconferencia escindido entre el Norte y el Sur, la Europa rica y la menesterosa, cuando se repite la película de los sinsabores de la Gran Recesión, al aflorar la ineficacia de la UE, conceptualmente una inutilidad en situaciones de emergencia. El "repugnante" papel de los Países Bajos -el adjetivo es del primer ministro de Portugal, el socialista Antonio Costa, que se desgañita y clava el arpón en el holandés- resulta axiomático: el ministro de Finanzas de Holanda, Wopke Hoekstra, pide que Europa investigue a Italia y España por no contar con recursos presupuestarios suficientes con los que hacer frente a la crisis sanitaria, dado que venimos de un periodo de crecimiento. Esa amonestación antimediterránea coincide con otras palabras aún menos afortunadas del jefe de Epidemiología del Cen-

tro Médico de la Universidad de Leiden (Países Bajos), Frits Rosendaal, que reprochó a España e Italia el hecho de admitir en las UCI a personas "muy viejas", que ellos no acogerían por razones culturales. Ese debate ético, ya mencionado aquí, ante la evidente saturación de los hospitales, entre atender a personas jóvenes o de avanzada edad a la hora de salvar vidas, está abierto ahora en España, por el monumental caos, ante un contagio exponencial, pero jamás en términos eugenésicos. El enfrentamiento europeo se está enconando y entristece en un organismo supranacional con siete décadas de concepción desde la famosa Declaración de Robert Schuman. Pero Alemania reincide, junto a Holanda, en la negativa a mutualizar la deuda y emitir coronabonos para ayudar a los países más castigados por ahora. Europa no sirve en casos de solidaridad extrema, prevalece el egoísmo de las naciones boyantes del Norte y queda flotando en el aire el fiasco del proyecto, como alerta en todos los foros estos días un influyente eurodiputado español, el exministro de Justicia Juan Fernando López Aguilar. Si la Europa nórdica establece que envejecer lastra su porvenir y accede a condenar de antemano a los viejos a la imponderable muerte, habrá aflorado un nazismo residual que se reivindica en tiempos de guerra, como otra precuela de esta crisis recurrente de identidad que tan felices pone a los estadounidenses y rusos en su rivalidad con Bruselas.

El caballo desbocado del coronavirus se cobra este viernes negro las peores cifras en España e Italia (769 y 969 nuevos muertos, respectivamente). Con todo, España consolida la ya citada tendencia estabilizadora, según el porcentaje de defunciones de los últimos días. Pero los economistas empiezan a hacer cálculos y llevarse las manos a la cabeza. Si la Segunda Guerra Mundial deparó 60 millones de muertos, esta Tercera Guerra Mundial, que, según las estimaciones, afectará al 70% de la población, con el 1% de letalidad, podría cobrarse 50 millo-

nes de vidas. Suficiente balance para presumir de que estamos ante una ola definitiva de cambio. Lo que espera detrás del telón es, prácticamente, un nuevo sistema de vida, una nueva civilización, un nuevo mundo y supongo que una o varias nuevas ideologías. El Gobierno hoy ha prohibido los despidos. Pero las previsiones son de una recesión de dos trimestres como mínimo, que si supera ese umbral devendría en depresión. Otro mundo, golpeado por cifras de paro ingobernables, inactividad productiva impropia del siglo XXI y secuelas de todo género imaginables e inimaginables. Trump, sugestionado por la pérdida del liderazgo mundial cada día que pasa con los motores parados, sugiere la hipótesis de reanudar la actividad económica en el país en Semana Santa, pero hoy su vicepresidente, Mike Pence, matizó ese deseo, condicionándolo al estado de cosas cuando acabe en breve el confinamiento. Por un instante, como ya se comentó, algunos países barajaron la idea de evitar la parálisis económica bajo una inmunidad de rebaño o de grupo, que consistiría en proteger solo a los más vulnerables y enfermos y permitir que el virus se propague a ser posible lentamente hasta que, de una parte, los curados aporten inmunidad y la medicina dé con un tratamiento y una vacuna. Es cierto que el virus ha ido muy deprisa y esta teoría, compartida en particular por Reino Unido (y países nórdicos), se ve revisada por momentos. A fuer de sinceros, no oculto mis simpatías (con la de matices que he ido añadiendo) de profano por esa estrategia que el resto del mundo no parece compartir, seguramente con argumentos convincentes que desconozco. Hoy los economistas más sensatos afirman que estamos a punto de haber creado un problema mayor que la pandemia (una suerte de salto del animal al hombre y de este a la economía), pues la segura recesión provocada generará hambre y miseria, y, por tanto, muerte en una dimensión impredecible. ¿Nos estamos ahorcando? ¿En verdad

saldremos de esta o hemos entrado en un círculo vicioso, cuyos nuevos capítulos no podemos predecir, pero acaso sí intuir, dada la incompetencia de los dirigentes a la hora de adaptarse con tiempo a todos los indicios proclamados con suficiente antelación por las fuentes mejor informadas del mundo?

Boris Johnson, primer ministro británico, hoy dio positivo.

Todas mis esperanzas están depositadas en la pronta consecución de un tratamiento eficaz. China ya prueba en humanos una vacuna. EE.UU, Alemania, la OMS y hasta la renqueante Europa compiten en esa carrera. Pero, entre tanto, los hospitales administran y ensayan con cloroquina, como hemos visto: Estados Unidos, Francia, Alemania (España, también, aunque no lo pregone) lo hacen. En las últimas horas también se estudian las bondades del plasma de la sangre de los que se han recuperado de esta enfermedad, dado que contiene anticuerpos que pueden socorrer a los nuevos infectados.

Hoy ha sido un día de cara y cruz. Las Islas han superado los mil positivos (con cerca de 150 nuevos contagios y 9 fallecidos más). Tenerife, con el 66,7% del total regional, es la isla más afectada, quizá, como nos indica el jefe de Epidemiología, Amós García, porque fue la isla que soportó un mayor número de casos importados al principio y se realizaron más pruebas. También es cierto que, siendo la isla más poblada, es la que acoge la mayor colonia de italianos, primera fuente de ingreso del virus, amén de otras circunstancias que habrá que detectar. Un día aciago por la localización de un foco de 26 ancianos con Covid, usuarios de un centro geriátrico de Fasnia, al sur de Tenerife, y diez trabajadores contagiados. La alarma saltó hoy mismo con la muerte de la primera víctima de un centro de mayores. Tras la defunción se conocieron los resultados confirmatorios de la enfermedad. La noticia nos movilizó. Al filo del cierre descubro que evacúan a los ancianos

a la Clínica San Juan de Dios. Doy aviso a Fran Pallero y obtiene una foto de portada: la primera ambulancia con uno de los afectados. La imagen es excelente. Pallero estuvo hábil y eficaz, la consiguió con sigilo, en la oscuridad de la noche. No tenemos más remedio que seguir haciendo periodismo en tiempos de guerra. Hay un cierto grado de exposición, es innegable, pero es nuestro deber. Precisamente, mañana anunciaremos un nuevo servicio a nuestros lectores: les llevaremos el periódico a su casa cada mañana con tan solo solicitarnos el pedido a un teléfono. Nos reinventamos bajo un decreto de alarma que ha disuadido en la práctica a la mayoría de los quiosqueros y cuando no, como ha ocurrido hoy, un guardia civil aborta la compra de nuestro periódico por parte de una lectora que se acercó con ese fin a una gasolinera. Hay mucha confusión sobre las restricciones y el margen de maniobra dentro del confinamiento. Otra cosa son las excentricidades o los casos de desertores rayanos en reacciones demenciales, como un infractor multado por saltarse la alarma alegando que obedecía "órdenes de Dios". El Papa, aún en su sano juicio, ofreció hoy una estampa desoladora, solo, en medio de la inmensidad de una desierta plaza de San Pedro, a media luz, envuelto en el silencio sepulcral de la ciudad abatida por la pandemia, con la sola interrupción de una ligera lluvia que acompañó su bendición 'urbi et orbi'. No nos fuimos, sin embargo, con la moral por los suelos. Confieso que este ha sido uno de mis peores días, desolado por el volumen de contagiados en el mundo, más de medio millón, y de muertos, más de 26.000. Me aferro a los curados, cerca de 130.000 en todo el planeta. Y entre ellos, un tacorontero de 94 años. Me llama apresuradamente la compañera Vanesa Bocanegra con el contacto para cubrir la noticia. Y la historia es la de un hombre que había superado hace años un linfoma, y sufría una severa inmunodepresión. Tras 16 días confinado y atendido por su hija, que prefirió cui-

darlo en casa en lugar de un hospital cuando fue declarado positivo, se acababa de levantar de la cama ya restablecido, con el alta médica. “Ha sido una odisea, pero con final feliz”, nos confiesa la joven que ha contribuido a salvar la vida de su padre. Nuestro héroe de este viernes desigual.

Esta noche, en casa, mientras vuelco esta crónica en el ordenador, pasa un coche y oigo una pita aislada en la noche, que me trae recuerdos, reminiscencias de la vida ruidosa y fenética que dejamos atrás y que nos incita, con instinto y nostalgia, como parte aún de nosotros. Cada día que pasa siento que nos alejamos más de toda ella y avanzamos hacia esta nueva realidad que va cobrando forma e imponiendo sus reglas inexploradas. Durará. Va de largo. No está ni de lejos a la vista el día de la vuelta a la normalidad. Paso con pesadumbre, otra noche, página. Hoy me ha resultado todo más lúgubre que nunca. Confío en despertar con mejor ánimo. Pero no puedo dejar de repetirme que este no era el mejor de los mundos al que me propuse traer a mi hijo. Hoy, durante el almuerzo, lo contemplé con esa duda recóndita y culpable, y quise abrazarle. No lo hice.

La casa de Asterión

Sábado 28 de marzo

Sigo vivo, pero hay mucha muerte alrededor. La isla sigue siendo la metáfora del país. El aislamiento se ha impuesto como dogma. Una foto de Fran Pallero resume el riesgo de la población más vulnerable, los mayores. Describe la evacuación de los enfermos del geriátrico de Fasnia, infectados, hacia la Clínica San Juan de Dios. Fran obtuvo una imagen certera, de una gran fuerza visual, captada con respeto y sagacidad, entre las sombras de la noche en que se desarrolla el traslado de urgencia. Lo felicité esta mañana: "Tu foto de anoche que hoy es portada merece la mayor calificación. Enhorabuena". Mañana llevamos una entrevista con Jerónimo Saavedra, que le cuenta a Tovar cómo vive el encierro. A partir de ahora, hay que gastar menos en fiestas y Carnavales y más en la gente, afirma el veterano político, expresidente canario y exministro con Felipe González. Viene un periodo subsidiado en brazos de papá Estado, una fase de país subvencionado hasta levantar vuelo. Aquello fue grave, dice de la Guerra Civil, la última vez que el país quedó en estado de shock, y habrá que preguntarse cómo salieron

ellos (España y casi enseguida Europa con su propia guerra) para ver cómo salimos nosotros… Es un hombre de vuelta que pone siempre la dosis de ecuanimidad que requiere cada momento. Una vez le dije a un dirigente muy próximo a Sánchez: "Sugiérele al presidente que hable de cuando en cuando con Saavedra". En la entrevista cita a la madre de Sánchez, con coronavirus; la conoce, como también conoce al hermano del presidente. Saavedra es un referente de lucidez.

Llevamos un artículo exclusivo, vía EL ESPAÑOL, de Bernard-Henry Lévy: 'El mundo de mañana no será igual". Recuerda que en el Decamerón, Bocaccio explica que la única manera de hacer frente a la "mortal pestilencia" es "encerrarse" y "atrincherarse". El mundo curado de las pestes de la época clásica hereda no solo los hospitales generales, sino también el modelo disciplinario. Alguien comenta hoy -creo que es Sánchez Dragó- que el futuro que viene será de menos democracia y más totalitarismo. Se habla mucho estos días de la intervención del Estado. Estamos en estado de alarma. O sea, el presidente tiene el mayor poder que jamás tuvo un jefe de Gobierno en casi medio de siglo de democracia. Está al frente del Mando Único y genera suspicacias en la oposición, y entre los socios nacionalistas; es la primera gran prueba de fuego de su coalición. Nuestras vidas están enteramente en manos del presidente, que recorta nuestra libertad en nombre de la salud colectiva; concede y resta márgenes de movilidad. Hoy mismo, Sánchez ha comparecido a media tarde para dar 'un viaje' a Europa (viene a decir, que si no se luce y responde como debe en auxilio de Italia y España, dejará de servirnos) y para endurecer el confinamiento: a partir del lunes (mañana lo acordará un Consejo de Ministros extraordinario) los trabajadores de empresas no esenciales deberán quedarse en casa, hasta el 9 de abril: será un permiso retribuido que deberán compensar posteriormente en horas extras. España, que se asoma al

pico de la pandemia, teme que los hospitales se colapsen en la próxima semana y trata de reducir aún más la presencia de ciudadanos en la calle por tener que acudir al trabajo. De inmediato saltó la pregunta, que el presidente respondió en directo: ¿Los medios de comunicación son un servicio especial o cerramos los periódicos? Sánchez respondió sin titubear: "La prensa es un servicio esencial y merece todo mi reconocimiento por la labor que desempeña". Respiramos aliviados, por un instante imaginé que los talleres de impresión suspenderían su actividad y que las distribuidoras harían lo mismo. Sería verdaderamente traumático suspender la salida del DIARIO, tras 130 años, justo en 2020, cuando cumple su aniversario histórico. Seguiremos resistiendo en la trinchera, como dice Lévy.

Será como resurgir de nuestras cenizas. Mañana, si ese día llega un día, al fin, recuperaremos la normalidad en un país lo más parecido a un paisaje de posguerra. Con la economía por los suelos y el miedo en todas las miradas. En 'La casa de Asterión', Borges retrata al hombre solo, soberbio, tal vez misántropo y loco que vive encerrado en su vivienda singular, que apenas pisa la calle y regresa de noche a su madriguera por temor a que lo reconozca la plebe, y que entre cuatro paredes juega a sentirse perseguido por el minotauro, se deja caer de las azoteas, imagina recibir a un doble de sí mismo, le muestra la casa, de habitaciones infinitas, que tiene el tamaño del mundo. "Mejor dicho, es el mundo", sentencia el argentino. Nos hemos convertido todos en Asterión, soberbios, misántropos y locos.

Recuerdo aquel reloj. El del Juicio Final, de unos científicos norteamericanos que ilustraban la portada de su revista con el ángulo superior izquierdo de un reloj que fijaba una hora peculiar: a siete minutos de la medianoche, o sea, del Fin del Mundo. Durante años fueron acercando o alejando las manecillas según se daban las circunstan-

cias de mayor o menor riesgo de un apocalipsis. Cuando Bush padre y Gorbachov firmaron el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas, en 1991, situaron el minutero a una distancia considerable del cataclismo, a 17 minutos de la fatídica medianoche. Recuerdo la cara de Mijail Gorbachov, uno de los padres de la caída del mundo y del final de la Guerra Fría, cuando le recordé en Lanzarote, al año siguiente, aquellos gestos y actos que dieron un vuelco a la tensión mundial. ¿Es consciente de que usted ha cambiado la historia de la humanidad?, le pregunté, ante la atenta mirada de Raisa. "Sí", contestó escuetamente en aquella entrevista que le hice con Martín Rivero y Lucas Fernández, en su refugio vacacional de La Mareta. El reloj tuvo un aparente desliz en 1962, cuando concedió siete minutos confortables de distancia de las 24 horas, pese a que Kennedy y Kruschov dirimían el futuro de la paz, la eventualidad de una guerra mundial, en una negociación a cara o cruz durante la crisis de los misiles soviéticos en Cuba. Recuerdo las imágenes en blanco y negro en un documental de Fidel bramando por teléfono al conocer que los misiles eran desmantelados. Muchos años después, en el 98, durante una entrevista en el Palacio de la Revolución, le pregunté por aquellos días al Comandante. Había estado recientemente con él John F. Kennedy, el hijo del histórico presidente, que poco después iba a fallecer en un accidente aéreo: "Kennedy nos perdonó la vida. Si hubiera querido, nos habría borrado del mapa por aire. Le dije al hijo que estoy agradecido y que lo transmitiera a su familia". El reloj sorprendentemente acertó, no pasó nada, se impuso la paz. El mundo continuó su camino. Pero esta vez, o sea, hace apenas unas semanas, a comienzos de este año 2020, el reloj de los vaticinios universales marcó una hora inquietante: el minutero tan solo distaba de la medianoche cien segundos. Estábamos al borde del Fin del Mundo. Y yo recuerdo que publicamos la noticia en la contraportada

del DIARIO como una simpática anécdota, un flirteo tenebroso con la idea de exterminio de la población. Planeaban los conflictos arancelarios EE.UU.-China, las interferencias de Rusia, el hacha de guerra de Trump contra Irán, los misiles de Corea del Norte y el cambio climático de Greta Thunberg. Pero… eran los problemas de siempre, los contenciosos seculares. No podíamos imaginar que el reloj intuía el coronavirus. Y no quiero ni pensar que esa profecía tenga fundamento. Pero es como para ponerse a temblar.

Las fotos de 1918, durante la gripe española, tienen un paralelismo increíble con las escenas de 2020. Observo que entonces paseaban por la calle, con mascarillas sencillas o aparatosas, pero yendo del brazo o en grupo. Esta reedición de aquel miedo colectivo aporta imágenes de la UME desinfectando en monos blancos herméticamente cerrados el geriátrico de los viejitos infectados de Fasnia o el aeropuerto del Sur; las patrullas de furgonetas militares interceptando a transeúntes y coches para conocer los motivos por los que se saltan la cuarentena.

El parte de bajas sigue siendo escalofriante. España vive sus peores 24 horas, con 832 muertos. Ya suman 5.690. Los contagiados, en total, son por ahora 72.248. Hay, por suerte, 12.285 curados, entre ellos una albaceteña de 100 años que recibe el alta, según su hija, “gracias al genio que tiene”. El hombre triste que da las buenas noticias es el doctor Fernando Simón, responsable del Centro de Alertas. Según señala, pese a las cifras, en varias comunidades “se está superando el pico”. Canarias va por 1.125 contagiados, 39 fallecidos y 25 recuperados. Italia es una lástima, porque, pese a la larga cuarentena que acumula, la estadística resulta desalentadora: ya supera los 10.000 fallecidos, con más de 92.000 infectados (más de 12.000 curados).

Contemplo fotos en mercadillos del norte de Tenerife, captadas este sábado de puertas abiertas para dar salida a los productos del cam-

po, tras los requerimientos del sector, sumido en una crisis de venta sin precedentes, y respiro como si percibiera el aroma de las frutas y verduras de las imágenes coloridas del reportaje de Gabriela Gulesserian. Es una delicia, es la vida expuesta en repisas y mostradores. Es el mundo que conocimos, en el que crecí entre las montañas de Anaga, en Taganana, donde almorzábamos los alimentos que daba la huerta, es el sol y la tierra feraz como aliados y benefactores, las cabras que pastoreaba torpemente en los riscos de aquella cordillera, y es la magdalena de Proust en cada uno de esos manjares, impregnándonos de recuerdos entrañables de infancia y libertad.

Llegan a menudo buenas noticias como los dos vuelos que transportarán desde China a Tenerife 45.000 mascarillas en 48 horas. Es una donación de un empresario, en colaboración con la asociación solidaria Villa Feliz. Las mascarillas serán escoltadas entre el aeropuerto y el almacén del HUC, desde donde se distribuirán por las islas. El personal sanitario y sociosanitario se desgañita por una mascarilla para cada trabajador. Es una paradoja que ruboriza en medio de esta desgracia: nos prometíamos tan felices en la era de los grandes avances tecnológicos, y en esta tragedia nos regateamos las mascarillas, como el producto más codiciado. Algo no cuadra. Hemos dado un salto sideral hacia atrás. No estamos donde creemos. Habría que retroceder mucho para imaginar un país sin mascarillas con que proteger a sus sanitarios, que están cayendo enfermos como moscas; sin respiradores para los enfermos de neumonía; sin viseras, sin batas, sin guantes… País de chochos y moscas.

Este sábado arroja una muerte distinta. El cadáver de una mujer octogenaria, junto a un anciano superviviente con cortes en el cuerpo, en grave estado. Ella, de 82 años, apareció con heridas y un golpe en la cabeza, en mitad de un charco de sangre; él, de 86, se encontraba en

pésimas condiciones, asimismo ensangrentado. La primera hipótesis es la conjetura de un suicidio pactado. La mujer cuidaba de su esposo, impedido y muy enfermo, y acaso acordaran quitarse la vida. Debió de ser ella la ejecutante de las lesiones y acaso sufriera un desvanecimiento y murió de un golpe en la cabeza. La escena contiene dramáticas incertidumbres en este estado de alarma. Y forma parte del intramundo psicológico de este trance cuartelario.

Una carroza musical, habilitada por el Ayuntamiento de acuerdo con el Colegio de Psicólogos, comenzó a recorrer hoy los barrios de la capital para emitir mensajes de ánimo a la población con canciones de intérpretes locales.

Paisaje después de una guerra

Domingo 29 de marzo

Al cabo de dos semanas de cuarentena, cabe hacerse preguntas que no tienen respuesta, pero que son inevitables: ¿cuándo saldremos a la calle?, ¿cuándo dejará de ser peligroso contraer este virus?, ¿habrá vacuna pronto?, ¿contaremos con un tratamiento eficaz?, ¿esto es por ahora o para siempre? Y, entre todas las preguntas que se nos puedan pasar por la cabeza (¿será posible salir de un hoyo tan profundo?, ¿esto es todo o aún falta por ocurrir lo peor?, ¿después de esto, qué?, ¿saldremos ilesos o majaras, sensatos o desequilibrados?....), hay una que me sorprende esta mañana mientras conversaba por teléfono con el botánico y naturalista Wolfredo Wildpret, octogenario y lúcido como un sabio treintañero: ¿quién hay detrás de esta pandemia? Wildpret no se sonroja a su edad y sabiduría por el hecho de haber llegado a sospechar en alguna mano negra a la sombra del coronavirus. Divagamos sobre el mundo que nos espera y sobre si el simulacro de los confinamientos estatales tiene padre y madre, autor e ideólogo, si toda esta metamorfosis tiene un dios. La teología del coronavirus. Resulta interesante su

interpretación de los acontecimientos vividos, al calor de las muchas informaciones que consume al día. Hay algo que no le cuadra. Y, lejos de sentirse un "viejo conspiranoico", saluda el futuro con lo que le venga encima. Sospecha que detrás de este telón se impondrá, como en los cambios que alumbraron el Renacimiento o la Ilustración, un género de vida tecnológicamente incontestable: habrá un auge del robot, a su juicio, y los inversores del sector ganarán mucho dinero, como se prometieron en la última cumbre de Davos. Tampoco le encaja que nos hayan confinado sin más. Es posible que la receta provenga de la emergencia sanitaria, pero es demasiado impulsiva y drástica como para obedecer solo a razones médicas. Es ahí donde columbra el simulacro, cuya intención puede ser muy loable o muy dramática: el ser humano admite de la noche a la mañana perder la libertad. Luego de hablar con Wildpret leí a Javier Solana, enfermo de coronavirus, cuya reflexión desde el hospital avisa a los gobernantes de que no tienen "carta blanca" en esta crisis, frente a los valores cívicos de cada uno de nosotros. Wildpret me cita la cifra de muertes recientes en el mundo por problemas derivados del medio ambiente, sin previo aislamiento: diez millones de personas. En su auscultación de esta crisis piensa que hay, ha habido, una cascada de errores del gobierno. Solana opina que el liderazgo no está exento de ellos y de dubitaciones, lee la biografía de Churchill de un historiador británico, y se admira de las contradicciones y -no emplea la palabra, pero la deduzco- los miedos del héroe de la Segunda Guerra Mundial. Hoy me he ensimismado en todos estos pensamientos.

Las grandes factorías farmacéuticas ensayan un tratamiento. Grifols indaga en el plasma de los pacientes que se han curado. La inmunoglobulina posee las proteínas especializadas en combatir a los virus invasores. En sus laboratorios de Clayton, en Estados Unidos, buscan

ese medicamento, como hicieron hace seis años con motivo del ébola. Tengo claro que mientras la guerra avanza, nuestra única salvación vendrá del fármaco y después de la vacuna. La medicación es necesaria en casos graves, cuando se desata en el organismo la denominada tormenta de citocinas. Este virus es voluble y caprichoso, a unos acaricia y a otros flagela hasta el alma y mata, sin respetar la edad. Han muerto algunos bebés y adolescentes, cuando los niños parecían a salvo. Uno se resigna cuando la víctima es de edad avanzada, y sin embargo duelen los recuerdos, porque uno vio a su padre nonagenario irse y lloró, a su madre octogenaria sucumbir a una neumonía y padeció para siempre ese llanto sin pausa, en silencio, con los estragos definitivos. Pero si el que fallece es niño o niña, adolescente y joven, se dice que no entiende al virus, que se disfraza y miente, que es un impostor asesino. Y que merece ser destruido. El fármaco, la vacuna, la ciencia. Leo todo lo que se publica y quiero pensar que daremos la noticia de la panacea.

Estamos desde hoy cerca, más cerca que nunca, del pico de contagiados en España y en Canarias. Fernando Simón confirma que es la cuarta jornada con decrecimiento, buena señal, y Torres, en las Islas, calcula que el 5 o 6 de abril la curva empezará a descender en el archipiélago. Tras el cambio horario, algunos bromean con una hora menos de confinamiento. Pero nadie menciona la fecha del 11 de abril y el encierro endurecido que se inicia mañana lunes, para hacerlo coincidir con la Semana Santa, porque todos sospechamos que Sánchez anunciará una nueva prórroga del estado de derecho. El Consejo de Ministros adopta las nuevas restricciones, este domingo, en una sesión extraordinaria. La ministra de Hacienda y portavoz, María Jesús Montero, lo denomina una “hibernación inédita de la economía”. Chirrían esas exaltaciones adanistas a la dureza de las medidas. Los empresarios y algunas comunidades se suben por las paredes, porque creen

que la economía no puede asfixiarse pulsando un botón. Pienso que esta escalada es como la del asesino en serie, el mercenario, el sicario, el cazarrecompensas…. Basta que mate la primera vez, las demás vienen sobrevenidas.

Camino solo desde mi casa a la venta del pan. Recorro la Rambla, sin un alma, cruzo las calles sin un coche… Me digo que un atropello sería noticia, por insólito. A partir de mañana, ese paisaje desértico se agudizará. Nos hemos dado un batacazo contra la realidad. Veníamos de la superchería de un mundo ilimitado, de extravagancias y dislates, y este virus nos ha puesto en nuestro sitio. Una lección de humildad. Dicen que saldremos de esta timoratos y solidarios. Creo que saldremos con el rabo entre las piernas. Habrá mucha política a propósito de los gestores de esta crisis, quién sabe si elecciones anticipadas y vuelta a la ingobernabilidad. Pero el percal político no es de los mejores que ha ofertado España últimamente. Recuerdo que durante la crisis de 2008 se especuló mucho sobre el desprestigio de los partidos y dirigentes y por un tiempo se adoptó la fórmula de llamar a tecnócratas a gobernar sin haber sido elegidos, como Mario Monti en Italia. Ahora Europa ha vuelto a quedar en evidencia. Para las vacas gordas es un proyecto de altos vuelos, pero para las flacas es un paquidermo de una asimetría patológica: los países nórdicos y acreedores no quieren saber nada de los meridionales y endeudados. Ha vuelto a pasar. La UE es un invento fallido; no me extrañaría que se fuera al garete por la codicia de los que ven todo de lejos: la Europa del sur, el Mediterráneo y el virus.

En Ica (Perú), durante el terremoto de 2007, escuché por primera vez a mi lado a alguien que con los brazos en alto gritaba, “¡el fin del mundo!”, mientras la tierra se movía y amenazaba con tragarnos a todos. Ahora, veo a Europa dividirse por insolidaria y no creo imposible el fin de Europa. Si no se enmienda a tiempo, el terremoto se la lleva

por delante.

Algunos remedios se han colado entre las grietas de esta anomalía social, que aún no acaba de ser un estado de excepción. Los agobiantes atascos que mortificaban la vida de la gente en nuestras autopistas han desaparecido como por arte de magia. Mañana llevamos en la última página una foto de la autopista del norte absolutamente vacía de coches. Si es verdad que la contaminación atmosférica se ha reducido sensiblemente en el planeta y, a la vista está, que los grandes colapsos de tráfico han desaparecido de un plumazo, habrá que hablar con este virus para que siga asustándonos, con nuestra complicidad, pero a cambio, decrete una tregua y se retire a sus cuarteles. Le dejaremos ir en paz.

El giro autoritario

Lunes 30 de marzo

Nos hemos habituado a vivir pendientes de una curva. Todas las noticias bajaron la guardia, se evaporaron y emergió como única actualidad hegemónica la pandemia. La autopista lucía un páramo; contemplo esa foto exterior de la cuarentena que refleja la soledad de los sitios respecto a las gentes y sus cosas habituales, y lo que queda es desierto sin rastro de los coches. Nos acordamos de los atascos que Cortázar parodió como si profetizara la pesadilla de la pandemia de cuatro ruedas, cuando las autopistas no habían sido aún pasto del coronavirus. El mal de China ha traído, con sus demonios, la vacuna de los atascos automovilísticos y, lo que es sin duda más importante, con la descontaminación de buena parte del orbe. Mano de virus. Se salva el envoltorio, el globo, y la maldición ha recaído sobre los dinosaurios del siglo XXI, nosotros, los habitantes sin escrúpulos de la Tierra. Así que la pandemia, desde este punto de vista, nos está bien empleada; es un ajuste de cuentas de la naturaleza con la población, bisbisean mis amigos ecologistas con ironía taciturna. Y este argumento se ha exten-

dido como parábola entre exégetas y gurús de la plaga china. Vendrá, tras el virus, la pandemia económica, y acaso irrumpa la tecnológica y, después y siempre, la psicológica, la mental. Lamentable.

Con tan poco tiempo para recuperarnos entre un estado de alarma y otro (van de momento dos encadenados y viene caminando el tercero), no tenemos la perspectiva para prever los efectos más significativos de este pandemónium en nuestras vidas. Confieso que descreo de las teorías refundacionales del mundo que viene. Tengo la sospecha de que van a cambiar pocas cosas sustanciales, se adherirán a nosotros algunos hábitos oportunistas de corto, medio plazo, otros se prolongarán en el tiempo y acaso perduren, pero en esencia seguiremos siendo los mismos, iguales y el contexto se parecerá mucho al que habitábamos antes del 14 de marzo. Incluso, me atrevo a sugerir que rescataremos convencionalismos antiguos que habíamos erradicado; habrá un regreso a nuestro origen rural, a la huerta como tabla de salvación. Yo me veo recuperando el idilio con mi arcadia, volviendo a visitar las calles de Taganana con vocación proustiana, y dando más importancia a toda esa égloga que habíamos despreciado: la naturaleza nos llama, lo hará con más razón a partir de mañana, cuando retornemos a la normalidad. Y dicho esto, quién sabe, acaso también nos transformemos en seres más vulnerables y, como he dicho, más miedosos. Ciudadanos más dependientes del Estado, menos libres, más manipulables… Y esto no me agrada en absoluto. Es posible que nos adaptemos a hacer de la casa el centro de nuestra obra y vida. La casa-oficina, por mor del teletrabajo, es una alta probabilidad.

El Gobierno, que en estas circunstancias se erige en el Gran Hermano de George Orwell, dicta consignas y ordena restricciones al amparo de cada nuevo discurso presidencial. Nos convoca Sánchez a una de sus homilías y asumimos de antemano que viene una regañina cami-

nando, y otros quince días de confinamiento, o una vuelta de tuerca como el cierre de los llamados sectores no esenciales, que ha puesto de uñas a la patronal.

El vocabulario del coronavirus, muy sui géneris, también se ha apoderado -como la enfermedad respecto a la actualidad- de nuestro lenguaje corriente. En cierta forma, se imponen voces y conductas que contradicen toda nuestra cultura anterior. Educados en la convivencia, se nos instruye en el distanciamiento social como un diktat que no se discute, porque nos va en ello la supervivencia. Habituados al viaje y la movilidad, se nos inculca el aislamiento, el quieto parado; está bien visto ejercer de antisocial. Esta es la edad de oro inaudita del misántropo, al que tantas veces reprochamos su apartamiento y retiro. Hoy vivir de puertas adentro, sin roce con el prójimo, dando la espalda al mundo y sus ruidos es ser un ciudadano ejemplar, estar en la onda, en la más imperante de las modas. Nos hemos convertido en unos adulones de papá Estado vertical y mandón.

¿Han leído el artículo de Javier Solana en El País, que cité? El veterano político y hombre de Estado escribe desde el hospital donde mide sus fuerzas con el coronavirus, y avisa al mundo, a los gobiernos de Europa que imponen el nuevo código moral de comportamiento. No tienen "carta blanca", retomo esta cita una vez más. Pide unidad para esta guerra de todos contra un fantasma. Es, contrariamente a los mecanismos depresivos de la enfermedad, optimista sobre el desenlace de este careo con el coronavirus. Léanlo. Cuando lo entrevistamos en el DIARIO, hace pocos meses, Solana carraspeaba con su voz disfónica inconfundible antes de la tos del virus. Pero tenía las ideas tan claras como siempre y como ahora desde el hospital.

Una vez en casa, esta noche, me asomo a ver el mar, como de costumbre. Es una delicia, mi pequeño gran lujo, reconozco. Lo contemplo

en la oscuridad absoluta, el mar negro, moteado de luces del malecón, y el cielo también nocturno, los dos tenebrosos, pero, sin embargo, no me dan miedo. Me da miedo el virus. El mar y el cielo juegan en mi equipo y mañana clarearán; el virus, en cambio, es tramposo y traidor, no se muestra, pero está mirándonos en todas partes. Por eso es temible, como una flecha que atraviesa el aire silenciosa buscando impactar en nuestra cabeza, y solo el azar sabe si en el último instante, por un golpe de suerte, nos agachamos y no dará en el blanco, seguirá de largo, sin que nos enteremos nunca de la escena. Así, tampoco, sabremos jamás cuán cerca estuvo de nosotros el dichoso virus que a tantos ha alcanzado, herido e, incluso, eliminado.

¿Volverá la ciudad a sonreír?, me pregunto. Distingo a lo lejos el barco Aidanova que nos alegra la vista, como un vestigio del ya extinto mundo de cruceros y turismo. La calle, abajo, discurre vacía como un río sin caudal. No tengo edificios enfrente, sino la extensión infinita de agua. Esta noche hago votos para que mi ciudad recupere su hedonismo, encanto y lujuria de carnaval. Ante el Poseidón de la bahía murmuro estos deseos, como aquellos soldados espartanos le cantaban un peán en busca del tiempo perdido. Se nos hace necesario creer que el regreso es posible, como Zeus a Ítaca, que, a la vuelta de unas semanas, volveremos a nuestras profanaciones habituales, a destruirnos en salvaje y encarnizada jungla, con envidia a raudales y miserables ambiciones. Jodidos competidores insaciables. Así éramos, y acaso por ello hayamos enloquecido con este parón, lo sabremos más adelante, a riesgo de suicidios e inmolaciones: aquel matrimonio de avanzada edad que en apariencia pactó cortarse las venas en Los Cristianos (Tenerife) o el ministro de Finanzas del estado alemán de Hesse, Thomas Schaefer, que se arrojó a las vías del tren trastornado, según sus amigos, por las consecuencias de la crisis del coronavirus.

Será como el año I d.C. Cuando todo acabe y haya pasado el virus con su ejército de clones y lo haya arrasado todo dejando a su paso las heces de su deposición, sobre esas cenizas volveremos a construir un mundo para vivir nosotros y nuestros hijos y nietos. Y será el año I d.C., después del coronavirus. Cuando escribo esto aún no hemos alcanzado el millón de infectados (estamos en 760.000), ni los primeros cien mil muertos (vamos por 36.000). Me detengo ante la cifra de curados, 160.000, y brindo por ellos, los felicito y homenajeo en la intimidad. Son la causa de nuestra resistencia. Y a los fallecidos los lloro y enaltezco entre las cuatro paredes de un apartamento que vuela sobre el mar, como si leyera la mente de Whitman en otra guerra, la de Secesión, y sus párrafos atormentados en el diario neoyorquino del voluntariado del joven poeta aún desconocido en los hospitales del ejército del Norte, en cumplimiento del "mandato de una hora feliz". No, no hemos llegado al millón de enfermos. Estamos escalando la montaña. Dicen hoy los expertos que Italia, España y Canarias se asoman a la cima, al pico de la curva. Y arrecian las primeras voces críticas contra el confinamiento agravado por las nuevas restricciones de Sánchez este domingo, en un Consejo de Ministros extraordinario. "Si no podemos despedir, cerraremos las empresas", claman las cúpulas patronales en España. Y otro tanto hacen en las Islas. Todos los sectores se desmoronan, caen como torres de naipes…. El turismo, la construcción, las industrias, la agricultura… Habrá centenares de miles de parados a la vuelta de la esquina. "No tenemos liquidez sino para un mes", me dice un alto cargo del Gobierno canario. "Necesitamos dinero a espuertas", remacha. Nos miramos unos a otros perplejos por la dimensión del harakiri económico. No sabemos qué será de nosotros después de que el virus no solo haya acabado con muchas vidas, sino que, como el caballo de Atila, el martillo del mundo, por donde pise no crezca ni la hier-

ba. Cómo haremos para rehacer una economía con sectores diferenciados y generadores de riqueza y empleo para tanta gente como va a quedar en la cuneta. ¿Habrá miseria, pobreza, hambre? Hay un miedo atroz a que se multipliquen las muertes en las residencias de mayores, reitero. Al cabo de este domingo habían fallecido tres ancianos en el HUC procedentes de una residencia de Tegueste, y un positivo en Santa Rita encendió todas las alarmas en el Puerto de la Cruz: en el centro hay un millar de personas (700 usuarios y 300 trabajadores). Esta es una de las grandes pesadillas de las autoridades, por el volumen del riesgo. El presidente insular, Pedro Martín, me cita una escena que le impactó: una familia ha tenido que entregar a sus hijos al Cabildo porque el padre y la madre han contraído la enfermedad.

Al lado, África es una bomba, allí está empezando el huracán, están a dos o tres semanas de evitar una "tormenta brutal", avisa la secretaria ejecutiva de la Comisión Económica para África de la ONU, Vera Songwe. Estamos cerca, casi tocándonos, y continúan llegando tímidamente las pateras de hombres jóvenes y embarazadas que huyen de las guerras y el subdesarrollo sin medir las consecuencias. Como el viento negro del virus ha barrido todas las prioridades y preocupaciones anteriores, Marruecos aprovecha estas horas y publica en su Boletín Oficial las dos leyes sobre la delimitación de las aguas territoriales que hace tan solo unas semanas irritaron a las Islas porque invaden nuestro mar territorial y obligaron a España a enviar a su ministra de Exteriores a hacer entrar en razones a Rabat. A la chita callando, Marruecos cuela sus dos misiles. En nuestras ediciones es un tema recurrente de las relaciones de recelo y vecindad desde la invasión del Sáhara a mediados de los 70, en la famosa Marcha Verde. Las Islas están con la mosca detrás de la oreja.

Nos van a tener confinados un mes más. Todo abril. Lo deslizan los

ministros Illa y Marlaska, y el presidente canario Torres. Creen hacer bien, lo anuncian con la mejor intención. Y yo pienso que es como un sepulturero que abre la fosa de su propia tumba. Pero los entiendo, todo el mundo elige el mismo camino, con más o menos convicción. Es una receta ecuménica, propia de una aldea global, no es una ocurrencia, de acuerdo. Pero tengo las mismas dudas que al principio de todo esto. ¿Y si hubiéramos elegido otro camino? ¿Reforzando la Sanidad sin límites, con inversiones colosales en nuevos hospitales de campaña en grandes recintos cerrados y hoteles reconvertidos, aglutinando el mayor número de médicos civiles y militares, las mayores dotaciones de medios jamás destinados a ningún otro fin? ¿Y si hubiéramos centrado todos los esfuerzos en potenciar las prestaciones sanitarias, produciendo, fabricando, creando infraestructuras y materiales sanitarios, mascarillas, guantes, batas, calzas y respiradores en 3D? ¿Y si hubiéramos capitalizado con todos los fondos habidos y por haber la Sanidad del país y del mundo para enfrentar al enemigo en su terreno, el sanitario, sin mermar la economía, si parar la locomotora, sin tirarnos piedras sobre nuestro tejado, aislando a los enfermos, protegiendo a los más vulnerables, y confiando en que los curados reingresaran de inmediato, a medida que superaban las dos semanas de convalecencia, a la actividad productiva, una vez inmunes, algo tan esencial para preservar el mundo que habíamos contribuido durante tanto tiempo a llevar a las más altas cimas de desarrollo? ¿Y si estoy equivocado de pe a pa y han hecho lo correcto, lo razonable y lo inteligente, por doloroso, duro y exasperante que resulte? Yo, un humilde servidor, se hace preguntas, pero carece de respuestas. Y agacho la cabeza. Sí, bwana.

La única certeza es que siguen cayendo como moscas los contagiados. Hoy se suma a la nómina nada menos que el portavoz, el responsable del Centro de Alertas, el taciturno doctor Fernando Simón,

que nos daba últimamente aliento con su pronóstico de estar cerca de la famosa senda de estabilización. Sánchez se sentaba a su lado en el comité de expertos. El virus continúa cercando al presidente. De momento, sigue al pie del cañón.

Todos los periódicos tienen hoy a disposición la noticia del desvergonzado tailandés, de nombre impronunciable, Maha Vajiralongkorn, con 67 años, que decide confinarse con sus 20 concubinas en un opulento hotel alemán de los Alpes, y dejar en manos del Gobierno la gestión de la emergencia sanitaria. Putin aprovechó el virus para modificar la Constitución y eternizarse en el poder. Y su alumno aventajado, Viktor Orbán, ha reunido este lunes al Parlamento húngaro para concederse poderes extraordinarios con los que gobernar mediante decreto por tiempo ilimitado. Ante las protestas silenciadas de la oposición, un reputado analista Peter Krekó, director del Instituto Political Capital, escribe: "Tampoco se puede excluir que la política en todo el continente se mueva hacia situaciones extremas dentro de tres o seis meses". Primero fue sanitaria, después económica y, finalmente, a lo que se ve, esta hidra de tres cabezas promete traernos, a su vez, una inminente involución política, como tres tristes tigres.

Aporofobia y agorafobia

Martes 31 de marzo

Se hablará cuando todo pase del empresario Amancio Ortega, una de las primeras fortunas del mundo según Forbes, por sus donaciones al Sistema Nacional de Salud. Quid pro quo. El dueño de Inditex regala al Estado lo que más necesita en esta encrucijada: 1.450 respiradores para las UCI, tres millones de mascarillas filtrantes para profesionales sanitarios, un millón de kits de detección de Covid-19 y 450 camas hospitalarias. Su fundación se ha gastado 63 millones de euros. El multimillonario gallego, que ya antes ha concedido a la Sanidad pública tecnología contra el cáncer, ha consolidado estos días un aura filantrópica, tras los otros gestos anteriores, y su nombre, por esa razón, empieza a sonar como candidato al Premio Princesa de Asturias de Solidaridad. Ello no obsta para hacer constar que su grupo -el milagro español en el mundo del que veníamos- anuncie unos beneficios de 3.639 millones de euros, si bien da ejemplo renunciando a los primeros brotes del ERTE para 25.000 empleados de tienda bajo el estado de alarma. No tengo por qué dudar, como hacen sus críticos más intransi-

gentes, de las mejores intenciones de Ortega, un empresario que tuvo un golpe de suerte, empezó repartiendo camisas y pasó a fabricar batas de boatiné, hasta convertirse en icono de la globalización con sucursales en múltiples países y más de 62 millones de euros de fortuna. La contestación que sus demostraciones de altruismo suelen suscitar en redes sociales y sectores impulsivos de la izquierda carece, a menudo, de fundamento. A este señor le sobra el dinero, tiene una edad que delimita sus sueños y es de agradecer que se acuerde de los demás. Si con ello desgrava a Hacienda y se adorna con la medalla de la solidaridad nos debe tener sin cuidado. Vienen tiempos de penuria en este país. Necesitaremos de la bonhomía de empresarios como este gallego fundador de Inditex, que no parece español, sino chino, pues su praxis de abrir tiendas donde el diablo perdió los calzones solo se le ocurre a Xi Jinping y su ruta de la seda. Es curiosa esta polémica con Amancio Ortega cada vez que abre la mano y se retrata con Sanidad. Insisto, no estamos en condiciones de mirarle el diente a caballo regalado. Dice Adela Cortina, nuestra amiga del DIARIO, premio Taburiente de esta casa, que la presente crisis pone en evidencia los errores del pasado: si hubiéramos invertido más en Sanidad (en hospitales, en personal y en investigación biomédica) y menos en "escaramuzas ideológicas", nos habría ido mejor en esta pandemia y se le habría ahorrado mucho sufrimiento a la gente. Pero esta lección la hemos aprendido ahora. Saldremos tan aleccionados, que durante una temporada solo pensaremos en construir infraestructuras sanitarias, con UCI por doquier, montaremos las mejores fábricas de mascarillas, guantes y batas, imprimiremos equipos con tecnología 3D hasta saturarnos, y pondremos a robots inteligentísimos a atender en primera línea a los enfermos de coronavirus del futuro. Ah, y copiaremos aquella idea de los ingleses y crearemos un Ministerio de la Soledad. No nos volverá a coger este

tren. Si debemos acostumbrarnos a estas cuarentenas cada que un tirano expanda un virus a conveniencia para entretenerse con otra guerra mundial como esta, hagamos las cosas definitivamente bien: hagamos del hogar nuestro mundo, dotémonos de robots de antemano, pues debemos tener garantías de inmunidad, como me sugería el respetado botánico Wolfredo Wildpret, uno de nuestros últimos sabios. Es la primera vez que una sociedad constituye de modo repentino una nueva generación en tiempo récord, dos meses, pues de este shock saldrá a flote, como sospecho y he deslizado, nuestro viejo modo de vida, más el de nueva creación. Seremos los mismos, pero con hábitos tecnológicos adicionales, una suerte de cyborg. Es la era y la generación de mi hijo de nueve años, los nuevos avatares de un mundo a la deriva que se reinventa, la promoción del coronavirus que acaba de irrumpir, y a los de mi edad y mayores que yo nos va a exigir resetearnos. Mi hijo se adaptó desde el primer día a la cuarentena, entró en contacto múltiple con sus amigos por wifi y cable y apenas sintió el cambio por una suerte de liquidez y flexibilidad que no hubiera imaginado ni el mismísimo Zygmunt Bauman. Su hogar es este mundo interconectado. La pantalla donde discurría su comunicación por videoconferencia satisfacía sus necesidades básicas de contacto social. Nosotros echábamos de menos la cafetería, las visitas a nuestras parroquias cotidianas y el convencional sentido de la reunión presencial. Él y sus coetáneos viven de manera telemática como lo más natural del mundo. La calle les atrae, para correr y divertirse, pero si han de prescindir de ella por un tiempo, la suplen con sus propias herramientas y constructos virtuales de lugares y mundos dominados por entonos altamente fantasiosos.

Dicho lo cual conviene estar precavido. Lo que va a emerger es también el lado oscuro del ser humano. La aporofobia, que diría Adela Cortina con aquel concepto que acuñó en los 90 para definir el odio

y rechazo hacia las personas pobres. Porque la pobreza regresará en grandes dimensiones y planteará necesidades apremiantes que las autoridades tendrán dificultades en cubrir si no es con auxilio de un ejército de Amancios Ortega. Sin ingresos fiscales y los gastos disparados, me decía un gobernante canario, lo más previsible es que las pasemos canutas. No está Europa para dar lecciones de solidaridad. Lo más amable que se ha escuchado estos días del supremacismo nórdico han sido las acusaciones del ministro holandés de Finanzas, Wopke Hoekstra, que debe de ser un señoritingo malcriado, y a quien no se le ha ocurrido mejor modo de decir no a las ayudas requeridas por España e Italia que culparles de haber gestionado mal los años de bonanza. Hoy, en un alarde de cinismo diplomático, ha admitido haberse expresado desafortunadamente, para acto seguido repetir aquel mismo pensamiento con otras palabras. La ultraderecha española vela armas, a la espera de que pase este huracán, a sabiendas de que recogerá a manos llenas paletadas de euroescepticismo.

¿Cómo nos pensamos desconfinar? Nadie sabe responder a la pregunta. Todo empezó con una suerte de liga del estado de alarma, en que le exigían a Sánchez desde la oposición cuanto más alarma y más estado mejor; pareciera que con esa vocación de confinamiento, el campeón fuera el político que propusiera el más largo. Pero me reservo la opinión, a la espera de que pasen los días y las semanas y hagan mella el hastío y la discordia.

De Corea del Sur recibo una foto del arquitecto tinerfeño Fernando Martín tomando unos helados con unos amigos en una terraza. Me llama la atención que lleven mascarillas puestas, no sé cómo saborean los helados, imagino el quita y pon del accesorio, pero es cierto que allí las cosas han ido mejor. Son el país que, por tamaño y población, más se parece a España, y ni punto de comparación con nuestra espiral de

contagios y hacinamiento de hospitales. Entrevistaré a Menis para que cuente su experiencia que, sin duda, despierta mi curiosidad. Representa lo que para nosotros será el futuro; del modo que allí viven ahora, tras pasar lo peor, debemos tomar buena nota, porque nos anticipa la receta.

No, no se sabe cómo vamos a salir del encierro. En Alemania ya ensayan una original manera de ir vaciando las casas. Un epidemiólogo lidera un proyecto oficial para conceder certificados de inmunidad a aquellos enfermos que hayan superado el positivo y estén curados, mediante un detector de anticuerpos que acredite que han desarrollado ese escudo anti coronavirus. Son los ciudadanos que han ido al infierno y han regresado. Con esa cédula estarían exentos de la cuarentena y podrían volver a trabajar. Algo así, probablemente, harán con nosotros. En cierta manera, se trata de facilitarnos la reinserción después de un arresto domiciliario prolongado. Todo apunta a que este mes de abril que iniciamos mañana lo pasaremos en el camarote antes de que nos dejen desembarcar. Hablando de barcos, el Aidanova es la única alegría que me llevo a la vista cuando regreso a casa del periódico y asomo la cabeza en mi ventanal: su imponente estampa permanece en el mismo sitio, recostado como una mujer durmiente que sonríe invariablemente en el muelle de la ciudad, mira femeninamente como una My Lady de Chirino, sin que le reste belleza la inmovilidad.

Tienen otra idea por ahí fuera. En Italia, el Ministerio del Interior ha accedido a que los niños salgan a dar un paseo en compañía de un familiar adulto en las proximidades de sus casas. Se había generado una cierta ansiedad con esa prohibición y ministros y altos cargos habían planteado la necesidad de abrir la mano para que los niños puedan corretear por el vecindario acompañados de un progenitor. A ver si aquí se pega algo de la influencia externa en materia de permisividad. O co-

rremos el riesgo de entregarnos en brazo de un sistema inexorable que no obedezca a excepciones. En esta encrucijada, ni tanto ni tan poco. En el lado opuesto, Trump se las prometió muy felices asegurando que no detendría la maquinaria económica y la gente no dejaría de ir a trabajar y ha terminado tragándose las palabras y anunciando semanas difíciles por delante, como hizo hace ya más de quince días Sánchez cuando decretó el estado de alarma.

Oigo y leo hablar de menos espacio y más tiempo, como una constante del nuevo régimen de vida. Si se impone el cocooning español, y me temo -reitero- que va para largo, se impondrán nuevas reglas. Terminaremos por regular nuestros márgenes de movilidad. Compraremos horas, acaso minutos de libertad reglada para cubrir necesidades de salir al exterior con el fin de cumplir determinadas obligaciones presenciales, entre otras las de amar, mantener relaciones sexuales, discutir de algún asunto privado alejado de tecnologías fácilmente hackeables a estas alturas. Y para estirar las piernas, despejar la cabeza, sentir los espacios abiertos a nuestro alrededor, cumplir con nuestra ración de calistenia, sonreír y mirar a nuestros semejantes… De lo contrario, nos devorará la misantropía de la que ya hablé, y no nos reconoceremos en los espejos infinitos y laberintos con minotauro del venerable Borges. Si no ponemos fin a este confinamiento en un momento dado, perderemos toda la noción del espacio y el tiempo y acabaremos todos con síndrome de agorafobia. El Estado verá qué hace.

La Atlántida

Miércoles 1 de abril

En poco más de dos meses, España ha pasado de un caso a superar la barrera de cien mil. Lo recuerdo bien porque el 31 de enero fue diagnosticado positivo un turista de Baviera, que se alojaba en Hermigua (La Gomera). Fue un caso leve, el joven y sus acompañantes pasaron la primera cuarentena de este período cuando todo lo relacionado con el coronavirus era un asunto de China e Italia y nos pillaba lejos, o teníamos esa falsa sensación de estar ajenos al problema. Los afectados en el extranjero sumaban en ese momento más de 11.000 y los muertos, en total, eran 259. Hoy, el balance es bien diferente: el cómputo nacional ya alcanza a 102.000 personas infectadas (el mundial, a 900.000) y los muertos se cifran en 9.000 en España (45.000 en todo el planeta). Sorprende la velocidad con que Estados Unidos se ha convertido en pocas semanas en el país con mayor incidencia: 200.000 contagiados y ya más de 4.000 fallecidos. ¿Por qué nos detenemos a hacer este inventario a vuela pluma? Hoy es un día de esperanzadoras cifras en Canarias y España, donde los expertos consideran que ya se toca prác-

ticamente el pico de la enfermedad y en breve la curva comenzará a descender. Esta tendencia favorable en nuestro entorno contrasta, insisto, con la acelerada propagación del virus en Estados Unidos (Nueva York es una ciudad fantasma que llena de cadáveres camiones frigoríficos, y transporta por las calles desiertas la carga mortuoria como en una superproducción de terror, con escenas más propias del celuloide de su industria favorita). Si un cineasta ocasional girara la cámara hacia India, como hago yo ahora sobre la mesa en la que escribo, se asombraría de las imágenes masificadas de la muchedumbre que regresa a pasar la supuesta cuarentena en sus hogares sin mantener la distancia de seguridad ni cosa que se le parezca. Conocerá, como yo en estos momentos, el caso de Baldev Singh, un predicador punyabí, que pudo infectar de una tacada a 40.000 personas. A su regreso de un viaje a Italia y Alemania, no se le ocurrió nada mejor que acudir a un festival religioso en lugar de aislarse preventivamente. Confraternizó con miles de personas durante días, antes de enfermar definitivamente y morir de coronavirus. Su muerte obligó a confinar a 20 pueblos con más de 40.000 habitantes. El primer ministro decretó el confinamiento de todo el país, 1.300 millones de personas, una medida tan descomunal como inaplicable. India puede ser una bomba en los próximos días, mientras la otra potencia superpoblada, China, vivero del virus, se resiente de nuevos casos y la inusual actividad de sus crematorios hace sospechar que las autoridades han estado ocultando información. Todas las sospechas se ciernen sobre China. En ese hipotético documental, el realizador ahondará en lo concerniente a este último país, que fue el primero de la pandemia. Desde el primer día los teóricos de la conspiración agitan la presunta implicación del Instituto de Virología de Wuhan -corazón y epicentro de la plaga- en el desencadenante de esta amenaza mundial. Distintos científicos han abonado

esa hipótesis (solo es cuestión de días que se desate una polémica en toda regla entre potencias y expertos) y las propias autoridades chinas llegaron a recomendar más garantías en los estudios con virus y bioagentes en sus 'diabólicas' trincheras científicas opacas e inaccesibles. Difícilmente podremos mirar con claridad detrás de esta cortina de humo y saber qué oculta o qué hay de cierto en la especulación que ha ido cobrando cuerpo y que, en la medida en que consulto, obtengo respuestas llenas de suspicacias. En la comunidad científica hay opiniones que se confiesan desconcertadas con la evolución del virus, cuya contagiosidad y letalidad sorprenden en mayor medida de lo que era previsible en primera instancia. Algo no va bien, algo ha pasado que altera el guion de un coronavirus al uso. Y esa duda dispara las sospechas. En paralelo se ha generado una cascada de bulos, que van siendo desmentidos a medida que afloran (se montan campañas de fakes news y contracampañas de anti falacias), pero las suspicacias, tan afines al caso, de que el virus no se transmitió a humanos en un mercado de mariscos de Wuhan sino que se escapó de un laboratorio de la misma ciudad por accidente o deliberadamente permanecerá en el imaginario colectivo durante mucho tiempo y alimentará, a buen seguro, toda la intriga que esta pandemia sea capaz de engendrar con el paso del tiempo. En absoluto son descartables una oleada de reclamaciones indemnizatorias por las víctimas y cruzadas políticas contra gobernantes por su discutible gestión. En España hay antecedentes de ello. Es un capítulo para el día después.

Tenemos algunas certezas. Europa, la Unión Europea, es la primera gran víctima del coronavirus, y su nula capacidad de maniobra, por la insolidaridad del Norte hacia el Sur le pasará factura, sino fractura, y acaso algo peor. También escuchamos hablar de que la fase post-Covid "no será la vida anterior", como señala el primer ministro italiano, Giu-

seppe Conte, aquel político de ocasión que pasaba por allí y se encontró, de la noche a la mañana, en el Quirinal. "Nos olvidamos de las playas, conciertos y aperitivos", resumía uno de sus asesores, cuando uno de los países más castigados por el Covid-19 ya hace planes para salir gradualmente del confinamiento, que no es lo mismo que retornar a la normalidad, a partir del 4 de mayo, primer lunes después del puente. También estamos seguros de que pronto habrá un tratamiento a partir de la hidroxicloroquina y los antirretrovirales, más algunos otros fármacos, que ya repetimos como un estribillo, familiarizados con las armas que parecen más efectivas antes de la vacuna. Hoy mismo España inicia un macro ensayo con miles de sanitarios, en la misma dirección que el CSIC y la OMS. Dará sus frutos, para estar pertrechados ante la segunda ofensiva del virus en diciembre. Y también sabemos, o damos por sentado, que Sánchez prorrogará, una vez más, el estado de alarma hasta finales de mes, cuando el 12 expire el actual plazo.

El régimen penitenciario en el que vivimos, con constantes rondas de patrullas policiales y militares a la caza y captura de evadidos de la cuarentena, ha hecho germinar la figura insustituible del delator, que da parte del vecino que se salta el encierro con cualquier objeto. El delator es un personaje que adquiere fácil protagonismo en situaciones de agobio y cerco, como esta. Su intención vindicativa se adorna de humanitaria, pues recibe el aplauso de las autoridades al contribuir a evitar nuevos contagios. Los agentes desmantelan pequeños escondites que operan como bares clandestinos en las trastiendas de algunas instalaciones comerciales, donde unos pocos clientes consumen café y alcohol disimuladamente. Las multas son sabrosas. Los más rebeldes continúan desafiando la orden de aislamiento y se enfrentan violentamente a las fuerzas de seguridad. Una mujer perdió el juicio en un centro comercial y amenazó a la policía, una vez reducida, con em-

prenderla a “cabezazos”. Un joven alardeaba en la playa de saltarse el decreto de alarma, “y el que se pique, que se rasque”, se jactó en un vídeo antes de ser detenido.

España y Canarias quieren ver la luz al final del túnel. Las voces oficiales se sumaban al coro de ese optimismo. El presidente Torres, de la comunidad canaria, me confesó esta noche desde su casa, entre las interrupciones de su hijo menor de edad que celebraba su regreso a casa: “Estoy contento, esta noche dormimos mejor”. Acababan de aterrizar en Gran Canaria y Fuerteventura sendos aviones procedentes de China y Alemania con el primer pedido de su Gobierno de cerca de 60.000 pruebas diagnósticas y un millón y medio de mascarillas, junto a otros materiales de protección individual del personal sanitario y sociosanitario. Con este aporte podrán hacerse test a las personas mayores (han fallecido cinco y hay varios positivos en residencias de ancianos de las islas). En Cataluña y en Madrid determinados pacientes de más de 70 años no son atendidos, al parecer, en UCI en favor de enfermos más jóvenes por criterios de eficacia, como ya he apuntado, y a cualquiera conmueve y perturba. Es la cara oscura de una emergencia sanitaria colapsada, que impone una tala semejante de casos, entre quienes han de vivir y quienes no podrán hacerlo por falta de medios. Este dramático triaje, por suerte, no se da en Canarias, constato una vez más, donde las UCI no sufren saturación y el Cabildo ha creado un hospital de campaña en el Recinto Ferial. Suzanne Hoylaerts, de 90 años, consideró que había tenido una vida feliz y, cuando tras enfermar de coronavirus se enfrentó a lo peor, renunció al respirador en favor de los más jóvenes, y murió. Nunca podremos olvidar a estas personas y quizá nunca podamos recuperarnos de situaciones extremas como esta, que jamás habríamos imaginado en un mundo que alardeaba del altísimo nivel de su sanidad y respeto a los derechos de las personas mayores.

El virus nos ha colocado ante esta clase de pruebas y contradicciones, y de aquí saldremos con la cabeza agachada, sabiendo que habíamos estado equivocados todo el tiempo. No son distintas estas lamentaciones de las de Whitman viendo a los soldados de la Guerra de Secesión muriendo mezquinamente, en la mayor de las precariedades.

Todo destila a nuestro alrededor una misma decrepitud. Los hoteleros hoy han clamado ayuda a las autoridades, para gozar de hipotecas sin carencia durante al menos un año de transición. Temen que los fondos buitre se apropien en meses a precios de saldo de los hoteles cerrados y devaluados ante el negro porvenir de un sector condenado por mucho tiempo a causa de la mayor de las amenazas de esta epidemia: el contagio. Volar, viajar, desplazarse serán, no ya actividades desaconsejadas, sino probablemente prohibidas. El barco que me alegraba la vista se había ido hoy. Cuando me asomé a saludarlo no me devolvió la sonrisa la boca femenina dibujada en su proa. Abandonó el puerto por unos días, confío que vuelva en breve. Un barco era lo único que nos quedaba de referencia de los tiempos de bonanza portuaria y turística, cuando ejercíamos de base de cruceros y la ciudad recibía a los turistas con proliferación, gente de paso que ilustraba una era de prosperidad. Hace de esto….tan solo dos meses. El mundo, nuestro mundo y el mundo entero, es una Atlántida que se hundió hace dos meses, y se dice pronto. Que Platón venga y lo vea.

Hay quien sostiene que saldremos vigorosos de este coma inducido. Como atlantes saliendo a flote, pues estos días de cuarentena simulan una vida subterránea o bajo el mar, en la ciudad antagónica que recorro con el carnet de periodista y el certificado correspondiente para desplazarme y cubrir alguna información o simplemente acudir al periódico a proseguir el encierro desde nuestra redacción solitaria, en que somos habas contadas velando por la continuidad del producto,

mientras el grueso del pelotón opera desde casa. Eso, atlantes, y acaso, de volver a la superficie, supervivientes de este mundo que un virus destruyó hasta tal punto. Siguen los aplausos vespertinos desde ventanas y balcones, en homenaje a sanitarios, niños, policías, militares, ancianos, cumpleañeros, cantantes, violinistas y el alemán de la armónica que actúa con Alzheimer ante un público colgado de los palcos de los edificios de su barrio y la ovación rutinaria se la apropia como suya, ajeno a los porqués de esta realidad suspendida. Los cantantes interpretan en un video emotivo el himno de la cuarentena, '¡Resistiré!', el populoso tema del Dúo Dinámico. Los delfines se acercan a la orilla del muelle junto al Auditorio, estimulados por la falta de navegación. El clima lo agradece, el cielo de China y Europa revela una drástica reducción de dióxido de nitrógeno, una de las sustancias nocivas que emiten vehículos e industrias. Y una corriente de pasividad aboca a la cancelación sistemática de toda manifestación grupal. Santa Cruz suspende sus fiestas de mayo. La alcaldesa, Patricia Hernández, se encoje de hombros. "¡Qué otra cosa puedo hacer! ¡Es lo que toca!"

Pudores ni ataduras

Jueves 2 de abril

Podemos hablar ya de nostalgia de cuando éramos felices y podíamos ir a sitios. La entrevista que le hago al arquitecto Fernando Martín, en Seúl, nos previene para lo que haremos mañana. Él está viviendo una suerte de porvenir a nuestros efectos, y piensa volver pronto, como quien regresa del futuro. Corea del Sur es el espejo en el que se mira todo el mundo: el país que mejor ha confrontado el coronavirus. Me envía fotos con amigos y compañeros en bares y terrazas, provistos de mascarillas. En ascensores, en comercios, en cada esquina hay un bote de gol alcohólico, lleno ("y nadie se lo lleva", me remarca). Corea del Sur es un país organizado, actuó con diligencia tras conocer el brote de Wuhan; están acostumbrados a los coronavirus, ya sufrieron el del SARS de 2003, que dejó huella en la salud y la economía, y ahora no se les ocurre un apagón económico como el español, hacen vida normal con restricciones, practican test de diagnóstico generalizados en la población y aíslan a los infectados. Ni de locos cerrarían toda la economía de un plumazo; los hoteles permanecen abiertos con un

cuarto de ocupación de límite. Restaurantes y lugares de encuentro y consumo siguen abiertos, con distanciamiento social. Sin embargo, cuando se desató la alarma china, cerraron colegios y universidades, luego hicieron lo mismo con algún lugar concreto muy contaminado, y de inmediato restablecieron la convivencia y la vida mundana y económica. La economía es sagrada. Los vuelos no han sido suspendidos, promocionan el tráfico aéreo con Singapur y Hong Kong. Compruebo que estamos a años luz de una nueva cultura de adaptación a estos riesgos, y que en Asia, o en países modernos como Corea del Sur, ya tienen la lección aprendida. Están dotados de material sanitario en cantidades suficientes.

Uno de nuestros grandes arquitectos y de nuestras mentes más lúcidas, Fernando Martín Menis, recorre el mundo desde hace tiempo en busca de espacios para plantar su imaginación. Edificios que diseña y proyecta y dan vida y sentido a aquellas capitales donde este creador pone el ojo y el talento. Ahora le ha tocado vivir personalmente la crisis del coronavirus en uno de los países que más lecciones aporta al mundo: Corea del Sur. Desde allí atendió la llamada de EL ESPAÑOL-DIARIO DE AVISOS. Este fue el diálogo:

-¿Cómo está viviendo Corea del Sur la crisis del coronavirus?

"Se vive con preocupación pero con mucha más normalidad que en Europa. Aquí ya han pasado por virus similares como el SARS en el 2003, que sacudió la economía coreana, pero que hizo al país no olvidar y estar preparado. Aquí se puede salir, ir a restaurantes, a centros comerciales, a pasear".

-¿Por qué cree que ahí ha funcionado el protocolo?

"Porque aquí se empezó por hacer test muy efectivos que tienen los resultados a las pocas horas y a aislar a los contagiados, no a toda la población, además porque aquí se tomaron medidas enseguida: desde

que vieron lo que estaba pasando en China ellos ya sabían que les iba a afectar. Daegu fue la única ciudad que aislaron, pero tampoco tan brutalmente como se hizo en Wuhan en China, y consiguieron que, por ejemplo en Seoul, que es donde yo estoy ahora, el número de casos sea muy pequeño. De Corea del sur en España no sabemos casi nada, es una gran democracia muy bien organizada".

-¿Cómo contempla el confinamiento de España y otros países?

"Exagerado, pero al no estar preparados, necesario. Si no hay tests se aísla a toda la población en lugar de aislar solo a los que den positivo. Por otro lado, se tardó en reaccionar, y además da la sensación de que se dan órdenes contradictorias, y eso hará que se alargue más el proceso en detrimento de la libertad de los ciudadanos y de la economía. Supongo que los asiáticos son más ordenados y obedientes que los europeos, no lo sé".

-¿Qué se comenta en Corea del Sur de la forma en la que está afrontando España la crisis?

"Es curioso que en España se diga que no hace falta llevar mascarillas, aquí nadie sale sin ellas, no solo proteges a los demás, sino a ti mismo, la mascarilla hace que te toques mucho menos la boca y la cara. Los guantes no se llevan por la calle, casi, pero son indispensables para trabajar. No hay nadie que vaya por la calle sin mascarilla, que solo se quitan para comer en los restaurantes, que ya han vuelto a abrir. Como curiosidad: vas caminando por la calle, ves a alguien que se acerca y si no tiene la mascarilla se la pone al pasar junto a ti. Igual en la universidad o en una reunión. Las reuniones se siguen manteniendo. En cuanto a qué se opina de España, aquí en Corea se le tiene mucho cariño a España en general y a Tenerife, en particular a Garachico, porque ahí se rodó un reality show coreano llamado Youn´s Kitchen, de la cadena TVN que tuvo muchísimo éxito en toda Corea del

sur, y por eso ahora muchos coreanos visitan Canarias (o visitaban, pero sé que quieren volver)."

-¿Cómo analiza el cierre de hoteles y de vuelos para el futuro de Canarias y de España?

"Me parece una medida demasiado radical. Me pregunto casi todos los días: ¿por qué han cerrado también los hoteles de ciudad en España? Aquí no han cerrado, en ningún momento, tampoco los vuelos, no solo eso, sino que se han hecho verdaderos esfuerzos diplomáticos para que no se rompieran los lazos aéreos y marítimos de Japón o Singapur u otros vecinos con Corea, y lo han conseguido; de hecho, yo logré llegar sin ningún problema y entrar desde Qatar, eso sí, te obligan a salir de España ya con una app instalada en la que tienes que incluir diariamente tu temperatura y otras variables de salud y que te sigue a donde vas".

-¿Qué anécdotas nos puede contar de la vida diaria en Corea del Sur?

"En los hoteles de ciudad se ha tomado una medida curiosa, que supongo, pero no lo sé, que de alguna manera estará siendo paliada por el gobierno, solo se ocupa una cuarta parte de cada planta del hotel, o sea hay muy pocos clientes, pero no se cierran porque son fundamentales para los negocios y para que la economía no se pare. El respeto entre unos y otros es brutal para no pasarse la enfermedad. En todos sitios, ascensores, lugares de paso, en restaurantes en la entrada, en plantas de hotel, hay siempre gel de alcohol para limpiarse las manos y siempre, están llenos. Y nadie se los lleva. Han aparecido mascarillas de todo tipo, como una moda, unas con dibujos, otras negras. La costumbre española de tapas sería totalmente inviable porque se contaminarían unos a otros, ahora comen con plato individual, a pesar de que su costumbre era otra. Y si ponen algo para compartir te ponen unos palillos, te lo pasas a tu plato y nunca se repite palillo".

-¿La gente tiene miedo o trata de llevar una vida social?

"Claro que socializa, la vida sigue, y, como comentaba, la gente se relaciona, se reúne, aunque casi siempre con mascarilla. Tampoco Corea es un país como España, donde siempre estamos dándonos abrazos y la mano y besos cada dos por tres. Ellos mantienen un poco más las distancias, pero son muy amables".

-¿Cómo reaccionaron ahí a las medidas de reacción ante la propagación del coronavirus? ¿Aplican algún fármaco a la espera de la vacuna?

"En una palabra: las medidas fueron rápidas. En seguida cerraron las universidades y colegios y comenzaron las clases online. Tengo un amigo profesor que de la noche a la mañana tuvo que adaptar su temario a un sistema online. Eso también es de destacar, tanto aquí en Corea, como en Singapur o Hong Kong o Taiwan (donde asimismo lo llevan muy bien) o China se han desarrollado en estos apenas dos meses, numerosas app de aprendizaje online y de teletrabajo. No sabría decirte nada sobre lo que están investigando, solo sé que ese no es el mundo en que me muevo, que es la arquitectura, pero sí que sé que ahora mismo Corea del Sur está exportando material médico, que no da abasto".

-¿Qué dicen los científicos sobre la enfermedad y su cura?

"Lo que he podido leer en prensa es que opinan que es un virus más, uno nuevo, como tantos que han venido y vendrán, y que la humanidad lo superará, pero que hay que estar tan preparados para este tipo de acontecimientos como para los tsunamis, porque nunca se sabe cuándo llegará la próxima oleada pero sí que se sabe qué es lo que hay que tener previsto, planificado y almacenado. Y que ya el mundo es un solo mundo, y que basta que algo pase en Chile para que Corea se preocupe, o viceversa. Las cosas cambiarán ligeramente, cada vez serán más las acciones cotidianas que realicemos por reconocimiento

facial u ocular, más que táctil, y las casas y los hospitales tendrán que ser mejor diseñados para este tipo de acontecimientos. Y estar mejor dotados."

Al hilo de estas palabras desde Corea del Sur, uno llega a la conclusión de que en España y en Europa, y acaso en América, estamos pagando la novatada de no saber manejar este tipo de emergencias, por bisoños. Se nos colapsa el sistema sanitario porque carecemos de test suficientes para hacer de inmediato controles y aislamientos selectivos, y porque nuestro personal sanitario ha estado actuando a pecho descubierto, sin protección. La inexperiencia y falta de previsión las hemos pagado caras. Siendo España una potencia en fabricación de PCR (Reacción en Cadena de la Polimerasa, una prueba de diagnóstico más fiable que los test rápidos), hemos tenido déficits de cobertura para hacer controles masivos. Estas carencias y el deseo de poner puertas al monte llevó a improvisar un cierre prácticamente total del país, que no consigue reducir el problema a la mínima expresión (se vio ya antes en Italia), ni evita la saturación hospitalaria, y en cambio genera un socavón económico, que será una larga herencia que, como en el impuesto de sucesiones, no quisiéramos asumir.

Esta es ya la primera crisis económica mundial de la historia; las anteriores, en especial la del crac del 29 y la Gran Recesión de 2008, que tanta ruina provocaron, tuvieron menor amplitud geográfica y, según todos los indicios, menor gravedad -al menos, a corto plazo- que esta que hemos engendrado nosotros mismos, conscientemente, desde los distintos estados, de igual modo que se provoca un coma inducido, cuya consecuencia es un misterio que puede costar la propia vida. Por lo pronto, España dio a conocer hoy su paro registrado en marzo, un 9% de incremento, más de 300.000 personas (por encima de 3,5 millones de desempleados en todo el país), y una pérdida de afiliados a la Segu-

ridad Social superior a 800.000 trabajadores. Una de las comunidades más golpeadas por este mazazo de marzo, de alarma y cierre económico, ha sido Canarias con casi 20.000 parados más (todos los que se preveían para el conjunto del año). Definitivamente, la crisis, la recesión, el crac, la depresión o como se la quiera llamar, ya está aquí con toda su parafernalia. Las islas decidieron cerrar hoteles y vuelos y apagar los interruptores de todos los sectores, salvo excepciones puntuales, ante el temor de que los contagios se multiplicaran. Fue muy loable, y ahora será catastrófico. De haber dispuesto de un arsenal sanitario acorde con la crisis, se habría actuado con otros criterios, pero ya es tarde para prever lo que ya pasó. Proteger las vidas honra a los gobernantes, pero mañana deberán rendir cuentas de las imprevisiones, la historia y las urnas les juzgará (a todos, en las distintas comunidades, con la sanidad transferida durante años, y en la cúpula del poder nacional, a la luz de su gestión del estado de alarma). España, que el día después pedirá luz y taquígrafos, es cierto que actúa en sintonía con buena parte del resto del mundo, excepciones asiáticas aparte, junto a la Europa nórdica y el vacilante caso inglés. Trump, amo del mundo hasta hace un par de meses, replica las medidas de Italia y España, y asalta aviones en aeropuertos internacionales, chequera en mano, como le ha ocurrido a Francia con un cargamento interceptado por los estadounidenses antes de volar a su destino y desviado a América. La modesta Canarias tuvo que andar rápida de reflejos en Alemania ante el asedio de un mediador holandés que intentó apoderarse de un cargamento que pudo volar a Fuerteventura, no sin regatear el precio. La crisis ha devenido en un mercado de piratas. El sálvese quien pueda de Europa es la tónica general. Se roban unos a otros el material sanitario (las mascarillas, los guantes, las batas, los test y respiradores) para paliar las estadísticas de cada país. De esta ley de la selva no saldrá, me

temo, una sociedad mejor que la que teníamos. Es posible que hagamos luego un balance de las conductas y enseñanzas, y nos sintamos más o menos orgullosos de cada comportamiento. Pero el mundo saldrá más desunido en su aparente globalidad. Europa se segmentará en familias de estados afines, y en cierta forma arraigará un cierto 'brexitismo' latente en ese tipo de lobbies regionales. No descartemos nada, algunas pequeñas revoluciones, quizá más testimoniales que disruptivas, aparecerán en el horizonte y pasarán cerca de nosotros. Conflictos de desigual tensión, acaso guerras o disputas de medio pelo, pero no tendremos fácilmente la fiesta en paz. Cataluña ha visto que su prime time ha perdido audiencia y se ha visto obligada a transigir con el 155 de la puerta de atrás del estado de alarma, y la presencia militar en sus calles y campamentos ha provocado chispas. Se está fraguando ese nuevo percal de país y de sociedad. La desconfianza irá en aumento. La intimidad correrá riesgos y condicionará las relaciones humanas. Algunos actos espontáneos, como toser, que merecían la educada exclamación de "¡Jesús!" o "¡Salud!", pasarán a despertar suspicacia y desapego. Por suerte, Canarias dispone de material sanitario para diez días, las UCI están semivacías, los contagios y muertes se estabilizan (vamos por unos 1.490 infectados y 73 fallecidos, pero los curados son más, 92).

El mundo ha superado hoy la cifra psicológica oficial de un millón de afectados (51.000 fallecidos y 210.000 curados) y España absorbe el 20% del volumen total de muertos, con 10.000 (más de 26.000 recuperados). Con Italia estabilizándose, el volcán del Covid-19 (que la RAE prefiere de género femenino a partir de ahora) estalla definitivamente en EE.UU. (en pocos días se ha disparado a 240.000 contagiados y cerca de 6.000 muertos). Hoy escuché al peruano Jaime Baily criticando a China porque sus crematorios desmientes sus estadísticas oficiales.

No han parado de funcionar y unos dos millones de personas habrían fallecido, la misma cifra de móviles desconectados por defunciones según todas las sospechas. Es una crisis de piratas y bucaneros, de farsantes y tramposos. Ah, y de asesinos insaciables, como el presidente filipino, Rodrigo Duterte, que dio orden a su policía y ejército de "disparar a matar" a quien vulnere el confinamiento. En España aún no se ha apuntado a la cabeza de ningún ministro, pero ya el de Sanidad, Salvador Illa, ha sido denunciado por la Central Sindical Independiente y de Funcionarios (CSIF), como responsable de "homicidio imprudente", al no proteger debidamente a los profesionales del Sistema Nacional de Salud. Y al de Interior, Grande Marlaska, junto al propio Illa, ya les han presentado una denuncia similar por no contemplar a la Guardia Civil entre los colectivos de riesgo alto de contagio.

A mitad de camino del confinamiento, el Gobierno de Sánchez trata de sacudirse las primeras grietas en la lealtad de la oposición, por considerar lesivas sus últimas decisiones de mayor parálisis de la economía. El ministro Ábalos ha mencionado los Pactos de la Moncloa de 1977 como una receta para reconstruir el país tras la declaración del estado de alarma y el cese económico. Esa fue una fórmula de consenso con la oposición que llevó a cabo Adolfo Suárez en tiempos de "excepcionalidad económica", como el de esta pandemia, según sostiene Joaquín Estefanía en las páginas de El País. De prosperar esta vía, se abrirían fisuras del PSOE con ERC y, a buen seguro, con su socio Unidas Podemos. Lo que no obsta para presumir que, de una emergencia sanitaria y económica tan descomunal como esta, cualquier consecuencia es pertinente, incluida la crisis del Gobierno de coalición y la alternativa de un Gobierno de concentración, como viene demandando el director de EL ESPAÑOL, Pedro J. Ramírez. Lo que queda descartado de antemano es que Sánchez, el político más pragmático que ha

conocido la democracia española, haga ascos a ninguna solución por pudores o ataduras.

El jueves nos ofreció distintas bifurcaciones para titular en Primera la edición de mañana viernes. Al filo de las diez de la noche telefoneo a Lucas Fernández con tres propuestas para elegir la mejor, como hacemos desde hace casi cuatro años: los datos del paro, el millón de infectados en el mundo o…. el anuncio del ministro de Ciencia, Pedro Duque, que esta tarde en la Moncloa ha anunciado que "probablemente antes de final de abril" la ciencia española esté en condiciones de aportar la mejor candidata del mundo a vacuna contra el coronavirus. Los padres de la 'criatura' son Luis Enjuanes e Isabel Sola, del Centro Nacional de Biotecnología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Duque subrayó que esta vacuna "es de las más avanzadas del mundo"; solo habría otro grupo trabajando en ella al mismo nivel. Pero el ministro astronauta no tuvo vértigo para afirmar volando a lo más alto que la vacuna española "tiene muchos más visos de funcionar". No tuvimos dudas y elegimos esta última opción. Mañana seremos acaso los únicos en España que abramos con la vacuna. Pero nuestros lectores valorarán, a buen seguro, la noticia. Hay hartazgo funerario en todo el país. A Luis Enjuanes lo conocemos bien en el DIARIO, porque, nada más declararse la pandemia, le dedicamos un amplio reportaje, con opiniones llenas de sensatez y mesura, sobre el coronavirus SARS-CoV-2. Como venimos haciendo en nuestras páginas de buenas noticias respecto a la enfermedad, también destacaremos otros ensayos de tratamientos contra reloj, mediante fármacos, plasma de pacientes curados, y un antídoto que en Pensilvania neutraliza la enfermedad en ratones. Hay una foto muy socorrida de Pedro Duque con la Tierra al hombro, que define lo que el ministro ha dicho hoy sobre el liderazgo español en la búsqueda del remedio. La

imagen ilustra sus palabras en nuestra sección de Altos Voltajes. Da gusto, a estas horas de la noche, revisar estas informaciones y concluir que cada día, cada nueva edición del periódico, describe el pulso de un país que, pese a todo, se esmera por salir adelante y sobreponerse a la adversidad. Nosotros, los que compartimos este oficio, estamos viviendo la mayor crisis de este siglo y quién sabe si de los últimos siglos. Cumplida esa función fedataria nos vamos a acostar cada noche. Debemos medir las palabras, ser precisos y en los posible positivos (esta vez en el sentido favorable de la palabra). Constato de inmediato la predisposición de la audiencia a los mensajes ilusionantes en nuestra web. No podemos fallar, ni fallarles a los lectores y espectadores de nuestras ediciones de papel y digital. De manera que vivir estos acontecimientos supone para un periodista un hecho único, excepcional y ojalá irrepetible. Todos los días se hace historia. Esta es Historia con mayúsculas.

La hora más oscura de la humanidad

Viernes 3 de abril

Cuando en enero de 2018 Theresa May creó el Ministerio de la Soledad hubo risitas y gestos despectivos. Hoy, el mundo saldrá de esta con la soledad en llaga viva y vamos a necesitar nuevos ministerios para curar los traumas de esta pandemia. A la soledad se suma el distanciamiento social como nueva pauta. Necesitamos reeducarnos en la convivencia. Por primera vez millones de personas no aceptarán de buen grado interrelacionarse bajo el temor de que ello dañe su salud. Y se añaden otras secuelas, como la mala conciencia por las blasfemias de aquel ministro de Finanzas japonés, urgido por sacar al país de la recesión del tsunami de 2011, que dijo, según recogió The Guardian, que se despertaría sintiéndose mal si el tratamiento de las personas mayores lo seguía pagando el Gobierno: "El problema no se resolverá a menos que ustedes se den prisa en morir". No he podido olvidar aquellas palabras grabadas en la memoria a machetazos, ahora que en las UCI de Madrid y Cataluña ha debido priorizarse el uso de respiradores en virtud de la esperanza de vida a causa de la edad. Ese mi-

nisterio de los mayores parece impostergable. Y otros tantos, pues los que ahora existen pasarán a segundo plano. Se impondrán la Sanidad y sus numerosas subdivisiones como asunto de Estado número uno. Ya no nos perdonaremos carecer de mascarillas y guantes de nitrilo ante otra emergencia sanitaria. Jamás olvidaremos que se nos morían por centenares al carecer de respiradores, y que no podíamos conocer la magnitud de la pandemia por no contar con test para el diagnóstico. De un mes para otro pasamos de creernos con la mejor Sanidad del mundo a sabernos en pleno Madrid en el corazón de un Tercer Mundo incrustado en una gran metrópoli occidental. Ahora que salen los primeros brotes verdes entre las cenizas, y los expertos anuncian que entramos en la fase mesetaria de la curva dichosa, hacemos de la desdicha un ejercicio de imaginación. He tenido la tentación de rebuscar algún indicio premonitorio de que esto iba a suceder, de que esta desgracia tuvo quien la escribió antes. Y ese rastro me llevó a estas averiguaciones.

No es descabellado imaginarse una película de lo que nos está pasando, donde un grupo de sabios convocados por diversas instituciones científicas, filantrópicas, económicas y sociales, en las que despuntan empresarios sobrados de edad y fortunas, filósofos y teóricos con recorrido ya de vuelta de todos los debates intelectuales sobre las mil y una controversias, y algún que otro outsider de aspecto friki superdotado. Ese cenáculo se reúne en Nueva York y aborda el tema a tratar, que alguien extrae de una pequeña valija de terciopelo: una hipotética pandemia mundial provocada por un coronavirus. Morirán, al cabo de 18 meses, unos 65 millones de personas, antes de dar con una vacuna eficaz. Los sabios despliegan toda su capacidad de prospectiva y concluyen que habrá severos problemas económicos en el mundo, pues la maquinaria productiva será paralizada por primera vez, y se

destruirá empleo y riqueza. Lo primero que se pone de manifiesto es la necesidad de establecer alianzas entre sectores públicos y privados para enfrentar el desafío. La simulación arroja todos los riesgos desconocidos que aflorarán sobre la marcha. Al cabo del ejercicio, tras imaginar situaciones inéditas y terribles que agobian y agotan a los expertos hasta la extenuación, sugieren siete recomendaciones para ese pandemónium del simulacro: 1) colaboración entre el sector público y la iniciativa privada para ayudar a salvar vidas y contener las pérdidas económicas. 2) cooperación público-privada en la distribución de la ayuda. 3) preservar los viajes y el comercio durante la pandemia, pese a la tentación de medidas fronterizas y cierres encadenados, habida cuenta la vulnerabilidad de las economías ante el brote. El Estado y las aerolíneas y navieras deberían concertar viajes y rutas comerciales imprescindibles durante una pandemia a gran escala con el fin de mitigar el daño económico. El sector de la aviación, el ocio y el turismo son los pilares que se tambalearían. 4)La colaboración público-privada debe materializarse, asimismo, en el terreno de la fabricación de vacunas y terapias. Es una prioridad disponer de medios rápidos de distribución y dispensación de grandes cantidades de material sanitario para controlar el brote global. 5) Los líderes empresariales deben comprometerse activamente con los gobiernos en la inversión de recursos para estar preparados en sus propias industrias ante una pandemia. 6) Las organizaciones internacionales (FMI, Banco Mundial, Gobiernos, entidades financieras y fundaciones) deberán concertar grandes presupuestos para prevenir y afrontar epidemias y pandemias en el futuro, con el fin de priorizar la reducción de los impactos económicos. 7) Los gobiernos y el sector privado deben combatir con eficacia la desinformación asociándose con empresas tradicionales y de redes sociales.

Deberá haber una cogestión de la crisis, distintos gobiernos y con-

glomerados económicos no tendrán otra opción que concertar estrategias conjuntas y cooperar para combatir de modo corporativo una crisis sin precedentes y un enemigo invisible. La ciencia y la medicina deberán, a su vez, aunar esfuerzos para aportar en tiempo récord soluciones terapéuticas plausibles y prodigiosas, y hacer viable su distribución rápida y equitativa en los distintos escenarios de la pandemia. Han de contemplarse acciones coordinadas de auxilio a los sectores más vulnerables. La vacuna debe ser el objetivo irrenunciable día y noche hasta dar con ella. Las multinacionales deberán aprender la lección y blindarse en el futuro tras la inevitable factura que han de pagar esta vez. Las organizaciones internacionales deberán contribuir a paliar las consecuencias de la devastación. Y, entre tanto, debe acometerse la tarea de abortar bulos y fakes. Mi película contempla otros muchos pasajes y personajes que no vienen al caso de esta referencia pasajera. Lo sorprendente es que esta parte de la historia no es imaginaria, sino real, sucedió tal cual. Y no hace mucho tiempo, sino poco antes (el 18 de octubre) de que estallara en Wuhan la bomba sanitaria 'atómica' de Covid-19 (me resisto a empezar a usar el femenino, ya veré qué hago). Esa cumbre de cerebritos, organizada con la máxima discreción, contó entre los mecenas con Bill y Melinda Gates a través de su fundación, y junto a ellos participaron como promotores el Centro para la Seguridad de la Salud, de la Universidad Johns Hopkins, y el Foro Económico Mundial. Fue -repito- en octubre de 2019, en vísperas del coronavirus chino, cuando se realizó esta reunión que no podía ser más oportuna. De inmediato saltó la liebre en China; en seguida dio positivo un turista bávaro en Hermigua (La Gomera), que fue el primer caso español, y poco después, en Tenerife, fue confinado un hotel con mil personas dentro, a raíz de un nuevo positivo con un médico italiano y su esposa, amén de unos amigos. Aislar aquel hotel en medio de

la perplejidad general nadie podía sospechar que sería lo que haría, al mes siguiente, España en su conjunto, además de Italia, y otros muchos países sin capacidad de reacción ante un virus que colapsaba el sistema sanitario.

¿Qué llevó a Bill Gates y sus amigos universitarios y pensadores a abordar en lo que denominaron 'Evento 201' un apocalipsis de tal magnitud, con tan poca antelación, es algo que generó algunos bulos, como el de que Gates se habría hecho con la patente del coronavirus. Este bagaje del magnate de Internet explica que, cuando cuatro meses después, el 7 de febrero, disputó, formando pareja con Trevor Noah, un encuentro benéfico de dobles nada menos que con Rafa Nadal y Roger Federer, en Ciudad del Cabo, el fundador de Window le comentó con naturalidad al tenista español que el virus que por esas fechas empezaba a crear problemas en China iba a acarrear graves consecuencias en todo el mundo hasta que se consiguiera una vacuna efectiva. Habló de una crisis de "dimensiones desconocidas", según la confesión hecha por el tío del tenista, Toni Nadal. Gates tenía aprendida la lección, pues él mismo y los centros asociados plantearon como hipótesis lo que poco después se convirtió en realidad. Sería una pandemia causada por un virus altamente contagioso la que desencadenaría un cataclismo mundial de graves consecuencias para la salud, la economía y las relaciones sociales y políticas. La pandemia anticipada formalmente por Bill Gates ocasionaría pérdidas económicas anuales del 0,7% del PIB mundial, unos 570.000 millones de euros, según los primeros cálculos, sometidos a continua revisión. Los organizadores del cónclave han salido al paso de las teorías conspiratorias que les atribuían la predicción del actual fenómeno; aseguraron que era un modelo de pandemia ficticia por coronavirus que permitió desvelar las dificultades de respuesta que probablemente surgirían de produ-

cirse una adversidad semejante. Los antecedentes del ébola y el SARS inspiraron el foro. No obstante, algunas referencias difundidas estos días muestran a un Bill Gates ofreciendo conferencias desde hace un lustro sobre los terrores de infancia que llevaron a su familia a tener un bidón listo en el garaje con agua y comida para el caso de una guerra nuclear. El magnate advertía de que ahora el riesgo era otro: una pandemia vírica. Un enemigo microscópico traería las consecuencias devastadoras que asociamos con las bombas de Hiroshima y Nagasaki. De esta manera se ha visto envuelto Gates en toda una inevitable madeja de fakes y bulos sobre la relación de su pandemia metafórica y la que se tornó real.

En esa película que el instinto genera al calor de los acontecimientos, cabe incorporar temores sucedáneos, como que a partir de ahora un malvado terrorista podría pretender acabar con multitudes de seres humanos con tan solo activar una nueva pandemia, cada vez más atroz, mediante mutaciones capaces de convertir un virus convencional en una cepa peligrosa. Me dije: "La próxima pandemia podría originarse en la pantalla del ordenador de un terrorista". Pero al reproducir estas palabras dudé de mis aptitudes de guionista cinematográfico, y comencé a olfatear en Internet por si alguien hubiera dicho esto mismo antes hasta insertarlo en mi memoria en cualquier consulta ocasional. No fallé. El mismo Bill Gates lo había vaticinado en un reportaje de EL ESPAÑOL de mayo de 2018, actualizado en abril de 2019. Tanto él como su esposa llevan una larga temporada obsesionados con estos peligros devastadores del siglo XXI, tras lo sucedido con el ébola, el zika y otras epidemias. Su fundación invierte en la búsqueda de vacunas para erradicar el sida, la malaria o la poliomielitis. Y, en efecto, el fundador de Microsoft teme que un desalmado intente aprovecharse de la ingeniería genética para crear una versión sintética del virus de

la viruela o un brote súper contagioso y mortal de gripe. A su juicio, como declaró por entonces a The Washington Post, no cabe otra que tomárselo en serio (ahora sabemos que es así) e invertir grandes sumas de dinero en antivirales y terapias de anticuerpos, que puedan almacenarse o fabricarse con facilidad para detener cualquier emergencia pandémica.

Vamos a tener que revisar las predicciones, o como quieran llamarlas, de uno de los padres de la era informática, cuya incalculable fortuna hace tiempo que nutre sustanciosamente una odisea de nuevo arca de Noé: la de salvar la vida de todas las especies en un mundo amenazado por el peligro cierto del exterminio universal. Debemos, sin dudarlo, gastarnos los cuartos en medicina antiviral porque esta guerra no va a ser la primera ni la última. Y por no hacer caso a gente como Bill Gates hemos echado el cierre a la economía a riesgo de acabar con el bicho a cambio de un precio muy alto: el hambre.

Ahora que nos hemos instalado en la distopía sin vuelta atrás y desenterramos mitos antológicos como la Atlántida y los mundos hundidos, o guardamos memoria del guanche desguarnecido en su modorra, y nos reseteamos para empezar de cero, a construir unos nuevos pilares económicos, como torpes artesanos de oficios olvidados saliendo de un ictus universal, llamemos por su nombre al periodo que viene como ya sugerí: año I d.C. Año I después del Coronavirus. Y amén.

Hoy ha sido un día de buenas noticias. El doctor Lluis Serra, catedrático de Medicina Preventiva y Salud Pública de la Universidad de Las Palmas y portavoz del comité científico que asesora al Gobierno canario, nos ha regalado un chute de esperanza: “Estamos seguros de que ya hemos superado en Canarias el pico, pero no hay que bajar la guardia”. Según su veredicto, las Islas podrán ser de las primeras en superar la pandemia, y aconseja que en breve las autoridades flexibi-

licen la cuarentena, dejando sacar a pasear a los niños a los parques y a las personas mayores. Pronto volveremos a las playas y a los restaurantes, con menos mesas y más distancia, pero regresaremos a la normalidad. Sus palabras nos ilusionan al cabo de la tercera semana de la declaración del estado de alarma. El presidente Torres, cuyo Gobierno exime hoy a 17.000 familias el pago del alquiler social de las viviendas públicas, pedirá el domingo en videoconferencia a Sánchez que preste más atención a Canarias tras el golpetazo de los datos de paro, la región más castigada por la crisis. José Carlos Mauricio, que asesora a los alcaldes turísticos, nos dice gráficamente que "si vuelas con un solo motor (el turismo), cuando se para, te vas al piso". Nadie sabe cuánto va a costar esta crisis y cómo se va a salir de ella, ante las proporciones del impacto como pronosticaba Bill Gates. La directora gerente del FMI, Kristalina Georgieva, nos arroja este jarro de agua fría antes del cierre desde Washington: "La recesión será mucho peor que la de 2008. Esta es la hora más oscura de la humanidad." Estados Unidos es ahora mismo el Decamerón de Bocaccio, con la pandemia avanzando a pasos agigantados, Wall Street en pérdidas y los analistas augurando una recesión global nunca vista. Italia aplana la curva y sueña con ver por fin amanecer. Sánchez, a buen seguro, anunciará mañana a la oposición que prorrogará el estado de alarma hasta el 26 de abril. El ministro de Sanidad ofrece algunas pistas del nuevo estatus: todos deberemos usar mascarilla en la calle cuando excepcionalmente la pisemos por motivos justificados, laborales o de consumo.

La salud, la libertad y viceversa

Sábado 4 de abril

Plantea Bernard-Henry Lévy en EL ESPAÑOL un tema que abordamos hace algunas fechas: la prevalencia de la salud frente a la libertad o viceversa, y el papel del Estado priorizando a una respecto a la otra durante la orden de confinamiento. Lévy rescata el malestar de Michel Foucault ante la jerarquía del 'poder médico', incluso con relación a la autoridad del gobernante. Es cierto que en esta pandemia, como en las precedentes, los dirigentes se rodean de comités científicos (como nunca antes en la gestión de la cosa pública) y, como en la Edad Media ante las plagas y pestes, decretan cuarentenas y mandan a sus ejércitos y policías a reprimir a los que se salten la orden. Esta vez, como todas las anteriores, repetimos el manual y cometemos los mismos errores. Dilatamos lo importante que es afrontar el problema sanitario con las armas más eficaces: la medicación. En París dilapidan mediáticamente al ya mencionado doctor Didier Raoult, que recomienda la cloroquina entre los franceses para repeler el coronavirus. Lo ponen a caer de un burro por su pinta estrafalario de 'Depardieu de la medicina'. En

las mismas páginas de nuestro periódico correspondientes a la edición de mañana, tercera semana de la declaración del estado de alarma, abrimos con una entrevista de Jorge Berástegui a Wolfredo Wildpret, un científico respetado, que pone de ejemplo al presidente canario en relación con Pedro Sánchez: "Es una persona que da confianza, que entiende lo que está diciendo; ya podría aprender Sánchez". Y anuncia un porvenir dramático si no se ayuda a la gente: "Puede ser un caos terrible". La ciencia, a su juicio, le está dando una lección a la política, que ha pecado de imprevisión frente a las advertencias, afirma el preclaro botánico. Y no dejan de intrigarme las predicciones de Bill Gates. Anoche se me hizo de día leyendo los antecedentes que desconocía acerca de la cruzada de este buen hombre desde hace al menos cinco años pregonando a los cuatro vientos, en innumerables conferencias, que estamos invirtiendo cantidades ingentes de dinero en evitar una guerra nuclear y apenas en paliar los efectos devastadores de una pandemia vírica, mucho más probable, como los hechos han terminado de darle la razón. A un gobernante europeo que ahora afronta la guerra del coronavirus se le debería poner la cara colorada ante tales evidencias. Si hemos detenido la economía y condenado a la humanidad a una recesión de caballo que costará sangre, sudor y lágrimas, y engendrará millones de víctimas del hambre (muertos en vida) ha sido por la negligencia de los gobiernos que desoyeron a gurús como Gates, que les anticipaban lo que iba a suceder y ha sucedido. La realidad les (y nos) ha explotado en la cara. Gates iba más allá: esta será la forma futura de generar exterminio por parte de terroristas, ya no contaminando bacteriológicamente el riachuelo de una comunidad, sino infectando víricamente al conjunto de la población del planeta. De esta cuarentena saldremos, pero de las futuras pandemias -las que corresponderá combatir a mi hijo y su novel generación a ojos de cualquier padre, sin

evitar pecar de proteccionismo- solo nos librará una improbable conciencia mundial e inversión gigantesca en ciencia y sanidad para dotarnos de mecanismos terapéuticos más eficientes, en tiempo récord, a la espera de cada nuevo rebrote del enemigo microscópico. La del coronavirus será una de las industrias punteras del futuro inmediato. No sé si seguirá siendo el turismo el primer sector económico del mundo en países como el nuestro, pero sospecho que será la hora de los científicos y los investigadores de las vacunas. Mi amigo Manuel Elkin Patarroyo, que ha dedicado más de media vida a fabricar la primera vacuna sintética contra la malaria y otras enfermedades, quizá pueda disfrutar en vida de esta edad de oro. Decía José Luis Sampedro que los científicos eran más confiables que los políticos. No caigamos en la subordinación al poder médico, que decía Foucault, pero demos a la ciencia el lugar en el podio que se ha ganado en esta crisis. Si hubiéramos hecho caso a Bill Gates, no habríamos paralizado la economía miméticamente cada país por un efecto dominó. Habríamos tirado de manual y aplicado el protocolo. No teníamos ni zorra idea de lo que se nos venía encima y usamos, al parecer, el único manual vigente, el de la Edad Media.

Es hermosa, por contraste, la imagen de la ciudad desierta con la que me tropiezo esta mañana cuando me sumerjo en las Ramblas y compruebo que soy el único ser humano que camina entre sus jardines disfrutando de la estampa del trasatlántico AidaNova, de vuelta al puerto tras una corta ausencia. Alegra la vista y el alma reencontrarme con este imponente barco vecinal. De pronto, a lo lejos, se acerca alguien paseando a un perro, y nos miramos de lejos como extrañados de nuestra mutua aparición. En la edición de mañana brindaremos un homenaje a los quiosqueros, que valerosamente continúan abriendo sus pequeños negocios para ofrecer nuestros diarios y revistas. Son, en

sus trincheras, parte de los húsares que combaten en esta crisis, donde sanitarios, policías y militares, trabajadores de supermercados y farmacias ejercen una labor de resistencia y contraataque. Sánchez anunció esta mañana la prórroga del estado de alamar otros quince días, si el Congreso así lo dispone, hasta el 26, y, de paso, advirtió que no habrá desconfinamiento de la noche a la mañana, será como un pasillo, dijo usando esta palabra, una descompresión escalonada. Usaremos mascarillas de modo generalizado y, a buen seguro, abrirán la mano para que podamos sacar a nuestros hijos y mayores a tomar aire fresco. También proclama la necesidad de los nuevos Pactos de la Moncloa, el mantra de la Transición que Pedro J. reivindica apasionadamente en sus cartas de EL ESPAÑOL -que solo ven la luz en edición de papel en DIARIO DE AVISOS- para reconstruir el país. Cuando conocí a Enrique Fuentes Quintana, el ministro arquitecto de estos pactos providenciales de la España de Suárez, me dijo que era la única fórmula para encarrilar una economía depauperada tras cuarenta años de dictadura. Ahora, de plegarse las partes al consenso, será la única manera de resucitar a un muerto después de dos meses de coma inducido. Por lo pronto, el jueves santo es previsible que vuelva la construcción tras diez días de hibernación de la economía, por la que Sánchez ha recibido una rociada de críticas. La recesión que produzca esta hecatombe -lo vengo temiendo desde el primer día- será bárbara. Sánchez se escuda en la elocuencia de las grandes palabras para la ocasión y reclama un Plan Marshall, pero yo me temo que la salida de esta crisis ecosanitaria no será el consenso ecuménico de los países derrotados, sino el sálvese quien pueda. Los británicos se sentirán ufanamente superiores a los europeos y los nórdicos harán lo propio. La palabra que se abre paso es: Reconstrucción. Hemos sobrepasado el pico de la curva. Pronto vendrá el descenso, pero en todos los sentidos. Descen-

deremos a niveles nunca experimentados de ruina y desaceleración. Vuelven los tiempos de mi niñez en Anaga, en los riscos de Taganana, en que, como he recordado aquí hasta la reiteración, comíamos lo que daba la huerta, las papas, las lechugas, los tomates y la carne fruto de las cacerías de conejo, que ahora deploro con Tedy (la coneja melómana) en casa. Cuando pisábamos uvas en los lagares, ordeñábamos a las cabras y las mujeres hacían el queso y llevaban el timón de la casa. Años de misterio y miseria en que éramos, sin embargo, felices. ¿Cómo será 2021?, ya que damos por amortizado al bisiesto 2020.

Una de estas mañanas, tras despertar, me acerqué como de costumbre a la ventana a saludar al mar que cubre toda la vista. Estaba en calma y el cielo despejado, y, de pronto, detrás de un árbol que tapa parcialmente la vista, vi aparecer un barco que me sobresaltó. Lo que me produjo sorpresa fue que surcara el paisaje un elemento habitual en la vida cotidiana anterior como la llegada del ferry de la isla vecina. Había interiorizado la anomalía como costumbre, y el barco, cruzando pausadamente delante de mis ojos hacia la estación, me parecía un hecho insólito, fuera de lugar.

Dice la alcaldesa de Roma, Virgina Raggi (Movimiento 5 Estrellas), que los turistas no volverán hasta 2021. Y hablando de mi perplejidad esta mañana, comenta la joven regidora que todos estamos en el mismo barco y la Ciudad Eterna tendrá que repensar, como el resto del mundo, la vida y la economía. Roma, como Canarias, recibe al año 15 millones de turistas. Ahora es un desierto y quizá mañana la gente no quiera viajar por una larga temporada. Raggi añade algo que los economistas subrayan estos días: ninguna guerra cerró antes las economías. Estamos improvisando sobre el volcán, sin constancia de su sentido del humor y de su tregua, ajenos al mañana, tan aprensivos como nunca por lo que nos depara cada día, descreídos y huérfanos

de dioses y gurús. Sí, aquí viene a cuento una de mis frases favoritas, de Gustave Flaubert: "Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que solo estuvo el hombre". Solos. Estamos inmensamente solos ante el futuro.

Vendrán más días. Y toda aspiración se reduce a recuperar la normalidad. El curso universitario concluye. En Italia creo haber leído que promueven en los colegios el aprobado general.

Es curioso. Tenemos al resto de la actualidad olvidada. Y siguen pasando otras cosas. Hoy murió asesinada una pobre mujer septuagenaria a manos de su pareja en La Isleta, Gran Canaria, abundando en la tragedia que las víctimas de violencia de género nunca podrán lamentar lo suficiente ante el ordeno y mando de esta cuarentena que las obligó a vivir (y morir) junto a sus verdugos. Y ha muerto el poeta, el escultor, el cineasta, el pintor, el cantautor Luis Eduardo Aute, a los 76, al parecer sin relación con el coronavirus, la causa mortal monográfica que se finge exclusiva en un mundo que se detuvo. Pero la mala salud es poliédrica. En casa hemos sentido en el alma la muerte juvenil de Julito, el amigo de Lucía de Ica (Perú), fulminantemente fallecido de la noche a la mañana por alguna otra enfermedad acezante. Le hemos llorado con bondad: el odontólogo del buen semblante. Se sigue muriendo en el mundo de múltiples causas, no solo de coronavirus.

Y las Kardashian, al otro extremo de esta telerrealidad infausta, se pelean por el porvenir de su reality show, del que una de las hermanas deserta y por ello los mamporros de Kim y Kourtney. Esta hipérbole, que dura ya trece años de destape familiar, ahora compite con un virus aclamado mundialmente. En ese duelo, que se partan la cara, y nos dejen en paz.

Un médico positivo se suicida

Domingo 5 de abril

La tercera semana de cuarentena y estado de alarma propala un raro temor al día después. Se avecina el ecuador del total de 45 días que pasaremos entre 'rejas', hasta el 26 de este mes, en principio. Todo apunta a que el Gobierno abrirá la mano después de Semana Santa, antes de que se cumpla el plazo de confinamiento: los padres podrán sacar a pasear a sus hijos con limitaciones; los mayores tendrán la opción de estirar las piernas en la calle un rato, quizá una hora o dos, y de inmediato podrán volver al tajo los obreros, los operarios, habrá de nuevo actividad en las fábricas y la construcción. El cierre prácticamente total de la economía -salvo las testimoniales actividades denominadas esenciales, entre ellas la nuestra, el periodismo- desató un pánico mayor que el coronavirus. Jamás la economía se ha parado del todo bajo ninguna amenaza en país alguno que se recuerde, y desde luego, nunca en todo el mundo a la vez, lo cual dicho queda. Estas páginas resultarán probablemente insólitas a un lector del siglo que viene, y otro tanto pasaría con un lector del siglo pasado; pues nun-

ca antes ni seguramente después cabe imaginar una performance, un flasmob, ciertamente espontáneo y prolongado en el tiempo, y a escala mundial, como en una consigna inédita para poner a prueba la capacidad de respuesta de un punto a otro del planeta. Visto lo acontecido en estas tres últimas semanas a nivel global, es lo más parecido a un infarto económico, un derrame cerebral de la economía. Diríase que el mundo como organismo vivo sin par, en aquella concepción de Gaia, de Lovelock, sale tocado de este colapso. En una entrevista de la periodista María Fresno al economista y presidente de la patronal tinerfeña, José Carlos Francisco, autor de libros sobre el porvenir de la economía en las islas, arroja una riada de pésimas previsiones: "Esto es un tsunami en toda regla que va a provocar situaciones muy dramáticas en las familias"; "al mejorar la curva sanitaria, empeora la económica, tras la Covid-19 llega la Ecovid-20"; "esto no es una pesadilla de la que nos despertamos y todo será igual; vamos a sufrir, todo cambiará", o "nuestra economía funciona si hay movilidad de personas, estamos muertos". Francisco definió la recesión de 2008 como "la crisis de nuestras vidas", expresión que he visto intercalada en el último speach del presidente Sánchez (a quien sus asesores, como vimos, suelen adornar con frases prestadas de Kennedy y otros, entre los que, por lo que se ve, figura el empresario y ensayista tinerfeño José Carlos Francisco).

Viene caminando ese día después (el principio del fin, si nos atenemos a los augurios del gurú y jefe de la patronal) y al presidente canario se le ocurrió esta mañana tomar la iniciativa en un tema tabú: el desconfinamiento. Le propuso a Sánchez en la videoconferencia con los presidentes autonómicos que eligiera las Islas como laboratorio, como probeta de ensayo del 'desescalado' del estado de alarma, según la expresión de Sánchez referida al abandono de la cuarentena. Torres me explicitó esta noche, cuando lo telefoneé para conocer de

primera mano su idea, el alcance de su propuesta. A su juicio, hay islas como El Hierro, La Gomera , con una cifra mínima de casos positivos y cero crecimiento; incluso, Fuerteventura, con 35 contagios pero ninguna muerte, y un caso aún más incomprensible, como la octava isla, La Graciosa, cuyos 400 habitantes permanecen en casa pese a no haberse diagnosticado ningún contagio. "La Graciosa sería algo así como el paraíso sin coronavirus de España", me dice Torres, que confía que Sánchez estudie su sugerencia. Este mismo domingo ha arribado a Gando un nuevo avión con pedidos directos de material sanitario de Canarias a China. Le pregunto por la piratería en algunos estados (EE. UU., Francia, Turquía, que bloquean y se apropian de vuelos internacionales con equipos sanitarios para otro país), y me dice que Canarias se ha librado hasta ahora, pero añade: "Si hablara, nadie me creería". A saber. Es el día en el que Sánchez ha pedido a los presidentes autonómicos que aporten antes del viernes un listado con locales e infraestructuras (hoteles, pabellones deportivos…) para alojar a positivos asintomáticos. El Gobierno compra millones de test para diagnosticar a la totalidad de la población y aconsejará usar mascarilla de forma generalizada, sin llegar a la obsesión de Lombardía, donde se multa por este motivo. Crecen las voces que defienden a las personas mayores del ultraje en el triaje de los hospitales donde se les niega la salvación a las puertas de las UVI. Un matrimonio octogenario de Madrid que contrajo el coronavirus, fue hospitalizado y dado de alta como tantos ancianos que hemos visto en esta crisis salir triunfales del duro trance. Entre los más longevos el índice de letalidad es del 22%; luego, se cura el 78%. Conservo una entrevista de EL ESPAÑOL con el primer ministro de Sanidad de la democracia, Sánchez de León (86 años), que llama "criminales" a quienes dejan morir a los mayores en esta crisis sanitaria.

Es el turno de esa clase de palabras. Una, el desconfinamiento, el desescalado; otra, la reconstrucción. Y siempre, la guerra. La habían empleado casi todos en el Gobierno, el primero Sánchez, y hoy la asume la que más está llamada a hacerlo, la ministra de Defensa, Margarita Robles: "Se está escribiendo una página de la historia similar a una guerra mundial", declara en una entrevista que publica mañana El Mundo. Le pedí a Tinerfe Fumero que escribiera un artículo sobre la cuarentena y me sorprende con una foto del marinero besando a la enfermera en Times Square (Nueva York), aquel 14 de agosto de 1945, símbolo del final de la II Guerra Mundial. Una imagen que ahora cobra otro significado, en mitad de una guerra de otra naturaleza donde tal demostración de afecto o atracción, precisamente, constituye un anatema; una guerra quizá más dañina en términos económicos que ninguna otra en la historia. El fotógrafo Alfred Eisenstaedt la publicó en la portada de la revista Life, con el título de V-J Day (Día de la Victoria sobre Japón). Y los protagonistas fueron localizados e identificados: él, George Mendonsa, un pescador hijo de pescador que sirvió como soldado de la Marina estaodunidense, y ella, Greta Zimmer Friedman, que no era, en realidad, enfermera, sino asistente dental, dos desconocidos que celebraban en la calle la buena noticia y se besaron en un impulso frenético. Ambos murieron con más de 90 años. En esta otra guerra habrían sido carne de cañón en algunas UCI, donde a los de su edad los apartan para dar preferencia a los más jóvenes, en uno de los capítulos que ensombrece una crisis donde ha primado la solidaridad. Tardaremos en digerir muchas de las muertes consumadas en tales circunstancias. En Canarias, en Tenerife, donde esa segregación no se ha producido por suerte al no haber colapso hospitalario, nos preocupan los mayores contagiados en las residencias; esta noche anuncian la hospitalización de trece más que han dado positivo. Me

aferro al porcentaje de letalidad y confío que engrosen ese 78% que resulta absuelto. Mañana abrimos con la clase de noticias que me apetece destacar: 'Dos canarios que sobrevivieron al coronavirus'. Ella es la soprano Almudena López, la primera canaria que contrajo la enfermedad y fue hospitalizada en Barcelona ("añoraba el sol, y ahora, poder cantar"). Él es Javier García, un conocido carnavalero (director del grupo Las Celias), cuyo vídeo desde el HUC para mentalizar a la población se viralizó en las redes: "Tocaron en la puerta y entró la doctora gritando: "¡Javier, eres negativo!", rememora en el DIARIO en la portada de mañana, que añadiré a mi colección de primeras favoritas del DIARIO de la crisis.

Estamos transitando una Semana Santa tan desierta como las calles que me encuentro para mí solo cada vez que cruzo la ciudad como corresponsal de guerra para narrar el desarrollo de los combates sin soldados ni bombas y con tanques militares impidiendo que la gente salga de las casas. El Papa toma la palabra en una Basílica de San Pedro por primera vez sin un alma, y oficia una misa retransmitida por streaming para eludir el peligro de contagio. Las últimas apariciones públicas del Papa en las inmensas instalaciones del Vaticano expresan la soledad que preside este mundo de pronto deshabitado. Como rehén en su palacio, el Papa bendijo las palmas que sostenían unos pocos asistentes, para llamar la atención sobre el anonimato y humildad de los héroes de este conflicto. Los que salen a la luz estos días "no son lo que tienen fama, dinero y éxito", dijo, "sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás". Añadió también estas palabras alusivas a la metáfora bélica de los políticos: "Siéntanse llamados a jugaros la vida".

Los periodistas Mateu y Chijeb recorren los páramos del Sur, que "desfiguró el virus", y relatan que las zonas turísticas y de veraneo ofrecen un aspecto desolador, sin rastro de los cinco millones de turistas

que visitan la comarca cada año.

Estamos hablando con las familias entre cuatro paredes. El mismo Norberto Chijeb se entromete en la vida doméstica de un técnico de ascensores y una logopeda que ejercen de monitores de sus dos hijos. Buscamos las voces de los marginados y Natalia Torres convive con los celadores, que se enfrentan a la pandemia con mascarillas de papel al no estar considerado personal de alto riesgo, pese a ser la punta de lanza, la primera línea de fuego.

Me envía Lucas imágenes del cielo de Europa, donde apenas hay tráfico aéreo, y una densa nube de aviones sobrevuela Estados Unidos como una colmena. La foto augura un despegue exponencial de casos de contagio en los próximos días. Trump dice algo de Perogrullo: que va a haber muchos muertos y que hay que prepararse para lo peor. Que levante la cabeza y mire al cielo, verá el coronavirus volando; en la curva, EE.UU. va disparado en una línea casi vertical, como la estela de un misil. Nueva York, la ciudad del beso del final de la Segunda Guerra Mundial, vive días lúgubres, con aspecto de ciudad cementerio. No hay besos, sino ataúdes. Cuenta María Rozman en el DIARIO que Trump no hace los deberes y se toma a chacota el distanciamiento social. Esta noche, EE.UU. supera los 320.000 infectados, el país que más enfermos suma de un total que rebasa ya el millón doscientas mil personas contagiadas en todo el mundo. En España e Italia, en cambio, el coronavirus remite, es cierto que celebramos como esperanzadoras cifras que aún estremecen, de más de 670 y 520 muertos respectivamente en las últimas 24 horas, lo cual da idea de cuán demencial es todo cuanto sucede. Boris Johnson, al cabo de diez días aislado tras dar positivo, fue hoy hospitalizado. Es un paciente especial y El virus no repara en galones. Tenemos confianza en que algún día empiecen a brotar las buenas noticias. Los americanos ensayarán en humanos en

septiembre una vacuna para ser puesta a la venta en enero.

Con todo, estamos asistiendo a hechos históricos. Y hacemos todos los días un periódico. No me canso de repetírmelo. Es una alta responsabilidad. Tenemos el deber de transmitir todo cuanto acontece y de hacerlo sin perder de vista el estado emocional de la gente, evitando herir sensibilidades a flor de piel, siendo veraces sin ser crueles, y en lo posible elevando la moral con aquello que permita reconciliarnos con lo mejor de cada uno de nosotros, la esperanza en salir de esto sin claudicar, sintiendo que ha valido la pena, aun cuando no siempre lluevan noticias que estimule dar. Un médico francés de un equipo de fútbol, según una de las noticias de cierre que estamos obligados a contrastar, se habría quitado la vida con 60 años tras dar positivo en coronavirus. A esto me refiero.

El cielo en llamas por la ira del sol

Lunes 6 de abril

Algo tan sencillo como un bolígrafo es un problema. Se me acabó el último. Mi Pilot 5 se quedó sin tinta y me habitué a escribir con él desde hace años. Busco el socorrido Bic y también está agotado. Me quedé sin fusil para esta guerra y no sé a qué armería acudir. Los estancos están cerrados. Es parte del estado de alarma. Hoy, por ejemplo, es un día de sentimientos encontrados. Ingresan en la UCI al primer ministro británico, Boris Johnson, ya dije que lo suyo iba en serio, por más que él mismo se estaba tomando la pandemia a broma, y eso acojona. El vicedirector, Agustín González, tiene una hija en Londres, recluida en casa, que no cesaba de extrañarse por la laxitud de las medidas del país. Si le pasa al primer ministro, que es un hombre extrovertido y demediado, a quién no. Telefoneo a mi buen amigo Basilio Valladares, parasitólogo de prestigio internacional. Me confiesa, cabizbajo, que se equivocó. La primera vez que hablamos del coronavirus se mostró perplejo por el revuelo de los primeros contagios en Wuhan; estaba convencido de que era un coronavirus convencional, sin mayor im-

portancia. Una gripe. Hoy me admite que el virus ha mutado y se ha ido envalentonando. Valladares confiesa que, si no fuera por un par de estudios científicos que acreditan el origen natural del genoma del SARS-CoV-2, se abonaría a la tesis del virus prefabricado, sin pecar de apostasía, pero acata el veredicto de la ciencia y trabaja pacientemente en un artículo que no admita sospechas de duda. Tiene buenas noticias: su hija y su yerno han superado el coronavirus, y su nieta está igualmente a salvo, tras el contagio de la pareja con síntomas leves (tos, pérdida de olfato y gusto, y ausencia de fiebre y neumonía). La OMS ha difundido entre los expertos un dosier de 24 páginas con el arsenal terapéutico disponible (antipalúdicos, antirreumatoides, etc.), que hace concebir esperanzas de un tratamiento efectivo antes de que llegue la vacuna. Valladares me pasa la información gratificante, un dosier de primera mano, con un tesoro de medicamentos para salvar vidas, cuando el virus se ha cobrado a fecha de hoy más de 70.000 en todo el mundo, de un millón trescientas treinta mil contagiados. Gracias a fármacos como estos, en buena parte, se han curado 277.000 personas. Frente a la letalidad del virus, sobresale la capacidad humana de curar en mayor medida. Valladares, que se ha tomado en serio el asunto y está empollando todo acerca del bicho para escribir ese artículo que promete enviarme, afirma que la vacuna que apadrina el doctor Enjuanes (la del CSIC que anunció Pedro Duque) tiene muchos avales para competir por ser el antídoto universal de la enfermedad. Pero le hago recordar lo que sufrió Patarroyo con su vacuna de la malaria cuando la OMS le puso la proa. En estas competiciones hay ligas y ligas, y los norteamericanos no solo participan, sino quieren ganar siempre. Día de buenas noticias, decía, las cifras en Italia (a última hora de la noche se supo que hubo un pequeño repunte de muertos, no de infectados, se consolida la meseta de la curva y se inicia el des-

censo), en España y en Canarias mejoran por momentos. En las Islas, los viejitos nos preocupan sobremanera; ha habido 8 muertos entre los mayores en total y una veintena de abuelos positivos de un mismo geriátrico privado de Tegueste. Pero, a Dios gracias, en Santa Rita (Puerto de la Cruz), la macrorresidencia de mi buen amigo el padre Antonio, que en paz descanse, por ahora van escapando indemnes los mil inquilinos, entre residentes (unos 700) y trabajadores (300). Santa Rita era considerada por el Cabildo una bomba en potencia de coronavirus cuando saltaron las alarmas con un primer contagiado.

En la víspera del Día Mundial de la Salud (se celebra mañana), le dedicamos la portada a los ancianos, auténticos héroes de la democracia, padres de la transformación democrática del país, a quienes en algunas comunidades como Madrid o Cataluña se ha segregado por carencia de UCI y respiradores, dando preferencia a los más jóvenes, en una dramática selección entre quienes han de seguir respirando y quiénes no. Hemos levantado los brazos alarmados en las Islas, donde somos más japoneses que los europeos (con la salvedad de aquel ministro de Finanzas que en la recesión clamaban: "viejos, moriros rápido") en el culto y devoción a los ancianos sabios por naturaleza. Hoy metimos en página el cumpleaños de Emilia (103) y Celestino (100) en los balcones de sus casas en Santa Cruz, entre los aplausos del vecindario. Mañana llevamos a portada la ya mencionada entrevista en exclusiva de Daniel Ramírez en EL ESPAÑOL con el primer ministro de Sanidad de la democracia, Enrique Sánchez de León: "Quienes dejan morir a los mayores son criminales". Y en la página tres insertamos nuestro habitual editorial, '¡Jaque mate!´, en defensa del derecho a la vida de la población mayor. Recuerdo a tal fin una charla en mi despacho con el profesor Manuel Maynard, una eminencia en terapéutica endoluminal, que, entre muchas otras ideas, me dijo mirando a mi hijo

de siete años entonces que revoloteaba por el periódico: “Ellos vivirán más de cien años, se lo han ganado”. Entre las buenas noticias de la jornada, me susurra Agustín González antes de marcharse esta noche como quien divulga un secreto: “Le han dado el alta a Lorenzo Dorta”. Octogenario, superviviente de un cáncer, salud inmunodeprimida y, por suerte, superviviente a la peste de 2020. ¡Un notición! Buen amigo, buena gente. ¡Viva!, ¡Hurra por Lorenzo Dorta! El amigo de Adolfo Suárez. Cuando era alcalde de Garachico, se lo llevó a su pueblo, y nunca perdió la amistad. El día que Suárez dimitió, Dorta marcó su número de teléfono, y contestó el propio duque: “Lorenzo, eres la única persona que me ha llamado”, le dijo. Como en los partes de bajas y de altas de las grandes guerras, celebramos esta clase de victorias. Confío en que Solana también salga invicto, como Baltasar Garzón, como ya lo hizo Plácido Domingo, a cuya memoria artística en el olimpo de la ópera no han de empañar los pecados y deméritos de la vida civil tras bajar del escenario.

Medito todos los días con disciplina oriental. Me siento y rezo el mantra que me enseñaron de niño en un seminario con un anciano hindú. Me ayuda a dimensionar lo que pasa, me aporta paz y me quita importancia. Cada día soy más recatado, evito los actos públicos. No participo en ellos, me excuso si me invitan, después de más de 30 años asomando la cabeza fatigosamente en televisión y de estar en boca de las logias recelosas del vampirismo mediático local. Ahora dirijo un periódico detrás de las bambalinas. Soy un hombre orquesta, procuro que esto suene bien y evito el fisgoneo salvo para los videoblogs, que dosifico. Los famosos son los redactores: Clara Morell, Jorge Beráste-gui, Daniel Tovar, Juan S. Sánchez, Domingo Negrín, Norberto Chijeb, Tinerfe Fumero, María Fresno, Natalia Torres, Yazmina Rozas, Gabriela Gulesserian, Juanje Gutiérrez, José Luis Conde, Máximo Travieso, Yaz-

mina Rozas, Cándido González, Eugenia Páiz…, el subdirector, Juan Carlos Mateu, el vicedirector, Agustín González; los fotógrafos Fran Pallero y Sergio Méndez; los maquetistas Samuel, Jesús, Juan, Silvia y Enrique; Adelto, el responsable técnico; la sección de la web; José Antonio Felipe, Juan Carlos, Ricardo Herrera, Leticia Díaz y Luis Rabionet, y nuestro editor y presidente, Lucas Fernández. El equipo de DIARIO DE AVISOS. Y el equipo de EL ESPAÑOL, que lidera Pedro J. Ramírez. Dos cabeceras con edades disímiles, pero idéntico espíritu: el lustro próximo a cumplir de EL ESPAÑOL y los 130 años que celebra en este 2020 DIARIO DE AVISOS. Disfruto en mi segundo plano, pese a la alta responsabilidad que asumo, y no añoro los focos ni el famoseo de andar por casa. Soy feliz a solas leyendo a Borges, y, como en El Libro de arena, me encuentro con mi alter ego, mucho más joven, casi infantil, en un banco cualquiera de un parque en mitad de la ciudad y le cuento la miserias que con el tiempo le están reservadas, incluida esta desgracia simpar de la peste del virus. Y reparo que mi interlocutor no puede ser otro que mi hijo, a quien escribo este libro para que guarde constancia de todos los hechos acontecidos mientras él se divertía con sus amigos conectado a la red como el hijo del librero judío de 'La vida es bella', de Roberto Benigni.

Es una lástima, un dolor ver así a Nueva York. El Día de la Guerra Mundial de la Salud. Con Boris Johnson en la UCI, el coronavirus amedrenta alcanzando de lleno a una pieza mayor de esta cacería. Y la reina centenaria, evacuada de Buckingham para cumplir aislamiento lejos del virus, le ve las orejas al lobo. Este no es un Día Mundial de la Salud cualquiera. Como esta no es una Semana Santa al uso. Todos los días son lunes, decía Ábalos, celebrando los falsos fines de semana de menor movilidad con el decreto de la famosa hibernación económica. Son días de test a las cinco en un mundo tan escéptico como el inglés,

que no acaba de guardar cuarentena como el europeo común, y ha dado lugar a ver las barbas del primer ministro arder para poner las propias a remojar.

Se nos había dicho que venían curvas, pero no estas. Son las oscuras golondrinas de esta nueva recesión, porque aquellas, las de entonces, esas ya no volverán, curvas incluidas.

En el entretiempo de esta larga crisis del coronavirus nos recreamos en la otra curva de los contagios y las muertes, y por suerte hemos alcanzado el pico y comienza a descender. Pero Nueva York, la ciudad de los rascacielos, vuelve a las horas más tristes del subconsciente del 11-S, cuando las Torres Gemelas dejaron entre los escombros casi 3.000 muertos. Hoy rememora los versos de Whitman de su gran guerra, y la capital que deslumbró al mundo, la meca de la fama y el glamour, se dispone a abrir zanjas en los parques para sepultar a sus víctimas de la pandemia. Ataúdes en Central Park. Vienen curvas para el mundo entero, como nunca antes las hubo en las autopistas del siglo XXI. La III Guerra Mundial. De China a Estados Unidos, de Wuhan a Nueva York.

Los húsares del virus se desplazan a gran velocidad, pero, como los husos horarios, cuando amanece en una zona del planeta, en otra anochece. Por aquí comenzamos a barajar los modos de proceder al desescalado, que es el término al uso del desconfinamiento, según el léxico del Gobierno, en tanto en América se hacen prospecciones de las semanas más duras que están por llegar. Esas fueron al principio las palabras de Sánchez. Cuando decretó el estado de alarma y tanto Trump como Johnson disentían de echar el cierre. Los propios epidemiólogos confiesan que esta vez el coronavirus los cogió en un renuncio. Presumieron que sería más inofensivo, incluso desconfiaron de las bondades de la cuarentena. Pero el bicho se extendió como un reguero de pólvora y ha hecho los estragos que conocemos.

No celebraremos este Día Mundial de la Salud, que conmemora la fundación de la OMS, como una fecha ocasional. No, esta vez no. Estamos en mitad del mayor desafío conocido para la salud humana. Rindamos homenaje a los héroes sanitarios (la presente edición previó reivindicar al personal de enfermería y de partería, antes de la pandemia) y, de un modo particular, a nuestros mayores, amenazados doblemente: porque el flagelo del virus ya se ceba con ellos de antemano y porque la carencia de medios asistenciales provoca una dramática e inadmisible selección de la vida según los pronósticos de la edad.

Acabamos de dejar atrás seguramente el peor trimestre de los últimos cien años. Y emprendemos un abril con las mejores expectativas. Los científicos de casa nos informan del avance de la medicina con el arsenal terapéutico disponible y todo apunta a que hay cargamento de sobra para doblegar al enemigo en tanto llega (confían en que más temprano que tarde) la vacuna que dé la puntilla definitiva al asesino que llegó por el aire.

Admito haber llorado a solas leyendo historias de supervivientes. Juanje Gutiérrez me hizo llorar con su entrevista a Javier García ("Tocaron en la puerta y entró la doctora gritando: ¡Javier, eres negativo!"). No me avergüenza llorar. Cierro la puerta de la sala y nadie me ve. Me digo que son achaques de vejez. Nos volvemos sentimentales con la edad. Lloro de alegría. Y a veces de dolor. Alguna vez he llorado de rabia. Voy para cuatro años al pie del cañón. No levantó el pie del acelerador ni para irme a acostar. Hacer un periódico es ejercer un sacerdocio.

Tinerfe Fumero se ha quedado con la llave rota de la casa en la mano y la otra mitad en la cerradura. No ha podido escribir hasta bien entrada la noche, cuando el cerrajero le abrió paso. Tomó las riendas de sus páginas contra reloj y tituló con puntería: 'En los tiempos de liquidación de lo que era nuestro presente'. El antetítulo describe este

momento: 'Asistimos desde casa a la demolición de nuestra zona de confort, zaherida desde la crisis de 2008, cuyos perniciosos efectos seguían presentes entre los que menos tienen; se ganará esta batalla, pero hay guerra para rato contra los virus". Aparece Boris Johnson llevándose la mano a la cabeza en uno de sus gestos más histriónicos, pero tiene un semblante atormentado. "Simboliza el ocaso occidental", remacha Fumero. Habla de los sin techo, "los de siempre, los de la calle, en la calle"; de la isla libre de coronavirus, La Graciosa, "la aldea de Astérix", y de cerca de 200.000 canarios afectados por los ERTE. Una crónica redonda del cielo en llamas por la ira del sol.

De proporciones bíblicas

Martes 7 de abril

'Cuando la cuarentena termine, sabes que me debes un polvo' es el nuevo temazo, según leo literalmente, del rapero puertorriqueño Bad Bunny, eminente número uno en las listas de éxitos -suspendidas de modo oficial por el virus- gracias a su tirón en streaming. Una pareja se casa simbólicamente en una azotea. En la foto posan para sus vecinos en el día previsto de la boda que han tenido que aplazar por el imponderable de rigor. Una muchacha, en La Laguna, ciudad universitaria y episcopal, Patrimonio de la Humanidad y residencia de la dama en cuestión, se sienta en el bordillo de la ventana con un pie colgando en el vacío y el otro cruzado bajo el trasero; toca un instrumento de cuerda y parece ajena al peligro. Fran Pallero, el fotógrafo que la cazó, me promete volver al escenario para alertar a la joven del peligro de caerse. Un empresario endulza las tardes del barrio tocando el saxofón, con cierta melancolía por haber cerrado el negocio. Hombres vestidos de verde olivo con máscaras que sobrecogen entran en el centro de salud, al lado de mi casa, para desinfectar las instalaciones. Vengo

de oír al consejero de Sanidad, Julio Pérez, anunciar que Canarias prepara ya su propio plan de desconfinamiento. Las modestas cifras de la pandemia en las islas (sin muertos en El Hierro, La Gomera y Fuerteventura) aconsejan hacer un desescalado por territorios, y Canarias quisiera ser la avanzadilla de lo que se haga después en todo el Estado. Aquí comenzó todo aquella noche de finales de enero, con el primer positivo en La Gomera, y hoy se ha contabilizado el mejor dato hasta ahora, al superar el número de altas al de nuevos contagios. Con todo (el fin de la cuarentena) no será reír y cantar de la noche a la mañana. Habrá que superar fases de descompresión, que eviten rebrotes indeseados. "Viviremos con mascarillas durante mucho tiempo", me dice el vicepresidente Román Rodríguez, minutos antes del cierre, cuando le sonsaco la noticia de que mañana el Consejo de Gobierno pondrá sobre la mesa una renta de emergencia (de unos 400 euros) para cien mil trabajadores de la economía sumergida que se han quedado a dos velas, sin derecho a ninguna paga del Estado ni ayudas de ninguna clase, al borde de la indigencia. Los llamados test rápidos van a hacerse de forma generalizada entre el personal sanitario, mayores y diversos colectivos de riesgo. Hoy, en efecto, el dato es estimulante: Canarias suma menos muertos que altas médicas, y las cifras son las más bajas del todo el Estado.

El parte de guerra es brutal esta noche. 1.386.000 infectados en el mundo (la cifra es, a todas luces, inferior a la real, se contabilizan los positivos oficiales, no los que no han sido testados pero existen), 79.000 muertos, y, por suerte, cerca de 300.000 curados. En Estados Unidos, donde no se han tomado en serio la plaga en año electoral, los contagiados suman ya 380.000 (casi 12.000 muertos y 21.000 de alta). España superó a Italia hace algunos días y ya contabiliza 140.000 contagiados (13.800 fallecidos y 43.000 curados); Italia tiene 135.500 infectados,

17.000 muertos y 24.000 curados. Y la desacreditada China (falsea los datos y exporta test inservibles) lleva días anclada en 82.000 casos, 3.300 muertos y una inmensa mayoría (77.000) de curados. Nuestras islas cuentan con 1.762 contagiados, 91 fallecidos y 249 curados. Sin ser tampoco, a buen seguro, cifras precisas, son de las mejores de todo el Estado, con Tenerife como la más afectada (más de 1.100 casos y 59 muertos), más del doble de la otra isla más poblada, Gran Canaria, y con islas a cero muertos (El Hierro, La Gomera y Fuerteventura).

Le encargué una serie de artículos de gran angular al inefable Domingo Negrín. No decepcionó con el primero, ni con el que publicamos mañana, 'Un mundo se encuentra en la UCI con dificultades respiratorias'. Cita a António Guterres (ONU), que considera a esta pandemia como la peor crisis global desde la guerra de 1939 a 1945. ¿Está en juego la humanidad? Él cree que sí, afirma Negrín: "La combinación de una enfermedad que es una amenaza para todos y el golpe económico traerán una recesión sin precedentes en el pasado reciente", sentencia el secretario general de Naciones Unidas. Negrín dice, al hilo de tal reflexión, que comparado con esto, lo de 2008, tras la caída de Lehman Brothers, es "chocolate con bizcocho". Baste comparar esta pandemia con la de otro coronavirus, la del síndrome respiratorio agudo (SARS), que afectó a unas ocho mil personas, con 774 fallecidos.

Hay episodios irreversible que avergüenzan la memoria de esta crisis. El oftalmólogo Li Wenliang, que trabajaba en el Hospital Central de Wuhan, puso el grito en el cielo y difundió en las redes sociales, en diciembre de 2019, la irrupción de un brote como el SARS. A los pocos días, el 3 de enero de 2020, la policía le llamó la atención al alertador de Wuhan y lo obligó a asumir por escrito su resignación por haber "alterado el orden social gravemente". Volvió al trabajo y se infectó, en su peor día de suerte, pues murió el 7 de febrero en una unidad de

cuidados intensivos. Tras la ola de descontento en todo el país, una investigación oficial, forzada por el malestar, lo exoneró y su familia recibió una "solemne disculpa" del Partido Comunista. Li tuvo acceso a un informe de la doctora Ai Fen, directora de emergencias del Hospital Central de Wuhan, que engrosa la leyenda negra de esta crisis, pues ha desaparecido de la faz de la Tierra. En el diagnóstico de un paciente positivo en el coronavirus del SARS, a las 17:43 de aquel día, 30 de diciembre de 2019, escribió en un grupo de chat, de sus colegas de la escuela de medicina: "Hubo 7 casos confirmados de SARS en Huanan Seafood Market". Y dio la alarma. Reprodujo el informe y el resultado de la prueba, una tomografía computarizada del paciente en cuestión, y no había lugar a dudas. A las 18:42 completó la información: "La última noticia es que se ha confirmado que son infecciones por coronavirus, pero aún no se determina la cepa exacta del virus exacto". Abundó en lo que se conoce por coronavirus. Lo hizo para aconsejar a sus compañeros que alertaran a sus familiares, pero el eco de sus advertencias se le fue de las manos y en seguida se produjo un gran revuelo. Sus alertas no tardaron en salir en Internet con las capturas de pantalla de sus mensajes pioneros; los supervisores médicos lo acusaron de filtrar información. El 3 de enero la estación de policía de la calle Zhangnan, en Wuhan, lo culpó de hacer comentarios falsos, y le forzaron a firmar una carta pidiendo disculpas so pena de ser procesado. Tras el incidente se reincorporó a su lugar de trabajo en el hospital. Dio a conocer las presiones que había recibido y cobró notoriedad como unos de los ocho alertadores de rumores; posteriormente, él y otro compañero fueron vigilados como elementos ajenos a dicho colectivo identificado. Fue escarmentado por difundir infundios. Li insistió en las redes que habría deseado que la gente avisada hubiera empezado a usar máscaras, adoptado medidas de desinfección y evitado frecuentar el

mercado de animales salvajes. El 8 de enero Li contrajo la enfermedad tras atender a un paciente con glaucoma que tenía coronavirus. Dos días después aparecieron la fiebre y la tos. Por lo visto, su transmisor era un tendero de Huanan Seafood Market con una alta carga viral, que provocó un gran impacto en la salud del joven oftalmólogo hasta doblegarle. El día 12 ingresó en la UCI. Comenzó a tener problemas para respirar hasta que finalmente su corazón se detuvo el día 6 de febrero a las 21:30. Tenía 33 años, tenía un hijo y esperaba otro (había alquilado una habitación de un hotel para evitar contagiar a su familia, pese a lo cual sus padres también se infectaron). Hubo una reacción en cadena de malestar por su muerte, la gente espontáneamente comenzó a hacer sonar silbatos y a agitar luces en señal de tributo y protesta. Fue proclamado 'héroe ordinario'. La doctora Ai Fen es un misterio, no hay rastro de ella. Fue una de las voces que proclamó el brote de coronavirus y su desaparición hace suponer que ha sido detenida. Vio morir a varios colegas y criticó a las autoridades por el oscurantismo en torno a esta enfermedad. Concedió una entrevista a un medio, que la puso en el disparadero. "Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no me habría importado la reprimenda. Hubiera hablado de esto con quien fuera, donde pudiera", declaró. Un día clave fue el 30 de diciembre, según The Guardian. Había visto a varios pacientes con aparente gripe que no respondían a los tratamientos habituales, hasta que recibió los resultados de laboratorio de uno de los casos con las palabras: "Coronavirus Sars". Le entraron sudores fríos y las subrayó con un círculo. Hizo una foto y se la envió a un excompañero de la facultad de Medicina, médico en otro hospital de Wuhan. Corrió como la pólvora su foto con las palabras marcadas, era la primera evidencia documentada del brote. Li Wenliang conoció la noticia. En contra de las directrices oficiales del hospital, dio instrucciones a su personal de que se prote-

giera con mascarillas y chaquetas de seguridad debajo de las batas. Los contagios se dispararon. El día que las autoridades chinas admitieron oficialmente la transmisión entre seres humanos, ya habían desfilado por la sala de urgencias más de 1.500 pacientes. De aquel grupo de los ocho acusados de difundir rumores poco se sabe, incluso parece que sus casos quedaron envueltos en una nebulosa, sin que llegaran a ser condenados, pero, tras desencadenarse una pandemia mundial de dimensiones inéditas, lo cierto es que se desconoce el paradero de la doctora Ai Fen, la primera persona que constató la naturaleza del virus y dio la voz de alarma.

Mario Draghi, en un artículo en el Financial Times, califica la actual situación de "una tragedia humana de proporciones bíblicas". En septiembre, por increíblemente premonitorio que parezca, la Junta de Vigilancia (dependiente del Banco Mundial y la OMS) divulgó un informe: 'Un mundo en peligro, poco menos que apocalíptico'. "Nos enfrentamos", preconizaba, "a la amenaza de una pandemia fulminante, sumamente mortífera, provocada por un patógeno respiratorio que podría matar de 50 a 80 millones de personas y liquidar casi el 5% de la economía mundial".

Mil ciervos de paseo por la ciudad

Miércoles 8 de abril

Es víspera de Jueves Santo. En algunas ciudades se han producido colas y atascos, pues los controles de seguridad se redoblan y la gente no tiene reparos en tomarse una operación salida inconfesable, exponiéndose a ser multada y a posibles consecuencias penales. Un juez envía a la cárcel un año a una tinerfeña por saltarse la cuarentena ocho veces sin cortarse un pelo. Otra jueza condona la pena de cuatro meses de cárcel a una reincidente que dio positivo a cambio de que permanezca confinada en el hospital y si recibe el alta continúe de arresto domiciliario. Las reacciones a la cuarentena van por barrios. Hay una inmensa mayoría que acata el encierro de un modo estajanovista descubriendo en su interior al anacoreta que no conocían. Pero las escenas violentas entre fugados y policías, la resistencia y negativa a volver a casa incluso a riesgo de ir a la cárcel son dignas de estudio sociológico y psicológico. Hay historias hermosas de vecindario en cuarentena, y, a la par, aflora la ira y la insurrección. Transito a menudo solo en la inmensidad de las calles vacías. Si fuera asaltado o agredido en mitad

de la calle es muy probable que no recibiera auxilio. Es como arribar a la Luna y pretender que te protejan si un extraterrestre te aborda. Estamos llegando al tiempo programado de confinamiento; mañana, el Congreso aprobará la prórroga por otras dos semanas y han surgido discrepancias en el seno del Gobierno. Mientras la ministra de Hacienda, María Jesús Montero, deslizó hoy en la radio que después del día 26 podremos salir a la calle y hacer vida normal, el ministro de Transportes, José Luis Ábalos, que es la mano derecha de Sánchez, no tardó en corregirla: no habrá una desescalada de la noche a la mañana. Sánchez dijo que sería como un pasillo. Pero las Islas prepararan ya su propio plan de descompresión. Será después del 26 y empezará por La Graciosa, El Hierro y La Gomera.

Los registros estadísticos siguen sonriendo a Canarias, donde los curados sobrepasan con creces a los muertos y a los nuevos contagiados. Pero este miércoles saltó la alarma en una residencia geriátrica de Tacoronte, donde el 90% de los usuarios dio positivo y la mayoría de los trabajadores, también: en total, 49 personas contagiadas. Esta es la principal amenaza de propagación.

Y en adelante nos iremos acostumbrando a oír voces desesperadas clamando financiación extra a Madrid. Es el choque con la realidad. Tras la gripe, viene la bronconeumonía económica en España. El colapso turístico es también cardíaco para el organismo vivo de la economía, que permanece en estado de coma. Hoy, en una comunidad eminentemente turística como la canaria, la consejera de Turismo, Yaiza Castilla, afirmó que el Archipiélago sufrirá un desplome del 28% en su PIB con el turismo cero. Empezamos a familiarizarnos con dígitos escandalosos sin antecedentes documentados en toda la historia de crisis y hambrunas.

La patronal hotelera ha propuesto a los dirigentes nacionales del

fútbol que se tomen en serio su propuesta de jugar los partidos que resten de la Primera y Segunda División en los dos principales estadios de Tenerife y Gran Canaria. Por ideas que no sea, pero en la Consejería de Turismo piensan que los hoteles permanecerán cerrados una larga temporada y el sector no se recuperará hasta bien avanzado el año 2021. ¿Cuándo antes tuvimos semejantes previsiones en la cabeza? ¿Canarias sin turismo un año? ¿España con los hoteles cerrados? Todo lo que ahora, en apenas dos meses, forma parte del discurso oficial, remite, en efecto, a situaciones de posguerra. Y nuestra memoria gráfica de esas circunstancias son colas de racionamiento, miseria extendida entre las ruinas del desastre. ¿De eso se trata o son metáforas negras hasta que el sol salga por Antequera?

Los hoteles, en la actualidad, son meras instalaciones oscuras y vacías, con los muebles cubiertos con grandes telas y plásticos, más dispuestos para ser utilizados como recintos de hospedaje sanitario, incluso, como clínicas, en caso de que haya que aislar a los positivos asintomáticos o al personal médico y enfermero de los hospitales. Ante semejante panorama, las autoridades comienzan a mirar el coronavirus con un ojo y a la crisis económica con el otro.

La Administración acelera la maquinaria burocrática para otorgar una paga de emergencia. Hay unos cien mil canarios que no pueden legalmente aspirar a ayuda alguna, pues provienen de la economía sumergida; ante la gravedad de este colectivo ingente, se asegura que podrán cobrar en breve una renta ciudadana de 400 euros. Lo dimos en primicia y hoy el Consejo de Gobierno perfiló la medida para que entre en vigor y dure lo que resta de la declaración del estado de alarma.

Esta es una epidemia contra las personas, no contra los edificios o el planeta, no contra el clima ni las cosas ni, en su mayoría, los animales. Las personas son las que están en el punto de mira del virus. La polu-

ción, en cambio, mejora notablemente y los animales hacen incursiones en mitad de las ciudades, cruzan pasos de peatones y visitan los lugares y establecimientos. En la ciudad japonesa de Nara irrumpieron mil ciervos en sus calles. En Barcelona, un grupo de jabalíes bajó de la Sierra de Collserola y tomó calles como la Diagonal o el Parque de la Marquec, en Hospitalet de Llobregat. Contamos que los agentes de policía tuvieron que adormecer a los animales para reintegrarlos en su hábitat natural. Con todas esas imágenes en la cabeza, me asomo a la ventana y, a vista de pájaro, imagino mi ciudad como si fuera la japonesa invadida por mil ciervos, como si hubieran concertado una procesión de Semana Santa.

Tecnologías de vigilancia

Jueves 9 de abril

Siempre lúcido, nos previene -compruebo en una rápida lectura mientras compro algunas cosas y voy camino del periódico- en un artículo, Yuval Noah Harari, 'El mundo después del coronavirus', publicado en medio de esta refriega, en el Financial Times. ¿De qué nos previene el autor de '21 lecciones para el siglo XXI'? Del control por parte del Estado de nuestra voluntad y privacidad, mediante las llamadas tecnologías de vigilancia. Viene a decir que en el curso de la actual pandemia, los Estados acarician la necesidad de monitorizar con herramientas biométricas la temperatura corporal y los movimientos de la población durante las 24 horas del día. La necesidad de preservar la salud de la humanidad haría razonable el uso de las actuales ventajes tecnológicas con carácter temporal, dada la emergencia. Pero Harari teme que la medida haya llegado para quedarse, y se convierta en un método permanente y terminemos por entregar al Estado nuestras emociones y sentimientos más íntimos e intransferibles. Por medio de un brazalete biométrico adherido a nuestro cuerpo todo el rato, los

algoritmos del Gran Hermano podrán saberlo todo acerca de nosotros, no solo nuestras ideas e ideologías, gustos y preferencias, sino también nuestras debilidades, nuestros instintos y tentaciones, nuestra psique. Y entonces estaríamos perdidos. Se imponen soluciones globales entre estados que no invadan lo más sagrado, el ámbito individual e inviolable de las pulsiones personales y diferentes de cada ciudadano, o nos desprenderíamos de la conquista civil del derecho a la privacidad y, más allá de esta concesión, consentiríamos que se vaciara de contenido la propia democracia. He terminado añadiendo opiniones personales al hilo argumental de Harari, pero no creo traicionar su mensaje. El coronavirus es una prueba de fuego sobre nuestra libertad. En una palabra.

Es un buen día, este, para leer ese artículo que nos sitúa delante del espejo, pues en España el presidente del Gobierno ha comparecido en el Congreso de los Diputados para pedir -y lograr- la aprobación a una nueva prórroga del estado de alarma, hasta el día 26. Sánchez avisa de que, dentro de quince días, volverá al Parlamento a solicitar otros quince días, hasta el 10 de mayo. La llamada desescalada -que algunos países como Austria, Noruega y Dinamarca ya han comenzado por su cuenta, sin esperar a una decisión colectiva de Europa- no va a ser fácil. En Singapur, tras hacer las cosas modélicamente como Corea del Sur, sin necesidad de llegar a cuarentenas tan estrictas como la nuestra, habían vuelto a la normalidad y han detectado un brote de más de mil contagios en una urbanización de inmigrantes, que aislaron sobre la marcha. Mientras el patógeno esté activo por el mundo -hasta la llegada del verano será así- la amenaza estará latente y no habrá desconfinamiento pleno, ni recuperación de la normalidad anterior. Ya todos asumimos que hemos cambiado de modelo de sociedad (con los matices que a este respecto no me oculto, consciente de la capaci-

dad de olvido demostrada en tantas situaciones de alarma precedentes). Habrá distanciamiento social y teletrabajo, se tardará en viajar con fluidez y, en un futuro próximo, muchos ciudadanos se reprimirán a la hora de mantener relaciones íntimas con una persona de la que dispongan de un certificado de inmunidad mínimamente confiable. ¿Hacia dónde vamos, Harari? ¿Sonará una alarma en el móvil alertándonos de que esa persona con la que pensamos pasar la noche, o, sin ir tan lejos, tomar café en una terraza no nos conviene y debemos apartarnos de ella, dada su sospechosa temperatura corporal y antecedentes, contactos y entorno familiar? ¿Nos guiaremos por las indicaciones de nuestro alertador automático particular cada vez que participemos en alguna reunión con un grupo de personas, por si las moscas? ¿De ahí que sean frecuentes algunas ausencias y excusas de última hora en encuentros concertados, pues ciertas referencias acerca de algunos de los invitados no den garantías de seguridad? ¿Viviremos así a partir de ahora? ¿Olvidaremos frotarnos las manos con gel hidroalcohólico antes, durante y después y vuelta a empezar tras tocar cualquier objeto o persona susceptible de portar virus? ¿Sabremos ser disciplinados en la desinfección de nuestra ropa y calzado cuantas veces sea necesario a lo largo del día en que cambiemos de estancia, edificio y, ya no digo, ciudad? ¿En qué nos convertiremos, en qué nos hemos convertido? Desgraciadamente, creo que aquellos que salgan vivos de este desafío con el o la Covid-19 y adopten todo ese protocolo al pie de la letra no volverán a entrar en su sano juicio en un mundo normal. Lo cierto es que ya hemos empezado un proceso irreversible de desquiciamiento para una sociedad neurasténica, con visos de compartir con los demás un estado de locura socializada que a ojos de todos resulte acorde con la nueva normalidad. En ese manicomio de mundo o pandemónium a que aboca esta pandemia nos aguardan las obsesiones, los miedos, las

manías. Lástima, no puedo tener mejores presentimientos.

Sánchez es un político joven que enfrenta esta guerra junto a otros dirigentes de su generación, como el italiano Giuseppe Conte y el francés Emmanuel Macron, entre otros. Junto a ellos, los democristianos Merkel y Rutte representan el norte rico europeo, el de Alemania y Países Bajos. Hoy mismo, a última hora, el Eurogrupo evitó una primera infausta velada de la UE, al acordar los ministros de Finanzas desbloquear un total de medio billón de euros, una especie de manguerazo, como diría la presidenta del BCE, Christine Lagarde, para reactivar a ese atleta lesionado que necesita entrenarse para no atrofiar sus músculos, tan débiles como en la actualidad el tejido productivo de la UE, tras semanas de parálisis económica. Ha sido un éxito de los países del sur frente al norte, un tanto que se anotan España e Italia, junto a Portugal, y con la adhesión de Francia y Alemania, frente a la terquedad de los Países Bajos, cuyo empeño era condicionar dicho acceso a los préstamos del fondo de ayuda común, Mede, a ajustes y reformas de cada país, en lo que en la recesión de 2008 equivalía a someterse al rescate de los hombres de negro de Bruselas. Una humillación que los ricos del norte infligen con satisfacción a los países del sur, a los que desprecian. El único requisito finalmente será, en cambio, que los estados miembros que soliciten créditos por ventanilla se comprometan a emplearlos, como no podía ser de otro modo, en salvar a sus países ante la dantesca avalancha de gastos sanitarios debidos a la Covid-19. El delfín neerlandés, sumamente repipi y estirado, ministro de Finanzas, Wopke Hoekstra, se ha tragado literalmente sus palabras de la larga víspera de este acuerdo. Había negado el auxilio al sur por malos gestores durante la etapa de bonanza. Ahora le espera un próximo asalto a su arrogancia, si finalmente España e Italia imponen sus exigencias de eurobonos que mutualicen la deuda común de esta guerra. Europa

se ha puesto al rojo vivo. Si la del virus es una guerra fantasmagórica, la que libran los estados en las cumbres de la UE lo es dialéctica de alto voltaje. Sánchez había deslizado por la mañana en el Congreso que Europa está al borde de ser o ser. Boris Johnson ha quedado desfasado; por decir cosas más tenues, lo habíamos excomulgado. El patógeno ha hecho euroescépticos, ya no a Reino Unido, sino a media Europa. Y este virus político también amenaza con extenderse y destruir.

Durante el debate en el Congreso, asomaron las sospechas de Harari. El propio Sánchez se refirió a la app del Gobierno contra el coronavirus para la geolocalización del usuario con el fin de asegurar que permanece en su comunidad. Por ahí se empieza.

Dos buenas noticias para rematar la faena este jueves festivo, víspera de viernes santo -mañana, un día en blanco para los periodistas, pues no sale la prensa el sábado-: Javier Solana ha sido dado de alta hoy tras cuatro semanas y media hospitalizado, con 78 años a cuesta que desmienten la predestinación de los mayores en esta guerra a cara de perro. Sale airoso y recuerdo aquel artículo desde el hospital en que recordaba a los gobiernos de Europa que no tienen "carta blanca". Este superviviente -quizá el único español actual que entiende de guerras de verdad tras su paso por la secretaría general de la OTAN y ordenar el ataque a Serbia en el conflicto de Kosovo, a finales de los años 90- debería ser llamado a desempeñar algún papel estratégico en la sociedad alzada en armas contra la Covid-19; viene del frente y salió con vida. La segunda buena noticia de la jornada es que Boris Johnson emerge de la UCI, y será lo que será, pero es uno de los generales de esta contienda.

En minúscula aparte, para una tierra de dos millones y pico de habitantes como la mía, hoy sobresale el anuncio de que un consejo extraordinario hará oficial, en las próximas horas, la concesión de una paga de emergencia de 460 euros a los que carecen de cualquier ingre-

so y la exención del alquiler social a más de 17.000 familias hasta que pase el estado de alarma. Siguen llegando aviones con material sanitario. Sigue comportándose favorablemente la curva de la enfermedad, con más altas que muertes y, en ocasiones, que contagios nuevos. No hay fácil luz al final del túnel, pero La Graciosa (400 vecinos en cuarentena sin un solo caso) y El Hierro (más de diez mil aislados con un solo contagio) podrán desconfinarse pronto, y acaso también La Gomera, y quizá sean los primeros territorios que lo hagan en toda España.

Crímenes tapados por el virus

Viernes 10 de abril

Altas y bajas. Sale del túnel Carolina Darias, la ministra canaria contagiada de primera hora tras el 8M, al fin curada. La felicito. Muere Enrique Múgica, el exministro de Justicia de Felipe González, que encarna buena parte de la historia del PSOE del último medio siglo. Un socialista respetado. El virus actúa con rencor indiscriminado a derecha e izquierda. Es la peste. Se enterró la segunda década en 2019 y cuando este 2020 arranca la tercera, nace muerta. Suena el teléfono. Lucas trae una mala noticia para la profesión: el comunicador Manolo Artiles, un rostro canario popular donde los haya, ha sufrido un derrame cerebral. Es la voz de Mírame TV, un icono familiar en los hogares de las islas. Lo operan de urgencia. El coronavirus evoluciona favorablemente en Canarias. Hoy no hay muertos.

Mañana no sale el periódico, pero sigue funcionando, por suerte, la web, nuestro periódico digital líder en Canarias, que va como un cañón. Mi hijo escribe la historia de su vida para un trabajo de clase. Cuenta los viajes, los amigos y su interacción con Tedy, conejo hem-

bra y protagonista estelar de todas las ruindades y gracias domésticas. Roe las paredes, demanda alimentos de nuestra dieta e ignora la de su especie, se arrima a mí porque estoy menos tiempo con ella y no consiente pasar inadvertida. Hace sus necesidades sin pudor y es reprendida, pero no hará caso, reincidirá una y otra vez. No es la mascota. Es la reina. Mi hijo llega más lejos: en su autobiografía Tedy es lo más importante que le ha sucedido en la vida. Palabra del autor.

España e Italia también entran en la buena senda. Menos muertos, menos contagios. España, sobre todo, sobresale por el número de recuperados, cerca de 60.000. Creo que es de las cifras y porcentajes más altos del mundo de personas curadas, si seguimos desconfiando de las estadísticas chinas y exceptuamos el paradigma alemán, que por ahora va muy bien. Le dedico unos minutos a un joven chino encorbatado que, por lo que deduzco reside en España, un tal Yuan Lee, que no para de acusar al Partido Comunista de su país de los desmanes del coronavirus, bien porque lo fabricaron en los laboratorios de Wuhan, o porque no lo atajaron a tiempo y permitieron durante semanas que murieran sanitarios y pacientes antes de alertar al mundo. Tiene cara de jovencito y contrariado. Este chico chino corre peligro si sigue soltando en las redes los comentarios que le oigo decir sin morderse la lengua. Hemos llegado a un punto en que la vida no vale un carajo.

Casi al hilo de esta consideración, reparo en un trabajo de EL ESPAÑOL exquisitamente escrito por Enrique Recio, '¿Crímenes tapados por el coronavirus? La Policía sabe que no es la trama de una novela':

"Durante uno de los meses de marzo más cálidos que se recuerdan, en 2005, la formación de tornados y tormentas de gran potencia castigó con fuerza muchas zonas de Estados Unidos. Una de estas grandes tormentas se cebó sobre una pequeña localidad, cerca de Killen, Texas, causando muchas pérdidas humanas, entre ellas la de la familia Ma-

son. Tras el paso de la tempestad, los agentes locales encontraron en el interior de su granja los cadáveres del padre, la madre, los tres hijos adolescentes y la anciana abuela que vivía con ellos.

Los cuerpos estaban próximos unos de otros, lo que hacía suponer que, en el momento en el que el tejado y parte de la pared se vinieron abajo, estaban juntos. Sobre ellos, cascotes, astillas y un par de muebles pesados. La prisa habitual por enterrarlos, para evitar la propagación de enfermedades, que marca el protocolo en caso de desastre natural y el hecho de que, de entrada, la causa de las muertes no levantara sospechas, llevó a hacer a la Policía un rápido certificado de defunción que evitó la autopsia.

Treinta días después. Una avalancha de tornados explotó en Oklahoma y también arrasó la granja de la familia Jones, a las afueras de Brooksville. Los Jones habían sido hallados muertos en el interior de su rancho, en el salón. El padre, su anciana madre, que vivía con ellos, la esposa y sus hijos, todos de sexo y edades similares a los de la familia Mason y con impactos en la cabeza que se correspondían con vigas, maderos y muebles que se habían precipitado sobre ellos. ¿Era una coincidencia?

No, no lo era. Un testigo, un niño que fue a visitar a la familia, pero se vio sorprendido por la tormenta y se resguardó en el gallinero de la casa, fue clave en la investigación. Escuchó y vio al hombre que, antes de que el huracán derribase la granja, había matado a disparos a todos los miembros de la familia. Así lo corroboró la autopsia posteriormente, al igual que en el caso de los Mason. Y de todas las familias que el asesino fue matando después, simulando que habían sido a causa de las inclemencias meteorológicas, hasta que el FBI terminó deteniéndolo, con el paso de los meses.

El caos por una situación de emergencia había hecho pasar por alto

a los agentes signos indicadores de un crimen. Y que de no ser por un factor externo, tal vez, jamás se habría descubierto.

Lo que usted ha leído hasta aquí es pura ficción. Fragmentos de La Cara Norte del Corazón (Ediciones Destino), de Dolores Redondo. Partes de una historia que, ahora, en cambio, bien podrían ser un reflejo de lo que podría estar ocurriendo en España, tal y como corroboran fuentes policiales a EL ESPAÑOL. Lejos de ser la trama de una novela, altas instancias policiales revelan que, a pesar de estar preparados, el actual estado de alarma ha hecho que la certificación de muertes sea rápida y menos efectiva, sobre todo de cara a identificar un posible crimen sin signos de violencia."

Es un reportaje extenso y ameno que publicaremos el domingo. El día -una extraña jornada en blanco sin periódico mañana y, por tanto, sin redacción hoy- se presta a leer buenos reportajes. Algunos libros recopilatorios -excelentes muestras hay de ello en la prensa centroeuropea- son una gozada, y EL ESPAÑOL se prodiga en el género.

En esta guerra no caen bombas, pero hay muertos. Están pasando continuamente cosas de envergadura que apenas llaman la atención en una suerte de hipnosis colectiva por el coronavirus. Un club de fútbol habitualmente objeto de opiniones enfrentadas como el Barcelona está viviendo su peor crisis interna que se recuerda, con el presidente Bartomeu en la picota tras atribuírsele algunas actuaciones inverosímiles, como la de contratar supuestamente los servicios de una empresa de imagen para enaltecer la propia y erosionar la de Messi, Piqué y posibles opositores. No hay fútbol, pero sí hay manteca. Messi, precisamente al abrigo del flagelo que todo lo distrae, es objeto de especulaciones con respecto al interés del Inter de Milán por ficharlo. Quedan huecos para conocer estos entresijos colaterales de la crisis que padecemos, y, de pronto, Bartomeu adquiere rasgos de político en la picota.

La casa era antes un lugar de paso y descanso. Ahora es la ciudad dimensionada a un tamaño doméstico, cierras los ojos y te imaginas en los sitios públicos de toda la vida. Los abres, y estás en la misma jaula desde el 14 de marzo. Ahora sabes lo que siente el tigre, el león mal encarado, cuando la fiera se rebela contra el domador. Sánchez siente el aliento en el cuello de la oposición y propone una huida hacia delante que le puede dar resultado: negociar esos nuevos Pactos de la Moncloa. Pablo Casado, falto de reflejo, sitúa al PP en las antípodas de ese consenso, le repele Sánchez, no han hecho migas, no hay feeling entre ellos, pero pronto cambiará de idea y aceptará el baile. Ahora Fuentes Quintana ha vuelto a ser recordado, el ministro de aquellos Pactos, el economista de cabecera del Gobierno de Suárez. Era un hombre afable, de efímero paso por la política, pero dejó le huella de las cosas bien hechas. Los Pactos de la Moncloa crearon un concepto de hacer y acercar posturas que perdura en el imaginario colectivo. Ahora veremos si los líderes actuales están a la altura de las circunstancias o no.

Sale de Shanghái hacia Canarias el primer vuelo comercial directo de China con las Islas. Transporta otro cargamento de pedidos de material sanitario hecho por el Gobierno autónomo. Un tuit de Torres, el presidente, celebra el acontecimiento están misma noche.

La procesión va por dentro

Sábado 11 de abril

La vuelta a la redacción siempre reconforta. El país se prepara para regresar al trabajo el lunes en aquellas actividades no esenciales que habían sido hibernadas durante la Semana Santa para reducir al mínimo la movilidad y ayudar a aplanar la curva de la enfermedad. Se han conseguido los objetivos y los sectores empresariales urgen a volver al tajo. Sánchez no lo consulta con los asesores científicos, levantará la prohibición y el lunes habrá un desconfinamiento parcial. Sigue el estado de alarma y la cuarentena, pero lo cierto es que va a haber más gente en la calle, de trabajadores que acudirán a sus industrias y obras de la construcción, a sus despachos de abogados o notarías. Llámese como se llame, esto ya no es un cierre general, sino muy selectivo. Repartirán millones de mascarillas para que la gente se las ponga en los transportes públicos. No sirven para nada, pero visten y disuaden. La mejor mascarilla son dos metros de distanciamiento social. La gente está suficientemente asustada como para tolerar que alguien se le acerque. Siguen pasando cosas esperpénticas. Una pareja se asoma,

sale a través de la ventana y se sientan, él y ella, en el alféizar a merendar en la cornisa, a más de veinte metros de altura, en una de las torres de Santa Cruz. El fotógrafo captura la imagen desde un edificio próximo y la imagen la publicamos mañana en la sección de Alto Voltaje, donde confluyen las fotos de impacto. En la web ha tenido gran repercusión. Rendimos un reconocimiento a los repartidores que llevan nuestro periódico al domicilio de los suscriptores de la crisis; los lectores de la cuarentena apenas pisan la calle para comprar la prensa y agradecen que les llevemos el DIARIO a su puerta. Gracias a este servicio y a los puntos de venta habituales nos mantenemos en pie, creo que haciendo un buen producto y garantizando que llega a sus destinatarios.

Los fotógrafos adquieren un protagonismo añadido en esta etapa de periodismo de calle, en que ellos tienen la palabra. Fran Pallero y Sergio Méndez se multiplican peinando el área metropolitana, el norte y el sur. En toda España sobresale el fotoperiodismo del coronavirus. Estas imágenes registran una historia visual única que ganará en valor testimonial con el paso del tiempo.

Me detengo en uno de nuestros reportajes más recientes, donde los operarios de una empresa de limpieza desinfectan las aceras, los pasamanos, las papeleras y los pomos de las puertas ante la vuelta al trabajo el lunes de un considerable batallón de mano de obra. Entre las dos mejores imágenes, nos decantamos por la que tiene más colorido: un hombre enfundado en traje especial (cuasi espacial), cubierto de pies a cabeza, vestido de blanco con guantes amarillos, el rostro oculto tras una máscara tubular y provisto de un bazuca de aire líquido, pasa delante de un comercio cerrado con carteles de frutas en los escaparates y una joven en un póster publicitario que parece girarse para ver al fantasma disfrazado de soldado de una guerra bacteriológica. ‘Fin

del cierre total: mañana empieza la vuelta al trabajo', titulamos junto a la foto impactante de Pallero. Julio Pérez, el consejero de Sanidad que tomó las riendas en mitad de la crisis con la destitución de su antecesora, dice que si el bicho vuelve en los próximos meses estaremos mejor preparados. Y Casimiro Curbelo, el diputado gomero que reivindica el buen hacer de su isla pionera en los contagios de este virus en España, dispara alto: "Va a ser una crisis con más del 40% de desempleados en Canarias".

Pero no es mal sábado. España suma la menor cifra de muertos en 19 días (510 en 24 horas, una barbaridad que nos alivia, sin embargo, porque la curva de la muerte remite, pese a todo). Han fallecido algo más de 16.000 personas, pero se han curado casi 60.000, como queda dicho, el mejor dato del que puede alardear España. Canarias no registró ni un muerto, por suerte, y aporta casi 450 altas. Mateu entra en la redacción con cara de haber pescado algo. Y lo ha hecho: tiene la historia de Olga González, 'la gran animadora que regala risas contra el virus': "canta, pone a bailar los balcones y azoteas en Los Cristianos, juega al bingo con los vecinos y les hace la compra; hasta los barcos la saludan con sus bocinas en el puerto". Remato su entusiasmo: "Esa mujer volcán mañana se come la Primera". Y elegimos un primer plano de su rostro jubiloso, para completar el faldón de las noticias del domingo. Estas historias humanas, jocosas a más no poder, venimos cultivándolas con especial esmero en las horas bajas que vivimos.

Tenemos que hablar un día de estos seriamente de Europa. Hoy avanzo unas palabras que reflejan el hartazgo del primer ministro portugués António Costa, dirigidas al país del antipático ministro de finanzas de los Países Bajos, Wopke Hoekstra, que se ha ganado la cicuta de los europeístas en esta crisis: "Necesitamos saber si podemos seguir a 27 en la Unión Europea, y a 19 en la zona euro, o si hay alguien que

quiere quedarse fuera. Por supuesto, me refiero a Holanda.” Contundente Costa.

Ni una erupción consigue curarnos del espanto del virus por unos minutos. Ha saltado por los aires el Anak Krakatau, uno de los volcanes más peligrosos del planeta, que en 2018 causó más de 400 muertos y un tsunami. Esta vez, en Sumatra se lo toman con menos pavor: el volcán se encuentra en una isla deshabitada. Cuando mató a toda aquella gente, el mar invadió las playas de Java sorprendiendo a quienes pasaban las vacaciones de Navidad. Llaman la atención las fotos de los templos espaciosos y vacíos de Semana Santa. Las iglesias repicaron esta noche sus campanas, en la Vigilia Pascual. Y mañana domingo, el papa Francisco ofrecerá la bendición urbi et orbi, para anunciar la victoria de la vida sobre la muerte. ‘La procesión va por dentro’, rubrica el fotomatón de esas imágenes de iglesias desiertas y enormes en sus días más grandes.

El ojo del Estado

Domingo 12 de abril

Una vez alcanzado el umbral de 100.000 víctimas mortales en el mundo a causa de la pandemia del coronavirus, ya saben algo más los estados, los gobiernos, no digo ya acerca del patógeno, sino también acerca de nosotros; saben que podemos ser sumisos y manejables, asequibles y obedientes, dispuestos ipso facto a acatar órdenes, por estrictas que sean, con tan solo enarbolar en el futuro el fantasma de que viene el virus, niño, viene el coco y te llevará… Tal revelación, acaso producto del azar de un mal fario o de un sexto sentido inmanente a la Historia, nos debilita para siempre como ciudadanos empoderados en el uso y disfrute de la libertad y la democracia por encima de todas las cosas, menos una. Esta.

Desde la fumata blanca de la noche del jueves en Europa, en que los ministros de Finanzas de los 27 desbloquearon medio billón de euros para préstamos libres de rescate, es evidente la conclusión de que esta pandemia mutará en económica tras su fase sanitaria, pues lo uno es consecuencia de lo otro. En una suerte de pulso imaginario

entre la OMS y el FMI, asistimos a la hora decisiva de esta guerra, y del equilibrio de fuerzas en las decisiones entre los poderes sanitarios y los económicos depende nuestro futuro, el de esta y la próxima generación. Es un pulso entre dos polos, dos maneras de priorizar lo que conviene al mundo. El director general de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, acaba de dar su veredicto: empezar a abrir la mano en la cuarentena (España no lo hará, pero lo parece, mañana en la reapertura) entraña una "amenaza mortal". La directora gerente del FMI, Kristalina Georgieva, advierte de "una crisis nunca antes vista en la historia", pues sobrevendría la muerte por hambre cuando ya no sea posible siquiera por gripe. Las espadas están en alto. Así que mañana es uno de esos días que explican los rumbos irreversibles que definen el cauce de la Historia. Detrás de Sánchez, vendrá el anuncio de Trump este martes para reactivar, asimismo, la locomotora, estando en juego ser o no seguir siendo la primera potencia. Luego, Italia, y, como cabe esperar, la Europa del norte, sin parar mientes en el virus, pisará el acelerador. ¿Hacen bien o este giro repentino lo que está diciéndonos es que la vida de las empresas vale tanto o más que la de los ciudadanos a corto plazo? Estamos justamente hoy en el meollo de ese debate trascendental, humano, económico. Lo siguiente, tras un suceso tan espectacular y transformador como el coronavirus SARS-CoV-2, será la plena robotización de nuestro sistema productivo, como ya dejé dicho tras una de las conversaciones que he mantenido con ese sabio amigo, Wolfredo Wildpret. Y que los virus del futuro sean otros, los informáticos, en lo que atañe a la economía.

Los epidemiólogos que asesoran al Gobierno español desconfiaban, metidos en su papel, en este puente de Semana Santa sobre la oportunidad de liberar mañana una parte no esencial de la economía del país que había entrado en hibernación en el último decreto, y se quejaban

de no haber sido consultados. Sánchez se ablanda con la construcción y la industria, porque la economía ha entrado en la UCI y el genoma del paro de marzo desató las alarmas de la Moncloa ante la bomba atómica que ha caído sobre el turismo e irradia su onda expansiva hacia el resto de sectores. No es la Covid-19, es la Ecovid-20, acuñaba José Carlos Francisco en DIARIO DE AVISOS. No es el Fin del Mundo, sino el Mundo Después del Fin, con la calavera de la economía posada sobre el campo de batalla al cabo de todos los estragos del virus, cuando las gentes salgan de la cuarentena como zombis ante los escombros jamás vistos.

A buen seguro habrá vacuna antes de un año para la Covid-19, pero nadie cuenta con ella para el desastre económico inevitable. Supongo que sea esa la causa de que este lunes de Pascua vuelvan los tractores y las excavadoras, algunas industrias estratégicas, los bufetes de abogados y hasta las notarías, ante el peligro de detonación de todo el sistema económico. "No podemos eternizar el confinamiento, no podemos, el coste es muy alto. Hay que volver al anterior estado de alarma y activar parte de la economía aunque la curva de contagio tarde un poco más en bajar", confesaba uno de los expertos del comité que asesora a Sánchez ante la desescalada empresarial de este lunes. Es cierto que el virus empieza a remitir en España e Italia, pero sigue en ebullición en EE.UU. y en países determinantes de la eurozona como Francia y Alemania. Los más optimistas piensan que la normalidad -una palabra con categoría de mantra- tardará en llegar uno o dos años en un mundo con mascarillas que será como un carnaval extemporáneo en tiempos del coronavirus. Adiós, Estado del bienestar, que Dios te bendiga. Hoy Canarias ni España saben qué será de su futuro sin turismo.

Por lo demás, estas ciudades penitenciarias nuestras de ahora se enfrentan al trauma del día después al que me estoy refiriendo, con la

sugestión de la higiene compulsiva y un sistema de vida monitorizada que, con la excusa de controlarnos la temperatura corporal y salvaguardarnos del virus, terminará espiando hasta las ideas y debilidades que formaban parte del universo íntimo de nuestra sagrada privacidad. De manera que el virus, además de matar y enjaularnos, acabará dando la razón a aquel tal Orwell que nos habló del Gran Hermano, pues, como dice Yuval Noah Harari, la tecnología de vigilancia hará el resto cuando todo esto prescriba.

Comencé siendo de los escépticos ante la conveniencia de una cuarentena para vencer al virus. Y he ido corrigiendo mi punto de vista. Acepto que el bicho no era tan inofensivo como nos lo pintaban, no, no era una simple gripe común. De manera que el aislamiento puede que sea la medida instintiva y acaso inevitable desde la Edad Media hasta nuestros días. Lo compro. Y no renuncio a las dudas que me asaltan cuando me resigno y me lo reprocho. Creo que el confinamiento ha obrado beneficios. Y nos ha roto la economía también. Por suerte, en las Islas, desde aquella cuarentena piloto del hotel con mil personas en Adeje, los cortafuegos han tenido resultados satisfactorios. En general, se han hecho las cosas bien, ha habido un comportamiento cívico a la altura de esta emergencia. Mis reparos ahora en que la economía y la salud, la crisis económica y la sanitaria van a avanzar en paralelo (la una -la económica- in crescendo y la otra -la curva de la Covid-19- en descenso), es si acertaremos a desactivar todas las alarmas y retomar el pulso vital de una sociedad paralizada. Nos hemos acostumbrado a una pereza cronificada y obligatoria, y va a costar decirle a la gente que se ponga de nuevo a mil, como hacía antes de esta modorra y dejadez.

Recibimos una avalancha de vídeos y mensajes por wasap. Albert Espinosa -siempre efectivo y motivador- nos narra su experiencia en el hospital cuando era un adolescente y estuvo diez años enfermo de

cáncer: le cortaron una pierna, le extrajeron un pulmón, le trocearon el hígado. Alude a las enseñanzas de su "padre hospitalario": de cuando en cuando debemos hacer un alto en el camino, dedicarnos a cosas diferentes y placenteras y volver con ganas. A eso lo llamaba parar el mundo: un intermezzo, según su argot. Espinosa cree que esto es un intermezzo y recuerda algunas frases de su padre hospitalario, ya fallecido: "Vivir es aprender a perder lo que ganaste"; "las pérdidas son ganancias", y "la felicidad es dormir sin miedo y despertar sin angustia". Es reconfortante y alentador este pequeño vídeo del autor de 'Pulseras rosas'. Lo reenvío a amistades y familiares. Viene bien en las actuales circunstancias.

Hoy se cumple prácticamente un mes del inicio del estado de alarma. Me sigo haciendo muchas preguntas. Apuntado el riesgo de estar entrando en una sociedad vigilada, Harari subraya la mediocridad de los líderes actuales para la dimensión de los desafíos presentes. Un mes y más de cien mil muertos en el mundo. Un mes y la vuelta mañana lunes de millones de españoles al trabajo para salvar la economía. Un mes y no será el único de cuarentena.

El vecino que hace las compras en mi planta a los que demandan sus servicios se llama Juan. Es amable y dado. La joven del piso de al lado, que vive puerta con puerta, le agradece sinceramente su ayuda. Es un vecino bienhumorado y bien informado, le escucho en el pasillo poniendo a todo el mundo al corriente de las novedades de China o Singapur respecto al coronavirus. La solidaridad ha sido uno de los destellos de esta crisis. También aflora, sin embargo, el rencor en las redes sociales; es inevitable. Y la clase política no está, en efecto, a la altura de las circunstancias. Sánchez ha intervenido esta mañana tras una reunión telemática con los presidentes autonómicos y ha instado al PP a "pactar la posguerra". El líder popular, Pablo Casado, reacio a sentar-

se con Sánchez para no ser cómplice en la gestión, se encuentra entre la espada y la pared. Los medios que le tienen estima le aperciben del error de inhibirse, como no hicieron Carrillo y Fraga en el 77 cuando Suárez convocó a los Pactos de la Moncloa tras la dictadura franquista. Hemos consultado a los socialistas Saavedra y María Dolores Pelayo, y al popular Alfonso Soriano, testigos de aquel contrato y este último fue el más pesimista. Pedro Sánchez reiteró esta mañana que echará a andar de inmediato las conversaciones. Mañana mucha gente, como en la canción de Pablo Milanés, pisará la calle nuevamente. El Gobierno repartirá millones de mascarillas y reitera que no se ha terminado el confinamiento, sino la hibernación de algunos sectores no esenciales -construcción, industria, actividades profesionales- como antes del decreto de cierre total. Pero me temo que en la conciencia del ciudadano esta posibilidad de abrir las puertas de las casas y salir a trabajar supone, en la práctica, el primer paso de la desescalada, y sospecho que aumentarán los contagios, por más que se recuerde a todas horas el manual de convivencia: distanciamiento social, higiene personal, medidas de protección… Trump, este martes, pretende anunciar, como he dicho, que la economía americana se reactivará el 1 de mayo, al mismo tiempo que se abren zanjas en la isla de Hart.

Esta noche, antes de recoger los bártulos, hablo con un alto cargo del Gobierno. Le pregunto por lo que más les preocupa. Y por primera vez en esta crisis -un mes después del estado de alarma- no me menciona el coronavirus. Me habla de la crisis económica. Si en la Gran Recesión de 2008, el PIB canario perdió diez puntos, se calcula que solo este año perderá 20. Si el Estado no autoriza el endeudamiento de las comunidades autónomas, pese a que Europa ya ha suspendido las reglas fiscales pulsando el botón sagrado que le da vía libre pese a las políticas de estabilidad, no habrá dinero para atender las necesidades

básicas, ni las nóminas, ni nada. Es el infierno, la calavera de la economía que mencionaba antes en el campo de batalla el día después. De manera que empezamos, en este momento en que escribo, un mes después, a socializar el virus -del que siguen curándose muchos miles de españoles, más de 62.000 a fecha de hoy-, y a poner los cinco sentidos en afrontar la recesión económica, el desastre que traerá hambre y paro en semanas y meses. Cuando se anuncie la vacuna, habrá alegría, pero la población, para entonces desahuciada, preguntará vacuna para qué, para la gripe o para el hambre. Ese es el problema. El propio papa Francisco, que hoy puso fin a la Semana Santa virtual, con una bendición urbi et orbi cargada de tirones de oreja a la UE por el "egoísmo" y las "rivalidades", se deja llevar por la tentación de hacer política ante la desidia política de los líderes de medio pelo de la UE. Todos tienen a Holanda en la cabeza, como el primer ministro portugués que le enseñó la puerta de salida de la UE. Las diatribas y ofensas del ministro de Finanzas neerlandés y la negativa del primer ministro Mark Rutte a aprobar los coronabonos que demandan España e Italia, con el fin de mutualizar el endeudamiento a que obliga la pandemia, ponen a Europa en jaque, ante sus horas más críticas y la tentación de disolverla y crear otras u otras alternativas de estados unidos para las verdes y las maduras.

Un trasatlántico, el Queen Mary, atraca de noche en Tenerife y desembarca a dos pasajeros octogenarios, que se habían quedado aislados en alta mar cuando la declaración de cuarentena sorprendió al buque dando la vuelta al mundo. La escala técnica, de regreso al puerto base, les ha devuelto a su tierra. Llegan buenas noticias del presentador de televisión Manolo Artiles, operado de urgencia en el HUC tras sufrir un ACV (accidente cerebral vascular), a cuya mejoría se suma el alta en la UCI del hospital de La Candelaria del exalcalde centrista de Garachi-

co Lorenzo Dorta, quien, a propósito de los Pactos de la Moncloa, era uno de los mejores amigos canarios de Adolfo Suárez y tiene cosas que contar. En cuanto regrese a casa, lo visitamos. Es nuestro héroe. Octogenario, amigo de la casa, hombre entusiasta y proactivo. Buen cartel para decir: "¡Oye, que también se sale de esta!"

“Mañana salimos con la fresca”

Lunes 13 de abril

Yo pisaré las calles nuevamente…”, cantaba Pablo Milanés, “de lo que fue Santiago ensangrentada”, en alusión al Chile de Allende abatido por Pinochet, “y en una hermosa plaza liberada/me detendré a llorar por los ausentes”.

Con la vuelta a la vía pública de millones de españoles, que acuden al trabajo tras un confinamiento que no termina, pero se adapta a las nuevas circunstancias, es cierto que entramos en una nueva fase llena de incertidumbres. La era que estrenamos es dantesca por definición. El virus ha roto familias y precipitado el final de gente mayor valiosa que dignificaba el Estado de bienestar, pues la longevidad era una de nuestras grandes medallas. Y seguirá su exterminio en el seno de una sociedad perpleja e indefensa. Cada día se suman más (aunque sean menos en el balance diario) víctimas mortales al parte de bajas de esta guerra. No será una curva que descienda repentinamente, sino de largo remanso mesetario. Pero un día de estos habrá un punto y aparte. Es la historia de las grandes epidemias la que dicta sus normas y esta-

blece los ritmos indefectibles de sus efectos devastadores. La historia siempre se repite.

El regreso de la construcción y la industria es el inicio de una cuenta atrás inevitable, que desembocará, más temprano que tarde, en la famosa desescalada. Habrá un desconfinamiento escalonado, un proceso de normalización progresiva con salidas al exterior y horas de recreo para la prole, y paseos programadas para pensionistas y personas con discapacidad o movilidad reducida. De manera que la nueva etapa será la de convivir con la amenaza latente del virus mientras dure, duerma y reaparezca, pero ya sin la tentación de cerrar la economía. La máxima del distanciamiento social y la máscara ante el vaho del fantasma dibujan un nuevo modelo de vida y un arquetipo de ciudadano hasta cierto punto desquiciante, pero ineludible. La economía también tomará sus medidas de protección, se desenvolverá en condiciones más seguras y eficaces, pero no volverá a esconder la cabeza bajo el ala. Tendrá que arrostrar los peligros con la mayor de las garantías para los seres humanos.

Hemos vuelto a pisar la calle nuevamente. Porque sobrevivir es no dejar de trabajar, es tirar para delante, ganar terreno al enemigo. Y seguramente entre los futuros hábitos previsibles figurará una suerte de cuarentena tras el horario laboral, en la que las calles estarán despobladas, las cafeterías y restaurantes funcionarán a medio gas, y los transportes públicos y el tráfico serán el termómetro de que las ciudades permanecen en estado de alarma, de puertas adentro, con la alerta detrás de la oreja por la amenaza de un adversario oculto en todas partes. Pero sospecho que las ciudades nunca más dejarán caer el telón. Hablo como si lo supiera, y nadie me lo ha dicho. De manera que a esa conclusión llegó sin ninguna información privilegiada.

Hemos empezado ya a ensayar esa nueva fase de esta pandemia.

Quedan semanas de confinamiento y restricciones. Pero lo que viene ahora no es solo el coronavirus original, en estado puro, sino su mutación económica. Y ante el desastre de la economía que traerá paro, hambre y miseria, los motores del tejido productivo arrancan ahora, para evitar nos caiga todo el cielo encima. Y así será nuestro destino, con la felicidad modificada por los sueños más realistas que nunca antes hemos concebido. Sí, quizá seremos en lo sucesivo menos alegres y confiados, pero dispuestos a superarnos a nosotros mismos, que éramos tan ingenuamente presuntuosos en mitad de la abundancia y el egoísmo. La calle volverá a ser pronto el escenario de nuestras vidas, "un niño jugará en una alameda/y cantará con sus amigos nuevos…"

Es el día internacional del beso, como cada 13 de abril, lo cual supone una efeméride desierta, y una ironía de la historia. Pero que se conmemore el récord de una pareja tailandesa que protagonizó el beso más largo de la historia (56 horas) nos permite, ecuánimemente, valorar ese signo de proximidad y confianza, de afecto y amor, amén de saludo cortés, que hemos perdido quizá para siempre, al menos formalmente y en público. Perdurarán los besos en la intimidad, como ocurrirá con los abrazos, también prohibidos cuando escribo esto, en una sociedad que ha de cuidar sus leyes, pues de hecho antes la mirada -la mirada lasciva- incurría en un territorio cuasi delictivo, y eso estaba bien frente a sátiros y desvergonzados, pero ahora que nos hemos ido desprendiendo de toda señal afable, estas cosas retoman su atisbo romántico y entrañable. Nos sentimos reprobados como neófitos sin solvencia cívica, mal vistos e infieles, como en el beso de los catecúmenos. Es posible que he dejado de besar a mi propio hijo por un sentimiento de culpabilidad que quién sabe cuánto tiempo nos acompañará. Si uno escucha hablar hoy al director general de la OMS, Tedros Adhanom, rebelándose contra el aparente desconfinamiento

que emprenden en la práctica algunos países (sin mencionarlo, tenía in mente España que ha deshibernado hoy actividades no esenciales como la construcción y la industria, o Francia que tiene previsto salir del confinamiento el 11 de mayo), se queda con cargo de conciencia por querer creer que hay que salvar, junto a las vidas, las empresas y junto a la salud, la economía. De lo contrario, sobreviviremos momentáneamente al coronavirus, pero nos condenaremos a una crisis larga y seguramente también mortífera para amplias capas de la sociedad que padecerán hambres y otras enfermedades derivadas de la mala salud de los tiempos de miseria. Hemos roto amarras hoy en el periódico. Entro en el despacho del editor y convenimos en un giro editorial para exigir a Madrid que dé respuestas a las demandas de Canarias, a la profunda crisis del turismo y la destrucción de empleo y empresas. Acordamos exigir un Plan Marshall para Canarias y refrescar la memoria de los años del volcán, es decir los tiempos en que Canarias era un problema de Estado por las emisiones radiofónicas de Antonio Cubillo desde Argel y los petardos del MPAIAC en tiempos de Suárez enviando a Marcelino Oreja, ministro de Exteriores, a patear los países de la OUA para ganar (o acaso comprar) voluntades contra el abogado independentista canario exiliado en la capital argelina.

Lucas propone al jefe de maquetación, Samuel García, la idea de Primera, y el resultado es el globo terráqueo ilustrado con las islas del Archipiélago flotando en un salvavidas en medio del océano.

Tinerfe Fumero complementa los pormenores de la crisis en un amplio reportaje, y con Daniel Tovar enfilo por teléfono la elaboración del editorial, que resultó así:

"Estas son las horas más críticas a las que jamás se enfrentó antes nuestra tierra. Son los momentos y las circunstancias que entrañan mayores riesgos para el futuro inmediato de los más de dos millones

de ciudadanos que habitan estas islas. No es hora para la peor catadura de la política, la de las flores negras de los jardines más oscuros de nuestra historia reciente. Conviene recordar de dónde venimos, de los desaciertos e históricos errores cometidos en el pasado inmediato que condenaron a nuestra sociedad a sus peores registros sociales, para afrontar el porvenir con la inteligencia y la honestidad de quienes amen de verdad a la gente y a los pueblos de nuestro Archipiélago.

Ante el destino más adverso y complejo que imaginar pudiéramos, solo la unidad de todos permitirá enfrentar con éxito los desafíos que se avecinan. Hoy, cuando escribimos estas líneas cargadas de apremios y exigencias, somos plenamente conscientes de que no estamos solo frente al mayor problema sanitario que se recuerda. El coronavirus continuará su camino, dejará atrás las páginas más sombrías y más tristes que se han podido escribir sobre las desgracias personales de muchas de nuestras gentes, pero es la economía, la grave crisis del turismo y los sectores adyacentes, la pérdida escalofriante de puestos de trabajo y el aumento exponencial de la miseria y la pobreza como jamás pudimos sospechar; es el desastre del tejido productivo, de la frágil estructura socioeconómica sobre la que hemos levantado los pilares de nuestro progreso; es, en definitiva, el desierto de la prosperidad mutilada, de las familias sin recursos, del azote del hambre y de la indefensión ante las consecuencias irreversibles de un horizonte sin alternativas a corto plazo para dar de comer y devolver la vitalidad a una tierra que venía de sus peores índices de pobreza y desigualdad, es lo que nos determina a requerir a todos los partidos políticos una unidad de acción de la que Canarias no ha solido dar ejemplo. Ahora es inexcusable.

En Canarias la historia nos dice que, ante situaciones de crisis, las Islas reaccionan como un volcán. Es nuestro destino geográfico y so-

ciológico. Los duros años 70 fueron el caldo de cultivo del independentismo inspirado por el abogado Antonio Cubillo, como recuerdan pocos de quienes hoy continúan en la primera línea de la política. Ha transcurrido demasiado tiempo. Solo los reflejos de un estadista como Adolfo Suárez impidieron que el volcán estallara con todas sus consecuencias. Llovieron millones de los presupuestos del Estado sobre las Islas para amortiguar las necesidades más perentorias de un archipiélago abatido. La impronta de Suárez marcó en el futuro las políticas de los distintos gobiernos (los de Felipe González, Aznar, Zapatero y Rajoy), bajo la premisa (no explícita, pero de todos sabida) de que Canarias, consagrada por Europa como una región ultraperiférica, era, en realidad, la última colonia de España. Los distintos gobernantes, en consonancia con la Corona, mimaron continuamente a esta tierra, evitando que el volcán dormido despertara. Aznar celebró consejos de ministros monográficos dedicados a Canarias; antes, González impuso, llegado el momento, vetos en Bruselas para proteger los intereses de Canarias. Cuando le tocó a Zapatero timonear la discordia de los isleños, retomó el manual de estilo de los años suaristas y confeccionó aquel Plan Canarias que abordaba los máximos y los mínimos de una estrategia de soluciones para Canarias, y a Rajoy nadie tuvo que recordarle la lección, porque él personalmente había suscrito los convenios con las Islas siendo ministro de Aznar.

Ahora es Sánchez el que ha de torear este morlaco. Su generación es posterior a los hechos que se remontan al amanecer de la democracia, la descolonización del Sáhara y el volcán insular que Cubillo agitaba desde Argel. Pero las hemerotecas permiten refrescar la memoria en un instante. Y una lectura responsable del caso canario, desde sus más antiguos antecedentes, exige al actual Gobierno de España tomar cartas en el asunto, abordar sin ambages un Plan Marshall para esta tierra,

a riesgo de, en caso contrario, despertar el volcán dormido. Canarias no es el País Vasco o Cataluña. Es peor. Los anales de la historia la describen como una tierra pacífica que pierde los estribos a las primeras de cambio. Cuando se siente incomprendida y dejada de la mano resucita sus sentimientos de soledad y lejanía. Y reacciona como una tierra abandonada. La condición geográfica e histórica de colonia no ha impedido que el Archipiélago haya concertado, a lo largo de los años de democracia, un contrato de lealtad y adhesión al proyecto común de España dentro de Europa. Durante más de 40 años las Islas han sido una auténtica punta de lanza de España en África y América. Y, derivado de su lugar en el mapa, ha conseguido, de la mano de Madrid, insertarse provechosamente en el conjunto de la Unión Europea.

Ahora, ante las desgracias que la crisis económica anuncian, ante la desaparición por primera vez en la historia del turismo, locomotora económica de las Islas, y ante la imposibilidad de improvisar un sector alternativo, solo cabe al Estado anticiparse a riesgos innecesarios mediante la elaboración y ejecución de cuantas medidas sean necesarias, las que confieren al Archipiélago tanto el REF como el Estatuto de Autonomía, y las que exige el nuevo escenario, con los fondos y ayudas que surjan desde Madrid y Bruselas, para frenar la espiral de paro, pobreza y miseria que se nos avecina. Canarias necesita un Plan Marshall sin rodeos. Y el Gobierno de Canarias ha de contar con la lealtad de la oposición para enfrentar este desafío en diálogo tenso con Madrid.

Solo la irresponsabilidad y el afán despiadado por erosionar la vida pública en tiempos sumamente delicados como los presentes puede estar alentando a estas horas en determinados sectores de la sociedad y de la política un espíritu intrigante y pernicioso que persiga destruir los cimientos de la actual etapa política en beneficio de los grupos de intereses que antes mal gobernaron y desataron las mayores cotas de

marginación y desigualdad. La lealtad que Sánchez está en el derecho de reclamar de la oposición para afrontar unos nuevos Pactos de la Moncloa es la que corresponde asimismo a los actuales gobernantes de Canarias, para solo unidos, sin pestañear, ganar esta batalla, que ya no es solo sanitaria, ni siquiera política, sino enteramente económica y cuyo beneficio no habrá de favorecer a partido alguno, sino a miles y miles de paisanos que, a la vuelta de la esquina, si esta vez no se acierta, van a pasar sencillamente hambre.

Canarias necesita que el Estado le autorice a disponer a la Comunidad y las corporaciones locales del superávit y de la capacidad de endeudamiento. Canarias ha de emprender acciones inmediatas de choque para remediar las situaciones de necesidad perentoria mediante una PCI flexibilizada, en tanto entra en vigor la nueva renta de emergencia, habida cuenta de las dificultades burocráticas y reglamentarias que esta plantea; deberá garantizar el alquiler social y la habitabilidad de las poblaciones más marginadas y elaborar a corto plazo un plan de acciones inmediatas en los sectores más deficientes, al tiempo que ha de conformar, como se hizo en el Plan Canarias, una radiografía fiable de las nuevas debilidades de los sectores empresariales como nunca ha habido en Canarias, dado que el primer sector afectado, que es el turístico, aboca a los empresarios a entrar en concursos de acreedores y entregar sus hoteles a los fondos de inversión foráneos. Un auténtico drama para este sector. El Gobierno canario debe, contra reloj, frenar estos y otros riesgos, a sabiendas de que habrá una masiva destrucción de puestos de trabajo, para poder exigir a Madrid acciones contundentes ante una emergencia económica como no padece ninguna otra comunidad de todo el Estado. O, de lo contrario, condenará a Canarias a repetir su historia de desarraigo y a echarse al monte."

Sergio Méndez ha salido a buscar esta mañana las imágenes de los

primeros obreros de la rentrée de la construcción. Consiguió una honrosa cosecha. Juan Carlos Mateu se vuelve el ídolo de Olga González, la secretaria de abogados con vocación de animadora, que canta y pone a bailar los balcones y azoteas de Las Cavernas, en Los Cristianos. Tras la publicación de un reportaje suyo sobre las verbenas de la artista popular, hoy le devuelve el detalle con un homenaje de los vecinos, que le aplauden y vitorean por Facebook en directo. Lo reproducimos en la web, es una explosión de alegría en una terraza de vecinos colindantes que cada tarde viven su propio show de la mano de este vendaval de energía y ritmo que se convierte en un fenómeno de la cuarentena. Clara Morell, todo sigilo y olfato, descubre su particular historia, la de los vecinos de La Salle, que convierten desde los balcones las tardes en un Carnaval de disfraces con el que luchan contra la soledad y el aislamiento. Música y rutina para hacer felices a un `puñado de niños y mayores. De nuevo Mateu desliza otra historia, la de Samuel, vecino de Guargacho, que sale a su terraza a aplaudir cada tarde disfrazado del personaje infantil que le piden sus vecinos ante el delirio de los niños; tiene lista de espera hasta dentro de diez días: 'Dibujos animados a la carta desde el balcón', titula Mateu su reportaje. Delirio, escribió el periodista. Contamos la historia de una mujer de 41 años que, tras ser detenida y trasladada a la comisaría de Torremolinos (Málaga), salió de las dependencias policiales y se subió al capó del coche policial desnuda, antes de ser conducida a un centro para su evaluación psicológica. Añadimos también los casos de una vecina de la Orotava, de 45 años, condenada a dieciséis meses de cárcel por acumular dos penas de ocho tras el incumplimiento de la cuarentena, y de un multirreincidente con discapacidad de Santa Cruz que deberá cumplir 17 meses de prisión. De tal guisa avanza el estado de alarma. Hay personas solidarias y personas refractarias. Una joven cajera de un supermercado

es acosada por algunos de quienes viven en su edificio, y que le han dejado este recado de puño y letra: "Somos tus vecinos y queremos pedirte por el bien de todos que te busques otra vivienda mientras dura esto, ya que hemos visto que trabajas en un supermercado y aquí vivimos muchas personas. No queremos más riesgos". En el mismo sentido, a un médico tinerfeño que reside en la localidad manchega de Alcázar de San Juan, sus vecinos le pidieron que se mudara a un hotel, como se ha barajado entre las opciones de aislamiento, por miedo a que les contagie. Tras la indignación en las redes sociales, la alcaldesa le mostró su apoyo. En Granada fue desalojada una misa por "ilegal" en Semana Santa: la policía intervino y dispersó a los fieles cuando el arzobispo oficiaba con 20 feligreses. Y como en aquella historia de los crímenes que se amparan en la sombra del coronavirus, esta madrugada aumentó la lista de violencia de género, con una nueva muerte de mujer en Valladolid. La víctima cayó de un tercer piso, después de que los vecinos la descubrieron colgando de la ventana sujetada al parecer por su marido y trataron de salvarla colocando colchones debajo. Delirio, cabe añadir, a algunas de las noticias que brotan en este lunes. Chile admite contar como recuperados a los muertos del coronavirus, porque, según su presidente, Sebastián Piñera, dejan de ser fuente de contagio. Boris Johnson sale del hospital como quien regresa del infierno con el miedo en el rostro: tuvo un 50% de probabilidad de vivir o morir, admite, y le vio las orejas al lobo; agradeció por su nombre al médico y los enfermeros que lo cuidaron, como sus ángeles de la guarda. El coronavirus humaniza a personajes como Johnson, que parecía tomarse a chanza la enfermedad cuando daba libertad de movimiento a sus súbditos en los primeros momentos. También Javier Solana se confiesa ante la SER y relata que "al séptimo día parece que pierdes frente al virus". Uno de sus compañeros falleció en la habitación

durante el repecho hospitalario. Siguen los muertos conocidos. Juan Cotino, exdirector general de la Policía, o Landelino Lavilla. Pero este último por causa ajena a la Covid-19, en días en que reapareció y concedió una entrevista a EL ESPAÑOL por la exhumación de los Pactos de la Moncloa que piensa reeditar Pedro Sánchez. Y entre las buenas noticias del día, vimos a la paisana Carolina Darias compareciendo en rueda de prensa junto a Ábalos.

Así transcurren los días, con historias de algazaras, soliloquios y pesadumbres, con altas y bajas, con callejeros clandestinos y reos disciplinados que desisten de la libertad y desafían el estrés pasivo. Como en un cuento de Borges de infinita calma y, a la vez, de inaudita desidia, incluso, por la mera vida. Es un hecho que la gente sufre una depresión extraña, de insólita causalidad y de consecuencias desconocidas hasta hoy. Acaso todos, colectivamente, nos hayamos vuelto locos, y por ser un hecho global parezca una locura corriente y consentida, un estado natural del estado de alarma por estar expuestos a un gran peligro. Compartimos con Borges las palabras de aquel personaje de 'El Libro de arena', que frecuentaba un inconcebible Congreso del Mundo, y decía desolado: "Sentí que la soledad me cercaba. Temí no volver nunca a Buenos Aires… Extrañaba los leones de un portón de la calle Jujuy, cerca de la plaza del Once, o la luz de cierto almacén de imprecisa topografía, no los lugares habituales… Había aprendido a no contar los días cuando, al cabo de un día como los otros, don Alejandro nos advirtió:

-Ahora nos vamos a acostar. Mañana salimos con la fresca."

Un desafío colosal y unos líderes diminutos

Martes 14 de abril

Todo el día, este martes, se habla del fin del confinamiento. Canarias está en boca de todos. Algún portal digital aventura, incluso, que la semana próxima podría ser la primera comunidad en romper el cerco, según los planes del Gobierno central. No es exactamente así, pero, como compruebo a última hora de la noche, las Islas han llegado a la conclusión de que después del día 26 -fin del decreto del estado de alarma- y aunque se renueve la cuarentena, el cierre económico y las medidas de aislamiento se aligerarán en territorios como La Gomera, El Hierro o La Graciosa, con escaso o nula incidencia de coronavirus. Ese es el veredicto del comité sanitario que asesora al presidente Torres, quien personalmente me transmite su angustia por las previsiones económicas. El FMI acaba de pronosticar "un derrumbe económico generalizado en todo el planeta". La crisis superará todo lo previsible y será la peor desde la Gran Depresión del 29, con una caída del PIB español del 8% (el 9,1% en Italia, el 6,5% en Reino Unido, el 5,9 % en EE.UU, el 5,8% en Sudáfrica, el 5,5% en Rusia, el 5,2% en Japón, el

5% en Turquía y el 2,3% en Arabia Saudí); solo China crecerá un tímido 1,2% y el otro gigante India, un 1,9%. El 'Gran Cierre', como lo denomina el FMI, convierte en anécdota la Gran Recesión de 2008, cuyo peor efecto fue la caída del 0,1% del crecimiento económico global. El PIB mundial disminuirá un 3% a causa del efecto Covid, y España sufrirá un 21% de paro, cifras que correspondían antes a Canarias y eran reflejo de una pésima foto fija en ocupación y crecimiento. "Nuestra urgencia ahora es reactivar la economía, no podemos seguir hundiéndonos", me dice Torres, que viene de hablar con los científicos que lo asesoran en el comité de seguimiento sanitario.

La hecatombe, la económica, se solventará solo con tiempo e imaginación, pues no hay vacunas instantáneas para la economía. Bien es cierto que el propio FMI prevé crecimientos espectaculares, al año siguiente, de los mismos países devastados por el virus, como España o Italia, dos de los más castigados en Europa, en una suerte de V. Sin embargo, pienso en las Islas, nuestra pequeña arcadia turística, que no podrán en meses, y acaso años, hacer resucitar su gallina de los huevos de oro. El periodista Jorge Berástegui emprende una consulta a media docena de economistas con la pregunta de marras: ¿De qué vivirá Canarias sin turismo de aquí en adelante?

La vicepresidenta Teresa Ribera, ministra de Transición Ecológica, es la encargada de dirigir el plan de desescalada. Será dentro de semanas, después del 26 de abril. Pero Canarias ya hace planes para salir de la cuarentena este mismo mes, de eso no me cabe duda tras la conversación con el presidente. Se ha instalado en el Gobierno un gran desasosiego por el porvenir de más de dos millones de personas que pueblan las Islas. No hay vaca que nos dé leche para tanta gente en el periodo que se avecina. De Trump a Xi Jinping hay un temblor, un canguelo por la desconocida recesión que esta enfermedad traerá

consigo. Intuyo que en el futuro inmediato no volverá a haber cierres generalizados de la economía, a los sumo confinamientos regionales, provinciales y locales, como en Wuhan. Pero cerrar países ya es cosa del pasado. Vuelvo a mis reticencias iniciales. Considero natural la tentación del estado de alarma y la cuarentena para salvar vidas; lo han hecho la gran mayoría de países; otros, incluida Corea del Sur, no de manera expeditiva. Pero en lo sucesivo, los estados arriesgarán vidas con tal de salvar la economía, que es un organismo vivo, cuya enfermedad desemboca en una pandemia descomunal y acarrea muertes masivas sin remedio.

Comparece Torres telemáticamente en la Diputación Permanente del Parlamento y logra, no sin agitación política, el respaldo de la oposición para un gran plan de reconstrucción en Canarias. Gustavo Matos, presidente de la Cámara, despide la sesión con versos de Agustín Millares: "El futuro no se va/porque viene".

El mundo se encamina hacia el umbral psicológico de dos millones de contagiados por Covid-19. España ya dobla la curva, como admite el ministro de Sanidad, Salvador Illa. Y el foco se traslada a Estados Unidos, donde aún la pandemia hará estragos. Las imágenes de las fosas comunes, largas como serpientes y sobrecogedoras, en la isla de Hart, en pleno Bronx neoyorquino para muertos que no son reclamados, constituyen toda una premonición.

China ya ensaya vacunas. Es el primer país en el mundo en probar una cura con humanos. En la carrera que China entabla con EE.UU. anuncia disponer de un antídoto basado en vectores de adenovirus. Es una investigación de la reconocida doctora Chen Wei, de la Academia de Ingeniería de China e investigadora del Instituto de Medicina Militar. La primera fase de pruebas clínicas se completó en marzo y la segunda se inició el pasado día 12 de este mes. Es la primera vacuna

candidata contra Covid-19 a nivel mundial que ha entrado en la segunda etapa de ensayos clínicos, según la OMS. Los 108 voluntarios que participaron en la primera fase de pruebas el 27 de marzo ya han culminado el periodo de observación médica centralizada y se encuentran en buenas condiciones de salud. La segunda fase que ahora arranca cuenta con 500 voluntarios, sin límite de edad, y sus resultados serán contrastados con un grupo de control de placebo para determinar sin margen de error la inmunogenicidad y la seguridad de la vacuna. En paralelo, China explora otras alternativas siempre a partir de virus desactivados, microorganismos una vez muertos a través de procesos físicos o químicos. La gran pregunta es el tiempo. Nadie se atreve a poner fecha -y que sea próxima- para poner a disposición de la humanidad un remedio preventivo certero. Entre tanto, avanzan en buena dirección los trabajos para establecer un tratamiento curativo mediante fármacos ya vigentes.

La noche nos impone sus límites y hemos de hacer una nueva pausa. Siempre, ahora más que nunca, confiamos en que mañana nos depare buenas nuevas. Trump rompe relaciones con la OMS, la responsabiliza de los errores que han llevado al desastre, y anuncia que le retirará la financiación. Estamos en guerra, pero es una guerra con cierto desmadre en las filas y en las cabezas de los cuarteles generales. Nunca el mundo enfrentó un desafío de dimensiones tan colosales con unos líderes tan diminutos.

Rata contagiosa

Miércoles 15 de abril

Ya es de conocimiento público que el Gobierno vigila 13 millones de móviles para testar la movilidad de la población durante el confinamiento. Detecta de este modo infalible los desplazamientos de más de 500 metros. Bajo este estado excepcional, nadie rechista por que le vigilen. Cuando acabe el acuartelamiento, ya será una praxis interiorizada. Las tecnologías de vigilancia se encargarán de velar por nuestra salud y el Gran Hermano guiará nuestras vidas conociendo en detalle cada uno de nuestros movimientos de antemano. Que nadie se llame a engaño.

Una encuesta del CIS de Tezanos pregunta si debemos poder informar mediante cualquier fuente sobre el coronavirus, a riesgo de difundir bulos, o hacerlo exclusivamente con información de carácter oficial. Esta circunstancia desemboca en la pérdida de la libertad de expresión. Los fake news operan en las redes libremente y transmiten la excusa perfecta para el control de la información. Por ahí se empieza.

¿Volverá la vida por sus derroteros? Estamos iniciando una desescalada subrepticia, por fases, a partir de la reapertura de la economía. Hoy, el Ministerio de Educación y las comunidades autónomas acordaron dar un aprobado general con otras palabras a los alumnos, todos ellos confinados tras más de un mes sin clases. Lo anuncian con un eufemismo: ningún alumno perderá el curso. Aprobado general. Pero se adorna con rodeos por la mala prensa del concepto absolutorio. Se establecen tales limitaciones a cualquier posible suspenso, que este en la práctica queda descartado. Al mismo tiempo, se aborda la cuestión -por razones de naturaleza psicológica- de cuándo autorizar a que los niños salgan con sus padres a la calle. En Madrid, siendo una de las comunidades más flageladas por el SARS-CoV-2, se discute abiertamente esta hipótesis. La alcaldesa de Barcelona, madre de dos pequeños, clama en su perfil de Facebook: "No esperéis más: ¡liberad a nuestros niños! Y razona como haría cualquiera con sentido común: "¿Cómo es posible que se permita a los adultos sacar a pasear el perro, al tiempo que se reactiva buena parte de la economía, pero a los niños se les prohíba pisar la calle?"

Un modelo matemático de un catedrático de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Pedro Saavedra, pronostica que para finales de este mes habrá cesado el número de nuevos contagios en las Islas. Hemos doblado la curva y todo apunta a que entramos en el descenso de la propagación. El portavoz del comité científico de seguimiento, Lluís Serra, va más allá, y augura que dentro de un mes abrirán los hoteles. Una de las ideas que barajan los italianos para volver a las playas es tomar el sol en cubículos de plexiglás. Un tanto cursi, pero sintomático de las ganas de volver a los grandes espacios, aunque pongamos puertas al campo.

Llegados a este punto, cabría una suerte de tormenta de ideas -sen-

satas o irracionales- de las múltiples maneras en que nos imaginamos los hábitos cotidianos de la nueva vida tras la cuarentena: las compras en los supermercados; el uso del transporte público; los paseos por los parques; la confluencia en los bares, cafeterías y restaurantes; la asistencia a conciertos y partidos de fútbol; las conferencias, los bailes, la playa, el tráfico, las bibliotecas, los shows televisivos, las series, el cine, el teatro, la ópera, el boxeo, el Congreso, el amor, la cama, el beso, el abrazo y el lenguaje, el modo de hablar y de mirar, de vestir, oler, pensar. Todo ese cambio que se reduce a un mundo con la mascarilla puesta como Michael Jackson, al que tachábamos de bicho raro.

Una joven enfermera tinerfeña, Sara Fagundo, nos cuenta desde el hospital 12 de Octubre de Madrid que no teme al virus, pero sí sufre con el daño que produce: "Algunos mayores nos dicen que no les quedan fuerzas y que se quieren ir", afirma. Paradójicamente, comprobamos que los turoperadores de dos compañías, Jet2 y TUI, ya están programando vuelos y los empresarios reciben más peticiones que cancelaciones de turistas que quieren volar en verano a las Islas, pese a la advertencia de Ursula von der Leyen de no hacer planes todavía. Es otra de las evidencias prematuras de que la gente tiene una infinita capacidad de olvido. En pocos meses, acaso estaremos en la misma rutina de turismo de masas, pero me resisto a pensar tal cosa, tras el shock de hace apenas un mes. El vicepresidente canario Román Rodríguez pidió están noche en una entrevista en la RTVC que las islas gocen de capacidad de endeudamiento y que este sea contraído conjuntamente con el Estado. Resalta un aspecto: esta vez ha favorecido a Canarias la condición insular, es una de las comunidades menos maltratadas por el virus. Pero soportará un endiablado coste económico, no menos de 20 puntos del PIB este año por la dependencia frustrada del turismo (durante la Gran Recesión ese precio fue de 11 puntos a lo largo de casi

un decenio de crisis, hasta el otro día). El diputado del Común, Rafael Yanes, se adhiere al pronóstico de Casimiro Curbelo en nuestro periódico: sufriremos en Canarias un paro superior al 40% (el doble del que prevé el FMI para el conjunto de España, una tasa apocalíptica).

Empezamos el deshielo. A medida que la cuarentena avanzaba, las reacciones comenzaron a cobrar también cierto giro. Hemos pasado del unánime aplauso de las siete a los sanitarios a los -aunque aislados- avisos escritos por vecinos anónimos en las puertas de algunos profesionales médicos -uno de ellos, el tinerfeño Jesús Monllor Méndez de un hospital manchego- y empleados de supermercados, conminándoles a mudarse de casa para evitar contagios. Particularmente desagradable fue la pintada del coche de una ginecóloga de Barcelona, en su aparcamiento comunitario, con estas palabras: “Rata contagiosa”.

Luis Sepúlveda y los 'heraldos negros'

Jueves 16 de abril

El profesor Basilio Valladares -creo haberlo comentado ya- anda un tanto apesadumbrado porque este coronavirus en concreto, el SARS-CoV-2, ha resultado más fiero de lo que él suponía al principio. Recuerdo su primer artículo en nuestro periódico, en los albores de la epidemia, cuando trataba de restar gravedad al brote con argumentos sobre la naturaleza del bicho: una gripe más de la saga de coronavirus. Y ha sido una sorpresa para epidemiólogos, virólogos y parasitólogos, pues, a medida que pasaba el tiempo, engordaban las cifras y los países más escépticos entraban en cuarentena (no sin matices y especificidades: Suecia, Holanda y Reino Unido, con altas dosis de flexibilidad). Hoy llega a mis manos una referencia de un estudio de 'Science', según el cual habrá Covid-19 hasta 2022. Los autores, vinculados a la Universidad de Harvard (EE.UU.), no se recatan en anunciar, incluso, posibles contagios hasta 2024. Esta perdurabilidad del virus obligará a prolongar el distanciamiento social, erigido en nuevo canon, y a saber qué más restricciones nos impondrá la dinámica de la enfermedad.

Nuestro periodista Juan Jesús Gutiérrez habla con todo dios sobre la conveniencia de 'liberar' a los niños, como diría Ada Colau, y programar su salida a la calle, después de 35 días encerrados en casa. Es cierto que en ámbitos de la pediatría y la propia psicología se nos alerta del riesgo de futuros contagios. Exigen garantías para 'indultar' a los más pequeños y permitirles el corto éxodo de "al menos una hora al día para tomar el sol", nos dice el doctor Lluís Sierra, portavoz del comité científico que asesora al presidente, pero todos coinciden en que el sentido común no olvida que desde el primer día se permitió sacar al perro a pasear.

Hay una escalada de multas por la incontrolable tendencia -de momento, minoritaria- de personas que se echan a la calle vulnerando el estado de alarma y se resisten cuando son sorprendidos por la autoridad policial. Para reforzar este control, el ministro del Interior cifra entre 601 y 10.400 euros las sanciones por tal motivo. Uno de los insumisos, según trascendió hoy, se tiró al mar para eludir a los agentes y antes de entregarse se ocultó hasta la medianoche en una cueva de Las Galletas (Tenerife), y en otro caso digno de analizar algún día, una mujer reincidente que había sido detenida, dio positivo y -como aquí reseñé- se le permitió conmutar una pena de prisión con la estancia en el hospital, tuvo que ingresar finalmente en prisión tras salir a la calle por enésima vez después de ser dada de alta.

Entramos en la zona de emergencia de la crisis postsanitaria. Ante la evidencia de que se va a pasar mal y de que miles de canarios no tendrán ayuda alguna tras paralizarse la actividad que desempeñaban en la economía sumergida, el Gobierno de Torres aprobará mañana una paga social de 800 euros hasta que el Gobierno central dé luz verde en mayo a una renta similar de ámbito nacional. Las medidas y los problemas hablan de los primeros síntomas de una pandemia social.

Era enero y 21 de este año. Entonces recuerdo leer la columna de Churchill, en la que su autor, el periodista del DIARIO Tinerfe Fumero, hablaba de algo misterioso e incipiente, un virus lejano, pero tuvo la agudeza de vista de ver venir la pandemia: "En apenas una semanas este patógeno que se ha cobrado tres vidas, ha llegado hasta Pekín, y se han detectado casos en Tailandia, Japón y Corea del Sur (…) Por si fuera poco, desde Wuhan hay vuelos directos al corazón de Europa. ¿La guinda a este cóctel explosivo? Se ha confirmado que se contagia entre humanos". Es posible que haya sido el primer periodista que alertó del problema por estos lares. Recuerdo la noche que entregó el artículo, dejando una ráfaga terrible en todas las palabras que había escogido para entrever la devastación. Eran días en que muchas noticias competían por aparecer, antes de que llegara el coronavirus con su aplastante hegemonía absoluta a secuestrar el resto de la actualidad. Su olfato fue providencial: tan solo se habían registrado tres muertes. Tres.

Nuestros fotógrafos Fran Pallero y Sergio Méndez han ido nutriendo el banco de imágenes con la galería de la crisis del coronavirus. En una de las últimas fotos, Pallero capta a unos automovilistas pasando por delante de un grafiti con ojos que miran como si apuntaran al corazón. Vamos bien, la curva es descendente, pero en Canarias hoy se supera el umbral psicológico de 2.000 casos positivos con 27 nuevos; se añaden cuatro muertes y 57 altas. La cifra de fallecidos (111) es sensiblemente inferior a la de curados, que van por 730. En España, también cada día mejoran los datos, pero hay leves repuntes y las cifras de fallecidos siguen dando escalofríos: hoy el balance ya suma 182.816 infectados; 19.130 muertos, y 74.797 curados. Me llama la atención que el Gobierno apenas destaque el volumen de recuperados, siendo de los mejores registros del mundo, si descontamos los datos chinos puestos en cuarentena. Italia tiene 21.000 muertos y solo 38.000 curados; Fran-

cia, 17.000 muertos y 31.000 curados, y Estados Unidos, que vive un auténtico infierno con un crecimiento imparable de contagiados (casi 640.000 a fecha de hoy), aporta 31.000 muertos y 52.700 curados.

Hay una conciencia desigual sobre el impacto y las terapias de cada país. Media docena de estados con los mejores datos están dirigidos por mujeres: Taiwán, Islandia, Noruega, Finlandia, Nueva Zelanda y Dinamarca. Concretamente, la joven laborista Jacinda Arden (39 años de edad), primera ministra de Nueva Zelanda desde septiembre de 2017, a la que analiza nuestra coach de cabecera Priscila González, experta en expresión no verbal, sobresale por su rapidez en la adopción de medidas y la simpatía y proximidad de su estrategia de comunicación. Las mujeres le han cogido la medida al coronavirus.

Hoy se suma al parte de bajas el escritor chileno afincado en España Luis Sepúlveda, y Lorena G. Maldonado le dedica en EL ESPAÑOL un obituario biográfico cargado de emoción. Fue escolta de Allende, vivió la dictadura y la cárcel y escribió libros luminosos desde el exilio y la barricada. Se lo llevó el coronavirus, como uno de los 'heraldos negros' de mi admirado César Vallejo, uno de esos "golpes en la vida, tan fuertes…, golpes como del odio de Dios; como si ante ellos, la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma… Son pocos, pero son… Abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas; o los heraldos negros que nos manda la Muerte".

Las ratas salen de las alcantarillas

Viernes 17 de abril

El remdesivir, un antiviral empleado no con mucho éxito contra el Ébola, descuella como un remedio eficaz frente al coronavirus y las bolsas disparan la cotización de la empresa farmacéutica estadounidense que lo produce, Gilead Sciences. Es tal la ansiedad del mundo por acabar con el patógeno y comenzar el desconfinamiento que aborte en lo posible una pandemia económica infernal, que en paralelo se realizan centenares de ensayos clínicos en todo el planeta en busca de tratamiento y vacuna. Urge una solución medianamente eficiente, como en las otras guerras sucedía ante la falta de armamento capaz de doblegar al enemigo. Esta vez no se trata de misiles, sino de antídotos medicinales. Y en este viaje hacia la receta providencial hemos empezado por la hidroxicloroquina y parece que desembocamos en este remdesivir, que a finales de mes sabremos si es el fármaco elegido universalmente.

La guerra continúa. El Gobierno canario aprueba la paga de emergencia para la población más vulnerable. Es una medida pionera en un

país que no cesa de hacer política donde todos los esfuerzos son pocos por hacer piña frente a la cascada de centenares de muertos que continúa junto a las altas y positivos. Hay repuntes en Italia, en España, en Singapur… Japón se echa a temblar por el retraso en sus restricciones y calcula centenares de miles de muertos si no actúa con rapidez. Estados Unidos, a poco más de medio año para las elecciones, es el escenario de una campaña electoral contaminada por la ferocidad del virus. Trump quiere reactivar la economía a riesgos de acelerar las muertes, consciente de que una debacle económica le costará el cargo y costará vidas, siendo lo uno más que lo otro -no lo dudo- su mayor preocupación. Al igual que en las UCI de Madrid y Cataluña terminaron decidiendo a qué enfermos conectaban al respirador, el amo del mundo no duda entre salvar la economía o las vidas de negros y latinos, que son las capas más castigadas por el exterminador de Wuhan.

Nuestra ciudad no es una excepción. También en las desiertas calles de Santa Cruz se reactiva el virus de la censura para reconquistar el poder. La dimisión de un concejal clave, Juan Ramón Lazcano, de Cs, deja abierta la puerta a una moción de CC y PP con la edil que se incorpora al correr la lista, para desbancar al pacto entre PSOE y Cs con la adhesión externa de Podemos-IU. Es la política en su versión más caciquil. Aun en medio de esta plaga, las ratas salen de las alcantarillas sumándose a la fiesta. Se verá en qué acaba el vodevil de las serpientes.

Lo cierto es que por primera vez desde que estalló la primera bomba del coronavirus, elegimos una portada no relacionada con la pandemia: con las fotos de los políticos locales que protagonizan el episodio burlesco de la pugna del poder, con el inefable Fernando Clavijo en la sombra moviendo los hilos desde la cuarentena con el PP de Madrid, en una demostración de esfuerzo digna de mejor causa.

Al fin los niños pueden tomar el sol

Sábado 18 de abril

La calle, que el poeta canario Agustín Millares Sall decía, en unos celebrados versos, "no será tuya ni mía./Habrá de ser compartida./Calle de todos será", nos la arrebató el virus durante esta cuarentena, que Sánchez levantó, por fin, ayer para los niños a partir del 27 de abril y para los adultos después del 10 de mayo, escalonada y territorialmente.

Ahora que tenemos de nuevo los pies sobre la tierra, resultamos vanidosos e indefensos. Hemos dado con la horma de nuestro zapato. Ahora se recuerdan discursos y profecías. El mundo se ha llenado de Nostradamus, desde políticos a viñetistas, que cuesta verificar entre montañas de fakes, con lo cual Tezanos se ha atrevido a disputarle el terreno a la libertad de expresión con la pregunta trampa de los bulos y la versión oficial. Entre los oráculos asoma un Obama que en 2014 animaba a la ciencia a investigar antígenos contra una gripe pandémica como la española de 1918, como una "inversión inteligente" frente a la "enfermedad mortal del aire".

Hay una razonable pesadumbre ante el paso de las semanas y el

chorreo de las bajas en esta guerra del mundo (más de 150.000) con dos millones de infectados. Desaniman los repuntes ocasionales de Italia, España y Singapur; las previsiones dantescas de Japón, modélico tecnológicamente, que se ha dormido esta vez y teme un tsunami de 400.000 muertos si no se esconden todos en casa antes de que sea tarde, y el infierno estadounidense, con la cuarta parte de todos los contagiados del planeta, las manifestaciones alentadas por Trump contra el cierre de la economía y las fosas comunes abiertas en la isla de Hart, al este del Bronx. Claro que sobrecogen tales imágenes de este apocalipsis en tiempo real que minimizan las peores recreaciones del cine. Nadie sabe qué clase de malévola ficción es esta que se ha cruzado en nuestro camino, o si hemos allanado su territorio de tanto tentar lo irreal.

Si Obama y Bill Gates imponen su invocación a una "inversión inteligente" contra los virus del futuro, esta se convertirá a partir de ahora en una de las más potentes industrias del nuevo mundo. Como muestra un botón: el viernes las bolsas se sobresaltaron disparando las acciones de la empresa farmacéutica estadounidense Gilead, al trascender los magníficos resultados que está cosechando entre enfermos contagiados con coronavirus gracias a un antiviral conocido de las guerras contra el Ébola, que a decir verdad no obtuvo gran éxito por entonces: el remdesivir. Si la bolsa es un termómetro de la temperatura de la economía, este podría ser el fármaco que le devuelva la salud en la definitiva desescalada, en la que España parece querer situarse en vanguardia. En febrero, Bruce Aylward, subdirector general de la OMS, afirmó del remdesivir: "Puede ser el único tratamiento eficaz contra el coronavirus". Las bolsas no tienen un pelo de tontas y dieron la bienvenida al Mesías anunciado por los apóstoles epidemiólogos. En un hospital de Chicago, más de un centenar de pacientes

graves, salvo dos, fueron dados de alta en una semana tras ser tratados con el uso compasivo del medicamento de Dios. Se nos emplaza a un anuncio oficial a finales de mes. Quizá sea prematuro, pero Wall Street nos ha contagiado su optimismo. De contar con el arma y la munición, podríamos echarnos a la calle, con mascarillas, guantes y este bazuka para disparar al aire. Ya se aplica en ocho hospitales españoles y las fuentes más reputadas que consultamos en nuestro periódico afirmaron depositar en este producto las mayores expectativas a corto plazo. De lo que no cabe duda es de que ya está en boca de todos una serie de compuestos esperanzadores para combatir la mayor crisis sanitaria y, de paso, la mayor recesión de los últimos cien años.

Sánchez, en efecto, anuncia que a partir del 27 de abril, al día siguiente del vigente estado de alarma, los niños podrán salir a la calle en compañía de sus padres. También desliza que el desconfinamiento general se hará en mayo por territorios y "progresivamente" y, de provocar un repunte, se dará marcha atrás. Con todo, el presidente anuncia como era previsible que pedirá al Congreso un aplazamiento del estado de alarma hasta el 9 de mayo. Este anuncio nos conforta tras haber dedicado un amplio despliegue pidiendo el 'indulto' para los niños, en base a las opiniones de las máximas autoridades en la cuestión, psicólogos, pediatras, pedagogos y un amplio abanico de especialistas.

La ministra canaria que sobrevivió al coronavirus cuando todo comenzaba, Carolina Darias, nos concede una entrevista, acaso la primera: "En los primeros días tenía miedo, no sabía la evolución del virus", declara a Domingo Negrín. Fue la segunda ministra en dar positivo, y permaneció cinco semanas aislada en su domicilio de Madrid. Ahora, una vez curada, se ha reincorporado a sus tareas como titular de Política Territorial y Función Pública. Los datos son muy buenos para Canarias, crecen los curados, se suman algunos contagios nuevos y,

por suerte, pocos fallecidos: las Islas rebasan la barrera psicológica de 2.000 infectados, y alcanzan la cifra de 119 muertos, pero los recuperados ascienden nada menos que a casi 800 (789). Nuestra comunidad pose el RO (número reproductivo básico) más bajo de toda España, el 0,56, según subraya la Red Nacional de Epidemiología, que quiere decir que un infectado solo contagia de media prácticamente a la mitad de otra persona en nuestras islas. Somos la comunidad con menor riesgo de contagio de todo el Estado, seguida de Ceuta (0,67), Melilla (0,68) y Cantabria (0,77). De ahí que aspire a ser de las primeras en acometer una desescalada que empezaría por La Graciosa, El Hierro y La Gomera. Jorge Berástegui ha regresado a la novela de Ignacio Aldecoa 'Parte de una historia' (1967), escrita por el autor en La Graciosa, que es un lugar virgen de coronavirus, pero con sus 700 habitantes en cuarentena, como lo están los 21.000 de La Gomera y los 10.000 de El Hierro. En las tres islas (las dos últimas con contados contagios y ninguna muerte) se piensa para iniciar el desconfinamiento del archipiélago y del Estado. La Graciosa, como decía Aldecoa, invita a pensar en una isla de tarjetas postales, "parejas abrazadas en los plenilunios postales", "mujeres que se bañan en los mares postales", "risas, danzas, terrazas, aperitivos, flores, ferias, escándalos, amores, hazañas y corazones postales", pero, concluye, "esta es una isla de trabajo". En La Graciosa se pesca, se vende en las tiendas y se labora como si tuviera ganas de ser tenida en serio como un sitio de producción y dividendos. ¿Vendió su alma al turismo? Y ¿qué isla no? Al menos, ella lo ha hecho con mesura. El confinamiento de estas islas paradisíacas es como algo intrínseco, pues en realidad pasan todo el año, todo el tiempo, circularmente aisladas y confinadas, en desventaja con las islas mayores. Lo mismo sucede en pueblos y barrios vaciados, como se les llama ahora, y estoy pensando en Icor, en Arico, prehistórico caserío hasta el que

ha ido Norberto Chijeb para hablar con unos vecinos trasterrados, mayormente entrados en años, que, a la espera de la fibra óptica que los comunique con el resto del mundo, viven el encierro como parte genuina de su ADN. Pero tengo la sensación de que en esos vericuetos de la periferia intrainsular no se cumple tan celosamente la cuarentena, la gente sale de las casas y pasea y va de aquí para allá, a sabiendas de que ningún agente de policía les va a sorprender, salvo un par de intrusos periodistas como Chijeb y Fran Pallero, que les guardarán el secreto.

En España se ve la botella medio vacía, se ponen de relieve los errores en la dotación de material de protección sanitaria, la devolución a China de test inservibles y diversos fallos de improvisación. Ningún país escapa a este examen, ni la solvente Alemania que no ha cesado de alardear de previsora y eficaz. En la contención de la pandemia, muy pocos estados se libran del suspenso. España, acaso, puede consolarse con sus recuperados: es el tercer país del mundo en pacientes curados de Covid-19, con más de 74.000. Le preceden Alemania y China -de cuyos datos oficiales nadie se fía, a sabiendas, según sus críticos, de que los crematorios han seguido funcionando sin parar, pero la estadística no se ha movido-. Los líderes no están para exámenes: este curso de aprobado general en España, haríamos una escabechina de dirigentes, ninguno aprueba en el planeta, salvo el de Corea del Sur: Moon Jae-in, que fue de los primeros en declarar la "guerra" al coronavirus con los primeros 31 muertos.

Dijo literalmente, desde el primer día, a sus ministros que el país había entrado "en una guerra contra la enfermedad infecciosa". Y ordenó hacer análisis a los ciudadanos de Daegu (2,4 millones de habitantes) tras detectarse un importante foco entre los fieles de una secta cristiana con síntomas, dada la sospecha de que se había producido

una transmisión comunitaria. Su respuesta fue calificada de agresiva, pero le permitió aislar a los infectados y no confinar a la totalidad de la población. La desolación por el drama se resumía en una imagen del líder de la secta de Shincheonji, Lee Man Hee, arrodillándose ante los periodistas para pedir perdón, al enfrentarse a cargos por homicidio tras la propagación del virus. Una mujer de 61 años, miembro de la secta, frecuentó la iglesia y dio positivo. 3.600 componentes de la organización habían entrado en el país procedentes de China entre julio y febrero; 42 de los cuales habrían viajado a Wuhan, el epicentro del brote que se expandió por todo el mundo.

La tónica general ha sido otra. La de decisiones de brocha gorda, guiadas por la ansiedad ante el desgaste de la imagen pública a manos de un depredador desconocido. Cada cual libra su batalla particular en el mezquino tablero político internacional. Trump, a escasos meses de examinarse en las urnas, moviliza a sus leales para que exijan en los diversos estados romper el cerco a la economía que entraña el confinamiento. Trump es de la opinión de que el cierre económico provoca más muertos por hambre que el coronavirus. No le falta razón, pero le inquietan más los votos que perdería por esa causa inesperada a las puertas de los comicios.

Hay países -los nórdicos europeos, sin ir más lejos-, que se lo han tomado con ligereza y no les ha ido mal, al menos de momento. Es legítimo sospechar, como he dejado escrito aquí, que la cuarentena no sea la panacea de este grave pulso con un virus letal. Será el tiempo el que dirima estas incertidumbres, a las que sumo la sensación de que los llamados asintomáticos han causado estragos familiares durante este aislamiento, pues, de niños a abuelos, nadie ha tenido escapatoria si algún adulto enfermo silente convivía con ellos. Cada vez más los epidemiólogos hablan de una legión de asintomáticos del coronavirus

que solo aflorarán el día que se hagan test masivos a toda la población.

Desde hoy, tras escuchar a Sánchez, percibo que el Estado ha tomado la decisión de abrir por etapas, pero cuanto antes, la economía española. Se inicia el giro de los acontecimientos y discursos. La gran recesión que marcará nuestras vidas en los dos próximos años ya arroja previsiones que han causado verdadera alarma. En lugares turísticos por excelencia como Canarias o Baleares no hay repuesto para el cierre aéreo y hotelero por temor al contagio, sino, acaso, la construcción. Telefoneo a Óscar Izquierdo, presidente de Fepeco, patronal del sector, y me asegura que están en condiciones de tomar el relevo del turismo como locomotora. No será tan fácil, ni la burocracia que ralentiza los procesos de licitación va a desentumecerse de la noche a la mañana.

La picaresca del estado de alarma no cesa de surtirnos de noticias variopintas, que anoto con curiosidad de coleccionista para reflejar este tiempo en todos sus contornos: las mujeres logran una sentencia favorable para formar parte de la Hermandad de la Esclavitud del Santísimo Cristo de La Laguna, tras veinte años machistas de vanos intentos… Y sin salirnos del ámbito judicial, una inusual pena de destierro en este país, que ha recaído sobre un residente sexagenario de Torrevieja, que alardeó en un vídeo de querer contagiar con el virus a todo el pueblo, en una infantil manifestación de odio. Siendo un falso positivo, el juez lo obliga a no acercarse a sus vecinos. Esa es su condena. Recoge los bártulos y da media vuelta. El pueblo lo despide con desagrado y ve cómo se aleja en coche.

La primera Guerra Global

Domingo 19 de abril

La crisis ha cambiado el chip. Apenas se presta atención a las cifras de contagios, defunciones y altas. Como si aquí no siguieran enfermando y muriendo a centenares, de la noche a la mañana. El disco ahora gira al revés. Desde que el sábado, el presidente Sánchez levantó la veda psicológica de este encierro, mencionando la apertura para los niños a partir del 27 y la desescalada de la cuarentena y la economía a partir del 10 de mayo, todo son planes para el desconfinamiento. En Canarias tenemos una palabra que lo define: es la novelería. Si hasta ayer vivíamos el duelo de la cuarentena, nos saltábamos las alambradas, nos multaban y encerraban, a su vez, en prisiones por ello, y no cesábamos de lamentarnos por las cifras luctuosas de la pandemia, ahora irrumpe esta novelería por salir cuanto antes a la calle y recuperar la normalidad social y económica, sin temor al virus, espoleados por los nuevos mensajes oficiales de desescalada y desconfinamiento. "¡La economía, estúpido!", fue el lema acuñado en el 92 por James Carville, asesor de la campaña electoral de Bill Clinton frente al republica-

no George Bush padre, cuyo prestigio en política exterior tras la Guerra Fría, y dada la repercusión de la primera Guerra del Golfo, solo ofrecía un talón de Aquiles: la recesión. Cuanto más en estos días de zozobra, en que los dirigentes del país se enfrascan en batallas sanitarias para las que no están preparados argumentalmente, pues lo desconocen todo acerca de la enfermedad. Y, en cambio, ven asomar la cabeza de la recesión como un clavo ardiendo con el que sentirse cómodos en la tribuna. "¡Es la economía, estúpido!", acabó popularizándose aquella consigna, con el paso del tiempo, una vez añadido el verbo del que carecía la frase original. Pues eso, hemos entrado en el debate nacional sobre la crisis económica del coronavirus. Acaba de empezar. Y nada, ni el mismísimo patógeno que sigue matando gente, detendrá la desescalada para evitar, no solo la ruina, sino la pérdida de votos.

El Gobierno autónomo canario, consciente de sus buenos datos -es, con diferencia, de las comunidades mejor posicionadas, con escasísimas bajas en comparación con otras regiones y apenas consecuencias en cuatro de las islas, La Graciosa, El Hierro, La Gomera y Fuerteventura-, ya se apresta a acometer su propio plan de retorno progresivo a la normalidad. Para el martes, Torres ha convocado al Comité de Emergencia, que es el cenáculo de sabios, científicos y expertos, con cuya conformidad partirá a diseñar, paralelamente, el Plan de Reconstrucción, que someterá a la oposición, empresarios, sindicatos, universidades y ONG. Propondrá ir abriendo la economía, "pronto, para evitar que la pobreza y el hambre acaben con la sociedad canaria". El discurso, el lenguaje, las prioridades de las palabras han cambiado. Venimos del bombardeo de consignas para escondernos del coronavirus, durante cinco semanas de pressing oficial, y desde este sábado, los esfuerzos de centran, ya menos en el recuento de las víctimas -es cierto que las estadísticas dibujan el descenso de la curva en España

y, desde luego, en Canarias-, sino en el de la reactivación de la economía. El sector más perjudicado, el turismo, pone el grito en el cielo, cuantifica sus millonarias pérdidas, pide seis meses más de estado de fuerza mayor por parte del Gobierno central para gozar de margen de recuperación (confía así en que los ERTE se prolonguen y no asuman las cuantiosas nóminas de su personal inactivo).

En medio de esta vorágine de peligroso optimismo, pues el virus sigue campando por sus respetos y progresa en su capacidad de ocasionar estragos en todo el planeta (peligran zonas superpobladas, países como Indonesia, continentes como América y África…), todavía hay carencias de test rápidos para cribar al conjunto de los ciudadanos antes de que vuelvan a la calle, y en las farmacias se disparan los precios de guantes, geles y mascarillas, lo que obliga al Estado a intervenir, según anuncia este fin de semana. El encarecimiento de estos bienes de primera necesidad raya la indecencia. Los vecinos comienzan a fabricar artesanalmente sus propias mascarillas. En casa, ya las confecciona mi familia y son útiles y eficaces.

Entramos en la nueva normalidad, una vida autosuficiente, de reminiscencias bucólicas de tiempos pretéritos de estrechez y supervivencia. Esta es una guerra; por tanto, en la posguerra cumpliremos con el rol de tal circunstancia, nos las arreglaremos con los medios que tengamos al alcance. No habrá turismo durante una larga temporada. El presidente de un Cabildo, Blas Acosta (Fuerteventura)propone hoy un carnet de inmunidad para viajar, a la usanza del siglo XVI, cuando al viajero que arribara en barco al muelle de Santa Cruz le pedían indefectiblemente un certificado de salud para bajar a tierra. Pero esa nueva normalidad tendrá más rasgos peculiares, además de la ausencia de visitantes quizá hasta 2021. No habrá público en ninguna actividad, a juzgar por las reticencias de algunos organismos, como los deportivos,

que dan por descontado que el fútbol volverá, pero sin espectadores en las gradas. El superconcierto promovido por Lady Gaga y la OMS para recaudar fondos solidarios se ha celebrado este sábado a través de Internet y la televisión; los Rolling, Elton John, Paul McCartney, Steve Wonder, Jennifer López, Gaga… actuaron desde sus casas. Sin duda, ha sido un acontecimiento vintage y emotivo, y acaso premonitorio de una modalidad de conciertos futuros, para cuando las estrellas del espectáculo se dirijan a un público virtual en circunstancias excepcionales como esta, o quien sabe si por algo más sencillo: para ahorrarse, en ocasiones, las tortuosas giras internacionales. También es una puerta que se abre para la expresión artística del mundo de la discapacidad.

No habrá manera de darnos la mano, eso está descartado quizá para siempre y se augura un lenguaje de gestos de nueva cortesía que imitará, entre otros, el cabeceo oriental para mostrar afecto y bienvenida. Etcétera. Etcétera. Etcétera. Pero, en tanto, se rediseñan las relaciones, y los inventores de las nuevas reglas de urbanidad se devanan los sesos, ya sabemos que la vacuna está próxima. En nuestra búsqueda incesante de buenas noticias, reparamos en una vacuna de la universidad de Oxford, en la que colabora el biofísico español David Pulido Gómez, y que dirige la inmunóloga Sarah Gilbert, a la que el Gobierno británico ha respaldado con una inyección de dos millones de euros para acelerar las pruebas de su antígeno, ChAdOxl nCoV-19, auténtico candidato para convertirse en vacuna comercial. Esta semana se inicia un ensayo con 500 voluntarios sanos. Hay unas 70 propuestas de vacunas reconocidas por la OMS -entre ellas dos españolas-. La vacuna de Oxford es la cuarta -y primera de Europa- que se prueba en humanos. Lo que distingue a esta de las otras es que sus promotores han usado el mensaje más directo: están tan seguros del éxito de su antídoto, que incluso antes de haber concluido los ensayos con conejillos de Indias

humanos, aseguran que será eficaz y podrá ser administrada en septiembre. De hecho, la citada directora de la investigación, declara su voluntad de que se fabrique desde ya con el fin de tener suficientes existencias para otoño. En la mente de todos está la advertencia de los científicos más veteranos de que el coronavirus volverá a final de año, como me advirtió desde el primer día Antonio Sierra en Tenerife, el prestigioso microbiólogo y parasitólogo. Los españoles Luis Enjuanes e Isabel Sola, del Centro Nacional de Biotecnología, han conseguido que la OMS acredite su candidata a vacuna como una de las más fiables. El ministro de Ciencia, Pedro Duque, guarda la esperanza de que sea, finalmente, "la primera vacuna útil". Entre tanto, colectivos privados contribuyen a dispensar medios de protección personal de fabricación doméstica, como la iniciativa que nos narra Leticia Díaz a propósito de una pequeña empresa de informática del Puerto de la Cruz que, a través de su proyecto 'Resistencia', ha donado hasta la fecha 10.000 viseras y produce, asimismo, las muy solicitadas mascarillas, que serán un accesorio obligado en adelante para desenvolverse en espacios públicos y cerrados.

La condición de Canarias como el punto de origen de la pandemia en España, por los primeros casos detectados en La Gomera y Tenerife, la convierte ahora, a la vista de su discreta incidencia, en un caso de éxito. De ahí que los reyes se comunicaran hoy con el Hospital de la Candelaria, en Tenerife, y el Doctor Negrín en Las Palmas de Gran Canaria, para conversar con sus gerentes y agradecer su labor. Durante esta travesía del virus, sí ha llamado la atención en una zona poco castigada como Canarias la alta incidencia de la enfermedad entre el personal sanitario (casi el 25% del total de contagios), a causa de la infradotación de equipos de seguridad y protección. En toda España ha sido un problema sangrante. El ejército ha ido a la guerra sin fúsil.

No éramos la primera sanidad del mundo, sí la de los mejores profesionales, acaso, habida cuenta las cifras de enfermos curados, pero estábamos en pañales en infraestructuras y dotaciones elementales para afrontar una pandemia. Miles de muertos (unos 20.000 a fecha de hoy) colocan a España frente al espejo de la cruda realidad, y de aquí saldrá un sentimiento de culpa que influirá en las políticas sanitarias del futuro y en el I+D+I. Una de las industrias llamadas a preponderar será la sanitaria, farmacológica, hospitalaria, preventiva y científica, en general, si no hemos perdido la cabeza cuando salgamos a flote. Haremos hospitales hasta no poder más. Contaremos con fábricas de mascarillas, guantes y batas hasta decir basta. Fomentaremos la producción de geles hidroalcohólicos sin límite… Cocinaremos fármacos y vacunas hasta hartarnos… O no habremos aprendido la lección. Y lo que es peor, no tendremos perdón.

Repaso el dominical que hemos hecho hoy. Es un buen periódico. Nos causa el orgullo natural de una obra bien hecha. Cuando todo pase, estos ejemplares de DIARIO DE AVISOS tendrán un valor extraordinaria (al menos, para nosotros y nuestros lectores), como lo tuvieron los periódicos en el pasado cuando estallaba una guerra mundial o alguna catástrofe se cernía sobre algún país. Esta es la primera Guerra Global, la primera gran tragedia de la globalización, todo ocurre simultáneamente y el pavor recorre con su sombra todo el planeta abarcándolo como una suerte de atmósfera que solo percibieran a lo lejos los astronautas de la estación espacial, quienes, a su vez, se someten a cuarentenas prolongadas, por cierto.

Este domingo miramos al cielo tratando de buscar una respuesta. Acaso solo comprendemos lo que somos capaces de ver, y ya se nos dicho que el no poder hacerlo con el universo es causa de que nos resulte tan desconocido. Hoy tratamos de conjurar un nuevo peligro: el

choque de un asteroide -el tema no es nuevo en estas páginas- contra la Tierra, nuestra Casa, el 29 de este mes. La roca cósmica amenaza con inquietar la integridad de esta nave espacial, como suele llamar a la Tierra Francisco Sánchez, el mítico fundador del Instituto de Astrofísica de Canarias. Cogerá una velocidad de casi 9 kilómetros por segundo.

La última campanada de madrugada

Lunes 20 de abril

Un asteroide potencialmente peligroso nos perdonará la vida el próximo día 29. Como a perro flaco todo son pulgas, debemos andar con ojo en las actuales circunstancias. Hemos puesto alto el listón; ya no competimos con la calima o el Delta, sino con el coronavirus o un asteroide o una amenaza nuclear. Se nos ha disparatado el umbral del dolor y ahora medimos el miedo con cataclismos que antes eran de ciencia-ficción. No nos altera el ánimo cualquier cosa. Viene por añadidura una recesión sin anestesia y ya la hemos metabolizado. Va en el sueldo de esta guerra. "¡A mí el pelotón, Sabino, que los arrollo!", gritó Belauste engendrando el mito de la furia española.

Cualquier efecto convencional sería un rasguño en mitad de un bombardeo. Ni caso. Ahora tenemos todos los sentidos bien entrenados. El asteroide era una probabilidad no descartable y, por tanto, acorde con los tiempos que corren. Digno de nuestra liga de las estrellas.

Pero los expertos acaban de robarle el final al azar con este spoiler: la roca pasará a 6,28 millones de kilómetros de la superficie terrestre (a

la citada velocidad de 9 kilómetros por segundo). Fin del suspense. “El asteroide tiene cero posibilidades de golpear la Tierra cuando haga el sobrevuelo esta vez”, sentenció el astrónomo Chao Haibin, del Observatorio chino de la Montaña Púrpura. Cierto que el desmentido viene de China, y no es casualidad. Desde allí mismo, desde Wuhan, decían algo muy semejante cuando estalló el coronavirus; obligaron a desdecirse a los primeros médicos que advirtieron del peligro por wasap y, al cabo de apenas dos meses, la pesadilla va por dos millones trescientas cincuenta mil infectados, ciento sesenta mil fallecidos y unos seiscientos mil curados. Le quitaron importancia y muchos lo han lamentado. Una vez tuve oportunidad de visitar una exposición sobre los meteoritos asesinos que amenazan al mundo desde tiempo inmemorial, hasta quedarme clavado de pie delante de un documental de la NASA. Los testimonios eran escalofriantes. Especialistas del máximo nivel acreditaban la hipótesis de la colisión ineludible. Eran consultados para un programa divulgativo dirigido al gran público y nos llevábamos un jarro de agua fría, pues salías a la calle con la moral por los suelos y cara de dinosaurio.

Puestos a imaginar eventuales siniestros en nuestras vidas podemos acabar delante de una ouija haciendo una sesión espiritista. Esta cuarentena vuelve majara a cualquiera, y por eso, con evidente acierto, las autoridades han convenido, como pedía este periódico el viernes, abrir la mano con los más pequeños y darles el pase pernocta a partir del 27.

Los asteroides no son ninguna broma. El particular interés en documentar los más cercanos acaecidos llevó al geólogo y paleontólogo Francisco García Talavera a documentar que hace 20.000 años tres rocas celestes destruyeron -esas sí cayeron sobre el planeta sin contemplaciones- todo asomo de vida en el Sahara vecino y el impacto

se sintió en Canarias a 800 kilómetros de distancia. Paco me dice que cada vez que un bólido de esos amenaza la integridad de la Tierra se le enciende la "lucecita roja de aviso". En sus pesquisas sobre aquel suceso descubrió una sucesión de cráteres sobre el suelo de Mauritania y concibió la tesis de un triple encontronazo de perfecta alineación; boquetes de kilómetros de diámetro. El de mayores dimensiones recibe el nombre de El Ojo del Sahara, tan admirado por los astronautas de mediados del siglo pasado. García Talavera cree que aquel tren de asteroides provocó los efectos de cientos o miles de bombas nucleares. Y digo esto para que el coronavirus tampoco se crea el rey del Mambo.

El petróleo ha cotizado hoy en negativo por primera vez en la historia y todas las alarmas han saltado. ¡Cuándo no saltan las alarmas con el trajín que llevamos últimamente! Si es el principio de un efecto dominó, el sistema financiero estaría en serios aprietos y habría un aluvión de bancarrotas. Pero, sin duda, puede tratarse de un episodio puntual. Lo sabremos a partir de mañana. Otra vez, el efecto asteroide: la amenaza maquiavélica de arrasarnos o perdonarnos la vida. Hoy los productores del oro negro pagan para que el cliente compre los barriles, los pájaros contra las escopetas, y este hecho no se había dado antes. El sistema financiero le ve las orejas al lobo y se tienta el bolsillo.

Las últimas horas, desde este fin de semana, son de mayor preocupación por la neumonía de La economía que por la evolución de la enfermedad, como venimos apreciando. Pues esta ha entrado en una buena senda en aquellos países, como Italia y España, que eran observados por encima del hombro desde el norte de Europa. Mientras Italia registra hoy por primera vez un descenso en los casos activos y España continúa su aminoramiento de los últimos días, la pandemia se ceba con Francia, con más de 20.000 muertos, casi tantos como España e Italia. Este lunes perdieron la vida en España 399 personas a causa

de la Covid-19 (395 en Francia). Francia alcanza un número elevado de defunciones, pese a tener todavía una cifra baja de contagios (algo más de cien mil por el doble en España). No todos los países aplican igual el estado de alarma. Francia, en medio de esta calamidad, había levantado la prohibición de visitar a los ancianos en sus residencias, el sector más vulnerable que tanto condiciona el parte diario de bajas. Definitivamente, los gobiernos han dado por imposible contener al virus (durante los primeros días, la OMS animó a extinguirlo mediante la cuarentena, y ha sido un fracaso, la enfermedad se incorpora al catálogo de gripes y no está claro que el agrupamiento entre cuatro paredes no haya contribuido a un mayor contagio familiar) y se esfuerzan por cambiar el discurso y la naturaleza del miedo: menos temor al virus y más a la crisis económica, como vengo observando en estos prolegómenos de la desescalada. De ahí que, desde España o Italia al resto de Europa, se discute cuándo y cómo poner fin a un ensayo acaso infructuoso de eclipsar el virus, cuando lo que ha resultado eclipsada ha sido la economía y ahora toca arrancar los motores cuanto antes. Todos piensan lo que Trump, solo que el yanqui es grotesco y burdo. Alienta manifestaciones en distintas ciudades para exigir a los gobernadores más reacios la reapertura del tejido productivo y hace ostentación de general Schwarzkopf, pero a riesgo de ser denostado no por lo de guerra, sino por lo de golfo.

Estados Unidos es ya el mayor yacimiento del virus, con cerca de 800.000 casos positivos y más de 40.000 fallecidos. A fecha de hoy, la enfermedad, oficialmente, la han cogido dos millones y medio de personas (170.000 fallecidos y más de 640.000 curados). España sigue sobresaliendo por el número de recuperados (80.000 de un total de 200.000 personas contagiadas), si bien ya supera los 20.000 fallecidos, como Francia y menos que Italia.

No distan mucho de la tónica general las invocaciones del presidente canario, que mañana reúne a su comité de emergencia, compuesto por científicos, técnicos y consejeros de su Gobierno. Torres aparca el discurso sanitario y ya no duda en pedir a Sánchez que Canarias sea la primera comunidad en salir del confinamiento y activar la economía, pues la mitad de las islas apenas presentan contagios mínimos o cero y la otra mitad progresa favorablemente (hoy 65 personas fueron dadas de alta, y ya suman 878; solo un fallecido, para un total de 120, y únicamente 18 casos positivos nuevos). "Las Islas no pueden esperar por otras comunidades que están peor", clama el presidente, que utiliza un lenguaje gráfico: "Hay que abrir ya las tiendas y los bares, hay que empezar a quitar el miedo a salir de los ciudadanos. Si nos quedamos en casa, serán la pobreza y el paro los que acaben con nosotros". Más claro, el agua. Mañana se fijarán los horarios para que los adultos salgan a hacer deporte y los niños pisen la calle a partir del 27. Los informes que circulan dibujan una atroz crisis económica, como he venido repitiendo. "Las Islas están en una inquietante cuerda floja", remarca el presidente. El turismo (un informe interno del Gobierno canario presupone que el cero turístico a causa de la Covid-19 puede arrasar con 270.000 empleos) tardará meses en recuperar cierto vigor, cuando los carnets de inmunización y el control en origen y destino de la salud de los turistas sean fiables. Falta hacer una criba masiva de la población con test irrefutables, pero la desescalada ya parece inevitable, inminente. Hemos pasado de la canción hímnica del Dúo Dinámico 'Resistiré' (que, a fuer de sinceros, emocionó al principio y saturó más tarde) a contar los días para que llegue el 10 de mayo y se abran las puertas para que la gente salga de la concentración y salte al campo a jugar el partido, aun con el miedo en el cuerpo. Se desconoce qué clase de secuelas dejará este experimento en millones de personas. Ahora asoma

un incipiente debate sobre la barbarie de los pasos acometidos, bien es cierto que con la complicidad de la gran mayoría de los estados, y qué duda cabe que con algún resultado beneficioso en la mayoría de las regiones (Canarias es un ejemplo de ello).

Si el petróleo este lunes cotizó en negativo y la economía mundial ha explosionado, en Europa todas las esperanzas se centran en la videocumbre del jueves, tras una reproducción del cisma de la Gran Recesión de 2008 entre estados ricos y estados pobres. De ese pulso depende que haya una salida financieramente sólida (España pide un fondo de reconstrucción de 1,5 billones en subvenciones no reembolsables) o que la UE se vaya definitivamente a hacer puñetas. No hay una atmósfera favorable a un acuerdo, pero sí una exigencia inexcusable, casi existencial, de salvar este round a riesgo de meter al enfermo proyecto europeo en fase terminal.

Se abre paso la palabra Reconstrucción. Y en la Moncloa hoy conversaron telemáticamente Sánchez y Pablo Casado para poner en marcha los Pactos de la Reconstrucción (antes denominados segundos Pactos de la Moncloa), el día que el Banco de España prevé una caída del PIB este año del 13%. Ministros de Suárez como Manuel Clavero (94 años), Otero Novas (80), Sánchez de León (85), Marcelino Oreja (84), Martín Villa (85) y Martínez Genique (84) no dudaron en corear, entrevistados por EL ESPAÑOL: "¡Pacten ya! Olviden sus intereses particulares". Los Pactos de la Moncloa fueron la mejor medicina de aquella España que provenía de la crisis petrolífera de los 70 y de la dictadura cuando, en plena Transición, derechas e izquierdas se sentaron y arreglaron sus diferencias.

Ahora, la ciencia abona las esperanzas de obtener vacunas rápidas contra este patógeno, del que circulan crecientes dudas acerca de una procedencia natural ante las sospechas de un posible origen fraguado

en los laboratorios de Wuhan (de ser así, China se enfrenta al juicio de la Historia). A la vacuna de Oxford hoy se suma el Hospital Universitario de Berna (Suiza), que anuncia un posible antígeno listo para su utilización en octubre.

Reparo en la convergencia de todos esos esfuerzos por sacar la vacuna y el tratamiento eficaces. Nunca antes, desde todos los puntos cardinales del planeta se había orquestado semejante campaña para dar con la panacea de un mal común. Si de esta desgracia aprendiéramos, se abriría paso el concepto de un gobierno mundial, con tan solo dotar a Naciones Unidas de un papel jerárquico sentimental, cuando menos en lo científico, ante la falta de rumbo que caracteriza nuestra era. Y es que en el futuro ya los problemas, las soluciones y las necesidades perentorias ante eventuales virus o peligros similares van a exigir una armonía de criterio y una unidad de acción inédita hasta estos días en que el reloj del Fin del Mundo, aquel que un grupo de investigadores acercaba y alejaba a la medianoche apocalíptica de la Humanidad, nunca antes estuvo tan próximo a dar la última campanada de madrugada.

La arcadia de Taganana

Martes 21 de abril

Muere el periodista de la libertad José María Calleja, casi con mi edad (64 años), de coronavirus. Muerte incomprensible y prematura, que delata a este virus, en efecto, mortal. A Calleja se lo llevó el bicho en un mes. Lo que no consiguió ETA, que lo amenazó en vida, lo ha consumado este enemigo que no discrimina el objetivo por patologías ni ideologías, a lo que se ve. Quedan muchas incógnitas que despejar sobre la naturaleza depredadora de esta enfermedad arbitraria. Recuerdo a Calleja sentado en primera fila, hace algo más de 20 años, en la rueda de prensa de presentación de nuestro libro biográfico sobre Iñaki Gabilondo, 'Ciudadano en Gran Vía', en Madrid. Recuerdo sus preguntas, la curiosidad y el afecto que proponían. Tenía 40 y pocos años entonces, y estaba cargado de vida, para dar y regalar. Y va y cae en las garras del virus, que le clava su aguijón. Es una moneda con la cara y la cruz.

Míriam es una madre con Covid-19 que dio a luz por cesárea y que, una vez ha superado la enfermedad, puede al fin abrazar y acunar a su

retoño. Contamos su historia; es la primera canaria que estando embarazada contrajo el virus; su estado fue considerado grave y se curó. Una noticia feliz tras digerir con dificultad la defunción del periodista insobornable.

Dentro de nada los niños sí podrán salir a pasear. El Gobierno dudó por la mañana, cuando otorgó tras el Consejo de Ministros una simple licencia exclusivamente para llevar a los menores a comprar al supermercado o la farmacia, pero fue tal la contestación política y social que, el mismo día, antes del atardecer, revocó su orden anterior e incluyó el paseo de toda la vida.

La propagación universal de este virus invita a lucubrar por qué en unos sitios resulta tan letal y en otros tan poco lesivo. En Canarias llama la atención que una isla como Tenerife tenga tres veces más casos que la otra más poblada, Gran Canaria. La desesperación por salir del confinamiento es tal (el encierro hace mella en la psique de la gente y del Gobierno, pero, sobre todo, entierra en cal viva la economía). El primer ministro italiano, Giuseppe Conte, promueve abrir el 4 de mayo, sin haber metido la curva en cintura. España está por un estilo y mañana prorroga en el Congreso el estado de alarma hasta el 9 de mayo. Suma y sigue. Pero todos sin excepción hablan ya de perder el miedo a salir del confinamiento y volver a trabajar, "o la pobreza y el hambre acabarán con nosotros", advertía el presidente canario, Ángel Víctor Torres. Abrir (en mayo) es el verbo de moda, junto al de reconstruir. Los Observatorios -al menos ya el del Roque de los Muchachos, en La Palma- también reanudan la actividad interrumpida por la cuarentena. Volvemos a mirar a las estrellas, señal de que abajo se acabó lo que se daba y nos encomendamos a los astros y milagros como en la antigüedad. De pronto, se ha reseteado todo el sistema, y, conscientes de que las relaciones humanas van a verse alteradas durante una

buena temporada, ya se prodigan diseños de mamparas y burbujas higiénicas para hoteles y restaurantes. Salvar la temporada turística del verano, que hace una semana parecería un despropósito, ahora está en boca de políticos y empresarios como un mantra, sin ir más lejos es una previsión literal de la ministra Nadia Calviño. La llamada 'nueva normalidad', que impone reglas nuevas y hábitos inéditos para reactivar la economía a riesgo de recaídas en las cifras de contagios, se asemeja a adentrarse en un campo de minas tras una guerra. Hay peligro de pisar un explosivo y saltar por los aires, pero hay que avanzar, el bicho nos pisa los talones. "Debemos prepararnos para la catástrofe social que se avecina", declara mañana en el DIARIO Antonio Rico, presidente de la Cruz Roja en Canarias, que dirige un auténtico ejército de medio millar de profesionales y 1.300 voluntarios, y maneja un presupuesto de 22 millones de euros. La consejera de Asuntos Sociales, Noemí Santana, celebra haber creado un escudo social ante las capas más vulnerables mediante una paga de emergencia a 38.000 personas. Las prostitutas -tal como publicamos en base a un reportaje de EL ESPAÑOL- más vulnerables accederán al ingreso mínimo vital del Gobierno central.

En Taganana, el bucólico barrio y pueblo entre las montañas de Anaga donde pasé buena parte de mi infancia, Natalia Torres dice, por boca de sus portavoces, que son como un "geriátrico sin techo" acostumbrado a vivir en un aislamiento perpetuo, quizá agravado estos días por el temor al desabastecimiento. Su medio millar de vecinos se surte de una venta y una panadería. Entonces nos bastaba porque la dieta se basaba, sobre todo, en lo que cultivábamos. Yo me recuerdo pastoreando torpemente a las cabras que nos daban la leche y el queso, y ordeñándolas con pericia rutinaria. Tengo esas imágenes grabadas nítidamente en la memoria medio siglo después. Las vivencias de un

enclave de gente aislada que se tenían a ellas solas, alejadas de las preocupaciones de las autoridades municipales de la capital. Poníamos los techos de las casas de unos y otros, pisábamos uvas y los adultos probaban con deleite el primer mosto. Cultivábamos la tierra. El pico y la azada eran herramientas comunes entre mis manos de niño de ciudad reconvertido a la vida rural. Jugábamos y nos divertíamos, y en la plaza correteábamos entre los mayores; en ocasiones se acercaba Ambrosio Alfonso Cabrera, que padecía un agudo síndrome de Crouzon y despertaba la curiosidad de algunos turistas por su aspecto físico. En aquel mundo introvertido y aislado parecía un estigma periférico; era un ser entrañable y afectuoso, que tocaba el timple. Hoy Taganana no es la arcadia, sino el mundo es Taganana, cuya excepcionalidad se hizo extensiva a todo el planeta. En algunas ciudades, como vimos, las cabras, los animales salvajes del campo se adentran en las propias calles deshabitadas de las ciudades desiertas. Es el mundo al revés, y acaso esta referencia a Taganana me ha traído los mejores recuerdos de un siglo -el pasado- que no tiene mucho que envidiar a este, a la vista de los últimos acontecimientos. Éramos pastores, agricultores, nos mimetizábamos con la naturaleza como lo más normal del mundo, y el sustento -ahora denominado soberanía alimentaria- nos lo procuraba la tierra. Yo recuerdo esas lecciones, viví así temporadas que recreo en la nostalgia de Taganana. Cuenta la periodista Natalia Torres que el aislamiento ya no es completo, pero la comunicación tampoco acaba de redimirles, pues apenas llega hasta allí Internet. Pero añoro su égloga de paisito y su rudeza de aldea olvidada de la gran capital. Es en esta cuarentena en que he valorado en su justa medida la infancia en Taganana; no podía adivinar entonces que un día el mundo adoptaría su modo de esconderse y dar la espalda durante meses de aislamiento, como sumergido, como ella, entre montañas impenetrables.

Los chinos negros de cloroquina

Miércoles 22 de abril

Mañana, 23, se cumplen 40 días del confinamiento y estado de alarma. El vicedirector, Agustín González, sugiere hacer una revisión de la cuarentena del coronavirus propiamente dicha. Y se la encomendamos a Tinerfe Fumero, su Rodrigo de Triana, el primer vigía que lo avistó. El periodista, como ya se dijo, que tuvo el olfato fino y primero oteó esta pandemia cuando apenas era un indicio de tres muertos en Oriente con la sospecha de que el virus se contagiaría entre humanos. Monta cuatro páginas que retratan estos 40 días de vuelco social, político y económico. Cuando suenan todas las sirenas para volver a lo que ya se empieza irrisoriamente a llamar 'nueva normalidad'.

En el balance, los canarios han conseguido frenar la propagación masiva del coronavirus y aspiran a liderar a nivel estatal el proceso de desescalamiento. El apagón del turismo es un auténtico cero económico como los ceros energéticos: el 35% del PIB procede de este sector, así como el 40% del empleo, lo que equivale al doble de la media nacional. El Archipiélago está obligado a reinventarse o a emigrar. La

carga de población no es poca (más de 2.100.000 personas) y las Islas no tienen ubres alternativas para cuando se secara la teta del turismo. Ha llegado este supuesto y todas las bocas apuntan al Gobierno, al Estado, a Madrid, a Canarias.

La realidad es que sanitariamente Canarias tendrá problemas de inmunidad comunitaria por su escasa exposición a esta pandemia, que ha pasado bastante inadvertida en algunas de las irlas y en todas diríase que ha registrado un impacto menor al que nos tiene acostumbrados España en conjunto. Los isleños exigen, por ello, hoy a Madrid ser los primeros en la desescalada. El 27 de marzo fue el peor día en este archipiélago en cuanto a número de contagios (136).

Los despidos en razón de la pandemia y los datos de marzo sobre desempleo situaron a Canarias como la comunidad más castigada del país, con 200.000 trabajadores afectados por las regulaciones de empleo temporal (ERTE). Un Plan Marshall y la prórroga de los ERTE son las únicas vacunas para la economía de la flota de barcos a la deriva en que se ha convertido Canarias en estos dos meses.

Es cierto que en contraste con el gallinero de la política nacional, en Canarias ha habido una mayor sintonía entre Gobierno y oposición, pero la procesión va por dentro y en cualquier momento salta la primera chispa. Hace un año que las elecciones propiciaron un cambio político drástico en el Gobierno, tras un cuarto de siglo de gabinetes pilotados por Coalición Canaria, que habían embarrancado en la falta de respuesta a los problemas sociales, con bolsas de pobreza, paro y exclusión que superaban con creces los porcentajes estatales. Un Pacto de Progreso gobierna en la actualidad, bajo la presidencia del socialista Ángel Víctor Torres, que se ha visto arrollado por una racha de catástrofes, desde incendios y la quiebra de Thomas Cook hasta esta pandemia, a lo largo del primero de los cuatro años de legislatura. El

cuatripartito que preside (PSOE, Nueva Canarias, Podemos y Agrupación Socialista Gomera) tiene el reto de recomponer una sociedad rota y recortar las distancias sociales. Con la que le ha caído encima ahora, esa empresa hercúlea le pone el listón más alto, y los resultados serán los que le juzguen.

Cuarenta días después de decretarse el confinamiento, la mascarilla va camino de imponerse como un artículo de uso cotidiano a la hora de las aglomeraciones, en el transporte público y en la vida laboral, donde también destaca el teletrabajo, que se ha revelado como una alternativa menos pasajera de lo que muchos creyeron en un país abonado a Internet. Este factor ha sido determinante para sobrellevar la cuarentena, adultos y menores, en una nube que, a todos los efectos, eximió a la gran mayoría de un mayor impacto psicológico de soledad y agobio a ras de tierra.

La sanidad pública canaria -no así toda la española- sale reforzada por su solvencia durante el pico de la crisis, pero la economía se prepara para vivir los capítulos más oscuros de su historia. Pésimos tiempos para los cáncamos, resumía Alberto Rodríguez, secretario de Organización de Unidas Podemos.

Aquí todo empezó entre bromas. “No he pasado miedo en La Gomera; lo que más he echado de menos ha sido una cerveza”, manifestó en una declaración ya célebre publicada en la portada de DIARIO DE AVISOS, nada más salir de la cuarentena de dos semanas en el hospital de La Gomera, el turista alemán Oliver Heinrich, portavoz de aquel grupo de amigos teutones donde figuraba el primer positivo detectado tras arribar a Hermigua, en la Isla Colombina.

La frase logró distender las primeras inquietudes ante una amenaza que parecía meramente anecdótica, pero pronto todos pasamos por el mismo suplicio aumentado en el tiempo. Poco después fue aislado el

famoso hotel con mil personas en Adeje, en Tenerife, y todas las miradas se dirigieron, a continuación, hacia los niños, considerados a salvo de la enfermedad, pero vectores de la transmisión del virus. Y se les recluyó en casa para continuar la enseñanza por vía online. El tema, justamente, ahora es darles preferencia en el desconfinamiento sin poner en riesgo la curva descendente. De la birra del alemán a la inminente desescalada hemos pasado por un estado de alarma que se resiste a dejarnos, con el consiguiente confinamiento que ha dado un vuelco a nuestras vidas como nunca antes ningún otro hecho determinante.

Los alemanes de La Gomera (la isla donde Angela Merkel hacía senderismo habitualmente) regresaron con normalidad a su país y los turistas del hotel de Adeje, compelidos a guardar encierro por los siguientes positivos diagnosticados en un grupo de italianos, también retornaron a sus puntos de origen sin mayor sobresalto que el mal trago de la cuarentena. Unos hechos que después hemos vivido en carne propia el resto de los ciudadanos y que fueron afrontados sin manual de instrucciones.

Sanitarios y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado estuvieron a la altura de los acontecimientos en las Islas y en todos los rincones del país. El Ejército mostró su mejor rostro solidario en tiempos de paz. Nos habituamos a la presencia militar en las calles para desinfectarlas con monos blancos y escafandras herméticas en una imagen repetida que no era de cine, sino de una realidad que superaba a la ficción. Los bomberos y misiones de voluntarios de las ONG brillaron en un tumulto de solidaridad y emergencia ininterrumpido. Hubo una respuesta colectiva institucional y privada inmejorables de toda España en los frentes de esta guerra. A menudo esos héroes anónimos se jugaban el tipo sin equipos de protección, muchos cayeron enfermos y hubo quienes dieron la vida.

En nuestro inventario de la cuarentena subrayamos que no contar con reservas de material sanitario frente a las pandemias es un fracaso estratégico que no se puede consentir, y que se vio agravado por el error de centralizar su adquisición de urgencia a nivel estatal, como reconocen las propias autoridades isleñas. Asimismo, la falta de test para averiguar el alcance real de la pandemia movilizó al Gobierno de Canarias, con la ayuda inestimable de empresarios, para fletar aviones que transportaran directamente a las Islas cargamentos de material sanitario. No fueron vuelos inocentes, pues debieron burlar el asedio de auténticos piratas dispuestos a requisar los pedidos en las escalas en terceros países para venderlos fraudulentamente al mejor postor. Este espectáculo y la insultante llegada a España de material deficiente ya forma parte de unos episodios que abochornan y no hablan en absoluto bien de la respuesta de Estado al embate de una catástrofe como la vivida.

Grupos de paisanos y compatriotas se vieron atrapados lejos de su tierra y lograron retornar no sin cubrir las más complejas conexiones aéreas cuando la mayoría de estados cerró sus fronteras y el tráfico aéreo se redujo a la mínima expresión. En Canarias, como en toda España, se improvisó una red familiar de subsistencia; interrumpida cada tarde para aplaudir a los sanitarios en una de esas liturgias con que el ser humano hace disciplina del afecto, al tiempo que en los hogares se cosieron mascarillas y se fabricaron viseras en impresoras 3-D. Las procesiones y romerías fueron suspendidas, pero más de una calle o barrio trasladó las ceremonias y jolgorios a sus balcones y ventanas, donde, de pronto, todo sucedía como en una exposición de colores y muestras de ingenio dividida en compartimentos estancos. Los medios combatimos los bulos, y la ausencia de actividad humana limpió la atmósfera de la huella del hombre; una y otra mancha fueron borra-

das parcialmente, pero, al socaire de la soledad y el aislamiento, crecieron los delitos domésticos, la violencia de género, la delincuencia cibernética.

En el otrora paraíso de islas afortunadas se ha vivido este tramo 'entre rejas', con 121 muertos y 20.000 nuevos parados, las dos caras del drama. Pero una evidente buena marcha de la pandemia en las Islas se refleja en los 2.113 positivos detectados y casi mil personas curadas. La mejor demostración del menor impacto del virus en Canarias son las islas ya citadas de La Graciosa, El Hierro y La Gomera, que presentan una nula o escasísima incidencia de contagios. El sobrevuelo de esta cuarentena desemboca en la necesidad puesta de manifiesto por nuestro periódico de un Plan Marshall para las Islas y de disponer de la capacidad de poder hacer uso de los recursos de superávits anteriores depositados en bancos, así como del botón rojo del endeudamiento. La terminología al uso habla de catástrofe social, como la define en el DIARIO el presidente autonómico de Cruz Roja, Antonio Rico, o del naufragio y ahogamiento de dos millones de canarios en aguas del Atlántico, como sobreactuó hoy en el Congreso la diputada de CC, Ana Oramas, desperdiciando la ocasión de ser creíble en una tragedia que no necesita esperpentos. Menos apocalíptico, Pedro Quevedo (Nueva Canarias) pidió un plan de choque para las Islas tras la "enorme fractura social" que ha provocado la paralización de la economía y, en particular, el cierre de aeropuertos, puertos, hoteles y apartamentos hasta quedar reducido el principal sector económico a las cenizas: turismo cero. En DIARIO DE AVISOS lo expresamos días atrás con meridiana claridad: o Canarias cuenta con un Plan Marshall del Estado y Europa o explota el volcán. A buen entendedor…

El debate de la Cámara Baja, pese al tono bronco y crispado de la selva política española, que se echó al monte hace ya una década y

continúa en estado primitivo, no impidió que se prorrogue por tercera vez consecutiva el estado de alarma. La nueva fecha límite es el 9 de mayo. Pero arranca una fase de evidente desescalada, es decir, una cuenta atrás para la reapertura económica y la vuelta a la vida pública. En Canarias, el Comité de Emergencia formado por expertos y consejeros del Gobierno que preside Torres, no disimulan que ya se debe abrir la mano en las Islas, en todas, no ya en La Graciosa, El Hierro y La Gomera, primero, por ser las menos afectadas del conjunto del Estado. Nadie quiere ser conejillo de Indias y se ha optado, al parecer, por que el desconfinamiento sea en todas al mismo tiempo y cuanto antes, incluso, si Madrid no se opone, a partir de este lunes, dentro de cinco días, aunque el estado de alarma se haya ampliado hasta el 9 de mayo. Todo queda a expensas del Ministerio de Sanidad, que tendrá la última palabra. Pero los expertos se muestran eufóricos y han logrado contagiar a las autoridades. Bares y restaurantes ya hacen planes para la rentrée, y fijan sus condiciones de consumo interno, los espacios mínimos de distanciamientos social, la reducción del aforo de clientes, las posibles mamparas, el número de mesas… Grandes cadenas hoteleras dicen estar listas para abrir. El comercio está en la pole position. La construcción ya arrancó motores y pide que lo hagan las ferreterías para que les suministren materiales de obra. Las autoridades insulares aprueban nuevas licitaciones de proyectos de carreteras. La Administración quiere poner en marcha la locotomora cuanto antes. Existe un temor, un secreto a voces, de que si se prolonga el parón, el hambre y la pobreza pueden llevar a las Islas a una situación límite de centenares de miles de nuevos parados (una tasa que ya se cifra entre el 40 y el 50%). De manera que la tentación de reanudar la marcha y convivir con las secuelas del virus es imparable.

En pocas horas hemos dado un giro de 180 grados: de la resilien-

cia de los encerrados en casa para vencer al virus, a superar el vértigo a volver a la calle y cruzarse con la gente. El presidente Torres habla acerca de esto último dirigiéndose a la psique de los ciudadanos antes que al bolsillo de los que sufrirán esta crisis: "Somos seres humanos", ha dicho, "que nos hemos metido en una jaula y ahora sentimos miedo a enfrentarnos con la libertad de pisar la calle". El experimento ha sido brutal y me da la impresión de que los psicólogos y los economistas que asesoran al Gobierno han encendido las alarmas: la ciudadanía está en estado comatoso y hay que sacarla y devolverle la plena conciencia. Al tiempo que la economía -en esto todos piensan como Trump, aunque disimulen- debe seguir funcionando, no se midieron bien las consecuencias, y son dramáticas. El sector turístico ya ha ingeniado soluciones a corto plazo: un carnet Covid, que acredite la salud e inmunidad del viajero, una App en el móvil o cualquier otro método que permita hacer el seguimiento de los contactos de posibles positivos en el futuro durante los nuevos desplazamientos, junto a severas medidas de higiene hotelera y en la restauración. Canarias, que ha pasado de 16 millones de turistas, a la quinta parte en el mejor de los casos accedió a inmolarse por necesidad extrema. Fue una reacción que recuerda, salvando las distancias, a los ejecutivos de las torres gemelas de Nueva York que aquella mañana del 11-S de 2001 se arrojaban al vacío en un estado de ofuscación. No tenemos paracaídas para este aterrizaje. Y el paro puede dispararse al 50%.

Mañana, jueves, será el día de las perras, pues se celebra la esperada cumbre europea por videoconferencia en la que España demanda un fondo de 1,5 billones para dotar las necesidades financieras de los países damnificados sin coste hipotecario. La UE tiene ante sí una prueba de resistencia, y tras la desagradable experiencia de la Gran Recesión de finales de la primera década de este siglo, si no hila fino, desapa-

rece. Estas horas, en que en España se inicia una suerte de Pactos de la Moncloa bis, con la clase política más endiabladamente enfrentada que nunca, no invitan a imaginar a estos líderes fumando la pipa de la paz, precisamente. Pero el tiempo dirá. La más entregada a la causa ha sido la nueva lideresa de Ciudadanos, Inés Arrimadas, que propuso abiertamente la reedición de los célebres pactos de la Transición. Veremos qué nivel demuestra tener cada fuerza política en las fechas que nos esperan.

Naciones Unidas hoy no es un derroche de optimismo. Sus cálculos son aterradores: 265 millones de personas pasarán hambre este año, y más de la mitad se encuentran en el continente africano, en países como República del Congo, Etiopía, Sudán y Nigeria… El tsunami del que me alertaba días atrás el director general de Casa África, José Segura. Si la Gran Recesión de 2008, al lado de esta, es una hermana menor, a nadie debe extrañar que en Estados Unidos, Trump, como hiciera la Reserva Federal en aquella ocasión, anuncie la entrega de cheques personales a los ciudadanos para afrontar la extrema necesidad de esta pandemia sanitaria y, sobre todo, económica. Por más que la presidenta del BCE, Christine Lagarde, dijera hoy que no se ha planteado tirar del llamado 'helicóptero de dinero' (el ingreso directo de recursos en empresas y ciudadanos), nada hacer pensar que sea capaz de descartarlo de antemano, a medida que la realidad le explote en la cara al instituto emisor. Nueva York ya habla de 15.000 muertos (474 el último día).

La vida sigue con sus víctimas consuetudinarias, no siempre debidas al coronavirus, como hoy en el caso del actor, intérprete y humorista argentino Marcos Mundstock, miembro de los míticos Les Luthiers, el autor de las historias de Johann Sebastian Mastropiero. Ahora se nos mueren de golpe, por una u otra razón, figuras que cumplían un rol importante en nuestras vidas. O antes no éramos tan conscientes de

la fugacidad humana y este virus, directa o indirectamente, la pone de manifiesto.

Sí, la vida sigue su curso, orillando las inclemencias del coronavirus. La sagrada Bajada de la Virgen de las Nieves en La Palma, nunca antes suspendida desde su origen, en 1676, no se podrá celebrar en esta ocasión, prevista para junio, julio y agosto. La noticia, no por prevista, deje de producir hondo pesar en la Isla Bonita. Se trata de una cita lustral impostergable hasta ahora. La vida devuelve a su hogar al periodista Manolo Artiles, tras un reciente accidente cardiovascular, que hizo temer lo peor; ya se recupera en casa y las previsiones médicas son inmejorables.

Y dos médicos chinos que se encontraban en coma inducido tras contagiarse, despertaron con la piel sorprendentemente oscurecida. En las fotos que publicamos mañana de los galenos, ambos de 42 años, se muestra el antes y después, y es evidente el cambio del blanco al negro. El insólito episodio se atribuye al tratamiento al que fueron sometidos con cloroquina, uno de los fármacos más populares y de los recomendados de primera hora para combatir esta enfermedad, entre cuyos efectos secundarios ha podido darse, en este caso, una afección hepática, como ocurre con la ictericia. Sí bien el medicamento les ayudó a superar el coronavirus, no es menos cierto que, dado el súbito cambio de pigmentación en la piel, pudo haberles matado del susto.

Nos puede caer una maceta y no ser el coronavirus

Jueves 23 de abril

Es un día del libro sin Cervantes. El poeta catalán Joan Margarit, buen amigo de Tenerife, ha de conformarse con el aplauso mediático del premio que lleva el nombre del autor del Quijote y una conversación con los reyes el día que debía recibir el máximo galardón castellano en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Se aplaza la concesión y la fiesta del Nobel hispano, y con este propósito recordamos las cosas que Margarit ha dicho -y nuestro periódico ha publicado- acerca de esta ciudad, Santa Cruz de Tenerife, a la que se siente tan ligado sentimentalmente: "Llegar a Santa Cruz fue pasar del infierno al cielo". En la isla descubrió siendo joven el amor, aquí escribió su primer poema y subió al Teide en caballo. "Pocos sitios han significado tanto para mí", declaró meses atrás al periodista Víctor Hugo Pérez, en Canarias Radio la Autonómica. Cuenta que en Santa Cruz escribió su primer poema, que es el único que se sabe de memoria, y que evitar recitar como si lo hubiera olvidado, por juzgarlo

de poca calidad. Pero no se le han borrado los detalles: lo compuso en una ventana de la calle Manuel Verdugo, cerca de la avenida del manicomio, mirando al puerto con escasas luces; eran versos de amor, pero no a una chicharrera, sino "un poema inspirado en una goda, que se llamaba Mari Carmen y era una alumna del instituto de Las Mimosas, donde hice el curso preuniversitario y donde, por primera vez, fui a una clase con chicas, que no era nada común en el franquismo. Me enamoré enseguida de ella". La doble página que dedicamos a Margarit ("bajabas desde la plaza de Candelaria y llegabas hasta la punta del espigón, todo era amable, tranquilo y lento…") me reconforta. Es leer, sentir hablar del grato tema poético que nos evade sin poder salir del todo del prosaico recinto de la pandemia. Un día extraño, en que el poeta ha de resignarse a no recibir el máximo honor conseguido en vida. Vendrá otra oportunidad para restablecer las formas y celebrar los acontecimientos. Acaso la vuelta a la normalidad se inicie más pronto de lo que muchos crees. Si nos guiamos por Canarias, desde el lunes mismo se recobra la normalidad. Según el adelanto de Canarias Ahora el plan de desconfinamiento a sugerencia de los expertos que asesoran al Gobierno canario consta de cuatro fases, desde el lunes 27, con la hipotética salida a la calle de los mayores por la mañana y los menores por la tarde; la apertura en la primera semana de los comercios y peluquerías; el funcionamiento de los primeros establecimientos turísticos, centros comerciales y gimnasios en la segunda; la playa y los restaurantes desde la tercera, y los viajes interinsulares a partir de la cuarta semana. Todo ello se hará efectivo si Madrid da su conformidad, sin abandonar las restricciones y el distanciamiento social, las mascarillas y las medidas de cautela, amén de todas las mermas de aforo y posible uso de soportes de aislamiento como las mamparas. Canarias fue la primera en entrar en la crisis sanitaria, aquel 'lejano' 31

de enero, y quiere ser la primera en salir. La Gomera hoy se declara isla sin Covid, tras recibir el alta el último paciente activo que tenía. Pero el final de la cuarentena será -eso se dice en la propuesta- para todas las islas simultáneamente.

Es un día que emite buenas señales. Europa, en el Consejo celebrado hoy, acuerda crear un fondo y se teoriza sobre un monto de 1,5 billones de euros, que es la cifra que le gustaría a España. Continúa la discusión entre los países nórdicos y el resto de Europa (Alemania se escora por momentos hacia el sur, consciente de la gravedad de la pandemia económica) sobre el reembolso de ese dinero: Países Bajos quiere que sea devuelto hipotecariamente, mientras España y prácticamente el resto del club remiten a una especie de deuda a perpetuidad. Tomará semanas y finalmente se aplicará, sospecho, como una reserva de oxígeno para evitar la asfixia de los astronautas en grave riesgo durante este paseo espacial hacia todo o hacia nada. Así que la deuda la pagará Dios o no hay dios que la pague.

Llama la atención, a estas alturas, la distinta estrategia de unos países y otros ante el mismo mal, y ahora no hablo de economía, sino de pandemia sanitaria pura y dura. Suecia se ha negado a someter a la población a confinamiento (el viejo tema circular al que no cejaremos de dar vueltas y cuando, al cabo de esta primera ola, contabilicemos los contagiados y portadores de anticuerpos, haremos inventario, y acaso aboguemos por la estigmatizada 'inmunidad del rebaño', quién sabe, eso siempre está ahí, en el debate). Los suecos prefieren dar instrucciones a la población para ejercer con disciplina la seguridad personal (lo cual nos recuerda, por otra parte, que tampoco nosotros es que seamos muy suecos a tales efectos). Allí no se ha paralizado la economía. Las medidas oficiales se limitan a recomendaciones prácticas, dirigidas, sobre todo, a los grupos de riesgo. "No le decimos a la gente que se

quede en casa. Por el contrario, la gente debería salir, hacer ejercicio, tomar aire fresco. Es bueno para su salud física y mental", afirma el jefe de la Agencia de Salud Pública de Suecia, Joahn Carlson, abriendo semejante zanja de opinión con países de su misma órbita europea, pero tan alejados de sus premisas, como en el caso de España. Las agencias públicas en el país de Olof Palme gozan de una gran autonomía, bajo el control de expertos y científicos, que han establecido este modus operandi. No en vano, el sueco es uno de los mejores sistemas de salud del mundo. Con todo, legislativamente sí ha tomado precauciones en previsión de eventuales emergencias sanitarias. Nos tropezamos con esta otra realidad de la excepción sueca, que ha sorteado hasta ahora la epidemia con buenos modales (esa suerte de pasividad controlada) y plena confianza en el civismo de su gente, y uno inevitablemente rescata las primeras reservas que manifestaba aquí sobre el procedimiento adoptado en España y buena parte del mundo occidental. Sin embargo, el confinamiento se ganó, en parte, mis simpatías, críticas, como un mecanismo, sin duda, plausible a la vista de la evolución de la enfermedad en las islas y otras latitudes del Estado, no, sin embargo, en Madrid y las Cataluñas más golpeadas. Pero es ineludible preguntarse por qué la cuarentena no ha frenado el contagio en los grandes focos y si, en el peor de los casos, lo habrá podido repotenciar en la transmisión involuntaria de menores a adultos en las familias confinadas, y viceversa. Combatir un virus entre cuatro paredes, si este había sido contraído cuando se declaró el decreto de alarma, era a todas luces una misión imposible, por más que el papa de la OMS (Tedros Adhanom) nos evangelizara animando al confinamiento para vencer al virus y erradicarlo. Por lo poco que sé y pregunto a quienes saben, tengo grandes dudas al respecto. El encierro es un clásico de las pandemias (ahí están casi todas las precedentes), y hecho está, pero el ba-

tacazo económico y el confinamiento no se compadecen. La gran decepción de nuestro tiempo es admitir que no gozábamos del sistema sanitario antibalas que presuponíamos. Tampoco nunca llegamos a creer que copiaríamos recetas medievales para enfrentar viejos problemas de salud, pese a alardear de esta era proverbial de tecnologías sin fin, de Elon Musk y compañía. Nos hemos dado de bruces contra ese muro. La realidad nos desenmascaró. Otra cosa es que vayamos por ahí con mascarilla.

Ahora percibo una prisa, casi una precipitación, por abrir las puertas de las casas y las fronteras de la economía para correr hacia el pasado a abrazarlo, lo más rápido posible, al objeto de rescatar la vitalidad económica anterior, con cierto sonrojo y culpa. Es la reconstrucción. Una especie de suicidio colectivo de la economía firmemente creyente en la resurrección del sistema. En la teología del comercio, la hostelería, el turismo, la construcción y la agricultura hay un amplio margen de concesión al grado de fe que se deposite en reactivar estos sectores. Y los políticos se convierten en predicadores con dogmas visiblemente improvisados. Sánchez le ha cogido gusto a las homilías del fin de semana y crece una de oradores en videoconferencia, ministros, presidentes autonómicos y líderes de la oposición, todos en tromba, en streaming. Es la distopía en su salsa. El Gran Hermano removiendo a Orwell en la tumba. Es 2020. Y había pistas de este año cuando leímos '1984'.

La transformación que se ha operado es de suprema ficción. En algunas ciudades europeas o más remotas, los animales, como dijimos, han terminado adentrándose en las calles despobladas. ¡Qué escenas, qué imágenes, en la reacción de la naturaleza tras el impacto del microscópico asteroide! En Chile varios pumas se pasean por las calles vacías de Santiago y la policía se las ve y se las desea para sedarlos y

devolverlos a su hábitat natural.

Estamos también contagiados de la realidad que nos rodea, tan alejada de nuestra vida convencional anterior. Tratamos de darle a todo un aspecto de normalidad, acaso como un mecanismo de autodefensa para no trastornarnos, en la confianza -imagino- de que esto pasará pronto y trataremos de olvidarlo como una pesadilla. Pero no faltan augures que nos machacan la moral pronosticando que el virus se irá, pero volverán con mayor virulencia. Sigo buscando buenas noticias que contar en el periódico. Clara Morell es una buena rastreadora y pesca esta: una vacuna china logra proteger a los macacos frente a la Covid-19. Es la primera investigación que consigue el hito de inmunizar a un simio, por lo que los científicos tienen mucha confianza en que funcione también con humanos. La noticia aparece publicada en Science. Las pruebas con personas comenzaron el pasado día 16. Permanecemos a la espera de los resultados. Nunca olvido que Úrsula von der Leyen, la presidenta de la Comisión Europea, afirmó sin titubeos, en su primera conferencia de prensa tras declararse la pandemia, que habría vacuna en otoño. Si soy sincero, creo que esta mujer, que me cae bien, soltó un farol, pero quién sabe si los hechos le dan la razón inopinadamente, dada la ansiedad por correr hacia una cura milagrosa cuanto antes.

En eso que siempre me digo de que la vida continúa en paralelo al coronavirus, hoy sobresale el anuncio del Ayuntamiento de La Laguna de que ha finalizado en nueve meses el expediente de expropiación de Las Chumberas, después de 11 años de la anterior mayoría (la monarquía absoluta de ATI-CC) en que no se avanzaba un centímetro hacia las demoliciones y reposiciones, que ahora ya son inminentes. Por eso la conferencia de prensa del alcalde Luis Yeray Gutiérrez y los concejales Santiago Pérez y Rubens Ascanio fue calificada de “histórica”, según

el adjetivo que empleó el joven regidor socialista.

La misma vida ajena al coronavirus sigue su curso con todas las escenas ordinarias de una sociedad. Nos habíamos olvidado de que continuaban sucediendo cosas de andar por casa. En Arona fue visto por la mañana el párroco de Cabo Blanco, en las inmediaciones de la iglesia. Nadie prestó mayor atención a ese hecho, pues era lo corriente, el párroco no se mostraba distinto al resto de los días, más allá de que la cuarentena convierte en inusual el mero hecho de una presencia humana en la calle. Lo sorprendente es que a primera hora de la tarde, una de las vecinas que colabora en las tareas domésticas de la casa parroquial, hallara en un rellano de la escalera el cuerpo sin vida del cura, Tomás Santamaría Monasterio, como en una novela de Umberto Eco, muerto en extrañas circunstancias. La primera versión atribuye el hecho a una caída hacia atrás, sin mayores consideraciones sobre el motivo de la misma. Podemos morir de muchas causas ajenas al coronavirus. Esta mañana cayó a pocos metros de mí una maceta con gran estruendo tras romperse en mil pedazos sobre la acera. De haberme caído en la cabeza, en un tramo de la calle por el que paso con frecuencia, se habrían interrumpido estas entregas sobre el virus, y, como el párroco, no habría tenido nada de particular.

Ha habido comportamientos inauditos a lo largo de esta cuarentena. Continúan siendo detenidos y llevados a prisión sujetos que reinciden en saltarse el encierro. Otras veces, el insumiso despierta a los vecinos alterando el silencio de la noche con un coche estridente de carreras. Y hoy trascendió que la policía detuvo en La Laguna a un prototipo singular de esta casuística: un individuo empecinado en amargarle la existencia a sus vecinos, primero lanzando huevos y macetas desde alguna ventana a la calle, y por último disparando bolas de goma contra los vehículos que circulaban, contra las fachadas y contra

los transeúntes que iban de compras o paseaban a sus mascotas. La policía fue alertada desde el barrio de El Gramal, escenario de unos incidentes más propios del yanqui chalado adepto al rifle. La vigilancia dio sus frutos cuando un agente vio asomar de una ventana un arma que disparaba al exterior. Se trataba de un subfusil lúdico-deportivo, y, por suerte, de un pésimo tirador: nadie resultó herido.

Este día de libros online, las infantas Leonor y Sofía han leído al alimón párrafos de El Quijote y se han dirigido a los ciudadanos para estar al lado de los niños que han perdido a sus abuelos. En el hospital de La Candelaria regalaron, entre la prole ingresada, ejemplares de un cuento obra de un enfermero, José Carlos Bonilla, ilustrado por Samuel Hernández, con el título de 'Uno'. En casa, mi hijo Ángel respondía hoy a las preguntas de un ejercicio online sobre la importancia de los libros. Uno de los supuestos era imaginarse un mundo sin libros. Mi hijo dio esta respuesta: "Si no hubiera libros, habría más violencia en el mundo".

Marchando una de Reticulitermes flavipes

Viernes 24 de abril

Entramos en la UCI del HUC y comprobamos cómo trabajan los sanitarios salvando vidas. Es un reportaje del fotógrafo Fran Pallero y del redactor de Sociedad, Juanjo Gutiérrez. Una pieza de extraordinaria fuerza periodística, hecha en honor de unos profesionales que se juegan la piel y que han logrado curar a muchos positivos. Jamás habíamos entrado en estas dependencias. Fuimos testigos de la lucha en primera línea contra la pandemia en Cuidados Intensivos y Urgencias. Esta es la primera entrega de Gutiérrez.

Los profesionales de la sanidad pública del Archipiélago están luchando a brazo partido, sin descanso y dejando el miedo en la puerta de los centros de trabajo, cuenta Gutiérrez, que recorre la zona cero donde se libra la lucha entre la vida y la muerte en vanguardia de la sanidad de las Islas. Lo hace en vísperas de las primeras medidas de desconfinamiento que comenzarán este fin de semana con la salida de los niños a la calle, y que podrían continuar la próxima semana con la apertura de los primeros negocios en lo que de hecho constituye el

principio del final de la cuarentena en sentido estricto.

Para afrontar la llegada del coronavirus, el Hospital Universitario de Canarias ha tenido que cambiar totalmente su estructura y organización, los circuitos de atención a los pacientes y hasta la mirada ante los múltiples rostros de la enfermedad. El hospital es una ciudad oasis en mitad de la guerra distribuida en zonas Covid y no Covid, con servicios específicos para luchar contra este enemigo silencioso. El complejo ha tenido que incrementar su plantilla en casi 400 trabajadores, por lo que ahora cuenta con 5.300 profesionales sanitarios y no sanitarios. Cada día tienen que dejar sus miedos en casa para plantar cara a la Covid en una situación excepcional. El redactor entra en contacto con quienes actúan en primera línea de fuego en los servicios de Urgencias y Medicina Intensiva del centro lagunero. El jefe de Urgencias, Marcos Expósito, le confiesa que "vivir en las Islas ha sido una ventaja, nos ha permitido tomar medidas preventivas y ver lo que hacían los demás; hemos ido improvisando y aprendiendo sobre la marcha". Este es un hospital no saturado en Urgencias, sin ser Corea del Sur, "porque nos adelantamos a los acontecimientos y hemos contado con la ayuda de la población, que ha evitado venir cuando no era necesario", agradece Expósito enfundado en su equipo de protección individual. De hecho, la afluencia a Urgencias descendió un 60%.

"Nos hemos adelantado a la situación y eso nos ha permitido mejorar los protocolos. No nos consideramos unos héroes, nos hemos preparado durante toda la vida para afrontar estas situaciones". Es Guillermo Burillo, coordinador de ese servicio neurálgico de Urgencias que durante lo peor de la crisis ha tenido sus capacidades bajo control con ayuda de la ciudadanía, que, también a su juicio, ha actuado con responsabilidad. Antes, esta era una zona conflictiva a la que acudíamos con recurrencia para reflejar la masificación de los pacientes en el

flanco débil de la sanidad pública.

Este personal ha sido el más castigado por la alta contagiosidad del virus (el 25% de los sanitarios cayó enfermó). La rutina del protocolo de seguridad empieza con el lavado de manos y continúa con la colocación de los guantes de nitrilo, el mono o buzo, la protección con una mascarilla FFP2, y sobre ella una mascarilla quirúrgica, que suelen cambiarse junto a los guantes tras visitar a cada uno de los pacientes, además de preservar los ojos con unas gafas y una pantalla.

El área de reanimación es una zona sucia de Covid-19, en la que concurren los pacientes graves en la UCI del centro. "Avanzamos por el pasillo para llegar hasta los otros grandes protagonistas de la lucha contra el coronavirus, los 200 profesionales del Servicio de Medicina Intensiva", describe Gutiérrez en su reportaje. "Aquí las emociones están a flor de piel".

María Luisa Mora, jefa del Servicio de Medicina Intensiva del HUC, le cuenta que "el paciente de Covid no puede esperar nada, el virus no da tiempo ni margen". El servicio se reconoce sometido a una prueba de estrés desconocida en toda su trayectoria, que implica no solo al personal sanitario, sino también al de limpieza, cuya función es esencial. La Covid ha obligado a rediseñar el trabajo en Medicina Intensiva en los hospitales de toda España. Aquí la estadística, subraya la doctora, "es de una mortalidad extremadamente baja: con una neumonía tan extraordinariamente grave, tenemos pacientes que han salido de situaciones de las que nosotros mismos pensábamos que no lo harían. Es motivo de orgullo", afirma y contiene la emoción.

Los sanitarios admiten las dificultades sobrevenidas con la llegada de este patógeno. El coronavirus tiene una particularidad que ha costado integrar, explican: la familia del paciente en una situación crítica no puede acompañarle. "Nos ha costado muchísimo esfuerzo y trabajo

asimilarlo", reconoce la jefa intensivista.

"Somos seres humanos, todos tenemos familia, todos tenemos miedo y, aun así, los profesionales vienen a trabajar cada día con ilusión y fuerza para atender a los pacientes. Todo el equipo se ha volcado muchísimo", resalta durante la visita Carmen Arroyo, enfermera supervisora del área de críticos del hospital tinerfeño.

El HUC cuenta con 240 camas disponibles para Covid-19, con 150 en previsión. La UCI tiene 24 camas, ampliables a 81. Desde el inicio de la pandemia, este hospital había atendido a un total de 309 pacientes por coronavirus, restaban 51 en planta y 10 en la UCI."

Se presenta la propuesta de desconfinamiento de Canarias, que adelantamos en la víspera, y queda a expensas de que este fin de semana Sánchez, en la videoconferencia con los presidentes autonómicos, dé el visto bueno, para empezar la desescalada en las islas, en el mejor de los casos, la próxima semana.

La nueva normalidad se abre paso, pero en España, con ser mejores los datos más recientes, la pandemia no puede decirse que ha remitido; la curva desciende, pero el virus permanece vivo y el desconfinamiento -obligado por el derrumbe económico- es una decisión a ciegas. No hay precedentes de un país que haya salido de una cuarentena semejante en el mundo moderno, tampoco ninguno que se haya cerrado tan completamente, pues China solo hizo un experimento parcial en torno a Wuhan y determinados territorios. Esta es la situación, un caldo de cultivo para rebrotes repentinos si la población no guarda las debidas cautelas. Es horrible cómo se expande este bicho en todas direcciones. En los países de América, donde apenas se dejaba sentir hasta hace poco -pongo por caso Perú- ya se cuentan los afectados por miles. No está siquiera clara la naturaleza del patógeno, dada su virulencia inusitada y desigual según qué países, qué regiones y qué indivi-

duos, qué carga viral, qué genética, qué tipo de sangre, qué patologías previas... Todavía no hay un tratamiento definitivo y eficaz, sino múltiples opciones farmacológicas. Y la vacuna -de la que hay prototipos en fase clínica a un ritmo avanzado- difícilmente podrá estar para otoño, cuando se prevé que este coronavirus regrese a nuestras vidas, quizá repotenciado. Resulta desesperante. Pero es lo que hay. Conviviremos con esta plaga meses, quizá años, irá decayendo su capacidad letal en virtud de tratamiento y antídotos. Es una lucha contra el tiempo. Cada día es una victoria. Una guerra de desgaste.

Pero la economía no podrá volver a paralizarse, al menos no tan drásticamente como ahora. Europa da un paso, acuerda destinar cuantiosos fondos, pero queda por saber la cantidad final y las condiciones de las transferencias a los países más necesitados. La UE está en su momento más crítico, sin credibilidad, acuciada por las enormes distancias agrandadas entre los países nórdicos y los meridionales, como si el virus hubiera abierto la caja de Pandora y hayan asomado las víboras intestinas. De fracasar en esta guerra contra el coronavirus, volveríamos a los años 40 y 50 en que el continente se convirtió en un campo de batalla en llaga viva. La UE nació tras esa trágica experiencia, pero la codicia rompe el saco, y los Países Bajos y Alemania han ido demasiado lejos demonizando a España e Italia -como a Grecia en la Gran Recesión de 2008-, como culpables inauditos de una pandemia importada de China. ¿Si no atiende hoy a sus socios en una emergencia como esta, qué sentido tiene mañana la Unión Europea?, se preguntan los países del Sur. Y es el mejor caldo de cultivo del euroescepticismo. Es como un brexit propagándose, como un virus, de Londres a Madrid, Roma y quién sabe si mañana también a París. Boris Johnson no está para bromas, pero se intuyen sus risas contenidas.

Los datos se contagian a velocidades de vértigo. Dejo constancia

de ellos para que nunca los olvidemos. España tiene más de 220.000 infectados, unos 23.000 fallecidos y la mayor cifra de curados del continente, 95.000. Italia cuenta con 192.000 positivos,25.000 muertos y 60.000 recuperados. Francia se acerca a 160.000 contagiados, 22.000 muertos y 44.000 curados. Reino Unido, con 144.000 infectados, ya roza los 20.000 fallecidos. En el mundo (2.800.000 contagiados, 197.000 muertos y 796.000 curados), va en cabeza Estados Unidos (905.000 contagiados, 51.000 fallecidos y 99.000 curados). Pero a su presidente, Donald Trump, no se le ocurre otra cosa que sugerir inyecciones de desinfectantes en los afectados y haces de luces a través del cuerpo para doblegar a un virus sensible al calor y la humedad. La responsable del equipo médico que le asesora ponía caras de asombro y desconcierto escuchándole proferir consejos de parvulario que no tardaron en hacerse virales. Los desmentidos y recomendaciones en sentido contrario no se hicieron esperar, pero a buen seguro habrá centenares y acaso miles de seguidores del republicano que probarán suerte con su botiquín exprés, urgidos por la imagen de las sepulturas en los parques de Nueva York y las fosas comunes en la isla de Hart. Trump se aboca a unas elecciones este año a cara de perro, y no defrauda en su escalada de extravagancias. Lo dramático no son sus palabras fuera de lugar, sino la sospecha fundada de que será reelegido presidente, como no cesa de barruntar María Rozman, periodista con tres premios Emmy y curtida en la televisión de aquel país, que aporta en nuestro periódico certeros análisis semanales sobre el pulso político de los Estados Unidos.

Es la antevíspera de la salida de los niños a la calle, como hemos venido reclamando día tras día desde las páginas del DIARIO. Después será el turno de los adultos. El actor Juan Echanove es uno de ellos, visiblemente afectado por el atosigante destierro interior, al que

contemplo en un vídeo doméstico hablar desde su casa al filo de la lágrima, feliz de tener amigos como -al que cita expresamente- Caco Senante. "Arreglador de la vida", lo bautiza, por surtirle de canciones para pasar este mal trago. Son piropos cariñosos y entrañables, bajo la emoción y acaso el miedo. Así discurre esta cuarentena, con famosos caídos en la batalla y supervivientes que anhelan regresar a la vida cotidiana. Y entre tanto, el país se prepara para abrir las puertas de las casas y enfrentar el vacío. Nada se puede hacer de puertas adentro. El virus ha demostrado que sabe cómo colarse por las rendijas, pues la estadística -al menos esa impresión da- no entró en barrena de buenas a primera, sino al cabo de cuarenta y tantos días de confinamiento. Quién sabe si de nada ha servido este suicidio económico colectivo y el virus cede cuando le dé la real la gana. Seguro que esté siendo injusto con el esfuerzo de muchos que obran con la mejor voluntad, y hasta el confinamiento, con su antipática catadura, nos haya aportado beneficios que después, algún día habrá después, agradeceremos. Acaso de no haber sido por el estado de alarma habría muerto la mitad del país. No lo sabemos y quizá no lo sabremos nunca. Algo sí sabemos hoy, según una de esas noticias que ilustran el comportamiento humano: las ventas de güisqui (ya no de papel higiénico) se han duplicado en los últimos quince días de encierro por Covid-19. Además del gel, todos vamos a salir a la calle más hidroalcohólicos. Y pronto también descubriremos el catálogo de enfermedades contraídas o agravadas durante el confinamiento.

Me matan si no trabajo, y si trabajo, me matan, cantaba Daniel Viglietti. Va a ser dura la vuelta al trabajo, sobre todo, si se ha perdido el empleo y se tiene familia a la que sacar adelante. Se calculan por decenas de miles los nuevos parados solo en Canarias, donde más de uno cifra la inminente tasa de desempleo en torno al 40-50% de la po-

blación activa. Canarias vuelve a ser un volcán.

Al margen del coronavirus, en España se da a conocer la primera sentencia por corrupción futbolística: condenas de años de prisión a directivos y futbolistas por el denominado 'caso Osasuna'. Esto no ha hecho sino empezar. Y en otro orden de cosas, como se decía antes en la prensa, las termitas -una de las plagas que atemorizaba a Tenerife mucho antes de que el coronavirus destronara a este insecto que devora sobre todo la madera- sigue dando que hablar, pues localizan otra vivienda afectada en Valle de Guerra por la famosa Reticulitermes flavipes. Y nosotros que temíamos que este bicho se comiera casas y ciudades enteras y nos dejara a la intemperie, no podíamos imaginarnos que pronto tendría un rival más devastador, sanguinario y veloz.

Conciencia humana

Sábado 25 de abril

Hoy la vida adquiere un significado del que antes carecía. Todo cobra una nueva dimensión y cada día, cada instante, se llena de sentido. Nunca el tópico se ajustó tanto a la palabra como la mano al guante. Eso hemos ganado, al menos: conciencia humana. Es curioso, no la conocíamos y estábamos vacíos sin ella; ahora es como si empezáramos de nuevo a vivir. De lo que aquí se va a hablar es de las secuelas y, acaso, entre otras, esté el olvido de cuanto hayamos padecido hasta el final. También se habla del peor efecto del virus en nuestras vidas, de la libertad, de la ingobernabilidad y de una ocurrencia tan ingenua como apremiante: el partido político imprescindible para estas situaciones y las venideras, y que acaso algún día exista o nunca habrá de existir.

Cuando ya todo sea historia, agua pasada, nos costará trabajo dar crédito, desde la recurrente memoria selectiva, a las escenas que hemos presenciado disfrazadas de una normalidad aparente. Porque este pandemónium tendrá su fin, antes o después de otoño, y se impondrá un nuevo statu quo, que debuta ya mismo, desde este domin-

go, con la liberación de los niños. Comenzaremos a olvidar. Es un riesgo probable. Veremos diluirse en sus más mínimos detalles los peores recuerdos de la pandemia que nos partió por la mitad y cubriremos con nuestra propia censura los acontecimientos que nos impactaron durante la larga cuarentena de esta peste ateniense. Si los sabios tienen razón y el mundo dará un volantazo en su fisonomía, temo que no sentiremos la diferencia, a lo sumo haremos como aquel poeta expulsado de su Roma entrañable a los confines del imperio, que adulaba al emperador para ganar su perdón en vano. Seremos sumisos o borregos ante el tirano que provenga del virus. Una vez desconfinados, con mejor suerte que Ovidio, que nunca salió del destierro en la aldea del Mar Negro, gozaremos como Ulises de una segunda oportunidad y la calle será como un feliz regreso a Ítaca. ¿Entonces, no quedará ni rastro de estos meses de travesía en el desierto de ciudades que no reconoceremos como nuestras? ¿Volveremos a la jungla, a la jauría, a la política rapaz? Es presumible. Y la democracia, tal como la entendimos, acaso caduque más deprisa, y la crispación sea más sofisticada y cruel. Y la libertad yazca en alguna parte.

No vamos a poder ser hoy muy optimistas, no. El horizonte no invita a concebir un edén maravilloso, sino el paisaje sórdido que tenemos delante. Si no tomamos medidas, lo que viene es el mundo de los Bolsonaro y del doctor Trump, con sus consejos de desinfectación. La estulticia en lo más alto de la esfera pública, la gerencia mundial de los torpes, el eclipse de la política de las buenas causas. A eso vino el coronavirus, a anunciar un nuevo mundo, ¿peor que el anterior?, y a fijar la nueva era. El año I d.C. Hoy es el primer día de ese primer año después del Coronavirus, aun cuando el microbio no se haya ido. En la Atenas de Tucídides, a donde nos remite Virgilio Zapatero, tardó años en desaparecer, con sus etapas de quiescencia y rebrotes, y fue deter-

minante en la Guerra del Peloponeso. También entonces se cebó con los sanitarios, diezmó la población y en el curso de unos pocos años cobró un esplendor inusitado el incivismo social y político de una democracia no escrita. El historiador y militar ateniense, testigo y víctima de la epidemia, constató la crisis moral que trajo consigo.

¿Qué necesitamos? Una nueva y rápida disrupción de los grandes principios, si no con estos mimbres, con otros. O el coste será una tormenta perfecta: la peor crisis sanitaria, la peor crisis económica y la peor crisis política. El desorden. El desgobierno. El acabose. Necesitamos urgentemente pasar de la distopía a la utopía.

Venimos de asistir en estado de shock a una invasión de realidad modificada y acaso salgamos convertidos en unos perplejos crónicos, expuestos a los bandazos de indeseables ideologías. El primer mandatario del mundo acaba de sugerir inyectarse desinfectantes para limpiar los pulmones y penetrar bajo la piel haces de luces para reducir a un virus que es sensible al calor y la humedad. Esto, en pleno siglo XXI, si no hemos perdido la cuenta. Ya con Kim Jong-un fuera de combate, ¿qué lejos quedan sus bravatas nucleares y qué mínimas? Ojo, hemos jugado a la ruleta rusa, con miles de muertos sobre la mesa mientras los líderes discuten de repartos de poder, y de esta sesión diabólica, o aparece el fantasma de una tercera fuerza generosa o se rompe la baraja. Ese partido político de nuevo cuño que anteponga el poder de la gobernabilidad por encima del poder del gobierno.

Tenemos imágenes en la retina de las patrullas militares y policiales sofocando la rebelión individual de los escapados para recorrer unos metros al aire libre, a riesgo de dar con sus huesos en la cárcel. Una parte del vecindario en sus horas no plausibles vigila y delata desde la ventana a quien se salta el estado de alarma. Algunos violaron la cuarentena en un coche de rally para sobresaltar a la gente de madrugada.

"¿El mundo está loco? No. El ser humano es extraordinario", proclamaban los internos del psiquiátrico bonaerense de Radio La Colifata en una campaña de publicidad. Pero resulta que el mundo sí está loco y no todos los seres humanos son extraordinarios. La penosa dosis de líderes perturbados halla al fin su mejor caldo de cultivo. Imaginar unas islas con el 50% de paro sin que nos sacuda el volcán de Braulio es una quimera. O nos mandan el helicóptero de dinero que usaron los americanos en la Gran Recesión o nadie -salvo los adictos a la poltrona- cogerá el poder en el futuro ni que se lo regalen en una bandeja repleta de mociones de censura. Como ha dicho Alfonso Guerra, ahora la política está mal vista por la sociedad y los mejores no quieren meterse en ella. Vendrán los peores ejemplares de esa fauna, como los animales salvajes que toman las ciudades vacías, a ocupar o recuperar las instituciones como los buitres caen sobre la carroña en un eterno trampantojo populista de caridad. La nueva normalidad nos debe una buena nueva. Hoy brindemos por la libertad de los niños. Mañana por la de todos.

La democracia va a envejecer muy rápido. Hago votos por que un día irrumpan esas fuerzas bienintencionadas; diré más: que sean fuerzas sin vocación de poder por el poder (ya circunscribí su ámbito: la gobernabilidad, antes que el gobierno), que nos vacunen del riesgo de involución. Que traigan esperanza con su presencia desinteresada, pues su papel histórico será facilitar las mayorías y ejercer de guardián, aun al precio de no gobernar nunca con tal de impedir el peor de los virus de una sociedad: el desgobierno.

Por fin, mañana domingo los niños saldrán a la calle a dar un paseo, "un ratito", como dice Domingo Negrín en el fotomatón que les dedica en la edición dominical. Son 264.000 los niños de Canarias con edades comprendidas entre 0 y 13 años, ya que a última hora el Gobierno cen-

tral excluyó a los de 14, una faena innecesaria. Por la noche, Sánchez, en otra sabatina televisada que se nos ha hecho habitual, anunció que los adultos podrán salir a pasear en familia o a hacer deporte desde el próximo día 2 y el martes el Consejo de Ministros aprobará el plan de desescalada. Hay expectación ante la videoconferencia de mañana del presidente con sus homólogos autonómicos, para saber si Canarias tiene visos de adelantarse en el susodicho desconfinamiento. Se han creado demasiadas ilusiones en los ciudadanos, ante el optimismo de los científicos que asesoran a Torres quizá con demasiada euforia, y me temo que habrá cierta decepción si Madrid no da luz verde a corto plazo. Comercios, restaurantes, gimnasios cafeterías…están en cola esperando el pistoletazo de salida. No así tanto los hoteles, que se lo piensan dos veces: quieren garantías de seguridad y se saben los perdedores de esta crisis, pues los turistas no viajarán en una larga temporada. Prefieren asegurarse de que el Estado les prorrogue los ERTE hasta final de año. ¿De qué viviremos mañana sin turismo?

¿De qué vamos a vivir?

Domingo 26 de abril

Los niños pisaron las calles nuevamente, como en la canción de Milanés, y el sábado tocará el turno a los mayores. La reapertura infantil ha resultado, en líneas generales, un experimento plausible, con buen tiempo, un día soleado, si bien ha imperado cierta anarquía o falta de disciplina respecto a las instrucciones del Gobierno, muy precisas e inflexibles. Dice la ministra de Defensa, Margarita Robles, al cabo de la jornada, que si no se cumple con las reglas, puede haber marcha atrás. El momento en que se producen estos primeros movimientos hacia el desconfinamiento coinciden con una renovada confusión sobre la dimensión de la enfermedad. Algunos medios -ABC, entre otros- aluden a un virus alejado de la estirpe convencional de coronavirus SARS, habida cuenta una serie de novedades en la sintomatología que van desde provocar infartos y diarreas a ataques epilépticos. Esta información no la hemos difundido por ahora, quiero descartar un posible efecto 'fake', una vez contrastada con los expertos que nos suelen sacar de dudas. Es cierto que Canarias continúa registrando resultados tranqui-

lizadores, pero son muchas las voces que alertan del regreso del virus quizá antes de fin de año. Hay que estar pertrechados.

La videoconferencia de Torres con Sánchez y restantes presidentes autonómicos discurrió por la senda convenida y todo apunta a que, primero la Comisión interterritorial de mañana y después el Consejo de Ministros del martes puedan dar una cierta alegría a las evidentes ganas del presidente canario de inaugurar la rentrée. En cualquier caso, cierta oposición arde en deseos de que el presidente sea desautorizado por Madrid; las huestes de CC (huérfanas de poder desde hace un año en las Islas tras más de un cuarto de siglo de régimen) alientan cualquier discrepancia que genere división en el Gobierno regional a fin de transmitir la apariencia de una inminente crisis del pacto de progreso que resitúe a sus peones para cualquier alternativa. Hambre de poder, pese a la Covid y el hambre real que dejará a su paso. Hago la pertinente rueda de consultas, ante las intoxicaciones sobre el descontento de algunos socios del Ejecutivo por las dilaciones de Madrid al plan canario. Agua de borrajas. Torres insiste en que no hay freno al desconfinamiento y esta semana es clave.

La pugna inevitable con Madrid es por disponer del superávit y de capacidad de endeudamiento (Bruselas ya ha suspendido las reglas fiscales del Plan de Estabilidad dando margen de maniobra a España), pero ese pulso lo librará el Gobierno en su conjunto, prietas las filas, en comandita, frente a la Moncloa, para desesperación de los coalicioneros que tanto practicaban el pactismo con el centralismo mientras vociferaban fingiendo alzarse en armas. Releo nuestro editorial sobre la idiosincrasia telúrica de esta tierra y compruebo su utilidad como cauce premonitorio de por dónde discurrirán las aguas de la política regional en este y próximos años.

Estamos ante una emergencia económica. ¿De qué vamos a vivir

ahora? El periodista Jorge Berástegui acudió a los gurús locales de la economía e indagó en la respuesta a esa pregunta. "El futuro va a ser duro, duro, duro", le advirtió tres veces el profesor de Economía Antonio González Viéitez, uno de esos mitos de la izquierda canaria antediluviana que fundó la autonomía, donde fue consejero de Política Territorial. "El modelo que tenemos es producto de un crecimiento infernal, con una monodedicación al turismo de masas que hizo que llegara muchísima gente de fuera para trabajar. Y fue tal la voracidad de la dirigencia canaria en explotar el turismo a tope, que fue a un ritmo muy superior al que permitían nuestros recursos propios", continuó explicando.

A las ayudas del Gobierno central, el de Canarias ha aplazado, por su parte, el cobro del IGIC, un tributo propio, hasta junio. La palabra más repetida es liquidez, que Canarias quiere obtener haciendo uso del superávit acumulado y del endeudamiento prohibido hasta ahora. Esa doble baza le va a llevar a una negociación a cara de perro con el Estado, y con Canarias el resto de autonomías se echará al monte. Este es el escenario bélico, la nueva guerra (abracemos la misma terminología para las pandemias que procedan) a la que se enfrenta el Gobierno de Pedro Sánchez. Y, de entre todas las comunidades, la canaria es el único volcán. Y la única Región Ultraperiférica (RUP) con estatus singular en la legislación europea. Cuenta con bazas para ponerse firme ante Madrid, y aunque presida en Canarias el mismo partido que en la Moncloa, el pacto de izquierda que lo sustenta hará casus belli del conflicto.

De Keynes se habló más durante la Gran Recesión, en contraposición al austericidio alemán alentado por el exministro de Finanzas Wolfgang Schäuble. Ahora, España, con un gobierno de izquierdas, frente a aquel del PP de Rajoy, se decanta por una mayor intervención

del gasto público para sortear la hecatombe que pone en riesgo a decenas de miles de puestos de trabajo.

"Ahora mismo hay que tirar de la construcción", sostiene en esta radiografía José Miguel González, economista y director de la consultora Corporación 5. "Tenemos un enfermo infartado y lo que hay que hacer es devolverlo a la vida. Es lo que se llama formación bruta de capital. Hay que agilizar obra pública, inversión pura y dura que arrastre a otros sectores de la economía. Y hay que favorecer la rehabilitación de la planta hotelera aprovechando la situación del sector, bien a través de incentivos que incluye el Régimen Económico y Fiscal canario, bien a través de los planes de rehabilitación que ya existen", explica González a Berástegui. Y la economista Lola Pérez, directora general de la Cámara de Comercio pide al sector público que sea ágil: "No puede ser que tarden 14 meses en darte una licencia de obra"."Que ningún problema administrativo frene ahora una inversión ", remacha.

"Keynesianos somos todos en esas tesituras", se define José Ángel Rodríguez, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de La Laguna, que comparte la misma apelación, pero con condiciones: "Cuando a mí me dicen obra pública, en lo primero que pienso es en vivienda social, con buenas urbanizaciones, con polígonos que, a lo mejor, necesitan escuelas, un centro de salud o conexiones viales para ir a otras vías más importantes. Porque es una vergüenza cómo están muchas viviendas sociales en estas islas". Y demanda cualificar al personal, "porque, en Canarias, hay una pobreza tremenda en las empresas".

Exceltur, que reúne a una treintena de grandes empresas turísticas en España, da 2020 por imposible con pérdidas del 80% en la facturación. ¿De qué vamos a vivir mañana sin turismo? Los canarios no confían en abrir los hoteles con cierto margen de rentabilidad hasta dentro de muchos meses, y enarbolan, con la consejera del ramo, Yai-

za Castilla, toda una apología de la seguridad. Ya tiene concedido este Archipiélago por la Organización Mundial de Turismo el primer vuelo piloto con pasaporte sanitario digital. En la estrategia de ser un destino seguro la medalla que las Islas se ponen es la cuarentena exitosa de un hotel en Adeje con mil personas tras detectar un grupo de turistas italianos que dieron positivo y cortar toda posible transmisión hasta devolverlos a casa sanos y salvos.

El economista José Miguel González pone fecha límite a la tutela del Estado; sostiene que el sector turístico deberá estar operativo en el primer cuatrimestre del próximo año y previene: "Llegará un momento en el que el sector público ya no pueda hacer más. La deuda tiene que estar soportada sobre algo, y ese algo suele ser la realidad tributaria que tú tienes, los impuestos que puedes cobrar. Además, una caída del PIB por debajo del 6% es mucho peor para el bienestar y la sanidad que cualquier pandemia".

"Cuando se habla de una salida, hay que distinguir bien entre medidas de choque puntuales y reformas estructurales", explica José Ángel Rodríguez. "Si el virus se controla rápido, nos vamos al primer tipo de medidas. Pero si se alarga en el tiempo y se convierte en algo que implica nuevos hábitos en las relaciones entre la gente, la manera de estar en la calle, la forma en que las empresas prestan sus servicios y elaboran sus productos, entonces se revalorizaría más la segunda parte, que tiene implicaciones en el modelo productivo".

El periodista preguntó a los expertos por inversiones a corto plazo para sortear el actual declive: "Por un lado, la seguridad. Pero no solo en el sentido de ir por la calle y no sufrir ningún tipo de violencia, sino en los productos que consumamos, en los aeropuertos, las fronteras, los servicios públicos, el cumplimiento de contratos. Luego, la salud, en un sentido amplio. Desde las residencias de mayores a los parques,

pasando por quienes tienen minusvalías o situaciones de dependencia. Una salud integral, sin exclusiones, que cuide también de la gente con pobreza severa. Y por último, el medio ambiente y la gestión de los espacios públicos: el cuidado de las plazas, de las zonas verdes, de espacios natural, de la biodiversidad, de las playas, la depuración de aguas. Incluso la estética ambiental, que se preserve la belleza de los paisajes. Hemos visto la relevancia de todas estas cosas de la ecología. De hecho, hay ya estudios que señalan la relación entre un mayor impacto de estas enfermedades y la contaminación medioambiental", le enumeró José Ángel Rodríguez, para muchos el padre de toda una generación de economistas canarios. Rodríguez no hace ascos a una tasa para la reconstrucción económica -Pablo Iglesias debate su impuesto de los ricos con el sector socialista más conservador del Gobierno de Sánchez-, cuando la salud del PIB lo permita, como hizo Alemania para modernizar la antigua RDA.

A corto plazo, el principal yacimiento de empleo reside en los servicios públicos, educación, sanidad, dependencia, señala González Viéitez. Sugiere que las rentas mínimas se transformen en salarios públicos y que la gente preste servicios, "que no esté parada en casa". Rebate la conveniencia de obras faraónicas, como los trenes: "Organicen el transporte", dice. Y, en su audacia, va más allá: considera conveniente moderar la dependencia del turismo. "Algunas zonas turísticas que se han quedado degradadas probablemente se tengan que echar abajo." Y propone una tasa turística "para compensar a los propietarios".

No comparte esa vía el exconsejero de Hacienda José Carlos Francisco, que preside la CEOE-Tenerife y ha dado la luz una saga de monografías sobre el porvenir de la economía en las Islas: "Las crisis anteriores quizá nos han impactado un poco menos. Y eso es porque el sector servicios, el sector turístico, ha sido la base nuclear de nuestra

economía. Es verdad que ahora nos afecta más que a otros, pero desde que desaparezcan las restricciones sanitarias, vamos a ir más rápido". Francisco defiende cierto grado de especialización en un sector monográfico, como ocurre con otras economía de la escala de Canarias. "Además, cambiar el modelo productivo lleva tiempo, el sector turístico seguirá siendo el motor durante más décadas".

"Pues yo estoy convencido de que, con las reservas cada vez mayores que hay hacia el uso del avión [por contaminante] este monocultivo del turismo de masas, sol, playa y 16 millones de personas está llegando a su fin", reitera Viéitez, que sugiere girar hacia un turismo de más calidad en tanto despegan las modernas vías de generar energías alternativas y hasta fabricar, como en Murcia, respiradores en impresoras 3D.

De esa diversificación se ha hablado mucho en el pasado sin grandes éxitos. Berástegui también contactó con el ingeniero Roque Calero, que elabora un plan regional de desarrollo sostenible para 2030 y predica la sostenibilidad y autosuficiencia. Sale a relucir el planeta África, donde hay 1.256 millones de personas que en 2050 se multiplicarán por dos, al lado de Canarias.

Rodríguez arguye: "Canarias debe tener algo de presencia en ese supermercado mundial, ofrecer algo que sea atractivo. ¿Sólo turismo? Teníamos la mejor harina de pescado del mundo, una buena industria tabaquera, algunos productos agrícolas de excelencia, flores. Y ahora preguntas: ¿qué ofrece Canarias? Salvas a Tirma o a alguna empresa de agroalimentación y casi no te queda nada".

Roque Calero entra en harina: "El problema es que al empresariado canario, que no es una élite pensante, ni tiene por qué serlo, solo se le ha ofrecido una pista de aterrizaje, el turismo. Cuando se le ofrezcan otras con un plan detallado, el dinero vendrá como a un panal de rica miel".

Que la ciencia nos proteja

Lunes 27 de abril

Una de las cosas que nunca agradeceremos suficientemente a este coronavirus del diablo es que nos ha bajado los humos y la ciencia se va a beneficiar y, por ende, la salud futura de nosotros y nuestra gente. A saber, si la humanidad se va a librar de una amenaza vírica mayor que estaba al caer a la vuelta de la esquina. En la última década ha habido tres ataques de este género a cual peor (sin duda, la palma se la lleva este SARS de última generación); he reparado en esa escalada y la conclusión podría ser: ¿viene caminando algo más gordo aún? Para lo cual nada mejor que este espasmo colosal, con un índice de letalidad menor de lo que parece, solo apreciable cuando se establezcan los registros más fiables de contagios tras los test masivos.

¿Por qué reinterpreto entre comillas (las muertes han sido, están siendo abusivas) esta irrupción del coronavirus de Wuhan? Porque ha puesto a la ciencia del mundo entero a investigar vacunas y tratamientos para una plaga gigantesca como esta capaz de extinguir en futuras arremetidas la raza humana encantadoramente entretenida hasta

el otro día en sus disputas de salón. Si no es por una sacudida como esta, no aprendemos. ¿De dónde venimos para más señas? Del debate estéril sobre el cambio climático, ante el escepticismo de los gobernantes más poderosos. Esta embestida de la Covid-19 de marras ha provocado un despertar de la conciencia mundial sobre el peligro que entrañan pandemias y otras hierbas. Y con el canguelo de las potencias viéndole las orejas al lobo, se han dirigido a la ciencia y le han inyectado inversiones millonarias para que acelere la investigación y de con la panacea. Jamás ha habido una conjura científica de esta magnitud contra una enfermedad. Si el mundo hubiera conspirado de esta manera contra el cáncer o en su día contra el Sida ya estarían superadas estas y otras afecciones gravemente mortales. Y lo mismo cabe suponer acerca de los infartos, ictus y demás accidentes cardiovasculares, causas letales de primer orden. O acerca del Alzheimer, el Parkinson, la obesidad o la diabetes. No se conoce ningún momento estelar de la ciencia como ahora volcada en resolver un problema de salud puntual. Los investigadores, habituados a mendigar limosnas a la Administración para sus proyectos y ensayos, ahora podrán nadar en la abundancia hasta dar con el antídoto del coronavirus, pues de ello depende la estabilidad de la economía del mundo y la salud del grueso de la humanidad, incluida la clase política, que no se ha librado del flagelo, como hemos visto. La ciencia debe aprovechar este viento a favor. Para sortear el actual desafío y para que se le tome en serio en relación con las otras prioridades financiadas con dificultad insultante.

El coronavirus nos ha conmocionado. Ha venido a sacudirnos las UCI y las conciencias. Saldremos siendo otros de este envite. Si la ciencia nos cura del virus y la economía vuelve a andar en breve evitándose un colapso mayor, creo que habremos entrado en una nueva fase, en la que el científico será elevado a los altares y el político sorullo que no

se quiera enterar del cambio bajará a los infiernos. Y que allí se pudra.

Con lo difícil que era antes morir y lo fácil que se ha puesto. Parte el alma asistir a la crónica de esta muerte anunciada, diariamente. Mueren tres nuevas víctimas en Canarias, y es un número muy bajo, pero conmueve; mueren más de 300 en España y casi se celebra la cifra moderada respecto a las de la semana anterior. Se nos han roto los esquemas y estamos sobrenadando este mar de náufragos; no todos llegarán a la orilla. Es terrible pensar que amigos cercanos, gente de todos conocida, centenares y miles de enfermos anónimos se enfrentan a una enfermedad que disfruta disfrazándose, como si el fantasma existiera y se multiplicara por todas partes y tuviera mil rostros. En mi fuero interno, hago votos por que la ciencia ocupe el trono de la influencia que está llamada a ejercer. La ciencia ha sido movilizada en todo el mundo. Miles de científicos libran una batalla encarnizada por dar con la vacuna y el fármaco. Bill Gates promete apoyar la producción masiva de una de las primeras grandes candidatas a vacuna del coronavirus, la del Instituto Jenner de la Universidad de Oxford y el Irbm Science Park. Gates tiene tanta fe en este antídoto experimental como la investigadora de zoología y microbiología en dicho centro académico Elisa Garanato. Ella no ha dudado en inocularse el fármaco, que no contiene la Covid-19, sino, según su propio testimonio, "una pequeña parte insertada en un virus diferente y no dañino. Esto evita que se propague, pero potencialmente puede activar el sistema inmunitario." Si todo sale bien, tenemos vacuna y, personalmente, deposito muchas de mis esperanzas en este taumaturgo millonario, cuya filantropía no es de boquilla, sino palpable a través de la fundación que lidera junto a su esposa. Dios le bendiga y salve muchas vidas con su empeño por combatir a los grandes enemigos de la humanidad, los virus, como viene predicando desde 2015. Esta es su "peor pesadilla hecha realidad",

como ha declarado al diario británico Times. Y la nuestra desde hace poco más de un par de meses.

Estos días teorizamos todos sobre el mundo venidero. Tengo dudas razonables sobre el grado de metamorfosis de que seamos capaces, como ya he dicho aquí. Supongo que durante un tiempo viviremos en un mundo de hipocondríacos, separados por mamparas de metacrilato en el trabajo, en la cafetería, en el bar, en la playa, en el coche, en casa, en la guagua, en el avión…, qué sé yo. No daremos un paso sin mascarilla. En el bolsillo todos llevaremos un bote de gel hidroalcohólico. Nos quitaremos los zapatos en la puerta, los desinfectaremos, lavaremos la ropa, nos ducharemos una y mil veces, y estaremos todo el rato espiando los movimientos, gestos y síntomas de la gente que nos rodea. Al mínimo sonido de tos huiremos despavoridos, suspenderemos reuniones, aislaremos al sospechoso, todos tendremos a mano un test rápido para salir de dudas… En fin, un manicomio. Y acaso un día de estos, dentro de dos o tres años, una vez la vacuna de Bill Gates resulte convincente y se deje de oír hablar de nuevos positivos y hospitalizados, nos atreveremos a dar el primer beso de riesgo a una persona desconocida, un abrazo o la mano a un extraño, seguramente cotejando las reacciones de nuestra App del móvil en el mundo de las tecnologías de vigilancia que nos anunciaba Yuval Noah Harari. Y nos tocaremos la cara intencionadamente, rompiendo un tabú, ya digo, probablemente, dentro de unos meses o unos años. Pero tenemos que seguir viviendo, esta será una etapa más de un mundo siempre excéntrico. La ciencia será mimada, los epidemiólogos y virólogos serán gurús, dioses, mitos, tótems de la sociedad de a pie, en detrimento, acaso, de políticos y sacerdotes. Ellos tendrán en sus manos el don de hacer milagros. Suya será la gracia divina y les deberemos gratitud eterna. Doctor, ¿me pondré bien? Su mirada nos sanará.

Si algún día vuelve el turismo a ser lo que era, lo contaremos. Ojalá sea más equilibrado y, por tanto, rentable en términos también humanos, ambientales y cívicos. De momento, está crudo que el turismo levante la cabeza. Las Islas tienen la obligación de reinventarse para no morir en el intento. El presidente Torres ultima un plan de reconstrucción que presentará el viernes. Este hombre se ha revelado hasta ahora un político que cae bien a la gente. ¿Será capaz de sortear las embestidas de esta crisis mata gobiernos? La Torre de Torres nos ha sorprendido desde el primer día, desde los incendios de Gran Canaria, la quiebra de Thomas Cook y la calima de febrero en Santa Cruz hasta la llegada furibunda del coronavirus. El tiempo dirá qué reservas tiene en el depósito este presidente y este gobierno.

Mañana, el Consejo de Ministros aprobará el plan de desescalada. Estamos en plena cuenta atrás. Con las cautelas del caso, y mientras en España sigue muriendo mucha gente, sitios como Canarias, Baleares o Andalucía reclaman su derecho a adelantar los plazos de desconfinamiento y reactivación de la economía. La presión de Canarias se abre paso. Hoy el ministro Ábalos le hizo un guiño en ese sentido, y quizá mañana tengamos sobre la mesa las fases en que Canarias irá dando marcha atrás. Esperan en cola los comercios, las tiendas, los restaurantes, los gimnasios… El turismo deberá aguardar más tiempo.

La recesión -de corta o larga duración, a saber- es inevitable. El paro se va a disparar en el archipiélago. Es necesario releer el reportaje de Berástegui con los economistas. Si el desempleo se eleva al 50% habrá hambre, miseria y dolor. Necesitamos un Plan Marshall, como venimos reclamando desde DIARIO DE AVISOS (como España necesita un Plan Marshall de Europa sin más rodeos), o el volcán va a estallar ineludiblemente. Daniel Tovar ha concertado un encuentro con Otero Novas, exministro de Suárez. Le sugiero que le pregunte por el período

crítico de los años 70 que vivieron ellos en el Gabinete de la Transición, cuando Cubillo desde Argel desencadenó una cruzada independentista que tenía a España a malvivir ante el temor de que Naciones Unidas la emplazara a descolonizar Canarias en cualquier momento. Sobornaron a presidentes africanos, dedicaron todo el tiempo del mundo a contrarrestar los avances de Cubillo (el ministro de Exteriores, Marcelino Oreja, se entretenía en su contraofensiva en los países miembros de la OUA detrayendo tiempo del resto de asuntos de su cartera. Le digo que le pida su testimonio, porque el actual Gobierno de España, una generación posterior, desconocen los antecedentes de esta tierra al borde de la ruina y el abandono tras la pérdida del Sáhara a manos de Marruecos. La historia puede repetirse en un seísmo como este, y puede despertar al volcán dormido.

Desde el día de hoy, cerca de cien mil personas en Canarias optan a una paga de emergencia de entre 367 y 478 euros para poder comprar alimentos. Es un número considerable de personas que carecen de ingresos y prestaciones públicas, por proceder de la economía sumergida en su mayor parte. Y son solo la punta del iceberg.

Me detengo hoy en dos imágenes, antes del cierre de la edición de mañana. La de don Miguel, de 83 años, que sale del hospital de la Candelaria limpio del coronavirus tras un mes de dura batalla, entre aplausos. Se dirige al móvil que le graba y dice escuetamente, bajo la mascarilla, con aspecto sano: "Ya estoy fuera, hija". La otra imagen es la de unos músicos abrazándose. Son los componentes de la Joven Orquesta de Canarias (JOCAN). Una voz narra la importancia de los abrazos: "Ahora sabemos que aquellas pequeñas cosas no eran tan pequeñas". Es una voz dulce de acento canario que abraza al oírla. El vídeo me lo envía mi amigo Víctor Pablo Pérez, director de la orquesta. Hacemos algunas capturas y publicamos esa imagen que refleja el sentimiento

colectivo ante lo que nos sucede estos días de peregrinación bajo las tinieblas del túnel del virus. Ya en el cierre subimos la última noticia de la noche: una clienta de un supermercado, en Ávila, descubre en el interior de un carrito de la compra el cuerpo de un bebé de pocos días envuelto en una bolsa. Vivo.

El primer día de Mañana

Martes 28 de abril

Estoy cargado de preguntas, de dudas y de energía. Esta noche no conciliaré fácilmente el sueño. Vengo del periódico de las buenas noticias. En la edición de mañana titulamos en portada que 'Sánchez empieza el desconfinamiento por Canarias'. La Gomera, El Hierro y La Graciosa iniciarán el lunes, junto a Formentera, el plan nacional de desescalada, que se nutre de algunas ideas sugeridas por el Ejecutivo de Torres; los comercios y hoteles abrirán el 11, y los restaurantes, el 25.

Sánchez, en una alocución esperada tras el Consejo de Ministros, anunció la primicia de Canarias al frente de la cuenta atrás. Los enemigos del pacto de Gobierno de Canarias han acariciado la posibilidad de que el presidente ninguneara a estas islas. Transcurrieron apenas unas horas, uno, dos días y la teoría se vino abajo. Hoy Sánchez no solo concedió a Canarias (en particular, a La Gomera, El Hierro y La Graciosa) la avanzadilla, sino que en su descripción de las cuatro fases de desescalada para los dos próximos meses (mayo y junio) evidenció inspirarse en algunas de las ideas del protocolo canario, como lo con-

cerniente a las franjas horarias de salida a la calle. El desconfinamiento y la desescalada son las dos palabras de moda, que reemplazan en el inconsciente colectivo la anterior fijación con respecto a otros latiguillos de guerra: estado de alarma, semanas muy duras, resistencia, aislamiento, distanciamiento social. Vengo sospechando que pronto pasaremos página y nos olvidaremos de esta pesadilla. Pero lo que esta noche he hecho es exactamente el mismo ejercicio de documentación de las primeras noches, cuando regresaba a casa, después de cerrar un periódico bajo el signo apocalíptico de una catástrofe sin precedentes, y me ponía a cotejar datos de gripes estacionales con los del coronavirus. Admito que entonces la incidencia del SARS-CoV-2 era mínima; hoy son más de 23.000 muertos en España y de 214.000 en el mundo. Pero aun así, las cifras de la tragedia no acaban de disipar mis dudas. Rebobino y vuelvo a las cifras de la gripe estacional. Cierto que en la temporada 2018-19, teniendo vacuna para el virus, hubo oficialmente 6.300 defunciones (un dato al que naturalmente hay que sumar los miles de óbitos que se habrían producido de no contar con antídoto). Una de las cifras que me llama la atención es el elevado número de enfermos de gripe estacional que se registró pese a disponer de vacuna: más de medio millón, con 35.000 hospitalizaciones y 2.500 ingresados en la UCI. Se calcula que la vacuna evitó un 38% de muertes. La OMS, que ya considera per se a la gripe como pandemia, estima que cada año fallecen en el mundo a causa de esta enfermedad recurrente 650.000 personas. Hasta el momento, el coronavirus ha provocado cerca de 2015.000. No descarto que iguale e incluso supere la cifra de la gripe, pero reitero que de la Covid-19 carecemos por el momento de una vacuna, y de la gripe gozamos de protección (otra cosa es que haya capas de la sociedad que no se vacunan o que, incluso, existe una corriente contraria a la administración del antígeno). Es decir, durante

años admitimos y digerimos los muertos por gripe como ley de vida; en cambio, el foco puesto sobre el coronavirus es de tal impacto que la hemos convertido en la mayor tragedia de la historia de la humanidad. Y a fecha de hoy aún no ha ocasionado la tercera parte del balance mortuorio de una simple gripe estacional. Habitualmente, los expertos advierten del riesgo potencial de sufrir una pandemia de gripe de efectos devastadores en la vecina África subsahariana, con el mayor riesgo de mortalidad, seguida del Mediterráneo oriental y el sudeste asiático. La gripe puede enfermar a mil millones de personas. Pensemos en esta cifra y en la de afectados hasta hoy de coronavirus: 3.100.000.

He descubierto algo que desconocía. La OMS estaba con la mosca detrás de la oreja. En septiembre de 2019, a apenas cuatro meses de que estallara el Covid 19, el organismo internacional urgía a los países miembros para adoptar medidas excepcionales y coordinarse, porque "el mundo no está preparado para una pandemia", y ya decía que la amenaza de que un patógeno se extendiera y matara a decenas de millones de personas "es real". El grupo de gurús de la OMS precisaba en esa antevíspera del coronavirus que una enfermedad similar a la gripe podría propagarse por el planeta en apenas 36 horas y matar a 80 millones de personas (la gripe española causó la muerte de 50 millones). El informe se titulaba 'Un mundo en riesgo', y había sido elaborado por la Junta de Monitoreo de Preparación Global: un equipo de expertos en salud dirigido por un exjefe de la OMS alertaba que un brote de esa envergadura con una población que viaja como nunca tendrían consecuencias peores. Aquellos científicos hicieron un llamamiento -por lo que se ve, en vano- a los líderes mundiales para tomar precauciones que evitaran las desgracias. Ese informe, por tanto, hablaba de un supuesto patógeno de rápido movimiento "con el potencial de matar a decenas de millones de personas, desestabilizar las economías y ame-

nazar la seguridad nacional." Ya reconocían sus autores que los esfuerzos para enfrentarse a semejante peligro, como ocurrió con el Ébola, son "extremadamente insuficientes". Y, a su vez, recordaba que recomendaciones por el estilo formuladas anteriormente fueron simplemente ignoradas por los líderes mundiales. Sigo leyendo a los profetas de la OMS: "Durante demasiado tiempo hemos permitido un ciclo de pánico y negligencia cuando se trata de pandemias: aumentamos los esfuerzos cuando hay una amenaza grave, y luego nos olvidamos rápidamente de ellos cuando la amenaza desaparece. Ya es hora de actuar". Entre las posibles infecciones nuevas señala el informe los virus Ébola, Zika y Nipah, junto a cinco tipos de gripe. En otro grupo de patógenos candidatos a paralizar el mundo cita el virus del Nilo Occidental, la resistencia a los antibióticos, el sarampión, la mielitis flácida aguda, la fiebre amarilla, el dengue, la peste y la viruela humana. En otra parte del informe se insiste, como si lo que iba a ocurrir en pocos meses estuviera proyectándose en una pantalla: "Existe una amenaza muy real de una pandemia altamente letal y de rápido movimiento de un patógeno respiratorio que mata de 50 a 80 millones de personas y destruye casi el cinco por ciento de la economía mundial. Una pandemia global en esa escala sería catastrófica, creando estragos, inestabilidad e inseguridad generalizados. El mundo no está preparado. En el caso de una pandemia, muchos sistemas nacionales de salud, particularmente en países pobres, colapsarían." En ese momento, Tedro Adhanon Ghebreyesus, director general de la OMS, demandó de los gobiernos que "presten atención a las lecciones que estos brotes nos están enseñando" y que "arreglen el techo antes de que llueva". En sus orientaciones -las formularon, repito, como si estuvieran viendo las escenas actuales en una bola de cristal, un Aleph del mundo, en clave premonitoria- el equipo de adivinos de la OMS señaló que los gobiernos debían desti-

nar fondos para poner en marcha los protocolos y hacer simulacros rutinarios. Tajantemente, la OMS advirtió que a principios de 2020 habría una pandemia de gripe causada por un virus en el aire que sería inevitable y que el mundo debería estar preparado para combatirla. "El riesgo de que un nuevo virus de la gripe se propague de los animales a los seres humanos y cause una pandemia es constante y real. La cuestión no es saber si habrá una pandemia de gripe, sino cuándo ocurrirá", anunció, en línea con sus apóstoles, el director general de la OMS en marzo de 2019.

El hecho es que al parecer todo el mundo hablaba de esa pandemia que estaba al llegar, desde Obama a Bill Gates y la OMS, y nosotros sin enterarnos, o bien por distraídos o por imperdonablemente escépticos. Y, lo que es peor, los estados, los dirigentes, los gobiernos estaban avisados con gran antelación. No hicieron nada. La profecía de la pandemia recuerda a la del cambio climático, que suscita negacionistas poderosos capaces de acelerar con su actitud la cada vez más inminente catástrofe ambiental. Pues lo mismo. La gripe registra cada año cerca de mil millones de casos. Reitero que el coronavirus va, por ahora, por tres millones cien mil contagiados, lo cual resulta una inexplicable disfunción: o bien la gripe estacional que afecta a la séptima parte de la humanidad cada año se alarga en el tiempo y los pacientes no llegan a colapsar el sistema sanitario, o estamos ante una monumental paradoja, pues ante un problema infinitamente menor hemos estrangulado la economía y desatado una ola de pánico. ¿Nos preparamos para algo?, ¿nos entrenan para una pandemia de verdad?, ¿el coronavirus es el sparring de un evento sanitario demencial para el que, como ante una invasión extraterrestre, hay que ensayar un repliegue masivo e instantáneo? ¿Y ahora nos instruirán en una suerte de cultura búnker, de preparativos para fortificar nuestras viviendas ante

enemigos impredecibles? Esta noche -ya lo advertí- estoy rebuscando en los antecedentes y regreso a mi perplejidad de hace mes y medio. Estos son los datos. O alguien nos engaña. O el misterio es demasiado evidente. Ha habido un exceso de celo a la hora de paralizar la economía y entregarnos en brazos del miedo. La Covid-19 es multicontagiosa y puede ser en un porcentaje del 1 al 5 letal. Pero la gripe estacional no lo es menos.

Decía que cada año se registran en el mundo cerca de mil millones de casos de gripe estacional, de los cuales entre tres y cinco millones son graves, y entre 290.000 y 650.000 personas fallecen por causas respiratorias. Son los datos publicados. No desempolvo documentos secretos.

Lo que nos retuerce las tripas es que la OMS avisara de su estrategia desde un año antes sobre la necesidad de fortalecer las capacidades nacionales de vigilancia, prevención y tratamiento en aras de la seguridad sanitaria mundial. Instaba a esforzarse en producir vacunas, antivíricos y fármacos más eficaces al que tuvieran acceso todos los países. Creo que esas recomendaciones se convirtieron en papel mojado. Y nos cogió el toro.

Por lo demás, brindo por el gesto de Bill Gates y su esposa, Melinda, de financiar la vacuna de Oxford si se revela eficaz. La vacuna universal puede ser cualquier otra -incluso, la española en ciernes, o una de las chinas-, pero necesitamos que alguien la produzca masivamente ante la previsible segunda oleada de invierno por parte del virus.

La jornada no termina sin confirmar el secreto a voces de una muerte anunciada: la de Michael Robinson, el exfutbolista y comunicador fallece víctima de un melanoma diagnosticado en 2018. La vida, efímera y fugaz, se apaga como en un soplo y la muerte, cualquier enfermedad, se lleva gente a la que uno le coge afecto y simpatía. Son días fúnebres, sombríos, lúgubres, siniestros, tan tristes… Se van los

que cumplen un tiempo impredecible y es inevitable pensar en el círculo que nos rodea a cada uno de nosotros, donde están las personas que más quieres y por las que temes y padeces… Esto ha conseguido hacer de nosotros 2020. El año de la guadaña. Necesitamos urgentemente un cambio de chip. Un giro copernicano en nuestra mentalidad o nos estamos dejando arrastrar por la inercia de las caducidades y nos conviene una era de fertilidad. Quizá por ahí deba discurrir el futuro psicológico y cultural de la sociedad que inauguramos desde esta jornada que proclama el desconfinamiento. La salida del túnel no puede cogernos con este semblante taciturno. "Habiendo escuchado al rayar el alba el pájaro incomparable, el tordo, entre los cedros de los pantanos,/solitario, cantando al Oeste, entono el himno de un Nuevo Mundo", dijo en sus hojas de hierba mi admirado Whitman, que suelo traer a colación. Por él esta noche recobro fuerzas tras vaciarme en este apunte y desemboco en la madrugada. Mañana será otro día. Y aquí lo invoco como el primer día de Mañana.

Un mundo de "sociópatas", según Chomsky

Miércoles 29 de abril

Anoche me acosté muy tarde. Escribí, seguí con alguna lectura, volví a escribir, contemplé todo el rato el mar en la oscura bahía viendo pasar fugaces falúas a motor, incluso a lo lejos acercarse un barco de gran tamaño, que mañana estará atracado delante de mi ventana. Me entretuve mirando nubes pasajeras y recordé que este miércoles, o sea hoy, atacará a varios millones de kilómetros de la tierra uno de esos asteroides catalogados de altamente peligrosos.

En el Congreso, el diputado de Nueva Canarias, Pedro Quevedo, se incomodaba con las largas que le daba la ministra de Hacienda, María Jesús Montero, en la sesión de control al Gobierno, cuando le reclamaba para las Islas la misma flexibilidad que ha tenido Europa con España, al suspender las reglas fiscales. Endeudamiento. Quevedo insistió una y otra vez en la necesidad imperiosa de que el Estado apriete el botón y autorice a la comunidad autónoma a endeudarse para sortear la mayor crisis de su historia con el turismo reducido a cero, el sector del que depende el 35% del PIB canario y el 40% del empleo. Esa cuerda

está tensa. Conviene al Gobierno canario que Sánchez abra la mano, o, como hemos anunciado en nuestro periódico, explotará el volcán. Todas las corporaciones comienzan a anunciar planes de choque; el Cabildo de Tenerife es de los primeros: unos 150 millones.

La Gomera, El Hierro y La Graciosa se preparan para inaugurar la desescalada el lunes. Hay un gran debate en todo el país sobre las medidas a partir de ese día para el conjunto del Estado. Sánchez en el Congreso recibió un aluvión de reproches, entre ellos de sus propios socios catalanes y vascos. Pierde paulatinamente adhesiones, no sé si apoyos, que necesita para gobernar y, entre otras cosas, para sacar la próxima prórroga del estado de alarma. Las autonomías, de raigambre nacionalista, piden cogestionar el desconfinamiento. Se aproximan sesiones tensas, pese a que aparentemente los partidos se dispongan a hablar de la reconstrucción del país en una suerte de nuevos Pactos de la Moncloa. Pero Canarias es paradigmática. Y el País Vasco también. Sánchez ha de imprimir un giro descentralizador a su gestión de la crisis, o, como afirma Chomsky, pecará de autoritario, el riesgo que el lingüista y filósofo estadounidense ve venir en una conversación con El Clarín, que estoy leyendo esta noche.

Noam Chomsky, nonagenario y lúcido en su extrema ideología insobornable de izquierda, carga contra el sistema en la entrevista a propósito de la pandemia, "otro fallo masivo y colosal de la versión neoliberal del capitalismo". Desde su casa de Tucson (Arizona) analiza la crisis del virus. A su juicio, los gobiernos están siendo "el problema y no la solución". Con 91 sigue dando guerra. El virus no es sino un caballo sobre el que galopa contra Trump y se hace eco de lo que, como comenté ayer aquí, parece ser que era un secreto a voces: "Los científicos sabían que vendrían otras pandemias (alude al precedente de la del SARS en 2003), probablemente de la variedad del coronavirus. Hubiese

sido posible prepararse en aquel punto y abordarlo como se hace con la gripe. Pero no se hizo. Las farmacéuticas tenían recursos y son súper ricas, pero no lo hacen porque los mercados dicen que no hay beneficios en prepararse para una catástrofe a la vuelta de la esquina. Y luego viene el martillo neoliberal. Los gobiernos no pueden hacer nada. Están siendo el problema y no la solución." El venerable teórico arremete contra Trump y su Gobierno: "Ahora buscan desesperadamente culpar a alguien. Culpan a China, a la OMS y lo que han hecho con la OMS es realmente criminal. ¿Dejar de financiarla? ¿Qué significa eso? La OMS trabaja en todo el mundo, principalmente en países pobres, con temas relacionados con la diarrea, la maternidad. ¿Entonces qué están diciendo? Matemos a un montón de gente en el sur porque quizás eso nos ayude con nuestras perspectivas electorales. Eso es un mundo de sociópatas." Tiene una opinión atroz de la figura del presidente norteamericano y su estela: " A Trump hay que concederle un mérito: es probablemente el hombre más seguro de sí mismo que ha existido nunca. Es capaz de sostener un cartel que dice 'los amo, soy su salvador, confíen en mí porque trabajo día y noche para ustedes' y con la otra mano apuñalarte en la espalda. Es así cómo se relaciona con sus votantes, que lo adoran independientemente de lo que haga. Y recibe ayuda por un fenómeno mediático conformado por Fox News, Rush Limbaugh, Breitbart que son los únicos medios que miran los republicanos. Si Trump dice un día es solo una gripe, olvídense de ella, ellos dirán que sí, que es una gripe y que hay que olvidarse. Si al día siguiente dice que es una pandemia terrible y que él fue el primero en darse cuenta, lo gritarán al unísono y dirán que es la mejor persona de la historia. A la vez, él mismo mira Fox News por las mañanas y decide qué se supone que tiene que decir. Es un fenómeno asombroso. Rupert Murdoch, Limbaugh y los sociópatas de la Casa Blanca están llevando

el país a la destrucción." Cree que la suerte está echada. Depende de la reacción de la gente, pero los gobiernos sacarán el rejo represor: "Eso depende de la gente joven. Depende de cómo la población mundial reaccione. Esto nos podría llevar a estados altamente autoritarios y represivos que expandan el manual neoliberal incluso más que ahora. Recuerde que la clase capitalista no cede. Piden más financiación para los combustibles fósiles, destruyen las regulaciones que ofrecen algo de protección… En medio de la pandemia en EE.UU. se han eliminado normas que restringían la emisión de mercurio y otros contaminantes… Eso significa matar a más niños estadounidenses, destruir el medio ambiente. No paran. Y si no hay contrafuerzas, es el mundo que nos quedará." No tiene una buena opinión del país en el que vive: "Lo que está pasando a nivel internacional es bastante chocante. Está eso que llaman la Unión Europea. Escuchamos la palabra unión. Mire a Alemania, que está gestionando la crisis muy bien. En Italia la crisis es aguda. ¿Están recibiendo ayuda de Alemania? Afortunadamente están recibiendo ayuda, pero de una "superpotencia" como Cuba, que está mandado médicos. O China, que envía material y ayuda. Pero no reciben asistencia de los países ricos de la Unión Europea. Eso dice algo. El único país que ha demostrado un internacionalismo genuino ha sido Cuba, que ha estado siempre bajo estrangulación económica por parte de EE.UU. y por algún milagro han sobrevivido para seguir mostrándole al mundo lo que es el internacionalismo. Pero esto no lo puedes decir en EE.UU. porque lo que tienes que hacer es culparlos de violaciones de los derechos humanos. De hecho, las peores violaciones de derechos humanos tienen lugar al sudeste de Cuba, en un lugar llamado Guantánamo que Estados Unidos tomó a punta de pistola y se niega a devolver. Una persona educada y obediente se supone que tiene que culpar a China, invocar el peligro amarillo y decir que los chinos

vienen a destruirnos, nosotros somos maravillosos." Sus simpatías son para Bernie Sanders, ya a destiempo: "Hay una llamada al internacionalismo progresista con la coalición que empezó Bernie Sanders en Estados Unidos o Varoufakis en Europa. Traen elementos progresistas para contrarrestar el movimiento reaccionario que se forjó desde la Casa Blanca de la mano de estados brutales de Oriente Medio, Israel o con gente como Orban o Salvini, cuyo disfrute en la vida es asegurarse de que la gente que huye desesperadamente de África se ahoga en el Mediterráneo. Pones todo ese "reaccionarismo" internacional en un lado y la pregunta es: ¿serán contrarrestados? Y solo veo esperanza en lo que ha construido Bernie Sanders. Se dice comúnmente que la campaña de Sanders fue un fracaso. Pero eso es un error total. Ha sido un enorme éxito. Sanders ha conseguido cambiar el ámbito de la discusión y la política y cosas muy importantes que no se podían mencionar hace un par de años ahora están en el centro de discusión, como el Green New Deal, esencial para la supervivencia. No lo han financiado los ricos, no ha tenido apoyo de los medios. El aparato del partido tuvo que manipular para evitar que ganase la nominación. De la misma manera que en Reino Unido el ala derecha del Partido Laborista ha destruido a Corbyn, que estaba democratizando el partido en una manera que no podían soportar. Estaban dispuestos hasta a perder las elecciones. Hemos visto mucho de eso en EE.UU., pero el movimiento permanece. Es popular. Está creciendo, son nuevos... Hay movimientos comparables en Europa, pueden marcar la diferencia." Este es su actual análisis de la globalización: "No hay nada malo con la globalización. Está bien ir de viaje a España, por ejemplo. La pregunta es qué forma de globalización. La que se ha desarrollado ha sido bajo el neoliberalismo. Es la que han diseñado. Ha enriquecido a los más ricos y existe un enorme poder en manos de corporaciones y monopolios.

También ha llevado a una forma muy frágil de economía, basada en un modelo de negocio de la eficiencia, haciendo las cosas al menor costo posible. Ese razonamiento te lleva a que los hospitales no tengan ciertas cosas porque no son eficientes, por ejemplo. Ahora el frágil sistema construido está colapsando porque no puede lidiar con algo que salió mal. Cuando diseñas un sistema frágil y centralizas la manufacturación y la producción solo en un lugar como China, mira Apple, tiene enormes beneficios, de los que pocos se quedan en China o en Taiwán. La mayor parte de su negocio va a parar a donde probablemente han puesto una oficina del tamaño de mi estudio, en Irlanda, para pagar pocos impuestos en un paraíso fiscal. ¿Cómo es que pueden esconder dinero en paraísos fiscales? ¿Es eso parte de la ley natural? No. De hecho en Estados Unidos, hasta Reagan, era algo ilegal. Igual que las compraventas de acciones. ¿Eran necesarias? Lo legalizó Reagan. Todo fue diseñado, son decisiones que tienen consecuencias que hemos visto a lo largo de los años y una de las razones por las que encontrarás lo que se mal llamó populismo. Mucha gente estaba enfadada, resentida y odiaba al gobierno de forma justificada. Eso ha sido un terreno fértil para demagogos que podían decir 'soy tu salvador y los inmigrantes esto y lo otro'. Es muy interesante ver esa discusión. Los programas de Sanders, por ejemplo, sanidad universal, tasas universitarias gratuitas, lo critican en todo el espectro ideológico. Las críticas más interesantes vienen de la izquierda. Los columnistas más liberales del New York Times, CNN y todos ellos dicen que son buenas ideas, pero no para los estadounidenses. La sanidad universal está en todas partes. En toda Europa de una forma u otra. En países pobres como Brasil, México ¿Y la educación universitaria gratuita? En todas partes Finlandia, Alemania, México en todos lados. Así que lo que dicen los críticos en la izquierda es que Estados Unidos es una sociedad tan atrasada que no se

puede poner a la altura del resto del mundo. Y te dice bastante de la naturaleza, la cultura y de la sociedad."

Reflexiones de un viejo rockero que no tira la toalla. Las relaciones internacionales se tensan. El presidente español no oculta su 'distanciamiento social' del primer ministro holandés, Mark Rutte, enemigo de prestar ayuda a los países del sur mutualizando la voluminosa deuda que requerirán. Hoy un trabajador de la basura bromea con el primer ministro holandés, durante una visita a su puesto de trabajo. "No les des dinero a España y a Italia", le grita. Y Rutte, torpemente, gesticula con el dedo pulgar hacia arriba y hace comentarios de complicidad. Se ha ganado las iras de Portugal, España e Italia. Lamentable conducta la de esta casta de políticos nórdicos y opulentos frente a la Europa menesterosa, que, sin embargo, tiran del carro de Europa: no en balde Italia y España son la cuarta y quinta economía del club. Ufanos holandeses…

El mundo ya suma 3.200.000 contagiados, cerca de un millón de curados y 227.000 muertos. Estados Unidos se consolida como el epicentro: más de un millón de casos positivos, 61.000 fallecidos y 145.000 recuperados. Reino Unido ya supera a España en muertos (26.000 frente a 24.000). Italia acumula 27.600 muertos; Francia crece y ya tiene 24.000 fallecidos. Y Alemania, que alardea de exquisita gestión, sufre un repunte, asciende a 6.400 muertos y 161.000 afectados.

Por suerte viene de golpe el verano, con fuerte calor, el peor enemigo del virus, cuando mayo toca a la puerta. Unas imágenes en blanco y negro engrosan el fotolibro que realiza el laureado artista palmero Emilio Barrionuevo, que nos cede algunas de sus imágenes para recrear un reportaje de su trabajo en los frentes de la batalla contra el virus en la isla, bajo el título de 'El año que reinó el silencio". Una de las fotos muestra, en una atmósfera sobrecogedora, a un grupo de sa-

nitarios en el búnker del acuartelamiento de El Fuerte, en Breña Baja.

Lejos de las Islas, en una de las ciudades mortuorias por el azote del insaciable virus, Nueva York, una anciana de 101, de nombre Angelina Friedman, exhibe tres medallas: sobrevivió a la gripe española, al cáncer y ahora al coronavirus. Su ADN debería ser estudiado por el 'ejército' de esta guerra, los científicos, pues en él han de residir algunas claves de las futuras vacunas que demanda la humanidad. Es tarde, a punto de cerrar la edición, cuando recibo la llamada de Wolfredo Wildpret, en una especie de dèjá vu. Llama cada año por esta fecha al periódico: "Mañana es el Día Internacional del Jazz. Acabo de acordarme y estoy escribiendo un artículo. No quiero fallar a la cita. ¿Me esperas?" Lo esperamos y mañana se publica en la página 10.

La gente sale, la recesión entra

Jueves 30 de abril

Para el caso, estamos a las puertas del final de esta cuarentena. En realidad, se ha desvirtuado hasta donde resistió la economía. Hoy mismo, cuando ya es evidente que el Gobierno está decidido a levantar de facto el confinamiento, aun cuando lo prorrogue quince días más con carácter formal, trasciende el dato inquietante del descalabro económico español y europeo. La economía española acusa de lleno el impacto de la crisis del coronavirus y experimenta un retroceso del 5,2% en el primer trimestre del año, el peor dato desde la Guerra Civil. Es el mayor desplome trimestral registrado en toda la serie histórica del INE desde 1970. (Anteriormente, el mayor batacazo trimestral del PIB español correspondía al primer trimestre de 2009, al inicio de la Gran Recesión, con un -2,6%.) Con esta tarjeta de presentación, España da por hecho su ingreso en un periodo de recesión, al no dudarse de que acumulará un segundo semestre negativo, como establece la regla técnica de semejante regresión. El segundo trimestre será peor que el primero. Entre abril y junio cae de lleno la paralización de la economía

con motivo de la declaración del estado de alarma. El panorama empeora por momentos. El Banco de España había calculado una caída del 4,7%. En la eurozona la cosa ha discurrido en paralelo, por la senda negativa de la media interestatal. La economía europea, que venía de seis años de crecimiento sostenido tras dejar atrás la crisis de 2008, retrocedió un 3,8%, la mayor caída intertrimestral desde el inicio de su serie histórica en 1995. Supera así el anterior récord de la Gran Recesión. Junto a España han arrojado un balance negativo Italia (-4,7%) y Francia (-5,8%). Se prevé una caída del 15% en el PIB de la eurozona a final de año. La presidenta del BCE, Christine Lagarde, augura una recesión "sin equivalente en tiempo de paz". La ministra de Hacienda, María Jesús Montero, que sintió las balas silbando cerca de ella en la sesión de control del Gobierno en el Congreso el pasado miércoles, cuando el diputado Pedro Quevedo (NC) le recordó que Canarias necesita luz verde del Estado para usar el superávit y endeudarse, con el cierre turístico, hoy habilitó 5.500 millones de euros como adelanto a las comunidades autónomas de las liquidaciones de 2018 que iban a percibir en julio.

En medio de este clima económico dantesco, el Gobierno abre definitivamente la mano del confinamiento y anuncia que mañana sábado podrán salir a pasear o practicar deporte los adultos, según franjas horarias, de 6.00 a 10.00 y de 20.00 a 23.00, evitando que menores y mayores de edad coincidan en su hora al día de esparcimiento. Las personas mayores y dependientes podrán salir acompañadas y los runners tendrán la oportunidad de volver a la calle y ejercitarse. La desescalada económica la llevan peor los empresarios, que en el sector de hostelería se niegan a abrir sus negocios (bares, restaurantes, terrazas) el 11 de mayo, como prescribe el Gobierno, por temor a las pérdidas a que aboca el recorte de aforo a un tercio de su capacidad. Los 200 bares y

restaurantes del centro de Santa Cruz se plantan y rechazan abrir.

La nueva normalidad se abre paso. Vuelven los entrenamientos y en junio las competiciones futbolísticas. El mundo había eclipsado cuando se detuvo el fútbol, cuya capacidad de irradiar pasiones y economías derivadas es determinante a la hora de reconocernos de vuelta a la normalidad. Empieza a fraguarse la vuelta de la industria del gol, el balón pronto rodará sobre el verde. Y esa será la señal de que todo vuelve a ser normal. Pronto decaerán los aplausos vespertinos y la pirotecnia efusiva de los balcones. Pues la calle recuperará parte de su latido habitual e iremos replegando toda esa exhibición de camaradería suplementaria. Seguimos en el periódico reuniendo buenas noticias. Los dos fármacos que se disputan el trono de un tratamiento eficaz a corto plazo son el remdesivir (fabricado contra el Ébola sin éxito) y la cloroquina o su versión más tolerable, la hidroxicloroquina. Pero no existe todavía un medicamento prevalente que reine sobre todos los demás, a falta del elixir de la vacuna, que podría estar en el primer semestre del próximo año, según el ministro Illa, o antes, según otras fuentes más optimistas. En breve tiempo, la OMS anunciará los resultados de su ensayo internacional, Solidarity, para dar con un tratamiento eficaz. Las escenas y noticias siguen siendo demoledoras, mientras en España y Canarias prosigue la evolución favorable de la enfermedad. En Nueva York, la policía descubre medio centenar de cadáveres en descomposición dentro de varios camiones. Atroz.

Contemplamos, quizá por última vez hasta no sabemos cuándo, las imágenes captados con drones por una empresa local, Airmedia 360, con el Auditorio y Cabo Llanos a vista de pájaro. Solo casas, edificios, cemento, sin un alma sobre el asfalto. Síntoma de que la psicosis pasa -la enfermedad aún no, presente, aunque en claro retroceso- es la noticia de una mujer que tras comprar rollos de papel higiénico de ma-

nera compulsiva, ahora no sabe qué hacer con ellos y los ha puesto a la venta en Facebook, no sin haber recibido una polvareda de los internautas. Estamos a un paso de este viernes 1 de mayo, día de los trabajadores, sin manifestaciones en la calle sino manifiestos de carácter virtual, y vuelve la calima y el calor en plena primavera. El coronavirus no se pondrá contento.

Fin de cuarentena: socializamos el virus

Viernes 1 de mayo

Se acaba el confinamiento en el sentido literal de la palabra. Como en las cuarentenas de la Edad Media, hemos permanecido entre cuatro paredes cincuenta días, hasta que el Gobierno ha iniciado el deshielo del encierro, primero con el permiso para sacar a los niños a pasear. Y ahora, desde mañana sábado, dando luz verde a que la gente, las familias, los adultos, los runners, los mayores, todos, puedan salir a pasear, a correr, a restablecer el contacto con el exterior. Será por franjas horarias y con cautelas y limitaciones. Pero la cuarentena, el confinamiento han terminado. Y lo que resta es un estado de alarma light, con sucesivas versiones relajadas hasta concluir, en unas semanas, en la definitiva desescalada. Desde el lunes, primero nuestras islas de La Gomera, El Hierro y La Graciosa, junto a la balear Formentera, y una semana más tarde el conjunto del país experimentarán la reapertura de pequeños locales, luego de superficies mayores, hasta desembocar en la reanudación económica en todos los ámbitos. El último, y ese será nuestro Talón de Aquiles, el turismo, deberá esperar quizá meses

a que el hábito vuelva a hacer al monje y la gente viaje con el carnet de buena salud en el bolsillo, o sea en la App del móvil. El mundo vigilado que decía Harari ya está aquí.

Canarias frente a Madrid. La historia de cada crisis acaba con la misma mirada de lejos entre el centro y la ultraperiferia. Ahora toca inventario y ruina. Pero esta desgracia se pudo evitar. Recapitulemos. Retomo lo esencial de lo ya deslizado en páginas anteriores, para fijar nuestra atención en la magnitud del despropósito y de la negligencia que han traído estas consecuencias irreparables en vidas humanas. Con la documentación de que se dispone se sabía a ciencia cierta que una pandemia tocaba a la puerta. Esto es así. Y era solo cuestión de tiempo toparse con el virus cara a cara. Un virus de armas tomar. Transcribo al etíope Tedros Adhanom, director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), en marzo de 2019: "El riesgo de que un nuevo virus de la gripe se propague de los animales a los seres humanos y cause una pandemia es constante y real. La cuestión no es saber si habrá una nueva pandemia de gripe, sino cuándo ocurrirá. Debemos mantener la vigilancia y prepararnos, porque el costo de una gran epidemia será muy superior al de la prevención". Presentaba con ese vaticinio la Estrategia Mundial contra la Gripe 2019-2030, un ambicioso vademécum para prevenir la inevitable batalla contra un virus vandálico a escala universal. Cincuenta días después de estado de alarma, sabemos a qué se referían esas palabras hace un año. Este fin de semana cambia la faz de la guerra contra el virus; tras el inicio del desconfinamiento, irá decayendo la cuarentena acuñada con la peste negra de Venecia hace más de 600 años. Ayer, Santa Cruz, en la Avenida de Anaga, era un río de gente. Y lo que queda es un modo de retraimiento y agorafobia, un nuevo estado de alarma y una nueva normalidad, que es un nuevo eufemismo. El estado de alarma se prolonga, pero ya es una venda en la

herida; este fin de semana nos quitamos el yeso y volvemos a andar. Un amigo menciona el síndrome de la cabaña de esta misantropía tras siete semanas de encierro por un virus que los pequeños comprenden mejor que los mayores porque miden sus fuerzas con el coco desde la cuna, "duérmete, que viene el coco/y se lleva a los niños/que duermen poco", de nuestro arrorró. El lunes todo se revierte y rebobina, para vernos pronto en los bares y en las gradas, con café y fútbol, y refundar el orden convencional.

Adhanom no es dios, ni la OMS el oráculo de Delfos. Pero es la autoridad máxima en el olimpo de los virus. No le hicieron ni puñetero caso. Hace un año. ¡Cuánta razón la de Noam Chomsky, autoaislado con 91 años en Tucson, Arizona, crítico con los gobiernos neoliberales que desoyeron las advertencias de que venía el coco, embriagados en otros halloweens. Teme la llegada de gobiernos más autoritarios, tan escépticos sobre las amenazas nucleares y el calentamiento global. El autor de 'El miedo y la democracia' no renuncia a soñar con gobiernos más humanos y competentes.

El coronavirus. Cada año este asesino regresa al escenario del crimen. En Wuhan acusan a la célebre viróloga Shi Zhengli de ser "la madre del demonio". Ella jura que es inocente y reputados colegas que han escrutado el genoma del bicho le dan un voto de confianza. ¿Y los que hicieron caso omiso a los augures, qué son: los padres putativos de ese mismo diablo? Nos impresionan las cifras de la Covid-19: más de 200.000 casos en España y de 3.200.000 en el planeta; más de 24.000 muertos y de 230.000, respectivamente. Pero todos los años se registran en el mundo mil millones de positivos con gripe estacional y suelen morir entre 290.000 y 650.000 personas, pese a la existencia de vacuna, sin que se declaren estados de alarma y aislamiento. Ante un patógeno que suele ser compasivo con el 80 por ciento de la población

afectada y más o menos feroz con el 20% restante, hay países como Suecia que sorprenden apostando por la inmunidad de grupo, no sin recibir un vendaval de reproches, pese a los buenos resultados de su autodefensa pasiva. El tiempo hará balances y dictaminará. Ha sido el ímpetu y el caudal del desbordamiento del virus lo que colapsó los sistemas sanitarios de medio mundo, después de hacer oídos sordos a todas las advertencias, junto a la casuística de un endriago que no terminamos de desentrañar. Por suerte, cuando escribo estas líneas ya despuntan, entre centenares, dos fármacos que atenúan los estragos del coronavirus: el remdesivir y la hidroxicloroquina. También avanzan a buen ritmo media docena de vacunas y científicos canarios militan en la vanguardia de la ciencia contra la pandemia, auténticas brigadas internacionales de una guerra que no libran ejércitos de verde oliva, sino de bata blanca. No desde cuarteles generales, sino desde laboratorios. Si este big bang de la medicina de las gripes se extiende a enfermedades sin cura por falta de financiación, estamos de enhorabuena, pues en el mundo que viene de los robots lo que peligra es la raza humana.

Cuando Obama, en diciembre de 2014, y Bill Gates en 2015 y en octubre del año pasado alertaron de esta pandemia no eran brujos, estaban bien informados. Era un secreto a voces: "Probablemente puede que llegue un momento en el que nos tengamos que enfrentar a una enfermedad mortal, y para poder lidiar con ella, necesitamos una infraestructura, no solo aquí en casa, sino en todo el mundo, para detectarla y aislarla rápidamente", apostolaba el primer presidente afroamericano citando el precedente de la "gripe española".

Ahora que nos lamemos las heridas ante la mayor conmoción económica en tiempos de paz, con la eurozona y España en bancarrota, nos preguntamos por qué no se hizo nada a tiempo. La gran negligen-

cia histórica. De haberse invertido en hospitales, UCI y equipos de protección sanitaria, antídotos y tratamientos, no se habría encerrado a la gente ni paralizado la economía. Estados Unidos habría evitado las sepulturas en los parques de Nueva York y los cadáveres descompuestos en los camiones de mudanza. Hemos retransmitido el apocalipsis, pero cruzamos las fronteras y la ficción mutó en una fatalidad real.

Ahora, desde ayer y mañana, socializamos el virus. Y lo que queda es la pandemia de la economía. Un archipiélago a la deriva. No es la hora de Canarias. Es la hora de Madrid para salvar esta flota en el Atlántico. Caben muchas opiniones, pero solo una es válida. Las islas son un lujo del continente al que pertenecen, dijo Bertrand Russell. No hay más que hablar.

con la colaboración de